

A close-up photograph of a person's face, focusing on the nose and mouth. The skin is wet, with numerous water droplets of varying sizes scattered across it. The background is dark and out of focus, suggesting an outdoor setting with water spray or rain. The overall mood is somber and evocative.

CIUDAD JARDÍN

Jaime Alberto Nicolau

2ª EDICIÓN

Ciudad Jardín

Jaime Alberto Nicolau

A Pablo, y a Diego que le debía una.

6 meses atrás

Abril 2011

No era una noche más, era especial. Una noche con la luna oculta por las borrascosas nubes. Una noche en la que la lluvia no cesaba. Una lluvia fría que le empapaba las ropas y el cabello. Miró a su acompañante de reojo mientras seguían avanzando por la playa. La arena encharcada se le pegaba a la suela de los zapatos. Un destello a lo lejos sobre el mar iluminó el horizonte. Los rayos caían lejos y su sonido llegaba apagado y sordo.

Las dos personas caminaban acompasadas. La que vestía una sudadera gris con capucha iba con paso decidido y enérgico, sabía a lo que iba, no tenía la menor duda. Lo tenía todo calculado. Todo preparado para que ocurriera esa noche. Su acompañante no sospechaba lo que le esperaba.

Se colocó mejor la capucha y apretó el paso. La ropa le pesaba como si le hubieran cargado en la espalda cantos rodados de un río. Observó a su acompañante. Una chica alta y esbelta. Tenía una cara preciosa. El pelo oscuro se le pegaba a las mejillas y le confería una naturalidad que realzaba su belleza.

La poca luz que venía de las farolas les bastaba para guiar sus pasos. A esas horas y con ese temporal que arreciaba eran las únicas personas que caminaban por esa solitaria playa. Transitaban cerca de la orilla. Pasaron junto al puesto del socorrista y la persona de la capucha tocó con sus dedos la madera húmeda y fría de la torreta de vigilancia. Fue un acto involuntario porque su mente estaba en otra cosa. Sus pensamientos se centraban en que su plan saliera tal y como lo había planeado. Nada debía salir mal.

Las dos personas que venían del Molinar, cruzaron de punta a punta la playa de Ciudad Jardín. Caminaron bajo esa lluvia espesa y gélida. Una

sabiendo lo que ocurriría instantes después y la otra, la chica alta y guapa, sin imaginárselo lo más mínimo.

Llegaron hasta el otro extremo de la playa y se perdieron en la oscuridad. En esa zona ya no había farolas ni luces que guiaran los pasos de nadie. En esa parte de la playa se tenía que avanzar a ciegas. Pero a la persona de la capucha eso no le importaba. Sabía de memoria el camino. Tenía claro lo que debía hacer y no iba a dudarlo ni un solo instante.

La chica alta y guapa se apretó a su costado cogiéndole el antebrazo. Sentía frío. Necesitaba sentir el calor de otra persona. Estaba calada hasta la médula pero confiaba en la persona que la guiaba bajo esa lluvia y esa oscuridad.

No era consciente de que la conducía a su fin.

Dirty day

Lunes

17 de octubre de 2011

04:00

El golpe sonó seco, retumbó por toda la planta como si se hubiera caído un saco de patatas desde una gran altura. La enfermera se puso en pie y salió al pasillo de la unidad. Miró a un lado y al otro sin poder determinar de dónde había venido el ruido. Aguzó el oído y discernió un rumor, un quejido sordo pero audible. Caminó despacio dejando que ese lamento la guiara. Se plantó frente a una habitación que mantenía la puerta cerrada y la empujó lentamente. Tras el primer paso ya supo lo que le esperaba. El zueco se quedó pegado en medio de un líquido viscoso. Su olor metálico era penetrante. Encendió las luces y lo vio. Un hombre tirado en el suelo en medio de un enorme charco de sangre. Llamó al timbre y enseguida vinieron sus compañeras a ayudarlo. Entre todas, y a peso, lo volvieron a meter en la cama. Seguía quejándose pero ahora más sosegadamente.

Un par de horas más tarde la enfermera se plantó frente al ordenador y dejó reflejado todo lo que había hecho con el paciente. Al caerse de la cama se había abierto una ceja. Le había tenido que coser, ocho puntos de sutura tuvo que ponerle, pero antes le administró medicación para que se tranquilizara. Era un señor muy mayor, de unos noventa años y desorientado. Estaba sólo, no tenía familia, o al menos nadie se había presentado en el hospital en los últimos cinco días, que era lo que llevaba el pobre hombre contenido y agitado. Antes se sorprendía ante situaciones similares, pero ya estaba curada de espanto. Había hecho callo.

Estaba siendo una noche movidita. A la caída del señor en cuestión, se le habían añadido tres ingresos, un par de pacientes con dolores torácicos y otros dos más, desorientados. Una mala noche sin lugar a dudas. De esas que cualquiera ansía que acabe, que aparezcan tus compañeras por la puerta a darte el relevo y poder largarte lo más lejos posible, en cuerpo y alma. Correr, escapar de ahí como si no hubiera mañana.

La enfermera acabó de escribir en la historia clínica y se dispuso a finalizar el montón de tareas que aún le quedaban hasta acabar el turno. Estaba deseando que fueran las ocho como hacía tiempo que no lo deseaba.

Le pasó el parte a su compañera de la mañana y bajó al vestuario del hospital. Se cambió de ropa. Lanzó el uniforme sucio al fondo de su taquilla. El próximo turno buscaría uno limpio, ahora estaba muerta, lo único que deseaba era largarse a su casa. El gurrño de ropa sucia dejó entrever varias manchas rojizas que le había dejado el paciente. Sangre seca que formaba cercos irregulares como si fueran las medallas de un general. Cerró su taquilla con llave y salió del vestuario

A las ocho y veinte salió por la puerta del hospital. La mañana le saludó fría pero soleada. Antes de irse al parking a por su coche decidió fumarse un pitillo tranquila en la entrada del hospital. No le había dado tiempo ni de fumar durante la noche. Encendió el tabaco rubio con un mechero de propaganda y dio una profunda y relajante calada.

Alzó la vista. En la pared de la entrada había un póster grande con el retrato de una mujer. Estaba pegado con esparadrapo de plástico y pedía cualquier información sobre una chica que había desaparecido. Una cara bellísima, labios carnosos y unos ojos de un verde casi glauco, profundos e hipnóticos. Era una foto tomada por unos amigos en una fiesta unos días antes de que desapareciera sin dejar el menor rastro.

Las gentes entraban y salían del hospital a solas o de dos en dos. Apenas hablaban, personas sanas que venían a visitar enfermos, pacientes que venían a consultas, un sinfín de seres humanos que iban y venían. Algunos caminando, otros en sillas de ruedas.

La enfermera acabó su cigarrillo y lo apagó en el cenicero de la papelera. Contempló el cartel con la foto de la chica y una sensación estremecedora le recorrió el espinazo. Le pasaba siempre que contemplaba esa foto. Esa chica guapa y joven había desaparecido. De eso hacía seis meses y nadie sabía nada.

Ni siquiera ella misma, que era una de sus mejores amigas.

Cruzó sus brazos para protegerse del frío matutino y se fue a su casa a dormir, o al menos a intentarlo, porque la imagen de su amiga se le iba a presentar en forma de pesadilla como cada vez que se acostaba.

Y de eso, hacía ya medio año.

08:00

El sol se reflejó en la puerta de la oficina. En la sucursal no había nadie. El olor a otoño ya comenzaba a notarse. La mezcla de calor que emanaba de la tierra y el fresco que traía el aire eran inconfundibles. Una bolsa de plástico se deslizó por la acera rozando con ternura el suelo. Para Roberto ese era uno de los sonidos del otoño. Las últimas notas de *Dirty Day* de *U2* sonaban en sus auriculares. Se ajustó los cascos y bajó el volumen. El hombre joven fue el primero en llegar a la oficina, como cada día desde que le habían mandado a esa sucursal. Abrió la verja metálica, se metió en el interior del local y desconectó las alarmas. Dio las luces y activó el retardo de la caja fuerte. Recogió la valija diaria y encendió los ordenadores sentándose en su puesto. Era cajero desde hacía más de tres años, pero en esa sucursal llevaba tan sólo unos meses.

Tenía 35 años recién cumplidos y un porte que llamaba la atención allí por donde pasara. Alto, elegante, seductor y con un don de gentes inaudito. Y él, era absolutamente consciente de sus virtudes. Se llamaba Roberto Rodríguez y era todo un dandi.

Consciente de todas sus capacidades, nunca hacía alardes de ellas en público, lo consideraba fuera de lugar. Él era sabedor de sus talentos y eso era lo importante, en ningún caso consideraba oportuno ir contándolos por ahí. Lo cierto era que el resto de las gentes que se relacionaban con Roberto creían lo mismo que él. Que era un tipo encantador, muy guapo, elegante y con un saber estar casi mágico. Era magnético.

Posó el dedo sobre el lector de huellas dactilares de su ordenador, introdujo su número de empleado e inició su sesión en el terminal financiero. Abrió su correo electrónico personal, no tenía ningún mensaje interesante y

eliminó los pocos que le habían llegado sin leerlos. No estaba ni contento ni triste, tan sólo era un día más en su trabajo, pero cada vez estaba más cerca de su final. Se guardó los auriculares en el bolsillo interior de la chaqueta, junto con su teléfono de última generación. Un *iphone* recién estrenado.

Trabajaba en una pequeña sucursal bancaria de barrio. Una oficina de apenas tres trabajadores, el director, la subdirectora y él. Aunque desde hacía dos meses tan sólo estaban los hombres, la subdirectora estaba de baja por maternidad. Y con la crisis que flotaba en el ambiente no la habían sustituido. Pero para Roberto eso no era un problema, sino todo lo contrario, era lo que estaba esperando desde tiempo atrás. De hecho pidió traslado a esa sucursal cuando se enteró del embarazo de su compañera. Era lo que estaba aguardando. Ahora podía campar a sus anchas por el banco. El director era un tipo que rondaba los sesenta, que ya lo había hecho todo a nivel laboral, y que pasaba de esforzarse lo más mínimo. De hecho, era extraño encontrarlo en la oficina antes de las nueve y media y nunca se marchaba después de las dos. Sin contar con que se pasaba más de una hora merendando cada mañana. Todo esto hacía que Roberto estuviera sólo la mayor parte de su tiempo, justo lo que necesitaba para poder terminar su proyecto.

Se levantó de su silla justo cuando se abrió la caja fuerte. Sacó las monedas e hizo los cajeros. Una vez finalizado todo el protocolo matutino se ajustó el nudo de la corbata que mostraba impecable y elegante, miró su reloj y se acercó a la puerta abriéndola al público. Saludó a un par de vecinos que cruzaban por delante con un buenos días lleno de vitalidad y cortesía. Se sentó en su silla y se dispuso a esperar a los primeros clientes. Pensó en el barrio en el que trabajaba. Un sitio sin apenas interés, anodino y cotidiano a lo sumo. Miró a través del enorme ventanal de la sucursal. A un lado edificios residenciales de más de treinta años pegados a un polígono industrial que no paraba en todo el día; hacia el otro lado de la oficina estaba el casco antiguo del barrio, casas bajas, aceras irregulares, una antigua iglesia con su plaza aneja y comercios con solera y arrugas en sus paredes. Era un sitio feo, él jamás viviría allí, pero tenía su encanto, pensaba Roberto. La gente era simpática y amable en general, se encontraba a gusto trabajando en esa oficina. Roberto conocía a casi todos los vecinos, sobre todo a los comerciantes de alrededor, al del taller, a las chicas de la peluquería, a la mujer del estanco y por supuesto a los diferentes dueños de los bares de alrededor. Casi todos los clientes del banco aprovechaban las escasas salidas de la sucursal de Roberto

para acribillarle a preguntas sobre sus ahorros, depósitos a plazos o de cualquier otra temática económica. Siempre contestaba amable y sonriente. Dejaba a todos contentos, era un tipo que solía emanar empatía, asertivo por los cuatro costados y con un magnetismo capaz de atrapar al más hurraño en sus redes.

Fluía, era un hombre que discurría por la vida como un río que se adapta a los accidentes de su curso. Era un hombre con sus propios objetivos capaz de ser enormemente maleable para llegar a ellos. Y la gente que le conocía le adoraba.

Era un tipo perfecto. Excesivamente perfecto, pensarían algunos pocos, pero él no le daba importancia. Cuando se lo echaban en cara tan sólo sonreía. Y lo hacía con una sonrisa terrible. Una sonrisa de depredador.

La oficina seguía desierta, Roberto metió la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó un pequeño rectángulo de plástico, no más grande que un capuchón de bolígrafo. Le quitó la tapa y agachándose bajo su mesa lo conectó al puerto USB de su ordenador. Se incorporó arreglándose el nudo de la corbata. Abrió el archivo de la memoria externa que acababa de conectar y tecleó una serie de claves de acceso. Dejó que el programa arrancara mientras ordenaba los papeles que tenía sobre su mesa.

Los primeros clientes entraron por la puerta. Un matrimonio mayor arrastrando un carrito de la compra vacío.

—Buenos días nos de Dios, Roberto —dijo la señora.

—Buenos días ¿cómo se encuentra hoy? ¿Llegó a ir al médico por su dolor de espalda?

—Ay, sí, menos mal que te hice caso y me acerqué al ambulatorio. Ya no podía más, estaba rabiosa. Me mandaron unas pastillas y me están yendo la mar de bien —respondió la mujer.

—Y a mí también, ya no está tan insufrible e inaguantable como hace unos días —terció el hombre.

—Ya será menos, que la que lo tiene que aguantar todos los días soy yo. Y no desde ahora, hijo mío. ¡Qué va! Desde que me casé. Ni más, ni menos —replicó la señora mientras ponía su enorme bolso sobre la mesa de Roberto—. Toda la vida tirando de él.

—Por cierto, el otro día en la tele hablaron de que los bancos están vendiendo productos complicados a gente que no los entiende. Creo que les llamaron *participaciones preferentes* o algo así. No me acuerdo muy bien.

¿No será eso lo que tenemos nosotros? —preguntó el hombre con un tono algo borde.

A Roberto no le dio tiempo a contestar, se le adelantó la mujer.

—Tú eres tonto o qué te pasa —la cara de la mujer era de circunstancias—. ¿Pero no escuchaste a Roberto cuando vinimos el mes pasado? Parece mentira, si ya nos dejó muy claro que era un depósito a plazo fijo.

Se hizo un silencio incómodo.

—No le hagas caso hijo mío —se lo dijo a Roberto con una mirada llena de afecto y cariño, como la de las madres cuando arropan a sus hijos enfermos—. Empieza a tener fallos en la memoria.

—Sí, hombre. Venga ya —protestó el hombre sin demasiada convicción.

—Sinceramente creo que comenzamos a tener algunas lagunas, ya me entiendes —lo dijo como si su marido no estuviera presente—. Igual es la edad o una demencia incipiente, pero ya te digo yo, que mi esposo no se entera. Hace más caso a lo que dicen en la tele o a lo que oye en el mercado, que a lo que le asesora un experto tan majo como tú.

—Eh, un momento que yo no he dicho eso. Solo preguntaba por acabar de aclarar lo de nuestro dinero. Al fin y al cabo tenemos todos nuestros ahorros aquí. Supongo que tendré derecho a preguntar, ¿no?

Roberto los miraba con simpatía. Tenía que reconocer que era una pareja agradable.

—Sí. Derecho a preguntar si que tenemos. Pero cuando haya dudas. Creo que Roberto nos lo explicó todo clarito como el agua. Pero si hasta le diste a leer las condiciones del depósito al del estanco.

—Porque es un tipo de mundo y conoce mucho los temas de bancos. Siempre viene bien una segunda opinión.

—¿Y qué te dijo? —preguntó rabiosa la mujer—. Venga va, dile que te dijo.

El hombre tardó en responder y cuando lo hizo tan solo le salió un hilillo de voz.

—Pues que era un producto inmejorable para como estaba el mercado hoy en día.

La mujer casi le traspasó con la mirada. No soportaba que su marido le llevara la contraria y menos en público.

Roberto sonrió a la anciana pareja. Se acercó a ellos y con una de sus mejores caras puso una mano en cada hombro de esa extraña pareja. Apretó

levemente para que el matrimonio alzara sus miradas y les dibujó una sonrisa llena de afabilidad y encanto.

—No se enfaden. Venga, siéntense por favor, no se queden ahí —dijo Roberto.

Estuvieron un buen rato con cuentas, saldos e intereses al vencimiento. Al acabar, Roberto los acompañó hasta la puerta, les ayudó a bajar el carrito hasta la acera y les despidió dejando en la proveyta y agradable pareja un sentimiento de cariño y ternura que les duraría el resto de la jornada.

Al girarse para volver a entrar en la oficina no pudo evitar fijarse en el cartel de la entrada. Una imagen de una chica preciosa. Se pedía información para poder encontrarla porque estaba en paradero desconocido desde hacía seis meses. Era una chica muy atractiva, con unos ojazos llamativos dignos de una cotizada modelo.

Roberto se quedó quieto y contemplativo ante la foto de la chavala. Por su cabeza resonaron las últimas estrofas de *Dirty day*. Movi6 los labios tarareando la melodía. Seis meses pensó, seis meses hacía que no sabía nada de ella. Seis meses de preocupaciones y problemas.

Abrió la puerta y entró en la oficina de nuevo. Cómo pasaba el tiempo se dijo a sí mismo.

Ya habían pasado seis meses desde que viera por última vez a su antigua novia.

08:20

Paco Lluch apretó la diminuta palanca del costado hacia delante y subió fácilmente la pequeña rampa de acceso con su silla de ruedas eléctrica. Había sido una buena compra, pensó el hombre. Ahora era más autónomo. Podía ir por el mundo sin depender de terceros, sin necesitar de la tan rancia caridad cristiana. Odiaba que la gente le compadeciera y que le tratara como a un ser desgraciado. Él aceptaba su vida tal como le venía, si ahora no podía mover las piernas, pues se adaptaba a la situación y miraba hacia delante. No le quedaba más remedio. Y compadecerse no llevaba a ningún lado, o si te llevaba, era a tu propia destrucción, se decía. Por eso odiaba a los blandos y a

los caritativos, no podía con ellos, ni con que le trataran como a un inválido.

Paco era un tipo vitalista, rondaba los setenta, con barba espesa y canosa portaba gafas de metal totalmente pasadas de moda, pero eran las que a él le gustaban. De carácter afable, se consideraba una persona afortunada por la vida, a pesar de verse impedido era un hombre que había disfrutado de su vida plenamente o al menos así lo consideraba.

Entró en el hospital por la puerta de visitas a los pacientes ingresados. Aunque la zona de consultas estaba en el otro extremo del edificio, en este lado siempre era más fácil encontrar aparcamiento cerca de la entrada. El edificio era una construcción moderna y adaptada a las necesidades de cualquiera que anduviera con silla de ruedas o que presentara cualquier inconveniente para desplazarse, pero lo de encontrar plazas de minusválidos libres, era otro cantar. La mayoría las ocupaban descerebrados o desaprensivos que con toda la desfachatez del mundo se hacían con ellas. Para él no dejaba de ser otro síntoma más de la decadencia de la sociedad.

Paco avanzó con su silente motor eléctrico por entre los fumadores que se amontonaban a las puertas del hospital. Un grupo numeroso se apartó para dejar paso a su silla. Entró en el hall sin apenas reparar en la chica morena de ojos casi impenetrables que con un cigarrillo en la mano miraba fijamente un cartel de la pared. Era el cartel de una chica preciosa que estaba desaparecida. Paco lo había visto cientos de veces en numerosos lugares. Y sin embargo, cada vez que la veía, seguía desasosegándolo.

Avanzó por los pasillos largos e impersonales del hospital. Llegó al área de consultas y esperó a que la auxiliar le llamara. Contempló la cantidad de gente que estaba esperando a ser visitados por los especialistas, cada uno con lo suyo y todos con sus penares. Paco paró su silla de ruedas en un hueco que había junto a las puertas de los neurólogos. Una mujer histérica se retorció las manos y no se estaba quieta en su asiento. Paraba a cuanta persona de blanco se cruzaba por su lado. Constantemente preguntaba por el nombre de un médico y si sabrían decirle cuánto retraso llevaba. Estaba hecha un manojo de nervios. Y a Paco le empezó a llegar la mala vibración de esa mujer.

Accionó el mando de la silla hasta quedarse a poco más de unos centímetros de la señora.

—Disculpe señora —el tono educado y profundo llamó la atención de la mujer—. Perdone que me entrometa pero es que la veo muy inquieta.

—Es que... Es que... Me tenían que haber llamado hace un buen rato y aquí

no aparece nadie. Me tienen esperando porque a ellos les sale de las narices... Esto es una vergüenza, así va la sanidad pública. Es que... Y encima no me tratan bien lo que tengo. La médico que me lleva no tiene ni puta idea. Sabe una cosa. Leí ayer un artículo sobre mi enfermedad que decía que...

La mujer se calló de pronto al ver que Paco se llevaba un dedo a sus labios haciéndola callar. Cuando la mujer cesó de parlotear Paco flexionó levemente la cabeza a modo de agradecimiento.

—¿Sabe usted quien era Mark Twain? —preguntó Paco.

Su voz sonó como la voz en *off* de esos concursos de la tele. Profunda como la de los sabios o los oráculos de la antigüedad.

La mujer estaba callada y atenta a las palabras de Paco. No abrió la boca.

—Mark Twain fue un escritor estadounidense. Y dijo una vez que hay que tener cuidado con la lectura de libros sobre la salud porque podríamos morir por una errata de imprenta.

La mujer se quedó perpleja. Paco movió su silla y se fue de nuevo hasta el hueco que había ocupado antes. Observó a la mujer que se había quedado estupefacta. Al menos se había callado y se estaba quietecita, pensó algo más aliviado.

A Paco le tocaba su revisión semestral. Mientras esperaba pensó en su enfermedad. En cuánto le quedaría por delante, cuánto tiempo podría seguir siendo autónomo, cuánto duraría su deterioro y, al fin y al cabo, cuándo dejaría de sufrir. Se le hacía inimaginable el final de su vida. Nunca lo había soñado de esta manera. Siempre pensó que el día que muriera lo haría plácidamente, acompañado, rodeado por una numerosa familia y en su cama. Y si algo tenía claro Paco a estas alturas de su película, era que todo ese supuesto era altamente improbable que ocurriera. Su final se acercaba a la soledad, al dolor y a la desesperación, más que a ninguna otra cosa. Pero Paco no se compadecía. Había vivido su vida con arreglo a sus convicciones, erróneas o acertadas, pero al menos él las había decidido. Nadie más. Así que ahora no tenía a quién echarle las culpas. Eso era lo que había, pensó el hombre en su silla de ruedas, y lo volvió a repetir para sus adentros.

Levantó la cabeza y adoptó una mirada franca y clara. Se leía en su rostro la palabra dignidad. No le quedaba nada más que eso.

Su dignidad, y no pensaba renunciar a ella.

16:00

La enfermera se despertó cuando le comenzó el dolor lumbar. Se movió en la cama buscando una postura cómoda y aunque la encontró, fue incapaz de volverse a dormir. Ese dolor que siempre le sobrevenía, incansable, agudo e inoportuno. Empezaba por las caderas y acababa abrazándola por toda su cintura como si quisiera estrangularla. Era inaguantable. Se había desvelado. Con el pelo arremolinado y unas ojeras más que evidentes para cualquiera que la mirara en ese momento, encendió la cafetera. Puso una cápsula del café más fuerte que tenía y se hizo un café con leche caliente y revitalizador para sus adentros.

Sola, sentada en la impersonal cocina de su casa de alquiler, pensó en diversas cosas intrascendentes, pero como casi siempre le ocurría acabó pensando en su amiga Antonella.

Se hizo unas tostadas. Consideró que tenía que comprarse una tostadora nueva, porque la que tenía le requemaba demasiado la rebanada. Siempre lo meditaba pero nunca lo hacía, por eso las rebanadas que tenía delante eran más oscuras que una noche sin luna. No les puso nada. Las engulló sin más.

Con la taza humeante en la mano, mantenía la mirada fija en el vacío. La ventana de la cocina le permitía ver sin necesidad de encender las luces. Era una cocina pequeña, acorde con el piso, diminuto también, que tenía alquilado desde hacía un par de años. Justo cuando comenzó a trabajar en el hospital. Lo primero que hizo fue buscarse un lugar donde vivir lo más cercano posible del trabajo. Y lo encontró. Un piso pequeño de dos habitaciones en el Coll, a tan sólo diez minutos del trabajo y a menos de dos minutos de la playa caminando. El precio era asequible, así que la enfermera no lo dudó. Se trasladó de inmediato con sus pocas pertenencias. Apenas unos pocos libros y una maleta con ropa. Estaba frente a un pequeño hotel urbano, como los llamaban ahora, un hotelito pintado de un azul curioso de no demasiadas habitaciones en un barrio que pese a estar cerca de las zonas turísticas apenas tenía hoteles. Bajo su piso, un bar que hacía las veces de pub pero solo en verano. El resto del año permanecía cerrado con los cristales pintados de blanco y en el interior periódicos acumulados en el suelo. El Coll, entre Palma y el Arenal, era un barrio residencial, y la playa de Ciudad Jardín se llenaba en verano por los

lugareños de la zona. A lo sumo venía la gente de Palma, pero apenas turistas. A Paz esto le gustaba, la playa, el tipo de gente que la frecuentaba, y lo cerca que lo tenía de su piso. Asomándose un poco por el balcón podía vislumbrar cómo el mar arremetía contra el rompeolas generando nubes de espuma que volaban por los aires. Esa tarde se había levantado viento, normal para la época del año se dijo Paz, llevábamos un mes de otoño y las temperaturas comenzaban a refrescar.

La enfermera contempló la única foto que tenía colgada en la nevera, sujeta con un imán de alguna ciudad que había visitado en sus viajes. Dos rostros de chicas sonrientes, jóvenes contentas y felices que no tenían pudor alguno de enseñarle al mundo su ignorante felicidad pueril. Una de ellas, la más guapa por supuesto, era su amiga Antonella; la otra era ella. Paz Moreno se llamaba. Y era enfermera. Era una chica normal, como se definía a sí misma en numerosas ocasiones. Bajita, con unos ojos oscuros casi impenetrables y una cara fina y armónica.

Paz se levantó de la silla, metió la taza en el lavavajillas y se dirigió hacia el baño. Se duchó con el agua casi hirviendo, la dejó correr por su cuerpo desnudo mientras pensaba en su vida. Su amarga vida hasta ese momento.

Con 18 años se marchó a Barcelona a estudiar enfermería. Era una estudiante aplicada y en tres años se hizo con el título. Trabajó en numerosos hospitales de Cataluña, Madrid y hasta en centros de salud de la comunidad Valenciana, pero ya estaba cansada de dar vueltas por España. En el periodo madrileño lo llegó a pasar muy mal, no soportaba estar alejada del mar. Necesitaba sentir el salitre, el olor a mar, la humedad en su piel, lo añoraba, y por ende su isla natal. Un par de años atrás había decidido volver a su casa, volver a Mallorca, y por eso presentó los papeles en las bolsas de trabajo de varios centros sanitarios. En cuestión de semanas ya la habían llamado para ofrecerle un contrato. Además de trabajar a destajo no había parado de realizar cursos e incluso tenía dos posgrados universitarios, lo que le daba un currículum brillante dejándola en lo más alto de las bolsas laborales.

Salió de la ducha, se vistió y con el pelo aún húmedo se asomó al balcón a fumarse un pitillo. Apenas había transeúntes por la calle, la luz del sol declinaba con rapidez. Una fuerte racha de aire le hizo entrecerrar sus ojos y su melena ondeó como si fuera una bandera. La imagen de su amiga Antonella le vino a la mente, ella siempre había tenido un pelo precioso, cuidado y sano, no como el suyo que a temporadas estaba lacio y seco y en otras graso.

Aplastó la colilla contra la barandilla del balcón y se cobijó en su piso. Contempló de nuevo la foto de la nevera y reflexionó sobre su amiga de la infancia, de colegio, de instituto... su mejor amiga, la mejor compañera que había tenido y que sin duda tendría. Y ahora ya no estaba, desde hacía seis meses había desaparecido de su vida y de la de todos. Ya no podía contar con ella.

Ya no podía esperar nada de su mejor amiga. Antonella era un mero recuerdo colgado en la puerta de una nevera.

20:00

Abrió la nevera y se tomó su tiempo pensando. No sabía qué prepararse para cenar. A pesar de tener el frigorífico a rebosar no le apetecía nada en concreto. Tampoco tenía demasiada hambre. Paco Lluch cerró la puerta sin acabar de decidirse, accionó el mando de la silla y se dirigió hasta su estudio. Cogió el libro que había sobre la mesa de despacho y continuó su lectura por donde había dejado el punto. Ya cenaría cuando tuviera hambre, pensó el hombre en su silla de ruedas. El estudio daba al mar, en concreto a la playa de Ciudad Jardín. Desde allí podía contemplar la esquina del concurrido bar *Cala Canta* y tan solo con girarse levemente al otro lado, contemplar la entrañable bahía de Palma. Ciudad Jardín era una playa que a esas horas y en pleno octubre estaba casi desierta. Paco cesó en su empeño lector y se quedó ensimismado viendo cómo el sol se ponía tras las montañas. Era afortunado por poder contemplar a diario esas puestas de sol, se decía cada tarde.

Les había costado encontrar la casa ideal para vivir. Tanto él como su mujer habían vivido de alquiler prácticamente toda su vida. Cuando se decidieron a invertir sus ahorros en lo que iba a ser la casa para el resto de sus días lo meditaron muy bien. Tardaron tanto, que desde que vieron por primera vez el piso hasta que lo compraron se les había encarecido en más del cincuenta por ciento. Lo adquirieron en la cresta de la ola de la burbuja inmobiliaria. Un robo en toda regla decía Paco a todo el que le preguntaba. Pero sin duda alguna, había merecido la pena. Cada vez que oteaba desde su terraza se olvidaba de lo que le había costado, de lo que había tardado en

ahorrar ese dinero, de todo. El sol, al ponerse, podía con todo eso.

Unos ocasos efímeros y raudos, pero al fin y al cabo ahí radicaba su belleza. Quién miraría una puesta de sol si durase siempre, dejaría de asombrarnos, como deja de sorprendernos algo bello que vemos a diario, pierde encanto e interés. Cuantos mallorquines se paran frente a la catedral a contemplarla boquiabiertos a diario, ninguno, se respondía Paco. Están cansados de verla, por muy espléndida y magnífica que sea una cosa, el tenerla siempre a nuestro alcance cansa, hace que el interés se diluya como el agua por un desagüe. Es una pena, pero es así, rumiaba el hombre en su silla de ruedas. De repente pensó en su mujer. A ella le encantaban las puestas de sol.

El sol ya no se veía en la lejanía, pero aún flotaba en el cielo un halo rojizo que perdía intensidad a cada segundo que pasaba. El hombre accionó su mando y salió afuera de la casa. Era una planta baja con una terraza magnífica, en forma de L que seguía el transcurrir natural de ese rincón de la playa. Paco se apoyó en la barandilla metálica y observó como la bravura de las olas casi le llegaba a salpicar el rostro. No era cierto, estaban muy alejadas, pero a Paco la sensación de frescor salino le llegó clara y franca a la cara.

Comenzaba a hilvanar alguna idea sobre lo que cenaría esa noche de lunes cuando sus pensamientos se fueron seis meses atrás. De repente ya no estaba en el hoy, si no en el pasado. En esa misma terraza, esas mismas vistas, pero seis meses atrás. Paco recordaba con una claridad meridiana aquella noche. Era abril, hacía frío y llovía a cántaros. Recordaba cómo no podía pegar ojo, cómo se levantó a duras penas de su cama y con su silla se fue a beber un vaso de leche. Se lo llevó a su estudio, quería contemplar el aguacero que estaba cayendo mientras bebía. Desde que su esposa había fallecido le costaba conciliar el sueño y siempre había sido reacio a tomar pastillas para dormir. Un vaso de leche solía irle bastante bien. Aquella lluviosa noche se quedó mirando la desierta playa iluminada por las farolas del paseo. Una luz mortecina y débil que apenas dejaba entrever la arena. Pero aquella noche fue diferente, fue rara, algo le pareció tan extraño y tan peculiar que tuvo que prestarle atención, aún sin saber de qué se trataba. Aquella noche en la que diluviaba, en la que hacía un frío hiriente y en la que ningún alma se hubiera atrevido a salir a la intemperie, lo que le llamó la atención a Paco fueron las dos siluetas que paseaban por la arena de la playa. Junto a la orilla del mar vio como dos figuras deambulaban juntas, tranquilas y parsimoniosas. Parecía que hablaran de sus cosas, como si estuvieran en una apetecible tarde estival,

como queriendo disfrutar de un inocente y saludable paseo vespertino. Paco no daba crédito, caían chuzos de punta, no podía discernir si eran dos hombres o dos mujeres, o un hombre y una mujer; estaban alejados de su terraza, apenas había luz y la cortina de agua que caía le impedía atisbar a lo lejos. Contempló cómo se dirigían hacia el pequeño embarcadero que había junto al restaurante *El Bungalow*. Cuando Paco se percató de las dos figuras a través de la lluvia, las vio viniendo de la parte de la playa más alejada de su casa, de la zona dónde tiene su torre de vigía la Cruz Roja y las observó dirigiéndose hacia el este. Siguió con su mirada la marcha de esa extraña pareja con el vaso de leche en la mano sin catarlo. A la altura del *Bungalow* los perdió de vista, se esforzó pero fue incapaz de ver nada más. Se dirigían hacia la otra parte de la playa, al Peñón. Pero desde su terraza esa zona estaba oculta.

Paco recordaba esa extraña noche de hacía seis meses con cierta intranquilidad. En aquel momento no le dio mayor importancia, recordaba que acabó por beberse su vaso de leche y que se quedó sentado en su silla de ruedas a oscuras en su estudio un buen rato. Quizá una hora, o tan solo fuera media, no era capaz de aclararse ni precisar el tiempo transcurrido. Como tampoco pudo aclarárselo a la policía cuando fue interrogado. Pero lo que si recordaba claramente fue ver de vuelta a una de las dos figuras. Apareció por la acera en lugar de por la arena, pero sin lugar a dudas era una de las dos personas que habían pasado una hora antes (o quizás hubiera sido solo media) en sentido contrario. Al pasar más cerca de su casa y gracias a la tenue luz de las farolas pudo ver algo más de esa extraña figura. La lluvia seguía cayendo con violencia afuera y la persona que caminaba bajo ella lo hacía con celeridad. Portaba una sudadera gris con capucha que le ocultaba el rostro, vaqueros oscuros y deportivas blancas. Andaba con pasos cortos y dinámicos, no era una persona demasiado alta, aunque desde la pequeña atalaya que era su terraza y con la fuerte tromba de agua que caía Paco no pudo ser mucho más preciso. Por un instante breve, esa persona se giró a mirar a uno de los lados. Pudo contemplar sus ojos. Fue algo fugaz, casi imperceptible. El rostro lo continuó ocultando con la capucha de la sudadera mientras se marchaba de allí.

Cuando días después oyó en las noticias que una mujer había desaparecido en la noche de la tormenta y, que había sido vista por última vez por la playa de Ciudad Jardín, Paco ató cabos y decidió acudir a la policía a contar lo que había visto. Creía que podía tener relación con esa desaparición. Contó, sin

saberlo, los últimos pasos que había dado esa mujer. Descubrió, sin ser consciente de ello, cómo había sido él, el último en ver a Antonella si no tenemos en cuenta a la otra extraña figura que regresó sola. Esa otra figura embozada en su capucha gris que regresaba bajo la lluvia de allá donde hubiera dejado para siempre a Antonella.

La piel de cordero

Martes

18 de octubre de 2011

07:30

El teléfono llevaba sonando varios segundos. Paz, la enfermera, entreabrió los ojos legañosos y apretó la tecla verde de su móvil. Se lo acercó intuitivamente a la oreja.

—¿Si? —susurró Paz de forma automática.

—¿Paz Moreno?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, perdona que te moleste, soy la coordinadora de guardia del hospital. Te llamo porque una compañera de tu unidad acaba de avisarme de que está enferma y no podrá venir a hacer la mañana ¿Cómo lo tendrías tú para venir?

Se hizo un silencio tenso, de espera para la que llamaba, de tratar de entender lo que le estaban diciendo para la que había descolgado. Aún tenía la cabeza embotada por el sueño.

—Creo que sí, pero tardaré un poco. Me acabas de despertar.

—Muchas gracias, no te preocupes por llegar tarde, avisaré a tus compañeras para que asuman tu parte de trabajo. Muchas gracias Paz.

Se cortó la comunicación, Paz dejó su móvil sobre la mesita de noche y se hizo un ovillo bajo el edredón. Se hizo la remolona unos minutos hasta que se metió en la ducha para desperezarse. Mientras se secaba el pelo contempló su cara de sobada y la hinchazón de sus ojos. Apenas distinguía el color de los mismos. No se consideraba una belleza, pero tampoco era fea. Pensaba que sus rasgos faciales tenían cierto atractivo para los demás. Bostezó

profusamente. Se tomó un café doble y después de lavarse los dientes salió hacia el hospital. Justo cuando se sentó en el asiento de su Seat Ibiza la punzada de dolor le rasgó el aliento. Se quedó sin resuello. La lesión de espalda cada día iba a peor. La noche anterior se había quedado dormida sin tomarse los analgésicos y los antiinflamatorios. Los tomaba a toneladas, sin miramientos. Muchos más de los que realmente le había prescrito su médico. Qué demonios, se decía, ella era enfermera. Ningún médico le iba a decir cómo gestionar su dolor. Arrancó el coche y se encaminó hacia el hospital. El dolor de la espalda se agudizaba a cada cambio de marcha. Su mente se evadió del dolor, regresando al día del accidente, eso le ocurría a menudo.

«Hacía ya seis años de aquella trágica tarde de febrero. Era la época en la que vivía en Barcelona y habían subido al Pirineo con unas amigas y sus parejas a esquiar, entre ellas su inseparable Antonella. Ese día fue un infierno blanco, la ventisca era un aullido constante, apenas había unos metros de visibilidad y a partir de ahí se cernía un telón blanco infranqueable. La nieve le abofeteaba la cara a intervalos duros e irregulares. No era capaz de fijar la mirada, la nieve se le colaba por debajo de las gafas de ventisca, no podía dejar de parpadear. Era consciente de lo que estaba viviendo. Un auténtica pesadilla nívea. Estaba parada en mitad de una pista indicada como roja, una pala de la montaña de dificultad bastante elevada y con una pendiente más que considerable, y no reconocía el camino a seguir. No conseguía decidirse a bajar. Un miedo incipiente le invadió todo su ser. Comenzaba a acojonarse. Separó la manga de su chaqueta y levantando levemente su guante de *goretex* vislumbró la hora. Las 16:45, el miedo la invadió por completo. Las pistas estaban a punto de cerrar y con ellas todo el personal de la estación de esquí se iba a marchar. Tenía que bajar, no podía permitirse quedarse ahí tirada o perderse, qué iba a ser de ella, pensaba. Sola en medio de esa montaña radical.

Inspiró profundamente para tratar de tranquilizarse y el frío le recorrió su tráquea transmitiéndole una sensación de quemazón interior que la azoró aún más. Puso sus esquís en paralelo y se enfrentó a la pendiente. El relieve no se veía, notaba cómo los vaivenes de la rampa le transmitían a sus piernas un descontrol y una velocidad angustiosa. Iba ganando velocidad y la ventisca le picaba en las mejillas como pequeñas agujas de costura. Hizo un par de giros pero no sabía adonde se dirigía. Y la velocidad iba en aumento, las piernas le temblaban, sus fuerzas se iban esfumando y notaba cómo el pánico sustituía al

miedo. Agarró con fuerza sus bastones que apenas utilizaba en los giros, descendía a lo loco, como fuera, lo único que quería era llegar abajo, a la seguridad del valle. Ansiaba ver el tejado de la cafetería a pie de pistas, ver las máquinas de los remontes, algo o alguien que le indicara si iba bien... Cuando creyó ver el tejado de una casa y con ella su salida del apuro en el que se veía envuelta, todo cambió. En un instante, o milisegundo, o quizás mucho menos. De pronto notó cómo flotaba en el aire, percibió en esa fracción de tiempo cómo sus esquís dejaron de tocar tierra firme, cómo su cuerpo se quedó ingravido y cómo pasaba de estar erguida a adoptar una forma extraña, casi antinatural, mientras salía despedida por los aires. Después no hubo nada. Se había salido de la pista por un desnivel. El choque fue duro y sordo. Su cerebro se desconectó de la realidad. Todo se hizo oscuro, negro y amnésico. Era estar en la nada.»

Paz llegó a la planta del hospital casi a la 9h. Le habían dejado el parte del turno de la noche escrito y sus compañeras de la mañana habían hecho parte de su trabajo de primera hora. Se hizo una somera idea sobre sus pacientes con lo que había escrito en esas hojas. Cada uno de ellos con su propia enfermedad, pero con una característica común, ninguna de esas personas tenía menos de 80 años. A veces le parecía trabajar en un geriátrico en lugar de en un hospital. Con la dinámica de su trabajo se había medio olvidado de su problema de espalda hasta que tuvo que agacharse a recoger algo que le había caído al suelo. En ese momento sintió como si alguien le clavara un machete en sus lumbares. No chilló, entre otras cosas porque no tenía aliento, solo torció el gesto y se levantó de forma pausada como si estuvieran pasando la repetición de una jugada a cámara lenta. No tuvo más remedio que sentarse en una de las sillas del control de enfermería para tratar de recuperar el resuello. Su auxiliar le acercó un vaso de agua y se tomó un antiinflamatorio. Mientras se lo tragaba su mente regresó a aquella fatídica tarde de invierno.

«La tarde en la que salió volando por los aires envuelta en la espesa ventisca.

Cuando esa tarde de invierno despertó, no recordaba nada, o más bien nada de lo ocurrido en las últimas horas. Se encontraba tumbada en una camilla, la luz de un fluorescente del techo le hacía entornar los ojos. Un par de cortinas parduzcas la separaban de lo que le parecía una sala de urgencias. Medio desorientada pensó en el por qué de encontrarse yaciendo en esa camilla. Se esforzó y consiguió recordar cómo salió volando por los aires

cuando trataba de bajar esa maldita pista “no, no me he matado” se dijo a sí misma. Porque fue lo último que pensó mientras se vio flotando ingravida por el aire, pensó que iba a morir. ¿Dónde estaba? Se preguntó a sí misma aunque sin demasiada convicción. La cortina se movió levemente y a continuación una mano la corrió hacia un lado. La cara que apareció hizo que una ola de tranquilidad le invadiera el espíritu, un tsunami de alivio apareció tras ese rostro. Era Antonella. Su querida amiga Antonella.

—¿Estoy viva? —preguntó Paz.

—Si no creyera en los milagros no sería capaz de contestarte —una sonrisa enorme se dibujó en la preciosa cara de Antonella. Se abrazaron con intensidad y cariño. El dolor se agudizó en todo el cuerpo de Paz, pero no quería soltar a su amiga. Estaba terriblemente aliviada.

Antonella se sentó en el borde de la camilla y cogió la mano de Paz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Paz.

—Estábamos todos abajo esperándote y no te veíamos. Empezamos a chillar, a llamarte entre la nevada para orientarte pero no había respuesta. Así que al final los chicos se quitaron los esquís y subieron a pie la pendiente. Y ahí apareció tu ángel de la guarda. Te encontraron enseguida. Estabas inconsciente tirada en el suelo. Te cogieron a peso y te bajaron hasta el aparcamiento como pudieron. Y te trajimos hasta aquí —le explicó con detalle Antonella—. Suerte que estabas cerca del final de la pista, que si llegas a estar más arriba igual ni te encontramos y apareces al día siguiente muerta y congelada...

Paz mostró una mueca indefinible e insolente.

—¿Dónde estamos?

—En urgencias del hospital.

—Vaya... —dijo medio reflexionando, medio hablando en voz baja Paz. Los antisépticos empezaron a rozarle la pituitaria. El olor característico a hospital, los ruidos y voces que se oían tras las cortinas del box, algún grito de dolor, las carreras de las sillas de ruedas arriba y abajo la acabaron de situar.

—¿Me he roto algo?

—No, tu ángel de la guarda ha hecho un trabajo impecable. Solo tienes un par de golpes y un ojo morado.

Instintivamente Paz se llevó la mano a sus ojos. Los tanteó y de pronto le sobrevino un dolor agudo de su ojo derecho. Ese debía ser el ojo afectado, parpadeó varias veces sin percibir ninguna pérdida de visión. Suspiró

aliviada. Descolgó sus piernas en el borde de la camilla y miró a su amiga con una sonrisa.

—Anda, vamos al hotel, que no tengo nada.

Antonella intentó frenar a su amiga, pero estuvo lenta de reflejos. Trató de impedir que se pusiera de pie, aunque fue en balde. Paz se irguió sobre sus piernas pero de inmediato perdió toda la estabilidad. Sintió como si alguien le serrara la cintura, sentía que la cercenaban en dos, como si le perforaran las lumbares a puñaladas. El intensísimo dolor la hizo desfallecer. No llegó a golpearse contra el suelo gracias a que Antonella le asió por las axilas.»

Paz regresó de sus recuerdos al momento en que vivía. Volvió a la realidad de su trabajo, al hoy, al hospital, a ese martes de octubre. Estaba en el office de la unidad, de una mañana que le tocaba librar y el dolor de la espalda comenzaba a cederle. Desde aquel maldito accidente no había un solo día en que no le doliera la espalda. Seis años de dolores más o menos insufribles que le habían cambiado la vida por completo. Los analgésicos que le recetaban no le hacían nada, o mejor dicho, le aliviaban por poco tiempo. Apenas notaba mejoría con lo antiinflamatorios. Algunos días eran insoportables, de hecho, por culpa de esa cruz, había cambiado hasta el carácter. Ahora era mucho más arisca, más borde y más egoísta con lo suyo. Susceptible en ocasiones y malsufrida casi siempre.

Se levantó de la silla y continuó con su trabajo de la mañana. Eran cerca de las doce y tocaba repartir la medicación a sus pacientes.

A pesar de su dolencia y de la incapacidad de las pastillas por quitarle el dolor, afortunadamente había conseguido aligerar la carga. Por suerte era enfermera y eso le ponía en un lugar privilegiado para luchar contra esa vicisitud. Fue hasta su carro de medicación y comenzó a preparar los fármacos de los pacientes. Pastillas, sueros y demás parafernalia iba siendo administrada a los enfermos. Paz se demoró algo más de la cuenta en uno de ellos. Ese paciente llevaba prescrita una medicación que a Paz le llenaba de sosiego, de bálsamo y de consuelo. Cargó la jeringa con el líquido del vial preocupándose por coger tan solo la mitad del mismo. Con el resto del medicamento cargó otra jeringa exactamente igual, y tras mirar a un lado y a otro del pasillo se la guardó en el bolsillo de su pijama. Tranquila por no haber sido vista continuó repartiendo la medicación al resto de pacientes. Al acabar se fue al baño de la planta y se cerró con llave. Sacó la jeringa con el fármaco de su bolsillo y se la pinchó en su muslo izquierdo. Apenas entró el

líquido en su cuerpo comenzó a sentir un desahogo conocido. Como cada vez que se lo pinchaba. Era consciente de su adicción a ese medicamento, *petidina* se llamaba, y era un fármaco derivado de los opiáceos. Estaba enganchada, pero era la única manera de poder seguir con su vida, de poder seguir adelante. Lo había intentado dejar pero las recaídas eran más profundas. Tal vez por el dolor o bien por el síndrome de abstinencia y no quería volver a pasar por eso. Prefería robar a escondidas ese medicamento y pinchárselo como una yonqui cualquiera. Sí, era eso lo que prefería. Cada vez que estaba de turno intentaba surtirse de varias dosis. Las ampollas estaban bajo llave y cuando se administraba se debía cumplimentar una ficha de control de estupefacientes. Ella no los robaba directamente, lo que hacía era quedarse con una pequeña parte del medicamento que debía administrar a los diferentes enfermos. Cada vez que estaba de turno hacía acopio de todas las dosis que le fueran posible, así conseguía tener un botiquín de primeros auxilios en su casa la mar de surtido. Siempre vigilando que no hubiera moros en la costa, había conseguido estar alerta ante posibles miradas curiosas e indiscretas. Hasta la fecha nadie la había pillado. Como siempre trabajaba en manga corta nunca se pinchaba en los brazos, hubiera sido muy incómodo dar explicaciones de las picadas, así que se pinchaba en los muslos o en la barriga. Afortunadamente para Paz ese medicamento se podía pinchar en casi cualquier parte del cuerpo.

Salió del baño del control de enfermería. Disimuladamente se deshizo de la aguja y la jeringa, lanzándolas al contenedor de objetos punzantes, y continuó con su trabajo. Al concluir su jornada regresó a su casa y no le quedó más remedio que comer de pizza congelada, era lo único que tenía comestible. Puso el horno a calentar y se sentó agotada en la silla de la cocina. Apoyó los antebrazos en la mesa de madera y acurrucó su cabeza entre ellos a modo de almohada. Aún con los ojos abiertos soñó con sus primeros años de vida.

«Soñó cómo era su infancia, cómo esos primeros años habían estado ligados a una amistad verdadera y profunda con su vecina Antonella. Eran de la misma edad y vivían en el mismo barrio. Jugaban juntas de pequeñas en la calle (cuando los padres aún se fiaban de que sus hijos jugaran en la calle). Compartieron guardería, colegio e instituto, siempre fueron juntas a todo. Hacían los trabajos del colegio a medias, se reunían en casa para estudiar, iban a repaso en verano si era necesario. Si una se dejaba la merienda la otra le cedía la suya sin rechistar. Algo que parecía obligado, como si no hacer eso fuera lo extraño. Compartían todo lo que se puede compartir en la juventud:

sueños, ilusiones, utopías y quimeras. Nada más y nada menos. Pero a pesar de esa sincronía tenían una gran diferencia. Un abismo social las separaba. Antonella era ante todo una belleza, cualquier chico que se cruzara en su camino se la quedaba mirando, sin embargo, Paz no era más que la amiga normalita de la tía despampanante. “Los chicos son gilipollas, ya se darán cuenta de que no todo es la fachada”, se decía Paz a sí misma por aquella época. Pero no era eso lo que sentía que la separara de su amiga. Para Paz el principal escollo entre ellas era su condición social. Paz provenía de una familia humilde, de padres trabajadores que no tenían más que estudios primarios, y que se dedicaban a trabajar en el turismo. Antonella sin embargo, venía de una familia pudiente, con un gran patrimonio y una gran fortuna acumulada generación tras generación. Antonella era una buena persona pero era extremadamente caprichosa con lo que le apetecía. En su familia la habían mimado desde pequeña, siempre conseguía lo que quería. Y Paz no podía seguir ese ritmo, siempre intentaba imitar a Antonella. Ropa, música, bolsos, pero casi nunca disponía de dinero y se las tenía que ingeniar para estar a la moda. Un estilo que irremediablemente le marcaba Antonella. En aquellos tiempos apenas había falsificaciones de marcas. Era muy raro ver a alguien vendiendo bolsos o relojes por las esquinas. Así que Paz buscaba entre las ropas de las tiendas del barrio las que más se parecieran a las que debía llevar para salir con Antonella. E incluso si era necesario hacía de modista copiando patrones del *Hola* o del *Lecturas*. La cuestión era no defraudar a su amiga. La finalidad de todo era que nada ni nadie las separara.»

Cuando la pizza estuvo lista la sacó del horno quemándose los dedos. Se sentó a la mesa, abrió una lata de *Coca Cola Zero* y sosteniéndola en la mano se quedó mirando al vacío. En ese momento recordó de nuevo a su amiga Antonella. Su desaparición de hace medio año le sobrevino como un edificio derrumbándose sobre su alma. Una lágrima cayó sobre la pizza.

11:00

Roberto salió de la oficina a tomar algo. Llegó al bar de siempre y se pidió un agua fría y un bocadillo de atún. Procuró guardar su corbata para que no rozara el aceitoso plato. La lanzó hacia atrás sobre su hombro.

Extrañamente el atún le hizo recordar la tarde anterior. Había salido a correr, apenas 10 kilómetros a un ritmo más bien bajo. No estaba nada satisfecho de su entreno pero no había podido ir más rápido, aunque al menos sí que había hecho la distancia que se había programado. Lo que le sorprendió de la tarde le ocurrió cuando volvía de regreso, a la altura del pequeño puerto del Portixol. Regresaba de Palma hacia su casa. Roberto vivía en un piso pasado el barrio del Molinar.

Esa tarde en vez de seguir su recorrido habitual sin salirse de una imaginaria línea paralela al carril bici, decidió desviarse de lo habitual. Cambiar un poco sus repetidas pisadas. A la altura del club náutico del Portixol giró a su derecha, metiéndose en la carretera que bordeaba un pequeño istmo de tierra que envolvía con formas casi mágicas viejas casas de pescadores y un hotel añejo. Roberto ya había bordeado casi el hotel cuando se topó con una imagen insólita y singular. Fueron pocos segundos. Como un flash. Aunque estuvo dándole vueltas a esa imagen hasta que llegó a casa. Un anciano enjuto y encorvado se encontraba en el estacionamiento que hay en la zona de los pescadores junto a lo que parecía su coche. Al pasar vio el maletero abierto y el anciano junto a él. Un viejo *Seat Fura* de color azul oscuro con más óxido que un viejo buque de guerra. El maletero se mostraba abierto de par en par. En su interior pudo observar como se acumulaban montones de botellas de plástico recortadas y rellenas de lo que parecía, por la peste que le llegó a Roberto, comida para gatos. El hombre sacó un par de esas apestosas botellas y las dejó en el suelo junto a una sigilosa y hambrienta comunidad de gatos callejeros.

Roberto estuvo pensando en ese hombre, en lo que habría vivido hasta verse alimentando gatos callejeros en un muelle de pescadores dejado de la mano de Dios. ¿Tendría familia?, ¿amigos?, ¿sabría alguien de su pasatiempo gatuno? Tras llegar a casa y ducharse aún le daba vueltas a lo del anciano con los gatos. Con la cabeza llena de jabón salió de la ducha y se miró a los ojos en el espejo. Cara a cara con él mismo, a solas y en la más cerrada intimidad. Un reguero de jabón le corría el entrecejo. El suelo del baño se convirtió en un charco. «No pienso acabar solo, sin amigos y teniendo que alimentar gatitos callejeros para pasar el tiempo. Pienso formar una familia, tener hijos y educarlos lo mejor que pueda», recitó en voz alta. Era un ejercicio que repetía con asiduidad, hablar en voz alta mirándose al espejo, le ayudaba a interiorizar sus ideas, a reafirmar lo que quería conseguir en la vida, o

simplemente al día siguiente. Se repetía a diario diferentes frases, como mantras profundos que por haberlos repetido hasta la extenuación se convertían en realidad. Hablar consigo mismo, a solas, le producía cierto sosiego. Solía pensar que era como cuando los creyentes le hablaban a Dios en las iglesias, cuando se encomendaban a Él para conseguir protecciones, curaciones de enfermedades o hasta trabajo para los hijos. Roberto tenía bastante claro lo que quería en su futuro, incluso sabía de qué manera lo iba a lograr. No era nada raro, más bien todo lo contrario. Formar una familia, tener hijos, educarles, crecer junto a ellos como persona... Nada que no deseara el más normal de los hombres. Nada tenía de diferente al común de los mortales salvo por una peculiaridad. Algo que hacía que sus deseos de futuro fueran diferentes al de la mayoría de los hombres.

Se acabó el bocadillo de atún sin mancharse lo más mínimo. Era impoluto y perfecto hasta en eso. Al volver a la oficina pasó junto a un escaparate oscuro que reflejaba su imagen. Se contempló un par de segundos, no más de lo necesario para que la gente no pensara que era un tipo petulante o vanidoso. Lo que vio le satisfizo. Vio a un tipo robusto, con el pelo castaño y ondulado, unos ojos color miel, una sonrisa blanca y radiante y un metro ochenta de estatura. Con un leve movimiento de la ceja se saludó a sí mismo. Continuó caminado hasta la oficina. Justo antes de entrar sacó su *iphone* del bolsillo y hábilmente abrió un programa que tenía instalado. Un programa que él mismo había creado para cubrir sus necesidades. Comprobó que todo estaba bien, bajo control como dirían algunos. Cerró de nuevo la aplicación y se guardó el móvil en el bolsillo.

El resto de la mañana transcurrió con normalidad, no había demasiado trasiego. Clientes que ingresaban cheques, otros que pagaban recibos no domiciliados, algunos que pedían información sobre préstamos personales y unos pocos que vinieron a quejarse por las comisiones cobradas que les parecían abusivas. A todos trataba con clase y simpatía. Ninguno de los clientes que trataba con Roberto se marchaba con mal sabor de boca, incluso los que venían cabreados por las comisiones que les habían cobrado. Todos salían con media sonrisa en el rostro y la sensación de que dejaban sus ahorros en buenas manos. La certeza de que ese chico era de fiar. Era como si los hipnotizara. Para un observador que mirara desde un agujerito al otro lado de la pared, podría resultar hasta paranormal, pero es que Roberto era especial. Un ser único y excepcional. Era un embaucador profesional.

Cerca de la una del mediodía el director de la sucursal salió de su oficina para hablar con Roberto, en esos momentos no había nadie, tan solo ellos dos. Se puso la chaqueta mientras se acercaba con una sonrisa afable en la cara.

—Bueno Roberto, creo que te voy a dejar. He quedado con unos antiguos compañeros para comer y si no salgo ya, no llego ni a los postres.

—Tranquilo jefe, puede irse que ya me encargo yo de cuadrar y de cerrar el chiringuito —le terció Roberto con un pequeño guiño.

—Eres un sol. Antes de que me jubile recuérdame que te recomiende —dijo medio riendo el director de la oficina. Caminó hasta la puerta y abriéndola se giró hacia el joven empleado.

—*Ciao bambino*, hasta mañana *per la matina* —soltó con tono burlesco el director.

—*Ciao capo*.

Roberto observó cómo se alejaba su jefe a través de las cristaleras. Siempre le hacía lo mismo, si no era una comida de antiguos compañeros, era para acompañar a su mujer al médico o para llevar al perro al veterinario. La cuestión era que se escaqueaba todo lo que quería y más. No pegaba palo al agua y tenía la oficina desatendida. Sus jefes de zona ya le habrían puesto firmes si no fuera por Roberto. Le sacaba todo el trabajo y conseguía, él solo, que la oficina estuviera en un puesto medio con respecto a las otras oficinas de la zona. Ni muy arriba, ni demasiado abajo. Justo lo ideal para pasar desapercibidos. Justo lo que Roberto necesitaba. Y su jefe encantado, le idolatraba por su eficiencia.

Cerca de la hora del cierre llegó un matrimonio a la oficina, Roberto les esperaba. Tal como habían quedado llegaron a la hora acordada. Y todo ocurrió como él esperaba que ocurriera.

El matrimonio se sentó frente a la mesa del chico, como otros muchos habían hecho. Roberto había hablado con ellos en numerosas ocasiones, desde que una mañana acudieron a la sucursal pidiendo información para colocar unos ahorros en algún producto con buen interés. Les había escuchado, ofreciéndoles varias ofertas, pero al final decidieron escoger el producto que Roberto quería. «Esto no lo vayan diciendo por ahí, porque el banco no lo está publicitando, pero existe un producto que solo ofrecemos a los clientes de banca privada. Un producto sin riesgo de inversión, en el que todo el capital está garantizado, con abono trimestral y unos intereses que rondan el 7% TAE. Creo que así como están las cosas es un depósito espectacular. Lo podemos

hablar un día con tranquilidad en la oficina, vengan cuando quieran pero a última hora mejor. Siempre hay menos gente y estaremos más tranquilos para hablar».

Esto le había contado la semana anterior al matrimonio al cruzarse con ellos frente a la panadería del barrio. Ya lo tenía pensado, Roberto siempre lo tenía todo bajo control, no se saltaba los pasos bajo ninguna razón. Tenía pensado hacerse el enconradizo y explicarles de manera subrepticia lo que hacer con sus ahorros. El matrimonio escuchó atento a las explicaciones técnicas que el joven les recitaba tras su mesa de madera, como otros muchos habían hecho. Les imprimió un montón de papeles que el matrimonio firmó sin apenas rechistar. Acaban de transferir todos sus ahorros, todo el dinero guardado durante su vida, a ese maravilloso depósito bancario. Lo dejaban todo en manos del banco, a cambio de unos intereses más que óptimos, para tener una jubilación tranquila y holgada, al igual que un sinfín de matrimonios habían hecho anteriormente. Pero había algo que no sabían, ni ellos ni toda la gente que había pasado por esa oficina. Y en concreto por la mesa de Roberto. Los ahorros no los habían transferido al depósito del banco, los habían transferido al propio chico. Ese matrimonio que tenía frente a él, le acababa de entregar toda una vida ahorrada a base de esfuerzo y sacrificio. Ese matrimonio acababa de entregar todo su dinero a Roberto, como tantos otros.

La sonrisa del joven era enorme, transmitía satisfacción, seguridad y solidez. El matrimonio cruzó sus miradas y también sonrieron satisfechos. Contentos de hacer negocios con Roberto, como no podía ser de otra manera.

12:00

Hacía muchas horas que el comisario estaba por el mundo. Había llegado a su despacho de la comisaría cerca de las siete. Aún estaban los del turno de noche, los saludó cordialmente y se metió en su despacho. Le gustaba llegar temprano, apenas había tráfico en el centro de Palma y el silencio de su departamento le permitía concentrarse en asuntos pendientes y planificarse el día de la mejor manera posible. Tenía un ambiente tranquilo y solitario para él solo. Subió las cortinas del ventanal que tenía tras su mesa y observó el exterior. Una hermosa vista del Paseo Mallorca, el torrente de Sa Riera que

bajaba con un caudal pequeño daba cierto frescor a la estampa. Taciturno y con rostro serio se paseó por su vacío departamento.

Sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta y se encerró en su despacho. Era mediodía, el bullicio y el ruido de todos sus hombres se le hacía insoportable. Cerró con llave y encendió su tabaco rubio. Desde que habían puesto aquella absurda ley que impedía fumar en el interior de los edificios públicos había adoptado la costumbre de encerrarse y fumar a escondidas. Como si fuera un bandido o un ladrón a los que ellos mismos perseguían. Todo el mundo sabía que fumaba pero le daba igual, a nadie se le ocurriría llamarle la atención, al fin y al cabo era el jefe, y se gastaba un carácter de mil demonios. Ya se cuidarían de decirle algo, pensaba.

Se llamaba Jesús Amorebieta y era comisario de la Policía Nacional. Mientras fumaba se acercó al gran ventanal que daba al paseo y se vio reflejado en el cristal. Era más bien bajito, con canas en los laterales de su cabeza que le daban algunos años más de los que realmente tenía. Aunque estaba cerca de la jubilación aún no pensaba en ella. Se sentía joven aunque cansado, una contradicción en sí misma se decía, pero así era la vida. El comisario Amorebieta era un tipo irónico, a ratos sarcástico, déspota en ocasiones y frío y concienzudo en el trabajo. Aunque a veces dejaba hueco para ser corrosivo y escéptico a más no poder. Era lo que la vida le había hecho. Lo vivido había modificado y transformado su carácter juvenil. Aunque en sus años mozos siempre fue algo canalla, ahora era menos condescendiente con la sociedad que le rodeaba, o quizás simplemente ya no le diera todo igual. Ahora ya no aceptaba nada que no creyera como correcto. No transigía con nada que no estuviera acorde con lo él suponía que se debía hacer. Dejó de contemplar el ventanal y se giró mirando su mesa de despacho. En su silla de cuero negro colgaba del respaldo una gastada y antigua chaqueta de ante color marrón claro. Una chaqueta que le regaló su mujer hacía más de veinte años. Ahora ya no recibía regalos de nadie, de hecho, ahora ya no tenía ni mujer.

El comisario Amorebieta era un hombre con principios muy fuertes. No es que opinara sobre todo, ni mucho menos, era más bien escueto en sus opiniones, pero las cosas en las que creía las defendía ante quien fuera. Y ahora estaba tremendamente defraudado. No era capaz de encontrar una causa única, pero se sentía desilusionado y estafado por todo el mundo, por la gente, por el sistema y por los gobernantes. Estaba quemado. Se sentía engañado.

Se sentó ante su escritorio y comenzó a rellenar un formulario extenso. Escribía y relataba lo ocurrido el día anterior en uno de los barrios más deprimidos de la ciudad. Estaba redactando el informe del suceso al que había tenido que acudir.

Recordó como a media tarde del día anterior le llamaron al móvil. El comisario Amorebieta odiaba esos aparatos, desde que habían aparecido no le habían dado más que trabajo, disgustos y dolores de cabeza. Los maldecía cada vez que sonaban cerca de él. Cuando contestó la llamaba, no le quedó otra que acudir allí donde le reclamaban. Cogió su chaqueta de ante y se dirigió con el coche hasta un barrio a las afueras de Palma. Cuando llegó a los alrededores de un desvencijado edificio se encontró el circo ya montado. Cinco o seis coches patrulla estacionados con las luces destelleando y dando vueltas sin parar, una UVI móvil sobre la acera, una dotación de bomberos junto a la fachada del inmueble. Y gente, muchas personas alrededor mirando y curioseando, como hienas que huelen la sangre. Al igual que las alimañas que buscan las desgracias de sus presas para alimentarse. Así veía el comisario Amorebieta a los espectadores que asomaban el hocico en los asuntos que no les atañían. Por lo visto en los bajos de la finca había un estanco y dos chorizos de poca monta habían entrado a robar. La dueña se había resistido y los que paseaban por la calle habían avisado enseguida a la policía. La cosa se había complicado al llegar un agente que estaba por el barrio con su motocicleta. A los dos ladrones, al verse acorralados por los gritos de la dueña y el policía que les entraba por la puerta, no se les había ocurrido otra que encerrarse en el estanco y coger a la pobre señora como rehén. Cuando llegó el comisario Amorebieta el secuestro llevaba casi una hora. Los dos chorizos atrincherados en el estanco aún no se habían puesto en contacto con los policías de afuera. Así que nadie pudo explicarle al comisario que era lo que querían los dos ladronzuelos. Tras escuchar las explicaciones de varios agentes el comisario tomó el mando de la situación. Cogió un megáfono y gritó a los de dentro del estanco que un negociador iba a acercarse hasta la puerta para hablar con ellos. Sin esperar respuesta de los secuestradores, el comisario Amorebieta cruzó el cordón policial que formaban los diferentes coches patrulla frente al estanco y se plantó a pocos metros de la puerta. Los dos secuestradores asomaron sus caras a los ventanales del local observando al comisario. En sus caras se veía la confusión y perplejidad ante la estampa de ese hombre que avanzaba con los brazos en alto.

—No voy armado, dejadme entrar para que podamos negociar una salida a esta historia —dijo en voz alta Amorebieta.

Ambos cacos parapetados tras los carteles de publicidad de las diferentes marcas de cigarrillos se cruzaban miradas nerviosas.

—No compliquéis las cosas, nos os jodáis más la vida. Dejadme entrar para que podamos arreglar esto.

El comisario Amorebieta miró fijamente a los ojos de los dos tipos. Concluyó que no debían ser más que dos desgraciados. Un par de fulanos que se habían liado intentando robar cuatro euros. Por las pintas que podía observar el comisario, parecían de etnia gitana, muy delgaduchos y con los pelos largos y sucios. En su análisis rápido el comisario pensó que lo más probable era que el dinero lo quisieran para meterse. Tenían una pinta de toxicómanos que tiraba para atrás.

El instante de vacilación entre los dos secuestradores fue la señal que estaba esperando el comisario. Avanzó unos pasos, sereno y con las manos en alto, hasta que entró en el estanco. La cara de los raptos era de sorpresa e inquietud mayúscula. Era un local de apenas veinte metros cuadrados, con un mostrador central tras el cual se disponían en un mosaico colorista casi todas las marcas de tabaco conocidas. El comisario se quedó parado en medio del local, a un lado estaba uno de los secuestradores sujetando a la asustada señora por la espalda. La puerta del estanco se cerró sola. El otro ladronzuelo se encontraba en el lado opuesto y en su mano temblorosa sujetaba un cuchillo de cocina de dimensiones nada desdeñables. El inconfundible olor a tabaco prensado del interior del local abrió sus sentidos. El comisario Amorebieta miró a un lado y a otro haciéndose una composición de la situación. Desde la calle había sobrevalorado a los dos maleantes. No eran más que dos gitanillos asustados que se les había ido el negocio de las manos. El comisario bajó las manos y sacó uno de sus cigarrillos de su chaqueta.

—Supongo que aquí se podrá fumar, ¿no? —dijo sosteniendo un cigarrillo con los labios mientras mostraba media sonrisa sagaz.

Ni los dos chorizos, ni la dueña del estanco, dijeron esta boca es mía. Encendió el cigarrillo y tras exhalar el humo con sosegada pausa se dirigió a la concurrencia.

— ¿Por qué no dejáis que esta buena mujer se vaya? —lo dijo sin mirar a ninguno de los dos secuestradores.

Nadie dijo nada, el temblor del chico que sostenía el cuchillo se hizo más

que patente. Tras varias caladas el comisario apagó la colilla apenas consumida pisándola en el suelo y se dirigió con pasos lentos hacia el secuestrador que mantenía retenida a la dueña del local. El gitanillo tenía sujeta a la pobre mujer por el cuello, en un abrazo poco afectivo. La mujer sollozaba al borde de la histeria casi sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. El comisario se colocó frente a la extraña pareja, apenas un metro los separaba.

—Bueno, ¿qué hacemos chaval?

El gitanillo se removió tras la señora, no decía ni mu, se le veía acojonado, desbordado por el lío en el que se habían metido. Justo cuando el chico miró hacia la calle, justo en ese preciso momento, en ese pequeño descuido, el comisario Amorebieta con un gesto rápido y experimentado le cogió del antebrazo que atenazaba el cuello de la dueña del estanco. Lo retorció de forma tan violenta y brusca que el gitanillo no tuvo más remedio que soltar a su presa. El chaval cayó de rodillas retorciéndose de dolor y un grito desgarrado rompió el silencio del local. La mujer, al verse liberada, corrió como un demonio hacia la puerta. Salió huyendo con un portazo y al cabo de unos instantes se oyó un alarido del exterior, era la mujer que sacaba todo su nerviosismo fuera de su ser. También se oyó como la muchedumbre agolpada en el exterior rompía en un sonoro aplauso al ver liberada a la rehén. El comisario Amorebieta seguía manteniendo el brazo del ladrón en una posición antinatural, las lágrimas del chico surcaban sus mejillas y la respiración se le había acelerado de manera alarmante. Estaba a punto de caer desmayado por el dolor. El comisario, sin girarse a mirar hacia el otro ladrón, sabía que estaba petrificado en la otra punta del estanco. Como los buenos toreros sabía cuando podía dar la espalda a un morlaco. Y ese gitanillo en la otra punta del estanco, pese a tener un cuchillo en sus manos, no pasaba de novillo.

Cuando consideró que ya tenía al ladrón del brazo retorcido derrotado y fuera de combate, lo liberó de la presión y lo dejó caer al suelo. El chaval se retorció de dolor pero apenas murmuraba un quejido. Había perdido todas las fuerzas. El comisario se giró de inmediato y se dirigió hacia el otro chaval que aún mantenía sujeto el cuchillo. Cuando estaba a poca distancia, el gitanillo levantó su mano libre y, en un gesto parecido al de un guardia de tráfico cuando detienen la circulación, levantó su brazo tratando de impedir lo que se le venía encima. Pero no estuvo a tiempo. Dos pasos más tarde, el comisario

sin mediar palabra, y sin tampoco aspavientos, le soltó un bofetón con la mano plana en todo el rostro. Una hostia con la mano abierta, desplegando toda la fuerza y la inercia posible, de arriba hacia abajo. El impacto hizo que el gitanillo se tambaleara y que un agudo pitido apareciera en su oído. Soltó el cuchillo para poder sujetarse al mostrador y no caer de bruces. El chaval medio recostado en el mostrador y con los dos manos en el lateral de su cara vio como ese hombre más bien mayor, con esa chaqueta de ante antigua, recogía el cuchillo y sin girarse a mirarlos, salía del estanco dejando la puerta abierta tras de sí. Unos instantes después el local se llenó de agentes uniformados para detenerlos.

El comisario Amorebieta acabó su informe y lo firmó. Evidentemente maquilló con eufemismos la violencia utilizada para resolver la situación. Obvió alguna que otra parte políticamente incorrecta y adornó lo que quizás no había sucedido. Lo importante, al fin y al cabo, era que la señora secuestrada estaba sana y salva, y los dos chorizos detenidos. Lo demás eran chorradas que no venían a cuento. Que más daban las formas si el fondo era el correcto. Miró su reloj de pulsera. La hora de comer se acercaba.

Salió a la calle, no hacía frío pero tampoco calor, aún así se puso su querida chaqueta de ante marrón y caminó Paseo Mallorca arriba. De un tiempo a esta parte el perímetro abdominal le había crecido gradualmente, no importaba ser un lince para ver una incipiente barriga cervecera. Amorebieta lo notaba al intentar abrocharse las chaquetas. Desde el invierno anterior ya ni lo intentaba, se sentía incómodo, pero tampoco había puesto remedio para intentar adelgazar. Por ahora no entraba en sus planes. Afortunadamente ese mes de octubre estaba siendo bastante cálido.

Caminó hasta las avenidas y allí giró a su derecha dirección a los juzgados de Vía Alemania. Sitio sobradamente conocido para el comisario pero hoy no se acercaba por trabajo. Había quedado para comer con un viejo amigo.

Apenas esperó unos minutos. El amigo del comisario salió de los juzgados y juntos se encaminaron hacia el restaurante. Doblaron varias calles y entraron en la *Cosa Nostra*, frente al edificio de la Delegación de Hacienda de Palma. Un restaurante italiano decorado a lo mafioso. Ningún escenario mejor para que comieran el comisario y su amigo, que se dedicaba a la judicatura. Un juez y un comisario de la policía comiendo en un local llamado la *Cosa Nostra*, tenía miga la cosa. El juez pidió un *tártar* de buey y el comisario se decidió

por una lasaña vegetal. Una botella de vino mediaba entre ambos.

—¿Sabes qué es lo único importante? —El juez miró al comisario mientras se llevaba la copa de vino a sus labios—. La amistad sin duda alguna, la amistad —dijo como si dictara sentencia. El comisario lo observaba con los ojos entornados. Siempre escuchaba con atención a su viejo camarada.

El juez era un tipo delgado, bajito, y lleno de un nerviosismo vital que le hacía no parar de barruntar y pensar en los más diversos temas. El comisario Amorebieta lo conocía de tiempos inmemoriales y en sus recuerdos siempre había sido calvo. Tenía un don de palabra dogmático y atractivo. Desde la primera vez que se cruzaron en un juicio habían congeniado y a fuerza del roce no tuvieron más remedio que hacerse amigos. Para Amorebieta era una de las pocas personas en las que confiaba de verdad.

—Estoy harto de verlo en los juicios, las familias se despedazan entre sí por herencias, los matrimonios se tiran las vergüenzas a la cara sin el menor tapujo, unos traicionan a otros y todo sin la menor contemplación... excepto los amigos. Los amigos de verdad, los puros, los que lo sienten realmente son los únicos que yo he visto mentir en un juicio para salvar al amigo en cuestión. Son capaces de arriesgar su propio pellejo por su amistad. Y de esos hay pocos, quizás los pueda contar con los dedos de esta mano —dijo elevando su mano izquierda en el aire.

Jesús Amorebieta lo contemplaba cual alumno aplicado atiende al profesor sabio subido a la tarima. A él le sobrarían dedos, barruntó el comisario.

—Por cierto, ayer tuviste faena ¿verdad? —preguntó malicioso el juez.

—Algo hubo.

—Por los calabozos andan diciendo que alguien utilizó demasiada fuerza con dos presuntos delincuentes.

—La gente habla sin saber camarada —contestó taciturno el comisario.

—Eso pienso yo. Si hiciéramos caso a todo lo que se cuenta por ahí... Cambiando de tema Jesús, llevo un tiempo observándote y te estás dejando un poquito. Te lo digo con todo el cariño, pero esa barriga tuya lleva unos meses sin cesar de crecer. No debemos descuidar nuestra mente ni nuestro cuerpo, si no estamos expuestos a la extinción como personas de buen parecer como las que somos.

—Tienes razón, llevo unos meses que no me apetece hacer nada. Pero qué pasa si uno se deja llevar por la edad y los excesos, al fin y al cabo todos nos

vamos a morir. A mi ya me da todo lo mismo —sentenció el comisario Amorebieta.

En ese momento se hizo un silencio, no era nada incómodo para los dos amigos. Cada uno pensaba en lo suyo y en lo del otro, en sus cosas comunes. El camarero retiró los platos y les ofreció los postres.

—No será todo por culpa del caso de la chica —arguyó el juez, reflexionando en voz alta. Se llevó una cucharada de flan a la boca que unos segundos antes había servido el camarero.

Jesús Amorebieta no dijo nada, pero mudó su cara diciendo mucho más que cientos de palabras juntas. El juez lo captó al instante.

— ¡Por Dios! Déjalo ya. Déjalo estar Jesús. No vas a arreglar nada dando vueltas a esta historia. Tienes que pasar página o este caso acabará contigo — el juez gesticulaba con ambas manos mientras aleccionaba a su amigo.

—No puedo, te juro por lo que más quieras que lo he intentado, pero no puedo... —la voz le salió queda y profunda, como si hablara para sus adentros, como si quisiera convencer a sus miedos y sus ansias de que le dejaran en paz—. Es que sé que tengo la solución delante de mis narices. Sé que tengo la respuesta a la vuelta de la esquina, pero aún no he encontrado la fórmula para dar con ella. No, no lo puedo dejar aún, debo seguir y averiguar qué le ha ocurrido a esa chica.

—Pero si ya han pasado... ¿Cuánto? ¿Seis meses de su desaparición? Si estuviera andando por ahí, alguien ya la habría visto... Con la que se montó en la tele cuando desapareció, que salía su cara en casi cada telediario, para pasar desapercibida, ¿sabes? —dijo el juez—. Sinceramente Jesús, yo creo que a esa chica la han matado y el cuerpo andará por ahí escondido, si no ya habría aparecido, o al menos tendrías alguna pista que seguir. Así que no hay más, no hay cuerpo, no hay sospechoso, no hay caso para ti. Déjalo estar, no le des más vueltas y a otra cosa mariposa. Que va a acabar contigo, ¡coño!

Jesús daba vueltas al café con la cucharilla. La mirada la mantenía fija en la elipse aromática que formaba la espuma cremosa del café.

—Que aparece alguna pista de la chica, pues retomas el caso. Que no aparece nada, pues continúa con tu vida hombre —continuó el juez—. A las últimas cenas que te he invitado no has venido, ni siquiera subiste este verano a la casa de la playa. No me coges la mitad de las llamadas que te hago y cuando hablamos casi te tengo que sacar las palabras a la fuerza. ¡Joder! Que parece que estoy hablando con un imputado de esos que me vienen a ver a

diario. No me cuentas nada, no sé lo que te pasa por la cabeza, lo que piensas, lo que te preocupa... Y eso hace que yo me agobie por ti. Tienes que intentar cambiar el chip. Darle la vuelta a la tortilla y tirar para adelante que la vida son dos días Jesusito.

El comisario Amorebieta levantó la vista y miró a su amigo el juez. Quebró su rostro con media sonrisa dura e irónica. Dio un sorbo a su café y con un leve chasquido de sus labios se dirigió al juez.

—Lo sé. Sé que esta historia puede cavar mi tumba, pero también que puede ser el caso con el que ponga la guinda a mi carrera como policía.

Se miraron a los ojos fijamente. Cualquiera que pasara en ese momento podría asegurar que se estaban retando a un duelo, aunque entre ellos no había nada más lejano que un posible enfrentamiento.

—Sinceramente Jesús, ¿por qué leches sigues con esto? Qué pasa, ¿no tienes más trabajo o qué? —preguntó el juez secándose las comisuras de la boca con la servilleta.

—No, no es eso. Trabajo tengo para parar un tren. Lo que ocurre es que el caso de la chica desaparecida lo tuve en mis manos, estuve a punto de resolverlo y se me escapó... Como cuando coges arena entre las manos, y crees que tienes un buen puñado, de pronto miras y te das cuenta de que se ha escapado entre los dedos.

El camarero les trajo la cuenta.

—Además estoy seguro de quién fue el responsable de la desaparición de la pobre Antonella —dijo seguro Amorebieta—. Apostaría mi brazo derecho sin miedo a perderlo a que fue él.

—¿Quién? ¿El chaval de los interrogatorios?

—Sí, estoy seguro de que fue el responsable de todo.

—Jesús, no pudiste demostrar nada hace seis meses. El chico tenía una coartada muy sólida y, además, se le veía muy afectado. Sinceramente afectado. Y cuando uno tiene algo que ver con algún crimen siempre hay un momento que flaquea y que se queda en evidencia. Y a este chaval no le pillamos en ningún renuncio, créeme que yo de esto si que entiendo. Ese chaval no tuvo nada que ver con el caso de Antonella —sentenció el juez.

—Ese chico fue su novio y tuvo mucho que ver, te lo aseguro. Vale que en los interrogatorios no soltó prenda, pero mi intuición me decía que me estaba mintiendo. Puede que sea un gran actor, puede que sea un enfermo psiquiátrico que se cree su papel a pies juntillas, pero ese tipo no es trigo limpio. Ese

chaval tiene que ver, y mucho, con la desaparición de la pobre chica.

El juez miró a su amigo de arriba abajo mientras se levantaban de la mesa y se disponían a salir a la calle. El comisario se puso su rancia chaqueta de ante e intentó abrochársela, pero le fue imposible. Su amigo tenía razón, la barriga le había crecido de forma brutal.

—¿Qué te está pasando? Querido amigo —fue más una pregunta retórica la que lanzó el juez—. ¿En qué clase de persona te estás convirtiendo?

Los ojos de Jesús Amorebieta se clavaron en los de su amigo. Torció el gesto lanzando un hondo suspiro.

—En la de la peor clase —murmuró el comisario.

17:00

Roberto salió del restaurante con paso firme y ligero. Aquella mañana había acabado tarde en el banco. Después de haber despachado a sus últimas víctimas, no tuvo más remedio que cuadrar la caja y cerrar la oficina. Se había enredado demasiado y si hubiera ido a su casa a hacerse la comida le habrían dado las mil. Decidió comer de menú en el *Rotlet*, un bar del Molinar. Macarrones de primero y escalope empanado después. No era para tirar cohetes, pero no estaba malo, y el precio era bastante barato. Como había dejado el coche en la puerta de su casa, regresó caminando del restaurante. Pero en lugar de volver por la carretera principal pensó en dar un caminata por la orilla del mar y así bajar un poco la comida. Apenas había gente por el paseo, algunas parejas de jubilados cuidando a sus nietos, un par de señoras con perritos ridículos y un grupito de turistas en fila de a uno montando en sus bicis de alquiler. A pesar de haber sido el domingo anterior, los carteles anunciando el corte de la circulación por culpa del maratón de la TUI seguían atados de los postes del paseo. Roberto caminaba despacio, sumido en su digestión y en sus tormentosos pensamientos. Durante la comida le había estado dando vueltas de nuevo. Otra vez le había sobrevenido esa pesadilla, ese recuerdo incómodo y doloroso que le acompañaba a donde fuera. Fue ver en la puerta del restaurante el cartel de búsqueda de su querida Antonella y comenzar a recordar todo lo malo y odioso que le había ocurrido tras su

desaparición. Y más en concreto, cuando estuvo detenido y acusado de haber sido él, el que lo había hecho. Se pasó toda la comida recordando esos momentos. Rememorando que llegó a estar un par de días en los calabozos de la policía. Lo habían interrogado decenas de veces, y siempre sobre lo mismo, una y otra vez, sin descanso, a cualquier hora. Entraban y le preguntaban sobre Antonella, sobre su relación, que dónde estaba cuando desapareció, que si se habían peleado, que si estaban distanciados... Para Roberto fue una pesadilla, pero logró salir de ella indemne. No podían acusarle de nada, él tenía una coartada y la pudieron comprobar sin la menor duda. Aunque le pesara al comisario, al que se le había metido entre ceja y ceja que él era el que la había hecho desaparecer. Comisario Jesús Amorebieta se llamaba, nunca olvidaría ese nombre mientras viviera. Nunca jamás. Lo tenía grabado a fuego.

Mientras caminaba por el paseo del Molinar recordó de nuevo esos momentos. En aquellos días de primavera, a pesar de estar acojonado y temeroso, consiguió mantenerse sereno y no dar síntomas de flaqueza. Se mostró seguro y educado ante las preguntas de la policía. Y eso que en algunos momentos llegaron a perder los nervios con él, sobre todo el comisario Amorebieta. Hubo momentos en los que Roberto consiguió sacarle de quicio. Como él tan bien sabía hacer cuando quería.

El chico se sentó a los pies del monumento de la gaviota justo en medio del paseo marítimo del Molinar. Se apoyó en el banco que circundaba la base del monumento y contempló el mar, un piélago de octubre tranquilo, como adormecido esperando el momento para enfadarse y lanzarse en una febril lucha contra las rocas del paseo. Una lucha constante, eterna, que por mucho que nos empeñásemos, el mar la sabía ganada de antemano. Roberto alzó la vista y la fijó en unas pequeñas nubes blancas que surcaban el horizonte. Flotaban inmóviles a la espera de tiempos mejores. Suspiró y cerró los ojos, evocando por enésima vez los interrogatorios de hacía seis meses.

«—Te lo pregunto otra vez por las buenas, ¿Dónde estabas el día que desapareció Antonella? —preguntó con cara seria el comisario Amorebieta.

—Ya se lo he dicho comisario. Estaba en Barcelona y regresé esa misma noche a Palma —contestó aplicado Roberto.

En la sala de interrogatorios se respiraba un ambiente cargado. Roberto no sabía que hora era, no tenía reloj, pero calculaba que ya era más de media tarde. En aquella pequeña habitación, además de Roberto y el comisario,

había otras dos personas. Un tipo de mediana edad, rubio y enjuto que no decía nada, pero tomaba notas a toda velocidad. Roberto llegó a la conclusión de que debía ser una especie de ayudante o secretario del comisario Amorebieta, por la deferencia que se tenían entre ambos. Y otro jovencito, con el uniforme azul marino de la Policía Nacional intachable, firmes y con la mirada al frente. Una mirada perdida y a la vez en guardia. Vigilante de lo que sucedía en esa sala de interrogatorios pero sin meter baza alguna. Un novato a todas luces.

Roberto debía de llevar sentado alrededor de dos horas en esa silla de plástico, rígida y vieja. El que la puso ahí sabía lo que se hacía, uno no se podía relajar lo más mínimo, te mantenía en tensión la incomodidad. La mesa que tenía frente a él y que le separaba del comisario también tenía sus años. Rayada, manchada y medio coja aún cumplía con su deber para la policía. En un momento dado el comisario se puso de pie, y con sus dos manos se subió los pantalones agarrándose del cinturón. Levantó la mirada hacia los otros dos y con un gesto inequívoco de su cabeza los mandó para afuera. Tanto el joven policía como el ayudante del comisario salieron sin decir esta boca es mía. Cerraron la puerta tras de sí, dejándolos a solas. Roberto ni se inmutó, pero para sus adentros comenzó a ponerse en lo peor, sin testigos y sin nadie que lo parara, el comisario le podía dar una buena tunda. Inspiró profundamente y miró sin ninguna arrogancia, pero con gran determinación, a los ojos del comisario Amorebieta.

—Bueno Robertito, ahora que estamos a solas creo que es el momento de que me cuentes la verdad —dijo Amorebieta sentándose de soslayo en el borde de la mesa. Quedó prácticamente encima de Roberto. Metió su mano en el interior de uno de sus bolsillos y sacó un cigarrillo. Rasgó una cerilla contra la superficie maltratada de la mesa y dio una calada profunda. Lanzó todo el humo contra la cara de su interrogado que apenas torció el gesto. Roberto sabía que estaba prohibido fumar en lugares públicos pero ni se le pasó por la cabeza comentarlo, hizo de tripas corazón y esperó adónde le conduciría esa situación.

—Continuemos con el partido chaval ¿Dónde estabas cuando desapareció tu novia?

Roberto estaba como autista, absorto en un lugar lejano de esa comisaría. El comisario cambió el peso de pierna y suspirando profundamente continuó.

—Cuéntame de nuevo lo que hiciste el día en que desapareció Antonella

—ordenó con voz lobuna Amorebieta.

—Pues estuve todo el día en Barcelona por motivos del banco. Salí de Palma en el primer vuelo de la mañana, serían las siete o siete y cuarto de la mañana, y no regresé hasta las diez de la noche. Me pasé todo el día en las oficinas centrales del banco, ni siquiera salimos a tomar nada, comí en la cafetería de empleados.

—¿Y al llegar a Palma? ¿Qué hiciste? Quiero que seas minucioso, no te dejes ningún detalle en el tintero.

—Pero si ya lo debo de haber explicado cien veces por lo menos —se quejó de buenas maneras Roberto—, ¿Es necesario repetirlo?

—Mira una cosa chaval —Amorebieta acercó su cara a la de Roberto, casi se rozaban sus miradas—. Aquí lo que es o deja de ser necesario lo decido yo. Y solamente yo. O empiezas de nuevo a contarme lo que hiciste al bajarte del avión, o van a empezar a llover montones de hostias ¿Entendido? —y esbozó una sonrisa gélida capaz de acojonar al más valiente de los soldados.

—Entendido comisario... —Roberto carraspeó como para aclararse la voz, aunque lo que trataba era de ganar tiempo para contar de nuevo la misma historia, porque era consciente de que cualquier nimia variación con lo contado hasta ahora haría que su estancia en la comisaría se alargara en el tiempo—. Me bajé del avión sobre las diez de la noche, fuimos caminando desde el *finger* hasta la sala de recogida de equipajes. Como yo no había facturado porque llevaba una maleta pequeña salí directamente de la terminal a la calle. Me dirigí a la parada de taxis y me monté en el primero libre que había.

— ¿Recuerdas el número de puerta del taxi?

—La verdad es que ni me fijé. Lo que si que recuerdo es la cara que me puso el taxista cuando le dije que me tenía que llevar al Molinar. Supongo que después de esperar a cargar varias horas, que se te suba un tipo y te pida que le lleves a apenas cuatro kilómetros, tiene que fastidiar. No me dijo nada pero me atravesó con una mirada llena de odio y rabia —lo dijo intentando ser gracioso.

—Continúa —el comisario Amorebieta se apartó de la cara de su detenido aunque continuó sentado en la mesa frente al chico.

—Recuerdo que estaba lloviendo y hacía viento. El paraguas hasta el taxi no me sirvió de nada. Había bastante tráfico a pesar de la hora y tardamos en

llegar un poco más de lo habitual a mi casa. Esto hizo que el coste de la carrera fuera algo mayor de lo normal, pero la cara del taxista no pareció percatarse cuando me dejó frente a mi casa. Me bajé del taxi y subí a casa a toda prisa para protegerme de la lluvia. Recuerdo que eran cerca de las diez y media de la noche. Dejé mi pequeña maleta de viaje sin abrir junto a la cocina y lo primero que hice fue cambiarme de ropa. Me quité el traje que había llevado todo el día de reunión en reunión y me puse el pijama. Me preparé algo de cena. Algo de ensalada y un poco *pa amb oli* con restos de fiambres y queso que tenía en la nevera. Después de cenar recogí un poco la casa, vacié la maleta y me metí en la cama. Estaba realmente cansado por haberme levantado muy temprano para coger el vuelo y andar todo el día con historias del trabajo. Sí que recuerdo exactamente la hora en la que me acosté. Al coger el despertador para programar la alarma del día siguiente eran las 11:40 de la noche. Luego ya no recuerdo, me quedé frito al minuto.

— ¿Alguien puede corroborar lo que me estás contando?

—Hasta que me bajé del taxi sí, luego en casa estuve solo.

— ¿Te vio algún vecino entrar en casa? ¿Te cruzaste con alguien por la escalera? ¿Llamaste a alguien por teléfono?

—No que yo recuerde —dijo preocupado Roberto—, pero le juro que es verdad. No salí de casa.

—No jures —le dijo automáticamente el comisario.

Roberto inspiró profundamente y se removió en su silla, como si buscara un botón que le salvara de esa situación. Se sentía inquieto.

—Venga artista, empieza a cantar —dijo socarrón Amorebieta.

—No tengo nada más que decir, eso fue lo que hice esa noche. Es la verdad.

—Creo que mientes chico. Sabes un cosa chaval, creo que eres un sucio mentiroso que no tiene el coraje de decir la verdad ¿Quieres que te cuente lo que realmente ocurrió? ¿Quieres que te diga lo que hiciste esa noche? —la cara de Roberto era de pura perplejidad y temor.

—Sabes que creo campeón, que llegaste a tu casa y sí, te bajaste del taxi y corríste empapado al interior del edificio, pero luego al cambiarte de ropa no te pusiste el pijama. Si no que te pusiste unos vaqueros y una sudadera con capucha y volviste de nuevo a la calle. Creo que habías quedado con Antonella en algún lugar cerca de tu casa y que tras hablar con ella, algo debió de sentarte mal e hizo que te enfadaras con la pobre. Quizás os peleasteis o

ella te dijo que te dejaba, quién sabe lo que te hizo explotar. Supongo que una chica tan guapa y tan rica como Antonella te quiera dejar, debe irritar y molestar un huevo. Creo que la situación se te fue de las manos y tras discutir la mataste... —Amorebieta mantuvo un silencio teatral que hizo mella en Roberto—. Eso fue lo que sucedió, ¿verdad?

Una imperceptible gota de sudor frío recorrió la espalda del joven.

—Esfuézate por encontrar en tu interior lo que realmente ocurrió —animó Amorebieta—. Venga, en confianza Roberto, dime lo que hiciste. Considérame un amigo a quien cuentas una vieja historia.

Amorebieta le ofreció uno de sus cigarrillos a Roberto. Éste negó con la cabeza.

Roberto contempló asustado la sonrisa de zorro que se le dibujó en el rostro al comisario. No acababa de entender ese cambio de registro. De mostrarse como un lobo que acosa a su presa, se había puesto ahora la piel de cordero. Igual era una técnica de interrogatorio policial que Roberto no alcanzaba a entender, aunque debía reconocer que estaba siendo efectiva. Estaba desconcertado, no sabía qué decir, ni qué pensar. Temía cagarla. Meter la pata hasta el fondo y que ese viejo y astuto policía le pusiera entre la espada y la pared.

—Sabes que hay testigos que te sitúan en el lugar en el que desapareció Antonella —lo dijo como quien comenta una anécdota graciosa.

Se hizo un incómodo silencio.

—Hay un testigo que recuerda haber visto a Antonella acompañada de otra persona paseando bajo el aguacero del otro día, por en medio de la playa de Ciudad Jardín —continuó el comisario solaz—. Un poco raro ¿No te parece? Caminar bajo un aguacero, de noche, por la arena mojada y pegajosa. Dos personas solas a oscuras. Extraño cuanto menos.

El comisario dio una profunda calada a su cigarro, con la clara intención de darle impronta a su discurso, quería que calara en lo más profundo de Roberto. Expulsó el aire sonoramente. El ambiente en esa pequeña sala de interrogatorios comenzaba a cargarse. Las volutas de humo que ascendían frente a la cara de Roberto le daban a la escena un toque de película policíaca de los años cincuenta. A Roberto la estampa le recordaba a un filme que había visto en su infancia. No recordaba el título, pero sí el nombre del detective protagonista, el gran Marlowe. Ese recuerdo lejos de tranquilizarle, le inquietó aún más.

—Tenemos un testigo que esta mañana ha acudido a comisaría a contarnos que fue él quien vio por última vez a Antonella con vida. Por lo visto el testigo en cuestión, vio en las noticias la foto de Antonella yató cabos. Nos ha contado que la vio paseando por la playa de Ciudad Jardín la noche en que desapareció y que iba acompañada por otra persona. Lamentablemente, querido Robertito, esa otra persona ocultaba su rostro bajo una capucha. Y entre eso, y que había poca luz, el testigo no es capaz de determinar quién era ese sospechoso acompañante —inspiró profundamente de su cigarrillo y entornó los ojos fijándolos como flechas en los de Roberto—. Entre tú y yo, compañero, no serías tú el de la capucha ¿Verdad?

—Se lo vuelvo a repetir, señor comisario. Yo no salí de casa en toda la noche. Tiene que creerme —una gota de sudor se perfiló sobre una de las sienes de Roberto.

—¿No tendrás una sudadera con capucha gris? —preguntó inocente Amorebieta.

—Por supuesto, como casi todo el mundo. En el *Decathlon* las venden muy baratas.

—Pues resulta que no se si creerte. El testigo asegura que vio a Antonella pasar con ese extraño acompañante hacia la playa del Peñón, pero que ella no regresó. Tan solo vio al encapuchado. Y además, nos cuenta que lo vio con paso ligero, como con prisas. Yo más que eso diría, que lo que vio fue, a un sospechoso huir del lugar de un crimen ¿No te parece Robertito?

Roberto levantó su cara de pánico y esbozó una mueca de rabia.

—Se lo está inventando todo, yo no tengo nada que ver con la desaparición de Antonella. Yo le tenía mucho cariño, jamás se me ocurriría hacerle daño. ¡Jamás!

—Pues yo creo que eres el que más motivos tenía.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque cuando se produce un crimen no suele haber muchas dificultades en encontrar al autor. Puede que no encontremos el cuerpo, que algunas pruebas no se sostengan demasiado, puede incluso que algunos malhechores tengan hasta coartadas contrastadas. Pero te digo yo que es fácil saber desde el principio quién es la persona que más números tiene de estar tras un crimen. Basta con estudiar el entorno de la víctima, sus amistades, su familia, su trabajo. Mezclarlo todo en una coctelera, remover con parsimonia y

determinación y, ¡zas!, de repente sale a la superficie la persona que más motivos tenía para hacer tal o cual cosa. No hay que irse por las ramas, ni buscar teorías de la conspiración por todas partes. Esto de investigar crímenes tiene más que ver con teorías simples, como la navaja de Occan.

—La de que en igualdad de condiciones la solución más sencilla es la correcta, ¿no? —contestó Roberto temeroso.

—Chico listo, sí señor, chico listo —volvió a dar una calada al cigarrillo—. Exacto, lo más simple suele ser lo cierto. Es decir, que si tenemos un caso como este, en el que una joven y guapa chica rica desaparece de repente como si se la hubiera tragado la tierra, no tenemos que dar demasiados rodeos. El que era su novio hasta pocas semanas antes es el que ha comprado todas las papeletas del sorteo. Y ese, querido Roberto, eres tú.

—Está basando su teoría en algo que carece de fundamento. No tiene ni una sola prueba con la que sostener esa hipótesis.

—¿Eso es lo que piensas? —el comisario se levantó de la mesa y comenzó a caminar por la sala de interrogatorios de manera distraída, como si estuviera dando un paseo por las galerías de un museo, pasos cortos, taciturnos, casi imperceptibles. Observando sin detenerse pero sin correr—. No estés tan seguro Roberto, no estés tan seguro... Sé que has sido tú, y lo voy a demostrar. Al final acabarás confesando, lo sé, la conciencia podrá contigo. Lo sé todo de ti, hemos escudriñado toda tu vida, hemos destripado tu pasado y sé que en el fondo eres un buen chico. Pero todos cometemos errores, y tú has cometido uno. Quizás te nubló la mente el que te dejara, quizás no podías soportar estar alejado de ella, no sé lo que te pasó por la cabeza en ese momento... Lo único que sé a ciencia cierta es que ella lleva unos días desaparecida y no la hemos encontrado. Y tú eres el responsable ¿A qué no voy muy desencaminado? ¿Verdad?

El comisario dejó escapar una carcajada solaz. Sin embargo, a Roberto no le hizo ni pizca de gracia.

—Eso es mentira, yo no he hecho tal cosa. Jamás he dañado a nadie —protestó vehemente Roberto.

—Sí, sí... Lo que tú digas muchacho. A otro con ese cuento de que yo sería incapaz de hacerlo. Que tengo el culo pelado de lidiar con gentuza como tú. Sois mentirosos por naturaleza, supongo que os sale de forma inconsciente. Tratando de protegeros de vuestras fechorías os inventáis un mundo de mentiras y falacias. Pero a mí no me la cuelas, con esa cara de no haber roto

un plato, con esos modales tan educados y galantes. No, querido Roberto, has topado con un hueso duro de roer. No me la vas a pegar. Así que te lo repito de nuevo, ahórranos tiempo a los dos y empieza a contarme lo que has hecho con Antonella —se plantó detrás de Roberto y sonrió de oreja a oreja—. Soy todo oídos.

Roberto no abrió la boca, mantuvo su postura erguida, digna como el que sabe que tiene la verdad en su poder. El comisario Amorebieta continuó su deambular alrededor de la sala. Roberto inmutable en su silla tenía el pensamiento en otra parte. En concreto lo tenía puesto en una canción. En su canción. En *Dirty Day* de U2.

Roberto comenzó a cantarla en un susurro, tan bajo que apenas se oía él mismo, y mucho menos el comisario. Comenzaron los acordes en su interior, despacio, creciendo con ese tempo que solo *The Edge* era capaz de hacer.

I don't know you, and you don't know the half of it.

I had a starring role...

I was the bad guy who walked out.^[1]

Siguió cantando para sus adentros esa canción y algo en él comenzó a crecer. Un sentimiento de lucha, de rebeldía ante las injusticias. Como una pequeña chispa que prende un fuego, así iba avanzando la canción, a cada estrofa aumentaba su determinación. Su resistencia ante la adversidad. Como si su mente intentara escapar con un plan hacia delante.

—¿Qué? ¿Vamos a empezar a darnos por vencidos? Piensa que esa actitud no te conviene. Que como empiece a perder los nervios va a ser peor para ti —le lanzó Amorebieta.

En eso momento se produjo un punto de inflexión en la actitud de Roberto. Decidió no dejarse avasallar más, se atrevió a luchar contra las puyas que le lanzaban, se arriesgó a lanzarse contra los gigantes y los molinos.

—¡Cállese ya! Y déjeme marchar de una puñetera vez. Sabe que no tiene ninguna prueba contra mí. Yo no le he hecho nada a Antonella, solo quieren una cabeza de turco para ponérselo en bandeja a los periódicos. Porque en realidad no tienen nada y la gente en la calle se empieza a poner nerviosa. Y eso a vosotros os incomoda y os jode en lo más hondo de vuestro orgullo policial. En el fondo le tenéis miedo a la prensa, miedo a que lancen a los cuatro vientos vuestra incompetencia. Que el pueblo se entere de que sois una

panda de apoltronados incapaces de protegerles de las amenazas de la calle.

Roberto paró un momento su discurso. Estaba encendido, lo había soltado del tirón, con voz dura y cortante. Sin mirar a los ojos del comisario, las pupilas fijas en un punto indeterminado de la pared. El comisario había dejado de caminar, estaba plantado a su lado. No daba crédito a lo que oía. Estaba estupefacto ante el cambio de rumbo que se había producido en el interrogatorio. Roberto cogió aire.

—Sabe que le digo comisario —esbozó una ligera sonrisa oblicua—. Son incapaces de dar con el que se ha llevado a Antonella. Son unos putos ineptos.

Pero Roberto apenas pudo acabar la frase, tal como la dijo notó como le golpeaban desde el lado con la mano plana. Un golpe rápido, duro y potente que le hizo caer de la silla. Se golpeó contra el suelo incapaz de poner las manos para amortiguar el golpe. De pronto un potente y desagradable pitido estalló en su oído. Roberto tirado en el suelo era incapaz de moverse aturdido por el zumbido desgarrador.

—Que sea la última vez que me levantas la voz —dijo tranquilo el comisario.

Amorebieta se agachó ante el ovillo que formaba el cuerpo de Roberto en el suelo. Lo agarró de la camiseta y con una fuerza que nadie diría que pudiera tener, lo alzó dejándolo sentado de nuevo. En el moflete le apareció un rubor pulsátil que marcaba claramente la zona del impacto.»

Una niña con su bicicleta le golpeó levemente en el pie y le hizo retornar de sus recuerdos. Roberto volvió a la realidad. Sonrió a la pobre niña que se había parado para pedirle perdón. Se levantó del poyete al pie del monumento de la gaviota. Pasó sus manos por el pantalón borrando las arrugas que se habían formado y comenzó a caminar hacia su casa. En apenas quince minutos y tras recorrer parte del paseo marítimo llegó hasta el portal de su casa. Subió y se puso cómodo. Colgó su traje en el armario y se vistió con un pantalón de chándal y una camiseta de los *Celtics*. Estuvo haciendo cosas por la casa, ordenando por aquí colocando por allá. Tras varias horas de faenas domésticas se sentó en su mullido sofá y encendió la tele. A Roberto la televisión no le atraía demasiado, le parecía soez y repetitiva. Apenas la veía a diario, algún documental sobre viajes, algo de deporte y los telediarios del canal 24 horas. En general no la tenía encendida más de una hora al día. Pero a veces hacía excepciones porque necesitaba dejar la mente en blanco, borrar

sus pensamientos, y para eso, Roberto no tenía nada mejor que ponerse la tele y quitarle el sonido. Era una cura brutal para sus neuronas. Le producía un vacío reparador. Pero esa tarde, en la que en esos momentos el sol se estaba poniendo dejando una turbiedad blanda en la atmósfera, no fue capaz de parar de pensar. Su cabeza seguía dándole vueltas a lo ocurrido medio año atrás. Seguía recordando aquel eterno interrogatorio.

«Él y el comisario Amorebieta hablaron de muchas cosas, más que hablar era un monólogo por parte del policía y escuetas respuestas dicotómicas por parte del joven empleado de banca. Amorebieta repasó su vida de arriba abajo. Le preguntó por su familia, por sus amistades, cómo y cuándo había conocido a Antonella, sobre su trabajo, y cualquier otra cosa que formara parte de su vida cotidiana. No dejó ningún resquicio sin tocar. De todas formas, sobre esos mismos temas, ya le habían preguntado y machacado en anteriores interrogatorios. No era nada nuevo para Roberto que le preguntaran una y otra vez por lo mismo. Sin descanso, hasta el infinito. Roberto rememoraba claramente aquel interrogatorio. Recordaba todos los detalles de esa parte, en la que el comisario Amorebieta se sacó un tema nuevo y desconocido de la manga. Un tema que descolocó por completo al joven detenido.

—Mira una cosa muchacho, te repito que estás con la mierda hasta el cuello. Sé que has sido tú el que ha hecho desaparecer a Antonella. Y como veo que no me crees, voy a hacer algo que no debería. Al fin y al cabo es una prueba del caso y está bajo secreto de sumario. Pero creo que puede ayudarte a recordar algo sobre lo ocurrido aquella noche —dijo el comisario.

Salió de la sala de interrogatorios dejando solo a Roberto. El chico puso cara de extrañado, aunque a aquellas alturas del partido ya nada le sorprendía. En poco más de unos minutos entró el comisario Amorebieta portando bajo el brazo un ordenador portátil. Lo plantó sobre la mesa, frente a Roberto y le dio al botón de encendido. Tardó un poco en arrancar, era un *Hp* antiguo que hacía un ruido como si se quejara pidiendo la jubilación. Mientras Amorebieta buscaba entre las carpetas del escritorio lo que quería mostrar a Roberto no paraba de hablarle.

—Puede que no te lo haya dicho pero no solo tenemos al testigo que os vio pasear bajo la lluvia esa noche, tenemos algo mucho más jugoso. Algo que te sitúa junto a Antonella esa noche. Un vídeo hecho con un móvil que nos han hecho llegar esta mañana a comisaría. Mira —Amorebieta apretó en el centro

del archivo y un vídeo comenzó a aparecer en medio de la pantalla del ordenador.

Era un vídeo hecho con un móvil de baja calidad. Aparecía un chico y una chica. La chica se acercaba a la cámara del móvil y le decía algo mientras soltaba una carcajada. Era Antonella. Al girarse tiró de la manga del chico. De la manga de una sudadera gris con capucha. El chico tenía el semblante serio y apenas se giraba unas décimas de segundo hacia la persona que les estaba grabando con el teléfono. En ese momento Amorebieta apretó el *pause*.

—¿Y bien? —preguntó mirando fríamente a los ojos del joven.

La cara de Roberto se quedó blanca cuando se vio congelado en ese vídeo que tenía la policía. Él no recordaba que esa noche nadie le grabara con un teléfono. Y menos en compañía de Antonella. No supo que decir.

—Fíjate en la fecha que aparece en la grabación —Roberto forzó la vista y vio claramente el día en el que desapareció Antonella, el mismo día en el que él regresó de Barcelona y se metió en su piso y no volvió a salir hasta la mañana siguiente.

—Pero no puede ser, yo no estuve con Antonella ese día... ¡Por Dios! Qué es esto, ¿un montaje? —protestó Roberto.

Amorebieta apretó el botón del ratón y el vídeo continuó avanzando. Duraba apenas medio minuto más. Medio minuto de grabación en el que se veía a la pareja caminando de espaldas al móvil. Lo que sí se percibía con claridad era el lugar de la grabación. Sobre todo cuando aparecieron de fondo las palmeras y la torreta puntiaguda características del Hotel de Ciudad Jardín. La misma zona donde había dejado su último rastro Antonella. Amorebieta apagó el ordenador y bufó frente a Roberto esperando una respuesta.

La cabeza a Roberto le iba a estallar. No sabía qué decir. Estaba impávido, con la vista fija en la oscura pantalla del portátil. Sus neuronas movieron todos los engranajes que disponían para buscar una salida del atolladero. Debía defenderse.

—Eso no demuestra nada comisario. Aparte de que ese vídeo es una falsificación y una mentira como una casa, esas imágenes no le sirve de nada.

La cara de Amorebieta se puso roja, estaba encendiéndose por momentos, como un toro a punto de arremeter contra un torero.

—Ese vídeo, si fuera verdad, que no lo es, solo demostraría que yo estuve con Antonella y que no estuve de viaje, pero nada más. No demuestra que yo

la haya hecho desaparecer —Roberto se veía crecer en su interior, veía como sus palabras le insuflaban seguridad y fortaleza—. Continúan sin tener nada, siguen perdiendo el tiempo conmigo en lugar de salir a la calle y atrapar al que haya sido. Hagan el favor de hacer de una vez su trabajo, hagan el favor de...

No pudo acabar la frase. El puñetazo en la boca que le soltó el Comisario le tiró hacia atrás en la silla dejándolo medio noqueado.»

Aún le dolía el recuerdo de ese puñetazo. De forma instintiva Roberto se llevó la mano a la barbilla y frotándosela de manera suave parecía querer aflojar aquel dolor indescriptible. Se levantó del sofá de su casa y se tomó un vaso de agua en la cocina. La camiseta de los *Celtics* le venía enorme. Con el 33 a la espalda era uno de sus recuerdos de un maravilloso viaje que hizo de adolescente por la costa este de Estados Unidos. Era principios de los noventa y entre otras cosas fue a ver un partido de la *NBA*. Los *Celtics* contra los *Clippers*. Un partidazo. Dejó el vaso vacío de agua en el fregadero y decidió que no iba a cenar. Apenas tenía hambre. Se comió un yogur y a pesar de ser temprano, se metió en la cama.

Esa noche no fue una noche tranquila. Las pesadillas le turbaron hasta el amanecer.

Sin duda alguna no fue una buena noche.

21:00

El camarero ya le tenía confianza. Era uno de sus clientes habituales. Siempre que llamaba para reservar le preparaban la misma mesa. Una individual, con espacio para moverse alrededor con facilidad. Y durante la cena siempre se acercaba a él para charlar.

El chaval no tenía mas que estudios primarios pero no por ser obtuso con los estudios, si no porque en su familia necesitaban dinero para tirar adelante y con 16 años ya lo habían metido de pinche de cocina en un hotel del Arenal. Al principio le pareció una idea cojonuda. Colaboraba en casa y le quedaba una buena parte de su paga para sus cosas. Durante esa época, no era extraño que se pavonease ante sus colegas de su poder adquisitivo. De la pasta que tenía. Siempre invitando a unos y a otros, dándoselas de potentado. Pero ahora echaba de menos el no haber estudiado. Más que eso, sentía profundo

arrepentimiento. En su interior se consideraba un tipo con inquietudes intelectuales. Siempre le había encantado leer revistas científicas, asistir al teatro e incluso se atiborraba a ver documentales en la 2.

Por eso, cada vez que venía Paco Lluch al restaurante, aprovechaba la coyuntura para charlar con él de algún tema interesante o de algo que no acabara de entender.

Aquella noche la conversación les llevaría por derroteros profundos.

—Entonces según usted, todos iremos al infierno ¿no? —dijo el camarero.

Paco torció el gesto.

—Sí, pero algunos cogeremos atajos —sentenció Paco con cierta guasa.

El chico recogió el segundo plato de Paco y le ofreció la carta de postres. Todo había venido a cuento de una historia que salía en el periódico del día. El juicio por la desaparición y asesinato de una chica en Sevilla. Marta Del Castillo se llamaba la pobre desgraciada. Los padres de la chavala pedían la nulidad del juicio. El camarero le había comentado que los autores merecían quemarse en lo más profundo del infierno. Ante esa afirmación Paco Lluch enarcó una ceja y musitó algo por lo bajo que sonó a rezo.

Cada vez que oía en las noticias casos de chicas desaparecidas a Paco se le revolvía el estómago. Le venía el recuerdo de la pobre chica que vio pasar por delante de su casa. La que vio pasar y no regresar nunca más.

Viniéndole a la memoria los recuerdos. Le aparecían en sus pensamientos cómo días después de haber visto caminando bajo la espesa lluvia a esa extraña pareja, había atado cabos y decidió comunicarlo a la policía por si pudiese ser de ayuda. Cuando comenzó a ver por los periódicos y las televisiones la preciosa cara de Antonella, supo que era la misma chica que había pasado bajo la lluvia. Y al ver un cartel pegado con celo frente a la farola del bar Cala Canta no le cupo la más mínima duda. Esos labios gruesos y exuberantes eran inconfundibles. Era ella.

Estuvo varias horas declarando en la comisaría de Paseo Mallorca. Al principio le atendió un chico joven uniformado que atendía al público, pero al poco rato le hicieron pasar a un despacho donde le interrogó un comisario. Un tipo adusto y con semblante severo que apestaba a alcohol. Comisario Amorebieta se llamaba. Le contó todo lo que había visto. Lo tuvo que repetir varias veces, en algún momento llegó a pensar que él era el delincuente por la insistencia del comisario. Se sintió realmente incómodo ante él. Pensó que no le gustaría ser un maleante y tener que jugársela con ese policía. Le pareció un

ser humano cruel sin ningún tipo de escrúpulos para conseguir lo que quisiera.

Desde esa declaración tuvo varios contactos con la policía. Llegó a ir a varias ruedas de reconocimiento pero no llegó a poder determinar nada. Los tipos que aparecían tras el cristal no le sonaban de nada. Realmente no hubiera podido reconocer a la persona que acompañaba a Antonella bajo el diluvio de aquella noche. Solo recordaba una figura de estatura media llevando una sudadera gris con capucha que le ocultaba el rostro, vaqueros oscuros y deportivas blancas. Tan concreto y ambiguo a la vez. Nada que aportara luz a la investigación de la policía.

Un tema que le venía a la mente con mucha frecuencia. Era incapaz de deshacerse de esa pesadilla. Muchas noches soñaba con esa peculiar pareja paseando por la playa de Ciudad Jardín. Dos personas gráciles, armoniosas, con andares suaves y acompasados bajo la cortina de agua.

—Hoy no quiero nada de postre, si me traes un café solo ya me basta — dijo acomodándose en su silla de ruedas mientras con un dedo se colocaba el puente de las gafas metálicas.

El camarero se quedó de pie a su lado, apenas quedaban clientes a esa hora en el restaurante y se podía explayar con Paco.

—¿Pero cree usted que realmente existe el infierno doctor Lluch? —le azuzó.

Paco Lluch era profesor emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona, catedrático de la Universidad de las Illes Balears y doctor en filosofía por La Sorbona. Casi nada, se decía a si mismo en tono de chufra. Era consciente de que las circunstancias de la vida, los imponderables que decía el antropólogo, era lo que le había dado esos títulos. Si bien era cierto que de siempre había sido hombre de mente inquieta e inconformista, no había estudiado por medrar en la vida o por tener un buen trabajo y un sueldo holgado con el que tener una vida plácida y relajada. Paco estudiaba para calmar sus ansias, leía para comprender lo que no entendía, escuchaba para resolver sus incertidumbres. Y preguntaba para aprender. Preguntaba cosas a cualquiera que pudiera solucionarle una duda. Era un tipo muy inquieto. Intelectualmente hablando.

Y este simple hecho de no parar de plantearse cuestiones y recelos constantemente había hecho que llegara a la cumbre en el ámbito académico.

Entre otros vicios culturales, a Paco le gustaba devorar libros. Los leía a todas horas. De todo tipo. Ensayos, novelas, poemarios y cualquier texto que

cayera en sus manos. La librería de su estudio no daba para más. Los libros amontonados de cualquier manera se mantenían en equilibrio por casualidad. A pesar de ello, Paco no paraba de comprarse ejemplares cada semana. Aunque en medio de la estancia tenía una mesa limpia y ordenada para soportar otra de sus grandes pasiones. El ajedrez.

Desde niño se había aficionado al ajedrez. Campeón de su universidad no dejó de tener partidas en marcha con oponentes de todo el mundo. Cuando el planeta era aún analógico (cuando no existía internet ni la madre que lo parió), jugaba partidas eternas con jugadores de todos los continentes por correo postal. Llegó a jugar decenas de partidas simultáneas de todos los niveles. Anotaba todos los movimientos de cada partida en una libreta y luego los representaba en la mesita baja que tenía en medio de su estudio. Blancas a un lado, negras al otro. Se pasaba horas y horas analizando las diferentes estrategias y tácticas.

—Es difícil hablar sobre la existencia del cielo y del infierno —dijo el profesor universitario mirando al camarero—. Probablemente todos los grandes filósofos de la historia se han cuestionado sobre la existencia del mismo. Y aún no lo tenemos nada claro. O algunos sí y otros no. Pero el cielo y el infierno no dejan de ser una ilusión. Quizá una proyección del bien y del mal. Tal vez no sea nada. Tan solo algo imaginado por el ser humano desde los albores de la especie para darle un sentido a la vida, para no caer en el pozo de la desesperación al saber que tras la muerte no hay nada. Quién sabe.

La cara del camarero era todo un poema. Lo había entendido casi todo, pero no conseguía digerir las palabras del profesor. Movi6 ligeramente la cabeza a ambos lados y sin decir palabra se fue hacia la cocina a dejar los platos que llevaba en la mano. Al poco rato regresó con el café solo y una sonrisa de medio lado.

Paco le echó un sobre de azúcar y lo removió con la mirada perdida.

—¿Quieres que te diga una cosa? —preguntó al vacío Paco. El camarero asintió en silencio.

—Como decía Schopenhauer hace un par de siglos: para millones y millones de seres humanos el verdadero infierno es la tierra —dio un sorbo corto al café.

—Ya, eso está claro, aquí en el día a día uno ve cosas que le ponen los pelos como escarpas —de pronto el camarero dejó de hablar.

Paco había levantado la mano en señal de tregua. Se separó de la mesa con

su silla de ruedas eléctrica y dejó sobre la mesa un billete de 50 euros. La cara era de dolor. Desencajada y sudorosa. Volvía a tener uno de sus ataques. El camarero se quedó estupefacto al verlo pasar lentamente hacia la salida. Cuando le pasaba esto sentía verdadera pena por él. Por su dolor, por su soledad. De repente la silla se paró junto a la puerta y se giró hacia el camarero.

—¿Sabes lo que decía San Agustín? —preguntó con mueca de angustia.

El camarero ni pestañeó.

—Decía que el infierno había sido hecho para los curiosos.

La silla con su zumbido eléctrico cruzó la calle de punta a punta. Paco se cobijó cuanto pudo porque la noche era fría y húmeda. Avanzó por la calle Fábrica que era donde estaba su restaurante favorito. Atravesó toda la calle hasta llegar a la avenida Argentina donde tenía aparcado su coche adaptado. No había mucha gente por la calle esa noche. Varios coches bajaron la avenida a toda velocidad sin pararse en los semáforos que amenazaban con un ámbar parpadeante. Continuó acera abajo hasta donde la avenida se cruzaba con la calle de San Magín. Paró su silla eléctrica y se rebuscó en el bolsillo de la chaqueta. Apretó el botón y el coche le saludó con un parpadeo de los cuatro intermitentes. Abrió la puerta y comenzó a meterse en el vehículo. Un Mercedes clase A adaptado que curiosamente tenía las dos ventanas de las puertas delanteras ligeramente bajadas. Una costumbre que tenía desde que ocurrió aquella tremenda desgracia. Justo cuando tenía medio cuerpo dentro pasó otro hombre por la acera, a su espalda.

Paco se acabó de acomodar en su asiento y para cuando estuvo listo, el hombre que había pasado junto a él ya había desaparecido. Arrancó el coche y se encaminó hacia su casa sin enterarse de que el tipo en cuestión era un viejo conocido.

Un viejo conocido que gustaba de tomar las copas en los bares.

23:45

Mientras se encendía el cigarrillo seguía caminando calle abajo. Dio una calada y espiró las volutas al cielo oscuro de la noche. A esas alturas del día el comisario Amorebieta ya se había fumado casi dos cajetillas. Y apenas lo notaba.

Las suelas desgastadas pisaban la acera sin pudor. Con autoridad y contundencia avanzaba con pasos cortos y rápidos por la avenida Argentina. Otra calada relleno sus pulmones. Notó como el humo le recorría las entrañas.

Justo al llegar a la esquina con la calle de San Magín vio a un tipo que le sonó. Tardó muy poco en ubicarlo. Al pasar a su altura ya lo tenía fichado. Era el hombre de la silla de ruedas que dio la primera pista fiable sobre Antonella. No recordaba el nombre, tan solo que era un profesor retirado de la universidad. Uno de esos tipos melifluos, cultos y empalagosos que tan poco casaban con los gustos del comisario. Pasó de largo sin decirle nada mientras el tipo trataba de meterse en su coche.

Giró la esquina y tras avanzar unos metros en la calle se metió en un local que quedaba a mano izquierda. Un par de escalones y una doble puerta daba paso a un local medio en penumbras repleto de fotos y carteles por las paredes. El *Lisboa* se llamaba. Amorebieta entró y se dirigió hacia la barra. Lo que siempre le llamaba la atención cuando entraba en ese antro era la figura a tamaño real de Louis Armstrong con la trompeta pegada a sus labios, los mofletes inflados como globos y los ojos grandes como platos pretendiendo salirse disparados de las órbitas. Presidía una especie de atalaya elevada al fondo del local. Esa noche apenas había clientes. Contó por encima y casi no llegaban a la docena.

—Buenas comisario, ¿Cómo va la vida? —preguntó el barman.

—Va —espetó escueto Amorebieta.

—¿Qué le pongo?

—Lo de siempre —dijo mientras retiraba un taburete alto pegado a la barra y se aposentaba.

El barman le sirvió un *gin-tonic*.

Contempló el escaparate de bebidas que tenía en la pared de enfrente. Absorto en sus pensamientos no vio venir al barman que al tener pocos parroquianos se acercaba a charlar con él. Algo que no le apetecía en absoluto.

—Qué, ¿mucho trabajo por las calles comisario? —lo preguntó mientras colocaba un par de botellas en su sitio correspondiente.

La mirada glacial de Amorebieta no inmutó al barman que seguía a lo suyo. No quería hablar con nadie esa noche. Tan solo ansiaba beber y que le dejaran en paz. Se vio reflejado en los ojos del barman.

—Con esta crisis debe haber cada día más trabajo, ¿no? —insistió desde

detrás de la barra—. Con tanta gente en paro pasándolo mal, más de uno se habrá pasado al lado oscuro ¿eh?

Suspiró resignado el comisario.

—No te creas, los malos son los de siempre. Los que tu dices son simples desgraciados. Unos gilipollas. A estos no les perseguimos con tantas ganas como a los profesionales de verdad —zanjó Amorebieta.

Con la mirada perdida en un punto difuso dio un sorbo a su ginebra.

—Con esto de la globalización del crimen y esos rollos, ya no debe de haber chorizos como los de antes, ¿Eh comisario? —el barman seguía a lo suyo, insistiendo en mantener una conversación.

Amorebieta cedió al acoso y derribo del hombre.

—No. La verdad es que no, ya nada es como antes. Los delitos de hoy en día son muy impersonales. Los maleantes son internacionales y se ha perdido cierto código de honor que mantenían los viejos y rancios chorizos.

El barman asentía contento al oír al comisario. Era una noche tranquila, más bien aburrida, y le apetecía mantener una conversación con alguien interesante. Y el comisario Amorebieta era un tipo interesante de escuchar, cuando le apetecía platicar, claro.

—Antiguamente conocías a los delincuentes por su nombre. Los entendías de verdad. Mantenías relaciones basadas en el respeto. Ellos eran ladrones, estafadores o asesinos, pero los delitos tenían cierta lógica, si se puede decir así. Lo hacían por necesidad, por dinero o por vicio. Eso no ha cambiado en la actualidad, ni siquiera en toda la historia de la humanidad. Pero ahora los criminales son más, cómo decirlo, más malos. Muchos se ensañan con las víctimas. Violencia gratuita sin venir al caso. Antes solo se utilizaba la fuerza en la medida justa y cuando era necesaria. Pero ahora no. Hoy en día primero te apuñalan y luego te roban la cartera —dio un profundo sorbo a su copa—. No sabes como echo de menos los tiempos antiguos.

—No creo que vuelvan comisario —dijo el barman con media sonrisa hendida en la cara—. Hoy mismo venía en el diario que dos rumanos en el asalto a un chalet de una de esas urbanizaciones de ricos, habían matado al dueño y dejado malherida a una de sus hijas. Y no se han llevado más que cuatro joyas mal contadas. Se han vuelto unos salvajes y unos bárbaros.

El comisario no dijo nada, pero tampoco esperaba que el tiempo volviera atrás. El barman se fue a la otra punta de la barra a atender a tres chicos que acababan de entrar. Oteó en redondo el local. La luz tenue y el alcohol que ya

llevaba encima no le dejaban ver con claridad. Trataba de enfocar a las personas que tenía a su alrededor pero era incapaz. La visión borrosa era el primer indicativo de que estaba llegando a su tope de bebida por esa noche.

Pensó en el caso que tenía sobre su mesa. Lo que había empezado como algo anecdótico de un tipo que poseía imágenes con pornografía infantil, se les estaba yendo de las manos. Actualmente estaban a punto de descubrir a uno de los cerebros de una trama internacional que comerciaba con imágenes de contenido pedófilo. Gracias a esos archivos que interceptaron casualmente, Amorebieta y su equipo habían tirado del hilo hasta dar con una ramificación de una de las organizaciones criminales más importantes de la actualidad. El archivo que les dio la pista pertenecía a un desgraciado de tres al cuarto al que aún no habían detenido. Lo mantenían vigilado día y noche, pinchado su teléfono y controlado su ordenador personal. Pero lo dejaban suelto por si tuviesen la suerte de que les llevara hasta el pez gordo de la trama. Al menos con el tipo que controlaba el tinglado en España. No contaban con ningún dato veraz sobre el cerebro de la organización. Tan solo su apodo. No sabía como era, ni donde estaba viviendo. Podría incluso estar viviendo en cualquier país del mundo sin tratado de extradición. Amorebieta se maldijo por esa posibilidad. Tenían la red preparada pero el pez gordo no entraba en ella.

Amorebieta dispuso a todo su equipo dedicado en cuerpo y alma a esta investigación, pero no habían obtenido ni un solo resultado positivo. Infinidad de pistas que no les condujeron a nada. Lo único que creían tener claro era el apodo que usaba el jefe de la trama en internet. Se le conocía como *dirtyday*.

Se acabó el *gin-tonic* y se quedó contemplativo mirando al personal que charlaba y bebía en pequeños grupos. El Lisboa era un local agradable para hablar. Aunque para Amorebieta la música que ponían era demasiado moderna, no le molestaba en absoluto. La tenían a un nivel lo suficientemente alto para escucharla y lo justo para poder mantener una conversación sin tener que alzar la voz. O en su caso para pensar a solas sin que le retumbaran los tímpanos.

Observó como el camarero iba de un lado a otro de la barra sirviendo y cobrando las copas con presteza. En el lado opuesto de donde estaba sentado el comisario había una pequeña portezuela que comunicaba con un minúsculo habitáculo que hacía las veces de cabina pinchadiscos. Justo a su vera, los clientes que entraban en el Lisboa, podían ver al *dj* nada más entrar a través de una ventana sin cristal. Era curioso, pensaba el comisario, pero desde que iba

a ese local siempre estaba el mismo tipo poniendo música. Se pasaba largos ratos con el equipo de sonido y los discos para arriba y abajo y, sin embargo, juraría que se limitaba a poner un disco grabado y a darle a la tecla, dejando que las canciones se sucedieran una tras otra.

El sonido de un golpe fuerte le sacó de sus pensamientos. Levantó la cabeza y vio como un hombre se levantaba del suelo. Claramente borracho se agarró a la barra y a duras penas consiguió erguirse. Estaba a más de tres metros del comisario Amorebieta pero aún así pudo oler el pestazo a sudor y mugre que desprendía el tipejo. Era un hombre que rondaba la cuarentena, barba de varios días, camisa a cuadros llena de lamparones y unas uñas sucias como hacía tiempo no veía.

El tipo se dirigió a un grupo de cuatro chicas y comenzó a incordiarlas. Amorebieta se tensó. Odiaba a los borrachos que se ponían pesados. Los consideraba unos inútiles que no sabían beber. El hombre seguía molestando a las jóvenes y Amorebieta empezó a cansarse. Se bajó del taburete y se dirigió hacia él. Se arremangó las mangas de la chaqueta y sin pensarlo fue a por él. Tan solo pretendía cogerlo y lanzarlo a la calle. Estudió la envergadura del borracho y calculó la forma más rápida y contundente de deshacerse del tipo. En eso estaba cuando el barman que no perdía nada de lo que sucedía a sus clientes, salió raudo de detrás de la barra y se interpuso amistosamente entre el comisario y el ebrio. Puso una mano en el hombro a Amorebieta.

—Tranquilo comisario ya lo arreglo yo. Es un parroquiano borrachuzo. Ya me hago cargo.

El barman cruzó unas palabras y tras una breve duda accedió a acompañarlo. Subieron unos escalones del fondo del local y se dirigieron al baño. Al pasar por detrás de la figura del trompetista, Amorebieta dejó de seguirlos con la mirada y volvió a sentarse en el taburete de la barra. Al poco rato llegó el barman y se metió tras la barra.

—Es un pobre hombre. Le he echado agua por la cara y ahora está intentando vomitar en el baño de caballeros. No es más que un marinero vecino de aquí cerca que está en paro. Y no tiene otra que gastarse la poca paga que le queda en alcohol —justificó el barman.

—Algún día te dará problemas de verdad.

—No se preocupe comisario, a estos los tengo controlados —el barman sonrió y cruzó hasta la otra punta de la barra para servir dos cervezas.

Amorebieta pagó la consumición y salió del local al frío de la noche. Se

fue sin despedirse. Comenzó a caminar por la avenida Argentina hacia arriba. Normalmente cuando bebía, como era el caso de esa noche, regresaba a casa en taxi. Pero esa noche le apetecía caminar. A solas y sin que nadie le molestara. Del *Lisboa* a su casa tenía más de cuarenta minutos a paso alegre, pero le daba igual. Necesitaba pensar en sus cosas y despejar su mente.

Torció a mano derecha y empezó a bajar por la calle de Jaime III. Una calle de tiendas caras y selectas. A mitad de la calle se paró junto a un escaparate a encenderse un pitillo. Lo había intentado caminando pero el viento se lo impedía. Tras levantar su cabeza y exhalar el humo su mirada se quedó fija en un punto de la tienda. En medio de ese escaparate elitista había unos zapatos de tacón de aguja rojos y brillantes. De líneas estilizadas y elegantes, esos zapatos hicieron que el comisario pensara irremediabilmente en la pobre Antonella.

Contempló el escaparate lleno de luces y sombras. Unos precios desorbitados para un sueldo como el suyo, y una clase y estilo fuera de lugar para un tipo duro como él. Aspiró profundamente el cigarrillo mientras la punta se encendía de un rojo incandescente. Amorebieta bajó la cabeza y continuó calle abajo. Cruzó todo Jaime III y continuó hasta llegar al Teatro Principal. Apenas había nadie por la calle. Un par de taxistas y un repartidor de *Telepizza* en moto fueron con los únicos seres humanos que se cruzó. De todas formas su mente llevaba un buen rato pensando en Antonella.

El pequeño altercado del *Lisboa* le había dejado mal sabor de boca. Quizá por deferencia al barman, que siempre le trataba con cordialidad, no le había partido la boca al borracho. La verdad es que se había quedado con ganas de atizarle un buen par de guantazos y eso le removía por dentro. Se encontraba incómodo. Inquieto y cabreado. Subió por las escaleras anejas al Teatro Principal y llegó hasta la plaza Mayor. La atravesó y cogió por la Vía Sindicato hacia las avenidas. Ese era el recorrido más corto para llegar a su casa.

Cuando estaba llegando al final de Sindicato, cerca ya de la Puerta de San Antonio, de pronto, unas voces le llamaron la atención y le sacaron de sus meditaciones. Frenó los pasos en seco y se detuvo a mirar al fondo de una calle en penumbra. Era una calle estrecha flanqueada por antiguos edificios de tres plantas. Trató de aguzar la vista, pero no vio nada reseñable. Un gato que cruzaba lento bajo el haz de luz de una farola amarillenta y un letrero de neón que parpadeaba rítmicamente en medio de la oscuridad fue lo único que

observó el comisario.

Se quedó parado unos instantes. En silencio y atento, como buen sabueso que era. Otro grito mucho más agudo llegó claramente del fondo de la calle. Y justo después un golpe sordo. Como si alguien hubiera golpeado un saco de patatas con un palo. Avanzó lento y sigiloso a través del callejón. Seguía sin ver nada destacable. Caminó unos pasos más cuando oyó otro golpe. Este mucho más cerca, y a continuación un lamento. Un sollozo entrecortado entre dolorido y temeroso. Amorebieta, aún lento de reflejos por el alcohol, decidió sacar su pistola del cinto. Por si las moscas, se dijo.

Y avanzó aún más en la oscura callejuela. La oscuridad cerrada le impedía ver si había o no alguien allí dentro, pero las voces le despejaron las dudas. Dos voces que discutían. Una de hombre y otra de mujer. El idioma era desconocido para el comisario. Por lo mal que le sonaba a sus oídos, rumano, búlgaro o lituano como mínimo, pensó. No conseguía diferenciar al maremágnum de culturas que venían de la Europa del este. Siguió avanzando, las voces las sentía como si estuviera junto a ellas. Apretó más la culata de su pistola y se esforzó por acostumbrar los ojos a esa penumbra, pero estaba claro que con la cantidad de alcohol que llevaba encima era imposible.

A la mitad del callejón se abría la entrada de un garaje de coches. Era una especie de soportal cubierto y metido debajo del edificio como si de una cueva se tratara. Un pequeño semáforo, de los que indican la salida de vehículos en los aparcamientos, parpadeaba incesantemente arrojando una luz amarillenta a la oscura entrada. En ese momento el comisario Amorebieta pudo contemplar la escena y la razón de los gritos y voces que había oído instantes atrás.

Una mujer joven yacía sentada en el suelo con el pelo revuelto, la falda que dejaba entrever una ropa interior escasa y los surcos que las lágrimas le habían dejado en su cara excesivamente maquillada. Amorebieta estaba a unos tres metros de la chica y pudo percibir su agitada respiración. A unos pocos pasos de la chica y dándole la espalda al comisario, había un tipo malcarado que señalaba con un dedo amenazador hacia la chica. En la otra mano sujetaba un bate de béisbol. En unas décimas de segundo el comisario entendió a lo que se enfrentaba. Su ojo clínico de policía curtido en las cloacas de esta sociedad no le falló. Con la poca información de que disponía emitió un juicio. Para Amorebieta estaba claro que se enfrentaba a una disputa laboral, a un problema entre una puta y su chulo.

Se quedó quieto sin decir esta boca es mía esperando a ver que ocurría. El proxeneta seguía riñendo a la chica que comenzó de nuevo a llorar con espasmos incontrolados. Por un momento se planteó dar media vuelta y largarse de ahí. Ya se aclararían entre ellos se dijo. Nadie le había dado vela en este entierro y esta gentuza tenía sus propias maneras de resolver los conflictos profesionales. Él solo quería llegar a su casa y echar una cabezadita, pero aún así lo del *Lisboa* le había dejado con ganas de gresca. Su instinto animal le decía que le partiera la cara a alguien. Y su parte más racional que se marchara de ahí con la música a otra parte.

Miró hacia abajo y vio como sostenía su pistola. En ese momento una especie de descarga eléctrica sacudió su cuerpo. Y dejó de pensar. Y comenzó a actuar.

Su mente se quedó en blanco mientras su cuerpo se lanzaba hacia el chulo putas. Alzó su mano y desde atrás le atizó con la culata en medio de los omóplatos. Violentamente repitió el golpe otras dos veces más. Una de ellas atizándole de pleno en la cabeza. Su brazo era como un martillo contundente y desaforado. El chulo se desplomó de pronto. El bate de madera al rodar por el suelo sonó con un alegre tintineo. El tipo con los ojos en blanco quedó desplomado boca arriba. La chica gritó mas por la sorpresa que por otra cosa. Amorebieta observó al proxeneta fijamente hasta que vio que respiraba rítmicamente. No le apetecía tener que cargar con un muerto por las buenas. Se agachó y comprobó que simplemente estaba inconsciente. Se incorporó y se arregló la chaqueta que con los golpes le había quedado algo descolocada.

La puta se arrastró hasta pegar la espalda a la puerta metálica del garaje. Ya no gritaba, se le notaba nerviosa y temerosa. Algo musitaba de forma angustiada pero el comisario no la entendía. La chica le miró a la cara y comenzó a sollozar histérica. Amorebieta la contempló impasible.

—No me mate, no me haga daño, por favor —lo suplicó desde lo más profundo de su ser en un castellano casi perfecto—. No llevo dinero, él me lo ha quitado todo. No me haga daño.

La chica se acurrucó aún más en el rincón oscuro de la puerta del garaje. Amorebieta no comprendía nada. Pero si estaba ahí era para rescatarla de su agresor. Para liberarla, aunque fuera por un rato, de su chulo. La chica dejó de mirarle a la cara para mirarle ansiosa la mano. La mano que agarraba la pistola desde el principio del lance. En ese momento Amorebieta lo entendió. Comprendió que la chica debía de temerle a él. Quizá lo confundiera con un

asesino o un violador cualquiera.

El comisario no dijo nada. Guardó su arma en el cinto y suspiró profundamente. El gesto cansado de querer acabar ya con todo eso le hizo sentirse muy derrotado.

Se agachó y metiendo la mano en la chupa de cuero del chulo. Le sacó la cartera. No podía tener más mugre ni estar más destrozada. La abrió con cara de asco y sacó todo el dinero que había. Unos trescientos euros poco más o menos que tendió a la chica. La muchacha mudó su cara. Estaba asombrada, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—Cógelo y lárgate de aquí —la voz del comisario sonó dura.

La chica dudo unos instantes, mínimos en cualquier caso y, al final extendió la mano cogiendo el dinero que en realidad era suyo. No era más que lo que se había ganado esa noche haciendo la calle. Amorebieta continuó con la mano abierta en un gesto de cortesía. La puta la agarró y el comisario, con un leve esfuerzo, le ayudó a ponerse en pie.

La muchacha se bajó la minifalda, se compuso el pelo y se largó de ahí con pasos rápidos y cortos. Amorebieta la siguió con la mirada hasta que la vio desaparecer al doblar la esquina. Se giró y echó una última ojeada al chulo que yacía tirado en el suelo. Lo miró, no sin cierto desprecio, y retornó sobre sus pasos hacia la Vía Sindicato.

Siguió calle abajo y cruzó las avenidas en dirección a su casa. Cogió por la calle Nuredduna hacia la plaza de las Columnas. Amorebieta vivía en un primer piso en medio de la plaza. Justo debajo de su portal había una gasolinera de las antiguas, de esas que ya no quedan. Un surtidor en un lado de la plaza con una garita de aluminio y cristal, y un gasolinero de los de toda la vida. De esos que mientras te llenaban el depósito tenían una colilla en la boca, ¡con dos cojones!

Abrió la puerta de la finca y subió a oscuras. La luz de la escalera llevaba varios meses fundida. Y nadie se preocupaba de solventarlo. Era una finca vieja con inquilinos aún más viejos. Entró en su piso y cerró de un portazo. El olor a humedad le dio la bienvenida.

Fue al baño, meó y se desvistió dejando la ropa tirada en el hueco del bidé. Se metió en la cama en calzoncillos e intentó conciliar el sueño. Eran casi las 3 de la madrugada.

Tras media hora de vueltas en la cama, de ponerse nervioso y contar ovejitas, no pudo más y se levantó. Estaba desvelado. Se puso una camiseta de

manga corta. De esas de algodón que regalaban en el supermercado al comprar el refresco de turno.

Se fue hasta su diminuta cocina. Accionó la luz y tras un parpadeo inicial el tubo fluorescente acabó por encenderse. Abrió la nevera y bebió un largo sorbo de agua fría. A continuación cogió un vaso ancho y le metió tres cubitos de hielo. Se fue hasta el comedor. Abrió el minibar que tenía incrustado en un aparador del tiempo de *Maricastaña* y se sirvió una buena dosis de whisky. Una botella de 12 años que le habían regalado las navidades anteriores.

Se dejó caer en su sillón preferido y puso la tele. Solo quería relajarse un poco y que le entrara el sueño. Tenía que madrugar y necesitaba dormir un par de horas al menos. A esas horas la televisión, ya de por sí penosa, era pura bazofia. Al final dejó el canal en uno de esos de teletienda que vendían las cosas más inverosímiles que uno pudiera imaginar. Amorebieta se recostó en su sillón mientras una joven le explicaba las ventajas y bondades de un sujetador sin costuras. Intentó dejar su mente en blanco y dejarse llevar a un estado de estupor. Pero no pudo. Como casi siempre que tenía insomnio una idea recurrente le machacaba sus sesos. Y era incapaz de deshacerse de ella. Cada vez que no podía dormir la historia inacabada de la desaparición de Antonella le sobrevenía de golpe. De forma imparable y repetitiva.

Ese asunto era su espina clavada. Para él ya no era un caso más, era su caso, su historia no resuelta. Y a pesar de no haber conocido jamás a esa chica, creía saber más sobre ella que sobre muchos de sus amigos. Amorebieta se había tirado semanas y meses leyendo informes sobre la desgraciada muchacha. Realizando entrevistas a familiares, amigos y conocidos. Viendo vídeos caseros. Ojeando álbumes de fotos familiares. Hasta se leyó de cabo a rabo el diario personal de la muchacha. Lo conocía todo sobre esa pobre desdichada. Y el comisario estaba convencido de que estaba muerta. Lo percibió, su sexto sentido de poli viejo y veterano se lo dijo. No sabría decir por qué, pero intuía que la chica estaba muerta desde el mismo momento en que desapareció.

Recordaba de forma precisa las fotos de la joven. Los vídeos en los que aparecía con su cara preciosa. Una moza alta, voluptuosa. Con unos ojos grandes de un verde casi glauco. De una mirada profunda y seductora. Labios gruesos y exuberantes. Una auténtica preciosidad. La típica mujer que al pasar por los sitios hacía girar cabezas y que las miradas la siguieran hasta que desaparecía. Tras horas de entrevistas con sus amigas la llegó a conocer

como si de una hija suya se tratara. Pija, caprichosa, con muchísimo dinero en su familia. Acostumbrada a tenerlo todo y a que nadie le llevara la contraria. Y esa condición, esa característica de la chica fue la que hizo que el comisario sospechara de Roberto Rodríguez desde el primer momento.

Antonella había sido novia de Roberto durante varios meses hasta un par de semanas antes de desaparecer. Rompieron su relación y a los pocos días la chavala desapareció para siempre. Para el comisario estaba claro como el agua cristalina de un río pirenaico. Chica perfecta y de ensueño rompe con chico. Chico se ofusca y trata de conseguirla de nuevo. Chica lo rechaza. Y chico en un arranque de machismo primario la mata. La vieja cantinela de: O es para mi, o no es para nadie. Estaba claro como los cientos de casos similares con los que se había encontrado Amorebieta en su vida laboral. Siempre era igual. La ley del más fuerte.

Se acabó su whisky y se sirvió otro. Lejos de relajarse, al pensar en Antonella su cabeza se aceleraba aún más. Daba vueltas y vueltas al caso. Buscando algún cabo suelto que se le hubiera pasado por alto. Pero aún no habían dado con ella ni con su cuerpo y, lo peor de todo, no tenían ni una sola pista fiable con la que continuar la búsqueda. Por eso desde hacía un mes el caso estaba parado y le habían asignado el de la trama de pederastia. Aunque Amorebieta seguía cavilando sobre la pobre Antonella y su asqueroso destino.

Y eso que lo habían intentado todo por encontrar alguna pista. Montaron dispositivos de búsqueda por todo el Coll. Ampliaron la búsqueda desde el Arenal hasta la playa frente a la Catedral de Palma, peinaron todos los descampados y solares sin construir. Barcas de salvamento y de la Cruz Roja navegaron por la costa en busca de algún cuerpo flotante. Los buzos de la Guardia Civil trabajaron sin descanso. Pero nada fue fructífero. Era como si la tierra se la hubiera tragado. Como si una nave alienígena la hubiera abducido. Se había evaporado y había desaparecido del mapa.

Programas de televisión se hicieron eco de la noticia. Reportajes en España directo, conexiones con los telediarios y hasta incluso un especial en el programa de Ana Rosa. Se difundieron imágenes de Antonella por todas las webs importantes. Mensajes virales en *facebook* y en *twitter* pidiendo cualquier información sobre la chica. Hasta manifestaciones cada primer lunes de mes frente al ayuntamiento de Palma. Con pancartas de “No olvidamos” y políticos en la foto de turno. Pero nada de nada. Todo fue infructuoso y desesperante. Llamadas se recibieron cientos, pero ninguna llevó a buen

puerto.

Un trabajo descomunal, como nunca antes se había visto en las isla, que no sirvió de nada. Al menos hasta la fecha. Porque Amorebieta seguía convencido de que iba a resolver ese caso. Solo necesitaba encontrar el cuerpo, porque según él, el resto vendría rodado. Y el malnacido de Roberto acabaría con sus huesos en una sucia y asquerosa celda.

Por sus muertos que así sería.

Eran cerca de las 5 de la madrugada cuando se durmió en el sofá.

Increíblemente el whisky que le quedaba en el vaso no se le derramó.

Lejos en el tiempo y la distancia

Miércoles

19 de octubre de 2011

07:00

Después de una noche infernal repleta de pesadillas, Roberto se levantó y sin apenas fuerzas se metió bajo el chorro de la ducha. El agua caliente le produjo un ligero efecto balsámico. Se le relajó la pesadumbre. Una zozobra con la que se había despertado. Sintió como se aflojaban sus músculos agarrotados. Tras la ducha se vistió y se hizo una cafetera de seis. La dejó enfriar. Necesitaba cafeína para poder aguantar esa mañana en el trabajo. Ya queda poco, un pequeño esfuerzo más, acabar esta semana y podré descansar se dijo mirándose en el reflejo de la ventana de la cocina.

Se preparó unas tostadas con mantequilla, un zumo de naranja y un yogur. Pero lo primero que hizo fue servirse la cafetera entera en una taza. Se la bebió de un tirón. Desde niño había aprendido que el desayuno era la comida más importantes del día. Lo del café de esa mañana era excepcional por culpa de la falta de sueño.

Los hábitos con las comidas y muchas otras cosas se las había ensañado su tío. Roberto era hijo único y cuando tenía apenas siete años padeció una de las peores cosas que le pueden suceder a un niño. Sus padres salieron a cenar una noche y él se quedó a cargo de su tío. Pasó la noche en su casa, recordaba como estando profundamente dormido de madrugada una mano le despertó moviéndole el hombro. Era su tío. Cuando consiguió enfocar su vista notó el gesto roto de dolor de su cara. A partir de ahí, a Roberto todo le pareció una pesadilla. Una pesadilla de la que tardó en despertar bastantes meses. Mientras sus padres regresaban a casa había ocurrido un terrible accidente. Un conductor borracho se había saltado la mediana e impactó de frente contra el

coche de sus padres. Murieron en el acto. De repente, y con solo siete años, Roberto se quedó huérfano y sin nadie más en este mundo que su tío. Lloró días enteros, la tristeza le sumió en un estado de obnubilación profunda. Era como un muerto viviente. Se había convertido en un zombi y tan solo el cariño y la fuerza de voluntad de su tío consiguieron sacarlo adelante.

Se contempló el nudo de la corbata. Era perfecto. Tal y como su tío le había enseñado, un nudo Windsor perfecto. El nudo de la gente con clase, le repetía una y otra vez.

Desde la trágica muerte de sus padres su tío había sido la figura que le había guiado en su vida. El que le dio la educación y los modales que ahora mostraba, con el que pudo ver la vida como algo bello y apasionante, la persona que le mostró cómo disfrutar del día a día. A exprimir la vida como si no hubiera mañana.

El padre de Roberto era hijo único y su madre tan solo tenía un hermano. A pesar de eso, no es que tuviera una relación estrecha con la familia, o así lo recordaba Roberto. Sin embargo, cuando murieron sus padres se volcó en cuerpo y alma con la suerte de ese pequeño niño. El recuerdo de su tío cuando sus padres vivían era vago. De los siete primeros años de su vida apenas le recordaba de las cenas de Navidad, en algún cumpleaños ocasional y poco más. Su tío siempre estaba liado con viajes, negocios o de fiesta en fiesta. Cuando aparecía por casa siempre lo hacía de una forma impecable, con una sonrisa de metro, unos dientes blancos como la nieve y portando enormes regalos para su único sobrino. A Roberto le encantaban las visitas de su tío. Era como si viniera de visita Papá Noel.

Mientras se acababa de colocar la corbata se plantó frente a la tele. Tenía sintonizado el canal 24h. Las noticias de la mañana se repetían constantemente cada treinta minutos. Como si fuera un bucle sin fin. Las noticias eran iguales, el texto idéntico, pero había matices en la presentadora que daban indicios de que era en directo. A medida que avanzaba, diferentes cambios en el tono de la voz o en la postura de la presentadora hacían que los telediarios matinales fueran diferentes entre ellos. Aunque de forma casi imperceptible. Roberto miraba medio adormilado la sucesión de noticias y pensó en lo aburrido que debía ser el trabajar de presentadora. Repitiendo una y otra vez un texto que quizás no había ni siquiera escrito.

Cogió las llaves del piso y salió de él, no sin antes sortear un par de cajas repletas de ropa y trastos de la casa. Ya tenía un par de ellas apiladas. Lo de

uso diario aún lo mantenía a mano, dejando lo prescindible metido en las cajas. Cada caja estaba precintada con cinta de embalar. Pero a diferencia de la gente normal que se muda, en ellas no había ninguna seña ni ningún escrito que indicara que había dentro. Era como si no le importara lo que pudiera contener cada una de ellas. Quizás lo hiciera más adelante.

Cerró la puerta con doble vuelta de llave y bajó a la calle. Cuando pensaba en el hermano de su madre, en cómo le había educado y le había ido guiando en las diferentes etapas de su vida, siempre se le dibujaba una sonrisa. Al principio, cuando de pronto se quedó huérfano, Roberto utilizaba su prolífica imaginación para evadirse y vislumbrar otra vida mejor para él. Hubo una época en la que se imaginó a él como a Batman, y a su tío como al fiel y prudente mayordomo Alfred Pennyworth, que siempre guardaba a buen recaudo la identidad de su querido y huérfano Bruce Wayne. Su casa se convirtió en la *Batcueva* y tan solo echó de menos el tener un disfraz lila y negro como el Batman de los cómics. Solo le faltó ese detalle.

Desde que vivió con su tío no dejó de aprender. Ni uno solo de los días que pasó a su lado fue en balde. Ese hombre era un ser especial. Solterón empedernido y *bon vivant* por convicción, no paraba de sacarle jugo a la vida. Exprimía todos y cada uno de los placeres que se le ponían a tiro. Roberto aprendió a viajar, no como un turista, si no como un auténtico viajero. Adaptándose a los lugares, aprendiendo de lo que veía y con una mente abierta y maleable para ser uno más allá donde fuera. Aprendió a degustar los mejores vinos y comidas, a codearse con miembros de la alta sociedad, con la aristocracia, pero también a manejarse con soltura en cualquier pueblo remoto donde la educación apenas había existido. Cada vez que Roberto tenía vacaciones en el colegio o en el instituto su tío se lo llevaba de viaje. Raro era que en las vacaciones de Navidad no fueran a esquiar a los Alpes o a Austria. Solían dejar las vacaciones de Semana Santa para hacer viajes culturales, como les gustaba llamarlos. Pasaban esos días visitando ciudades o regiones europeas. Llegó a recorrer todos los países europeos. Además como su tío tenía amigos por medio mundo, casi siempre pasaban noches, o realizaban visitas, en casas de amigos y conocidos. Los veranos los reservaban para los auténticos viajes. Los que transcurrían en cualquier parte del mundo y que duraban una media de dos meses. Roberto llegó a visitar todos los continentes y a disfrutar de cientos de culturas diferentes.

Continuamente le decía que se aprendía más viviendo que leyendo. Aunque

le insistía que siempre debía tener un libro en la mesita de noche. Le obligaba a leer cada noche antes de dormir. Aseguraba que en ese momento la mente es más plástica y que lo que se leía antes de caer en los brazos de Morfeo se quedaba grabado con mayor facilidad. Roberto no tenía ni idea de si sería cierto o no, porque afortunadamente tenía memoria fotográfica. Se acordaba de los textos con tan solo leerlos una sola vez. Y tanto le daba la hora que fuera.

El segundo gran palo que le dio la vida a Roberto ocurrió un par de años atrás. Cuando su tío y tutor murió. Desde ese momento se quedó solo, sin familia. Sin nadie a su lado.

Todo estaba tranquilo esa mañana, el cielo casi despejado y el sol saliendo por levante daban sensación de bienestar de zona residencial. Roberto salió a la calle y pasó frente al horno de Son Parera, el olor a pan recién hecho le encantaba. Siguió hasta su coche y se metió en él. Sin poner la llave en el contacto sacó su *iphone* del bolsillo y abrió una aplicación que se había inventado algún tiempo atrás. Comprobó que todos los iconos estuvieran en verde y todas las alarmas activadas. Si ocurría algo en su casa su teléfono sería el primero en avisarle.

Roberto se sabía perseguido por la policía, sobre todo por el arrogante y enfermizo comisario Amorebieta que se la tenía jurada desde lo de Antonella. Otra cosa quizás no, pero Roberto no iba a permitir dejarse atrapar fácilmente. Desde hacía semanas estaba con todos los sentidos alerta. Miraba que nadie le siguiera por la calle, comprobaba las matrículas de los coches que aparcaban cerca de su casa e incluso los del trabajo. No las apuntaba, simplemente las memorizaba.

Roberto nunca se había considerado a sí mismo como una persona inteligente o brillante. Se consideraba normal en todo, aunque reconocía tener dos facultades más desarrolladas que la media. Tenía una gran capacidad para manejar todos los aspectos relacionados con la inteligencia emocional, de ahí su don de gentes y lo de ser un tipo que caía bien por allá donde pasará. Y otra era su gran memoria fotográfica. Tenía una retentiva portentosa y muy duradera. Algunos amigos bromeaban con que él no tenía cerebro si no una gran base de datos donde almacenar millones de datos. A veces incluso Roberto lo pensaba, cuando de repente le venían a la mente cosas o imágenes de años atrás. Se llegaba a sorprender a si mismo. En definitiva, gracias a esa maravillosa mente había acabado dos licenciaturas casi a la vez. Era licenciado en economía y también en informática.

Arrancó y se fue hacia su oficina. Como cada día tuvo que comerse el atasco para salir del Molinar dirección a Palma. En cada semáforo echaba una mirada al espejo comprobando el nudo de su corbata y los picos de la camisa. La buena imagen era la mejor carta de presentación ante el mundo. Apretó el botón del CD, estaba cansado de oír las mismas noticias en la radio. Sobre todo la del soldado israelí, Guilad Shalit, que tras cinco años preso por milicias palestinas había sido liberado a cambio de la excarcelación de 477 miembros de Hamás. Algo desproporcionado, se le antojó a Roberto.

Un CD con una sola canción grabada comenzó a girar. La melodía mil veces oída de *Dirty Day* comenzó a sonar dentro del coche de Roberto. La cara de Antonella se le apareció.

*Dragging me down
That's not the way it used to be
You can't even remember
What I'm trying to forget [2]*

Llegó a la oficina como cada día. Y como cada mañana siguió con sus planes. Esa mañana había concertado dos citas con un par de clientes que iban a invertir en su proyecto. Aunque ellos lo ignoraban. Probablemente serían de los últimos en meter dinero. A Roberto le quedaban pocos días de estar por este mundo.

Desde hacía nueve meses había diseñado una estrategia para financiar su proyecto de futuro. Para ganar el suficiente capital como para no tener que preocuparse por el dinero nunca más.

Todo ese tinglado financiero había empezado a cobrar fuerza en su interior un domingo de finales de noviembre del año anterior. Recordaba aquel 21 de noviembre de 2010 como el día en que todo cobró sentido. El momento en que aquellas pequeñas ideas de hacerse con un buen capital, de conseguir el pasaporte a su ansiado retiro asiático se convirtieron en realidad. Aquella fría y plomiza mañana de noviembre se levantó temprano y acudió a su kiosco dominical a por los diarios. Una lectura como la de cualquier otro domingo hasta que llegó al suplemento dominical de El País. Leyó un artículo titulado “Paga el último” y para cuando acabó de leer esas dos escasas planas vio la luz. Supo en ese mismo momento cómo iba a hacer para conseguir esa

inyección económica. El artículo iba sobre el caso de Bernard Madoff el famoso corredor de bolsa que había estafado infinidad de millones de dólares durante décadas. Todo se basaba en que la casi totalidad de las estafas financieras por el sistema piramidal se amparan en la credulidad del público (qué mejores individuos que gentes de barrio obrero con apenas estudios, se dijo el joven) y la respetabilidad que adquieren los timadores (y ahí, en cuanto a honorabilidad y decoro, Roberto era el número uno).

Leyó y releyó el artículo casi todo el domingo, mientras lo hacía cavilaba en cómo lo aplicaría a su nivel. A Roberto le bastaba con engañar a unos pocos, conseguir la cantidad suficiente para darle un empujón a su nueva vida y dejar la trama antes de que nadie le pillara. Recordaba de memoria párrafos enteros: *Los angloparlantes lo llaman gullibility. Vendría a significar la tendencia a creer en algo sin hacerse demasiadas preguntas y, por tanto, a ser fácilmente engañado. Hasta la fecha la pirámide construida por Bernard Madoff es la mayor de la historia. Por las manos de Madoff pasaron, según diversas estimaciones, sesenta y cinco mil millones de dólares. Pagó a sus clientes con el dinero de los que vinieron después. No invirtió ni un dólar de lo recibido. Una estafa estratosférica. Hizo creer a todo el mundo que había encontrado un algoritmo que le permitía no equivocarse nunca al invertir en bolsa. Pero lo realmente increíble es que nunca invirtió.*

Llegaron a depositar dinero en su firma los bancos más grandes del mundo, estrellas de Hollywood, jeques árabes y un sinfín de millonarios de los cinco continentes. Pero lo más curioso es que nunca nadie sospechó nada. Ni los inversores, ni los reguladores del mercado bursátil, ni los auditores.

Toda esta historia captó todo su interés. Se pasó el resto del día navegando por internet, haciendo planes y estrategias de trabajo para llevar a cabo su propio negocio piramidal. Al caer la noche de ese frío día de finales de noviembre, Roberto ya tenía las ideas claras como una mañana de verano. Unos pocos meses después ya lo tenía en marcha.

El chico se dedicaba a contactar desde la oficina con personas que cumplieran cierto perfil. Sobre todo gente mayor, personas con nivel de estudios bajos o algún que otro incauto que se creía muy erudito en temas financieros. Lo que hacía era ofrecerles un producto con un interés muy atractivo. Un depósito con un interés cercano al 7% TAE, con el capital totalmente garantizado, con abono trimestral de intereses y con un plazo de 2

años. Gracias a su perfil seductor y de persona en quien se podía confiar conseguía engañar a muchos de ellos. Siempre ofrecía estos productos cuando estaba solo en la oficina o cuando se encontraba con los clientes en los bares a la hora de la merienda. Desde que su compañera se había cogido la baja por maternidad todo era mucho más fácil y rápido. El director de la oficina apenas aparecía y casi siempre estaba más solo que la una. Alcanzó su objetivo en mucho menos tiempo del esperado y ya estaba a punto de cerrar el chiringuito. Con su sonrisa de medio lado autosuficiente y su mirada fija y penetrante, Roberto les vendía la moto. Les contaba que era un producto que no se publicitaba en el banco de forma masiva porque solo era para clientes especiales. Personas a las que el banco ofrecía ese depósito para premiarles su fidelidad.

Para que los clientes no sospecharan Roberto había creado una página idéntica a la que se utilizaba en la operativa del banco. La tenía en un dispositivo USB que siempre conectaba al entrar en la oficina. Gracias a que la caja del ordenador estaba tapada nadie podía ver la pequeña memoria externa conectada. Cuando abría el ordenador lo instalaba y siempre dejaba la página minimizada. Cuando venían clientes normales, como les llamaba Roberto, utilizaba el programa del banco. Y cuando venías *sus* clientes usaba la página clonada, trabajando desde el puerto de USB. Además ese dispositivo que utilizaba Roberto tenía conexión 3G, gracias a que le había instalado una tarjeta telefónica para transmitir datos. Es decir, podía engañar a sus clientes desde ese ordenador y luego enviar el dinero a otras cuentas a través del mismo dispositivo. Así se aseguraba que no quedara ni rastro de lo que hacía en el sistema informático del banco.

Para evitar suspicacias cada tres meses abonaba intereses a las personas que habían invertido en ese fondo. Lo que hacía era utilizar lo aportado por los últimos en invertir y utilizar ese dinero para abonar los intereses de los que ya llevaban más tiempo con el depósito. Con eso consiguió más clientes y todo gracias al boca a boca. Los que habían invertido al principio lo iban contando a familiares, conocidos y amigos. Y de vez en cuando le preguntaban a Roberto por ese depósito para clientes especiales. Y así estaba consiguiendo que la bola se fuera haciendo más grande, recaudando cada vez más dinero. Estaba llegando a la meta, un par de días más y se acabaría la historia.

Era cerca de la hora del cierre cuando entraron los últimos clientes que estaba esperando. Los había citado a esa hora porque sabía con certeza que

estaría a solas con ellos y podría actuar a sus anchas.

—Buenas Roberto ¿Cómo va eso? —dijo un hombre de mediana edad extendiendo su mano a modo de saludo. La barriga, más que prominente, rozó el borde de la mesa al acercarse. En la otra mano blandía una carta con el membrete del banco en la que le explicaba de forma ambigua y vaga las características del producto financiero. Al final de la carta y de forma explícita aparecía el nombre de Roberto Rodríguez como su persona de contacto en la entidad.

Para darle más credibilidad al timo se había hecho con un buen número de folios y sobres con el membrete del banco. Se los mandaba a sus clientes con todo tipo de datos del producto en cuestión. Datos totalmente inventados por parte de Roberto. Desde el primer momento les decía a sus crédulas víctimas que ese producto no se podía consultar ni por la página web, ni por el cajero, de ahí que recibieran periódicamente la información por vía postal.

Con el señor que se acaba de sentar enfrente debían ser más de cien los particulares que habían picado en el timo. Hacía varios días que ya había superado los 5 millones de euros estafados. Esos ya los tenía a buen recaudo.

—¿Ha podido consultarlo con su esposa? —preguntó Roberto dejando cierto deje de colegueo en la frase.

—Sí, ayer por la noche estuvimos hablando sobre el tema. Y estamos de acuerdo. Meteremos parte de nuestros ahorros en el depósito.

Mientras el hombre decía esto, Roberto abrió la aplicación que imitaba a la página del banco. Una vez instalada giró la pantalla para que el cliente pudiera verla, a la vez que introducía los datos de la operación. Una declaración de intenciones clara por parte de Roberto. Un mensaje de: Tranquilo, en mi se puede confiar, yo no oculto nada.

Tras un rato introduciendo los datos del hombre y transfiriendo la cantidad al depósito, Roberto dio por cerrada la operación. Se dieron la mano y le acompañó hasta la salida. Mientras estaban avanzando hacia la puerta, el ordenador de Roberto con el programa pirata seguía trabajando. En ese mismo momento estaba transfiriendo el dinero a una cuenta ubicada en un paraíso fiscal lejano.

Una cuenta que ni siquiera estaba a nombre de Roberto, si no de un tal C. Bukowski.

Cerca de las tres de la tarde, y cuando Roberto ya estaba cerrando los

ordenadores y las luces, el coche del director de la sucursal aparcó en doble fila. Venía a recoger a Roberto ya que ese día habían quedado para comer. El director de la sucursal lo quería con locura. Lo idolatraba. Una de sus ilusiones hubiera sido que se hubiera casado con una de sus hijas, no muy agraciada por otro lado, pero no cuajó. Intentó que fraguara la relación invitando a Roberto a cenar a su casa, con su familia, para que así conociera a su hija. Roberto no sentía ningún interés por la hija de su jefe a la que despachó con cortesía y elegancia, consiguiendo que nadie se sintiera dolido. Era un especialista en quedar bien y que los demás sintieran total empatía con él.

El director tocó el claxon llamando la atención del joven. Éste salió a la calle sonriente y se metió en el asiento del copiloto.

—¿Qué hay jefe? —preguntó sonriente Roberto.

—Venga chaval que tenemos mesa reservada y no llegamos.

El director de la oficina apenas había estado trabajando esa mañana. Sobre las diez había atendido a un cliente y al cabo de un rato se había marchado con él a la calle. Hasta ese momento Roberto no había vuelto a saber de él. Aunque podría asegurar con toda certeza dónde había estado. Le bastó un golpe de vista a los zapatos de su jefe para averiguar que venía de jugar al golf.

Roberto sonrió interiormente. Cómo engaña al banco el muy cabrón, pensó.

Instintivamente metió su mano en el bolsillo interior de su chaqueta y comprobó que llevaba su dispositivo de memoria bien guardado.

Se relajó en el asiento y se dejó llevar.

13:15

—Ponerle algo, por el amor de Dios. Pero no veis cómo está sufriendo mi madre —la mujer lo dijo desesperada. Lo pronunció mirándola a los ojos y sin dejar de soltar la mano a su anciana madre que yacía agonizando en la cama del hospital.

Paz no abrió la boca, se acercó a la cama de la paciente y le tomó

la tensión. Salió de la habitación con una idea clara. No era justo ni ético que nadie sufriera dolor cuando estaba muriéndose. Y menos en un hospital. Era algo que no entraba en su cabeza. Sufrir pudiendo evitarlo era algo con lo que luchaba a diario Paz.

—Por favor, ponerle algo en el suero y que no sufra. Esto es una tortura. Mi madre no merece morir así, como un perro retorciéndose de dolor —y la mujer comenzó con un llanto histérico que la enfermera contempló impasible.

La mujer que se estaba muriendo era ya una paciente conocida para la enfermera. Tanto ella como su familia. Llevaba ingresada en su unidad cerca de un mes. Vino de su domicilio muy deteriorada, con casi 96 años, llevaba medio año sin levantarse de la cama de su casa. La trajeron porque una de las hijas la encontró inconsciente una mañana. En urgencias se le diagnosticó un Ictus. Un infarto cerebral que la había dejado en estado vegetativo. No se hizo nada más por la pobre mujer. A su avanzada edad había que añadir otras enfermedades que padecía: diabetes, hipertensión, problemas de coagulación sanguínea y un cáncer de útero que parecía estancado desde hacía un año. Por no mencionar los olvidos y descuidos que padecía desde hacía tres años, la pérdida de memoria súbita que le sobrevenía de golpe y la hacía ser una extraña para toda su familia. Demencia senil dijo su médico de cabecera en su momento. Con este panorama la subieron a la planta para seguir su evolución y esperar el desenlace final.

Para Paz todo se había hecho correctamente según su ideario. No le hicieron pruebas innecesarias ni dolorosas. Ni masacrado a analíticas. Todo se estuvo realizando con buen criterio menos una cosa. Y eso había ocurrido porque la doctora que la llevaba en la unidad era miembro del Opus Dei. No era habitual que ocurriera en un hospital como el suyo, con gente joven y de mentalidad abierta. Pero en el caso de la pobre mujer, la medicación que tenía pautada para el dolor era insuficiente. Aunque no hablaba, ni parecía entender nada de lo que le dijeran, si que se le notaba en el rostro un rictus de dolor. Todos los músculos de la cara se contraían alrededor de los ojos y la comisura de los labios. Un gesto de sufrimiento, de una agonía insoportable, tremenda y extraordinaria. Paz no conseguía comprender cómo esa mujer no llevaba analgesia que le aliviara ese dolor. No entendía como su doctora no veía lo que ella observaba, lo que la familia clamaba, lo que sería evidente para cualquier ser humano con algo de corazón.

Paz se sentó frente al ordenador y comprobó la prescripción farmacológica de la infeliz señora. Aparte de varios fármacos para la tensión, el azúcar y otras minucias más, corroboró que tan solo llevaba Paracetamol para el dolor. Un mísero e insignificante analgésico de nada. Un fármaco que la mayoría de la gente se tomaba para el dolor de cabeza y que a la mitad no le servía de nada. Y esa mujer agónica lo tenía para calmar su último dolor.

Morir es inevitable, eso estaba claro, pensaba Paz, pero había dos cosas terribles a la hora de desaparecer. El hacerlo solo y con dolor. Morir sin nadie a tu lado, sin una persona que te cogiera la mano en ese último momento, sin un oído que escuchara tus palabras, sin un ser humano que te dijera te quiero papá o te quiero cariño. Morir solo era absolutamente aterrador, pero eso muy pocas veces estaba en manos de una enfermera como Paz. Sin embargo, lo de morir con dolor era inconcebible es los tiempos que corrían. Con la cantidad de fármacos que había para controlar el sufrimiento parecía un acto de sadismo el dejar a alguien morir así.

Recordaba una conversación con esa misma doctora tiempo atrás en otro caso similar al de ese día. Aún resonaban sus palabras fundamentalistas diciéndole algo así como que no le iba a poner nada de morfina ni parecido porque ella no iba a ayudar a morir a nadie. Que si en esta vida hemos venido a sufrir, que si nos ha tocado vivir en un valle de lágrimas como decía la Biblia, que si todo estaba en manos de Dios, y cuando Dios la quisiera tener en su gloria allí se iría, y cosas por el estilo. Una doctora rancia y ultraconservadora. Y a Paz le revolvía las entrañas por dentro.

Paz firmó en el ordenador la administración del Paracetamol para la mujer que agonizaba. Cogió la bolsa del calmante y le conectó un sistema de suero. Esas gomas alargadas que unían la bolsa con el líquido y el catéter que llevaban los pacientes. Afortunadamente para Paz las bolsas de ese analgésico eran fotosensibles a la claridad y venían cubiertas por otra bolsa de aluminio que impedía que le diera la luz. Cogió el fármaco y lo apoyó sobre su carro de medicación. Observó con aire descuidado a su alrededor y comprobó que no había nadie mirándola. Las auxiliares estaban por las habitaciones repartiendo las comidas y las otras enfermeras en los ordenadores actualizando los planes de cuidados de los pacientes. En ese momento Paz se fue hasta el carro que tenía en la sala de atrás. Un carro preparado con todo lo necesario para actuar en caso de una parada cardíaca. Con todo tipo de dispositivos para tratar de resucitar a los que pacientes que se morían súbitamente. Y entre todas las

cosas que había en esos cajones, Paz se dirigió a la bandeja superior. Allí se encontraban los fármacos para las emergencias. Abrió la tapa y cogió tres ampollas de un cristal transparente. De inmediato se las metió en el bolsillo de su camisa. Regresó de nuevo a su carro de medicación donde tenía la bolsa con el Paracetamol. Oteó por encima de su carro y se aseguró que el resto de compañeras seguían ocupadas. Cargó con rapidez y presteza las tres ampollas que acababa de robar del carro de paros y las introdujo en la del Paracetamol. Cogió los tres viales vacíos y los lanzó al contenedor de objetos punzantes donde sabía que nadie miraría. Además cuando hicieran la revisión del carro de paros nadie se extrañaría de que faltara algo. Cada vez que se revisaba necesitaban cosas. Todo el mundo cogía cosas de ese carro. Era más rápido que esperar a que te lo enviaran de farmacia. Se pedía lo que faltaba para reponer en el carro y punto, nadie iba a poner en duda nada más.

Una gota de sudor le apareció en la frente. A pesar de eso no tenía calor, mas bien sentía un estremecimiento interno creciente. Ahora le faltaba un segundo paso a realizar. Cogió una jeringa de 10 mililitros y una pequeña botella de suero transparente. Pero en lugar de coger del montón que estaban indicadas como suero fisiológico, la cogió del opuesto. Otras que se utilizaban para mezclarlas con grandes volúmenes de líquido y que jamás se podían administrar directamente por vena. Cargó la jeringa con ese otro líquido transparente y también hizo desaparecer de inmediato el pequeño frasco donde constaba escrito el compuesto que contenía.

Por el rabillo del ojo creyó ver algo, un movimiento inesperado, su musculatura se tensó. De repente notó como una sombra se acercaba por la espalda, a Paz se le erizó todo el vello de la nuca cuando una mano le tocó el hombro. Reprimió un grito.

—Paz, ¿Tienes a alguien en ayunas que no le podamos dar de comer? —le preguntó su auxiliar.

La enfermera se repuso del susto de inmediato y negó con la cabeza a la auxiliar. Ésta se fue de nuevo por donde había venido a acabar de repartir las bandejas de la comida.

Salió del control de enfermería y se dirigió hacia la habitación de la mujer con el suero y la jeringa en la mano. Entró y, sin decir nada, se dispuso a colgar la bolsa en el soporte metálico que tenía a un lado de la cama. La familia de la paciente contemplaba los gráciles movimientos de la enfermera. Cogió el extremo del suero y se lo conectó a la vía venosa que

portaba la señora.

—Ahora le he puesto un analgésico —dijo señalando la bolsa en la que aparecía escrito en letras grandes la palabra Paracetamol, aunque solo Paz sabía que había algo más—.

Con el dedo pulgar abrió la rueda y las gotas comenzaron a caer, primero lentamente y a continuación a un ritmo más rápido y dinámico. Cuando la enfermera estuvo conforme con la velocidad con la que caían las diminutas gotas se dirigió de nuevo a la familia.

—Cuando acabe de caer avísenme y se lo desconectaré. Dejo esta jeringa aquí para limpiar luego el suero —y depositó la jeringa sobre la mesita de la paciente.

Antes de entrar en la habitación había escrito con un rotulador negro las palabras suero fisiológico en un costado de la jeringa, aunque no contenía eso ni por asomo. La enfermera regresó al control y se dispuso a esperar a que le entrara la mezcla que le había preparado. Calculó que en unos quince minutos la llamarían al timbre. Mientras tanto disimuló mirando las historias clínicas a través del ordenador, revisando la medicación de otros pacientes y preparando varias analíticas de sangre. Justo cuando ella calculaba sonó el timbre de la habitación.

—Ya voy yo, no os preocupéis será para quitarle el suero —se adelantó Paz a sus compañeras.

Al entrar en la habitación lo primero que hizo fue observar el rostro de la anciana. Se había relajado. Ya no sufría, la musculatura había vuelto a la normalidad, la respiración se había normalizado y a la familia se le notaba aliviada de no verla penar.

Como ella esperaba, el fármaco que le había mezclado había hecho su efecto. Le había inyectado en la bolsa tres ampollas de Midazolam, un potente sedante de efecto rápido. Inducía a un sueño profundo de forma muy efectiva. Paz contempló a la mujer. Ahora estaba dormida, este era el paso uno de su pequeño plan ético. Solo le faltaba ayudarla a dejar este valle de lágrimas como decía la doctora que llevaba a esa paciente. Dentro de poco dejarás de sufrir, le dijo sin hablar Paz a la paciente, se acabará tu dolor y el infierno por el que te están haciendo pasar.

Cogió la jeringa que había dejado sobre la mesita de la habitación y, tras desconectar el suero, administró todo el líquido de la jeringa para limpiar los restos de medicación que pudiera quedar en el trayecto del catéter. Aunque

realmente Paz no estaba haciendo eso en concreto. Lo que estaba realizando era algo absolutamente diferente. Estaba aplicando una eutanasia activa. Estaba ayudando a esa anciana a morir de una vez. Y sin dolor. Como Dios manda, se dijo a sí misma torciendo el gesto en una sonrisa imaginaria.

Salió de la habitación y tiró la jeringa vacía en el cubo de basura de la mujer de la limpieza. Una jeringa que había estado llena de una sustancia que diluida no era dañina, pero que administrada de golpe y de forma endovenosa era letal. Paralizaba el corazón de golpe produciendo la muerte instantánea. Eso era lo que tenía de especial el Cloruro Potásico, que te mataba rápidamente y sin dejar rastro alguno. Y sin pasarlo mal, sobre todo si estabas previamente sedado.

Regresó al control de enfermería y se lavó las manos. A los pocos minutos la familia avisó de que la paciente no respiraba. De que ya había dejado de sufrir como dijo textualmente una de sus hijas.

La pobre mujer había fallecido.

Eran cerca de las 3 de la tarde cuando el celador bajó el cuerpo de la difunta al tanatorio del hospital. Se habían cumplimentado los documentos pertinentes, certificado de defunción, formulario para el Instituto Nacional de Estadística y demás pasos habituales. La doctora subió a certificar la muerte de su paciente y no se cuestionó en ningún momento nada extraño. La auscultó, comprobó las pupilas y trató de localizar el pulso en el cuerpo sin vida de la pobre mujer. Habló con la familia y les comunicó su muerte. Les presentó sus condolencias y se marchó a rellenar todas las hojas del fallecimiento. Paz estuvo presente en todo momento acompañando a la familia. Habló con las hijas ofreciendo su ayuda y las consoló en lo que pudo. La familia estaba liberada, se les notaba tranquilos aunque dolidos por el momento. Pero se les apreciaba en la cara que se habían quitado un peso de encima, que habían visto que su ser querido había dejado de sufrir. Había muerto en paz y acompañada por los suyos. Que más se podía pedir, se dijo Paz.

Acabó su turno, bajó al vestuario a cambiarse y se marchó a su casa. A pesar de estar convencida de que había actuado correctamente no se encontraba a gusto consigo misma. Estaba inquieta, se subió a su coche y al poner las manos sobre el volante notó como le temblaban. Parecían dos hojas de papel mecidas por el viento.

Llegó a su casa y aún se sintió más nerviosa. Se metió en la cocina

a prepararse algo para comer pero desistió. Notaba el estómago cerrado, con una opresión en medio de la barriga. Nunca se había sentido así y menos después de actuar según le dictaba su conciencia. Se metió en el baño y se echó agua fría por la cara. Necesitaba espabilarse. Contempló la cara que le devolvió el espejo, inmutable y seria. Las arrugas comenzaban a abrirse paso a los lados de sus ojos. Se sentó en el sofá y trató de centrarse, de aclarar las ideas que le taladraban el cerebro. Al fin y al cabo acababa de matar a una persona. En base a su ética, o a lo que le gustaría que le hicieran a ella si se encontrara en una situación similar, sí, pero la había matado ella. Y ese peso le cayó como una losa sobre su conciencia.

Abrió un mueble que tenía en el salón. Allí era donde guardaba las botellas de alcohol. Cogió una de *Jim Beam* y se llenó un vaso hasta la mitad. Se lo echó al colete en un santiamén. Se sirvió un segundo vaso, éste aún más lleno. Lo sostuvo entre sus manos mirando a través del líquido. El alcohol no conseguía apaciguar su espíritu. Fijó más la mirada a través del *bourbon*. Confería un toque ámbar al salón de su casa. Se acomodó en el sofá y por esas razones que uno no entiende, ni comprende, ni sabe a cuento de qué, comenzó a pensar en su amiga Antonella.

Se levantó del sofá y se asomó al balcón. Giró la cabeza y contempló tranquila la playa de Ciudad Jardín. Antonella siempre se refería a esa playa con un flemático y esnob *Garden City*. Su carácter le hacía querer siempre quedar por encima de los demás, consideraba esa playa como mundana y barriobajera. No le gustaba para nada, pero a pesar de ello siempre que iba con Paz a tomar el sol se ponía sus mejores bikinis, pamelas impresionantes y pareos de diseño, como para decir aquí estoy yo, contemplarme plebeyos. Al menos era la imagen que transmitía al pasearse por la playa con esos bikinis sensuales y pareos vaporosos e insinuantes. Siempre jugaba con sus labios lascivos y exuberantes. Era un espectáculo ver cómo familias enteras se giraban a su paso, cómo los chicos ignoraban a sus novias para quedarse embobados a su paso, era una auténtica pasarela para Antonella. Y ella lo sabía, era consciente del poder que tenía sobre los demás y se esforzaba por llevarlo hasta el límite.

Dio un sorbo a su *Jim Beam*. La garganta le quemó, una sensación de escozor agradable y reconfortante. Miró a la calle y observó como los del hotel de enfrente comenzaban a preparar las mesas del restaurante. Una especie de pizzería junto a la recepción del hotel. De ese hotel de un color

azul indefinible. Las sillas y mesas se colocaron en un orden medido y secuencial. Dos camareros se afanaban en completar la tarea lo más rápido posible. En pocos minutos la pequeña terraza delantera quedó tupida de muebles. Paz pensó que les quedaban pocas noches más para poder cenar a la fresca. Apenas apetecía a esas alturas del año.

Recordaba el día en que Antonella le presentó a su nuevo novio. Debía ser finales de enero y el cielo estaba bastante cubierto. Hacía frío y amenazaba lluvia. Se presentó en su casa sin avisar, como siempre hacía, y entró en tromba en el piso de Paz arrastrando de la mano a un joven alto, guapísimo y con una sonrisa brutal. La pilló en pijama, despeinada y con cara de pocos amigos. Paz apenas pudo reaccionar, la primera impresión que tuvo al conocer a Roberto fue impactante. Por breves instantes se quedó prendada de un tipo que parecía un Dios griego. Un tipo que sonreía como una estrella de *Hollywood*, que olía a elegancia y que paseaba un porte fabuloso. Pero solo fue algo fugaz. Paz que tenía un sexto sentido para calar a las personas a la legua vio que ocultaba algo. Que detrás de esa fachada adorable había algo que no encajaba. Quizá un gesto, una breve mirada, un fruncido que no debía estar ahí, no sabía el qué, pero estaba segura de que había doble fondo. Y eso lo vio al minuto de conocerlo.

Por supuesto que a su mejor amiga ni se lo mencionó. Antonella se llenaba la boca hablando de Roberto, de sus bondades y virtudes. Y no sería ella la que hiciera frente a Antonella. Conocía en sus propias carnes como se las gastaba cuando le llevaban la contraria. Se limitaría a vigilar al tipo perfecto y estar al quite si veía algún abuso o aprovechamiento por su parte. Aparte de por su belleza y su cuerpo, a Antonella más de uno la rondaba por su patrimonio, o mejor dicho por el de su familia.

Antonella fue novia de Roberto hasta un par de semanas antes de desaparecer. Para ella fue el gran amor de su vida y así se lo había repetido decenas de veces a Paz. Estaba colada por ese hombre, lo hubiera dado todo por él, pero un día, sin venir a cuento y sin que Antonella pudiera sospechar lo más mínimo, Roberto la dejó. Era la primera vez que le ocurría, la primera vez que un hombre la dejaba. Jamás le había ocurrido. Y al sentimiento de dolor y de pérdida por ver que se marchaba su amor, se le añadió otro sentimiento profundo de rabia y odio por haber sido rechazada. Ese par de semanas se las pasó prácticamente en casa de Paz. Llorando, sollozando, comiendo helado y viendo películas malas a todas horas. Paz quería con

locura a su amiga y a pesar de sus esfuerzos no conseguía que remontara el vuelo. Era como una bonita águila imperial herida que no se atrevía a vivir de nuevo, se había dejado derrotar por el desamor. Por el tipo perfecto que no la supo querer. Y sucedió lo inimaginable. A las dos semanas desapareció para siempre. Estaba convencida de que él tenía mucho que ver. Y ella lo iba a desenmascarar.

Se acabó su copa de Jim Beam y se metió de nuevo en su piso. Se sirvió otro pelotazo, no sabía cuánto había bebido pero la botella ya andaba por la mitad y comenzaba a notarse la lengua rasposa. Se tiró en el sofá y trató de dormir un rato. Una siesta no le vendría nada mal, pensó. Se durmió en un par de minutos pero apenas descansó. Un sueño agobiante y claustrofóbico la invadió. Cuando se despertó media hora después tan solo recordaba encontrarse encerrada en un ascensor con una mujer. Las dos solas y el ascensor no se movía. Paz le pedía si podía pulsar un botón. En ese momento se giraba la mujer y le sonreía. Era la anciana fallecida. Era la mujer que ella había ayudado a morir o a la que al menos le había adelantado su fecha de defunción. Cuando se levantó del sofá estaba empapada en sudor. Notó cómo el corazón se le desbocaba y la mirada se le tornaba borrosa. Era incapaz de enfocar, se tambaleó levemente y llegó como pudo hasta el baño donde vomitó todo lo que llevaba y más.

Cerca de las siete de la tarde, algo más serena y con el estómago más templado se metió en la ducha. A las ocho había quedado con un grupo con el que colaboraba para asistir a una asamblea por la defensa del pueblo saharauí. Paz participaba en diferentes movimientos sociales, su conciencia social era mayúscula, colaboraba en manifiestos, acudía a las manifestaciones, iba a las caceroladas y cualquier otro acto de denuncia social, pero no pertenecía a ningún grupo, ni sindicato, ni ONG. Consideraba que sus intenciones eran buenas, lo que decían era justo y se debía defender, pero eran demasiado pusilánimes. La acción social debía ser mucho más contundente y violenta si querían que las clases dominantes les tomaran en serio.

Cuando comenzó el movimiento el pasado mayo, al que luego se le conoció como movimiento 15M, Paz se esperanzó y creyó ver el principio de una revolución social profunda e imparable. Acudió a las asambleas, acampó con la gente, propuso ideas y trató de convencer a esas personas pero fue en vano. Con los meses el movimiento fue diluyéndose, se fundió como lo hace el

azúcar en el café, y lo peor es que apenas dejó rastro. Algo de dulzor y buen sabor social, pero nada más, en el fondo la vida seguía siendo amarga. Para Paz las personas del 15M, los llamados *perroflautas* no eran mala gente pero eran unos parados. Hablaban y hablaban, decían, opinaban, discutían y no actuaban. Y sin acción no hay reacción. Esto es un principio revolucionario fundamental. Aquí, ahora y en toda la maldita historia de la humanidad.

Que si fomentar la creación de huertos urbanos, que si las fuentes de energía renovables, que si ayudar a los demás sin pedir nada a cambio, que si ir en bici todo el día, que si compartir... Eso estaba muy bien pero en realidad la gente no deseaba eso, la gente normal quería seguir teniendo coches, y si eran grandes y caros mejor, cobijarse en casas cómodas, llevar a sus hijos a buenos colegios, irse de viaje de vez en cuando y guardar unos ahorros para pasar una jubilación tranquila y sin sobresaltos. Eso era lo que todo el mundo quería, los huertos, las bicis y el comunismo social les traía sin cuidado. Eso se la soplaban. Pero si de algo estaba harta la gente normal era de los políticos corruptos, de los que se metían en el negocio público para robar, para medrar a costa de los demás sin esforzarse en nada. Cansada de los que practicaban el nepotismo a plena luz del día, de las multinacionales que explotaban a los pueblos, de los especuladores, de los bancos usureros. De todo esto estaban hartos y según Paz había que aprovechar esta indignación social para cargar contra el poder y acabar con ellos. Eso era lo que había que hacer, luchar y cargarse a quien fuera necesario para devolver el mando al pueblo. Lo de las energías renovables y los huertos ecológicos ya vendría luego.

Se vistió y salió a la calle con el pelo húmedo. Llegó a la asamblea con el tiempo justo. La organizaba *Amnistía Internacional* y se trataban medidas de análisis para focalizar la opinión pública sobre el conflicto en el Sahara. Paz nunca había estado en el Sahara pero se imaginaba lo que estaría viviendo ese pueblo desamparado en mitad de la nada. Los españoles los habían dejado de la mano de Dios, la ONU los tenía relegados a los últimos en el listado de conflictos internacionales y los marroquíes se dedicaban a putearlos hasta el infinito. La enfermera no conocía a nadie de allí y sin embargo, se podía hacer una idea casi perfecta del padecer de ese pueblo.

Paz estuvo un verano como voluntaria para *Enfermeras Sin Fronteras* en la franja de Gaza. Y allí vio el horror con sus propios ojos. Vio como un pueblo que años atrás había sido casi exterminado por los nazis le

hacía lo mismo al pueblo palestino. ¿No se aprende nada de la historia? Se cuestionaba Paz. En esos tres meses que se pasó en un hospital medio derruido, con electricidad a ratos y agua corriente en contadas ocasiones, aprendió lo que era el orgullo de un pueblo. A pesar de estar presos en su propia tierra, a pesar de que Israel les cortaba el suministro de medicamentos básicos, de alimentos, de material para atender a los enfermos, la gente que trabajaba allí y los pacientes que acudían eran ejemplos de coraje y de amabilidad. Jamás la trataron mejor que en aquel sitio trabajando. De hecho se planteó quedarse a vivir allí y ayudar con toda su alma a liberar al pueblo palestino, pero una semana después de que le caducara el visado de permanencia en Gaza una patrulla del ejército israelí se presentó en el hospital y prácticamente a rastras la sacaron del país. La soltaron en el aeropuerto y esperaron a que embarcara en el primer vuelo con destino Londres. De allí había venido su grupo de voluntarios. Meses después trató de regresar pero nunca lo consiguió. Por lo visto el Mossad había dado su nombre a todas las compañías aéreas para prohibirle volar a Israel. Protestó por escrito ante la embajada israelí en Madrid y ni se molestaron en contestarle. También intentó que a través del Ministerio de Asuntos Exteriores le ayudaran con la entrada al país, pero la despacharon por donde había venido. Eso sí, con muy buenos modales, al fin ya al cabo era ciudadana española.

Otro ejemplo más de que los que mandaban hacían lo que le salía de los huevos saltándose a la torera los derechos de los ciudadanos, la carta de las Naciones Unidas o la hoja dominical de la parroquia del barrio. Tanto les daba.

Estuvo en la asamblea y como esperaba, muchas palabras, buenas intenciones y poca acción violenta. Se marchó a casa algo decepcionada.

Antes de acostarse se zampó un sándwich de jamón y medio vaso de leche desnatada. Se tiró en la cama y trató de dormirse, pero no pudo. Su cabeza daba vueltas sobre el mismo tema. Y aunque su cuerpo estaba tirado sobre la cama su mente se encontraba muy lejos.

Lejos en el tiempo y la distancia.

Amorebieta llegó de trabajar reventado. Tras la noche anterior que se la pasó bebiendo y recordando a Antonella, se había tirado toda la mañana de papeleo en la comisaría. Apenas había dormido un par de horas y el alcohol aún fluía en sus venas. Sentía como si su cabeza fuera un tambor en las fiestas de Calanda. Cada latido de sus sienes era como un mazazo profundo. Se sentó en una silla de la cocina y bebió un vaso de agua. Sobre la mesa tenía el correo que acababa de recoger del buzón de la entrada. Panfletos de publicidad, cartas del banco, una carta mecanografiada sin remitente y un resguardo para recoger un paquete de correos. Dejó todo el montón de cartas, que no le interesaban en absoluto, y se guardó el resguardo en el bolsillo interior de su chaqueta, que ni siquiera se había quitado. Suspiró profundamente más que por el dolor intenso de cabeza, por lo que sabía que iba a pasar con la carta que tenía frente a él. Cogió el sobre mecanografiado con una mano y con el otro brazo arrastró el resto de correspondencia hasta la otra punta de la mesa de la cocina, dejándola despejada. Ya se imaginaba lo que le venía. Otra maldita carta a su nombre, otra maldita carta sin remitente, sin ninguna pista de quién se la enviaba, otra maldita nota anónima. Cogió el sobre y leyó el destinatario: Jesús Amorebieta. Impreso en un sobre blanco de mala calidad, el típico sobre que se puede comprar en cualquier superficie comercial. Escrito en mayúsculas con letra de impresora. Probablemente de una impresora común y barata que podría tener cualquiera en su casa. Lo reconocía sin inspeccionar el sobre, sabía que aunque lo enviara a analizar no encontraría nada. Como también sabía que la hoja de papel interior contendría una nota anónima y que no podría encontrar ni una sola huella dactilar ni ninguna pista que le condujera al remitente. Y lo supuso porque era la décima nota que le llegaba en estos últimos seis meses. Era la décima vez que alguien se molestaba en mandarle anónimos tratando de incriminar a una persona en el caso de la desaparición de Antonella. Otro repugnante anónimo en el que intentaban que Roberto Rodríguez saliera malparado. Otra vez, pensó el comisario. Pero por qué no lo denunciaban como Dios manda si tenían algo contra Roberto. Por qué mandar notitas que no servían para nada, o quizá solo servían para cabrearle aún más. Sentía como si alguien no quisiera que el caso de la desaparición muriera en el olvido. Pero si él ya estaba obsesionado con Antonella, no necesitaba que encima le calentaran la cabeza con estas historias. Necesitaba pistas, no rumores o suposiciones.

Rasgó el sobre y extrajo una cuartilla blanca. Otra más que añadir a las anteriores. La leyó detenidamente.

A quien pueda interesar: La chica murió porque él no la quería. Quizá no la quiso jamás. Por eso la mató. Ella ya está muerta y Roberto Rodríguez sigue viviendo como si aquí no hubiera pasado nada. Está en su mano honrar la memoria de esa pobre chica.

El que busca, encuentra.

Amorebieta la dejó sobre la mesa y con ambas manos se masajeó las sienes. Las primeras notas, ambiguas e incriminatorias como ésta, las había mandado a sus compañeros de la científica. Pero no había conseguido nada. A la sexta o séptima nota, el comisario no lo recordaba bien, decidió no perder más el tiempo, ni hacérselo perder a sus compañeros. Desde entonces se dedicaba a quedárselas y acumularlas en la carpeta del caso.

Se levantó y salió de la cocina. Le convenía dormir pero no le apetecía un carajo. El anónimo le había revuelto por dentro. Estaba inquieto y desasosegado. Cambió de opinión. Cogió la puerta y se largó a la calle. Necesitaba que le diera el aire, aclararse las ideas y tomarse un par de copas.

Cruzó la plaza de las columnas y se dirigió hacia el centro. Caminó con paso tranquilo, nada temerario, pensando en sus cosas sin percatarse de los que caminaban a su lado. Se fumó varios pitillos mientras deambulaba hasta que llegó al centro de Palma. A la altura de la Plaza de España torció hacia la izquierda y bajó por la calle Olmos hasta la Rambla. Había mucha gente por la calle, se amontonaban con la hora de la salida de los colegios, gente que iba y venía de las tiendas con bolsas cargadas, otros que iban trajeados con carpetas de documentos a gestorías o despachos de abogados. Amorebieta decidió caminar un rato más y paseó por entre las flores de la Rambla. Los olores y los colores de las floristas eran un espectáculo. Al comisario le encantaba esa parte de la ciudad. Siempre le ocurría cuando pasaba por ahí, las flores y las plantas le recordaban a su infancia. En su casa de pequeño siempre había plantas y macetas, su madre fue una gran ama de casa y una gran amante de las plantas. Durante el camino no dejó de darle vueltas al anónimo sin encontrar respuesta. Torció la curva del teatro Principal y decidió que ya estaba bien de andar. Se metió en la cafetería del Gran Hotel y se sentó en una mesa junto a la cristalera que daba a la calle.

Observó al otro lado de la entrada del hotel. Una librería abierta y diáfana

repleta de libros daba la bienvenida a los visitantes. Pudo ver grandes libros de fotografías, otros de arquitectura y algunos ejemplares de coleccionista. Casi todos especiales, ilustrados y bastante caros para la gente normal.

—Buenas caballero ¿Qué va a ser? —el camarero con el pelo engominado, la camisa impecablemente blanca y el chaleco negro reglamentario, apenas mudó el gesto mientras esperaba la respuesta de su cliente.

—Un carajillo.

—¿Con qué lo desea caballero?

—Con whisky, por favor.

Amorebieta alargó la mano hacia la mesa de al lado y cogió una revista. La hojeó sin prestar demasiada atención esperando su café. Cuando llegó la bebida la contempló como esperando algo. Como si la respuesta a todas sus inquietudes estuviera en ese oscuro brebaje. De un sorbo se metió entre pecho y espalda el carajillo. Levantó ligeramente una mano y el camarero acudió raudo y presto a atender a su cliente.

—Tráigame una copa de coñac, haga el favor —el camarero sin pronunciar palabra, giró sobre sus pasos y se metió tras la barra.

Cogió una copa ovalada y la depositó sobre el mostrador. De una de las estanterías del fondo de la pared cogió una botella con un líquido color de roble y vertió una considerable medida. El aroma llegó nítido hasta el comisario que lo inhaló con gusto.

Si alguna vez alguien le preguntara cómo le gustaría que le recordaran si tuviera que escribir una autobiografía o qué le apetecería ver como epitafio en su tumba, Amorebieta lo tenía claro: alcohólico, fumador y violento. No le importaba reconocer lo que realmente le gustaba. Era consciente de su alcoholismo y su adicción al tabaco, pero es que no le importaba, le encantaba. Para él no eran vicios si no más bien placeres. En cuanto a lo de violento, consideraba que era lo que le había convertido el paso de los años. O cómo decían algunos, en lo que la perra vida le había transformado.

La violencia había formado parte de su vida. De siempre había sabido convivir con ella con la mayor naturalidad. Desde pequeño había recibido palos de su padre de forma inesperada y en los momentos más insospechados. Poco a poco aprendió a esquivarlos, a desaparecer cuando su progenitor llegaba borracho como una cuba a casa con ganas de gresca. Aprendió a no dar pie a que su padre explotara con cualquier excusa. Al fin y al cabo fue el

que le enseñó lo que era el mundo real. Él no había tenido una infancia ideal y tierna, lo que había tenido era una niñez dura y real. Una infancia que le marcó el carácter y que hizo que no se fiara de los demás, que su personalidad fuera taciturna, solitaria y con tintes melancólicos. Y sobre todo violenta. Nunca había tenido ningún problema en sacar sus puños a pasear. Desde el instituto se había visto involucrado en numerosas trifulcas, en algunas ganó, en otras perdió llevándose unos buenos golpes y contusiones en su cuerpo. De esas cicatrices aún eran visibles una decena repartidas por todo su cuerpo. Sin contar con las veces que necesitó que le cosieran. Cortes y brechas conseguidos en batallas cuerpo a cuerpo. Por eso durante su vida laboral, primero como policía patrullando por las calles y luego como comisario, no había ahorrado en golpes, palos y hostias siempre que lo había considerado necesario. Era de la opinión que la información de los sospechosos salía mucho más rápido y fluida con un buen par de hostias bien dadas. Los interrogatorios eran mucho más dinámicos y concisos y no hacíamos perder el tiempo a los cuerpos y fuerzas de seguridad del estado, se decía. Por esa razón había sido expedientado varias veces en su carrera. Por un uso desproporcionado de la fuerza, rezaban todas las notas por indisciplina que le habían comunicado. A Amorebieta poco le importaba. Él trabajaba así, era un policía de la vieja escuela, a tomar por culo los derechos humanos, se dedicaba a limpiar de escoria la sociedad en la que vivían el resto de las personas. Era el que hacía el trabajo sucio, el que mantenía el estado bucólico y artificial de bienestar. Sin tipos como él, no habría paz para nadie.

Pagó lo que debía y salió de la cafetería del Gran Hotel dirección a la plaza Juan Carlos I, allí giró a su izquierda y bajó caminando lentamente por el Borne. Las gentes con las que allí se cruzaban eran diferentes de las anteriores. Muchos de ellos turistas que visitaban la ciudad en crucero con sus pieles rosadas con tendencia a enrojecerse ante el más mínimo atisbo de sol mediterráneo. Se encendió otro pitillo y contempló a la fauna y flora que se arremolinaba en el paseo del Borne. Con un vistazo profesional reconoció a un par de carteristas y a una clavelera de las asiduas acechando a sus víctimas. No hizo nada, se quedó parado junto a uno de los árboles del paseo contemplando su conocido modus operandi. Uno de los carteristas le reconoció, le mandó un imperceptible saludo al comisario, y cogiendo del brazo a su compinche le dijo algo al oído. Los dos se giraron a mirar al comisario y con cara de pocos amigos se largaron por la otra punta del paseo

sin incordiar a nadie. Amorebieta observó como se perdían de vista más allá de la plaza de la Reina. Apuró su cigarrillo. Lo lanzó al parterre y subió por la calle Constitución hacia el edificio de Correos.

Una vez dentro sacó uno de esos papelitos con letras y números y se dispuso a esperar su turno. No es que hubiera mucha gente esperando, apenas cinco o seis personas mal contadas, el problema era que tan solo había un funcionario atendiendo esa tarde. Tras veinte minutos le tocó el turno. Sacó el resguardo que había encontrado en el buzón ese mismo día y se lo entregó al pequeño hombrecito que había tras el alto mostrador. Un tipo bajito, calvo y con un par de gafas colgadas de su cuello se dirigió con parsimonia a una de las sacas que tenía tras él. Regresó con una caja envuelta en film de plástico y se la entregó a Amorebieta previa firma del recibo correspondiente. Salió del edificio de Correos sin dar ni las buenas tardes con la caja bajo el brazo.

Volvió sobre sus pasos hacia su casa. No abrió la caja porque no le hacía falta saber qué era lo que contenía. Lo sabía perfectamente. Unas semanas atrás a través de un conocido suyo lo había adquirido por internet. Era uno más para su colección. Observó el remite del paquete, Rosario, Argentina rezaba el texto escrito a mano. No le había salido nada barato el capricho. Entre lo que le había costado y los gastos de envío cerca de 300 euros. Pero él se consideraba un coleccionista avezado y para estos temas el dinero no era importante. A pesar de tener muchos y malos vicios y de airearlos a los cuatro vientos, la bebida, el tabaco, el mal humor y la acritud entre otros, lo de su coleccionismo lo consideraba una virtud. Como un oasis de esperanza en su decadente personalidad. Siguió hasta su casa.

Al entrar en su piso dejó la caja sobre la mesa del comedor y se fue a su habitación. Se cambió de ropa, dejando la del trabajo bien colocada en el armario para que le sirviera al día siguiente. Se calzó unas zapatillas desvencijadas y regresó de nuevo al comedor. Cogió la caja que había recogido en correos y se fue a la otra habitación del piso.

El piso de Amorebieta era antiguo, estaba mal distribuido y por aquellas cosas de la historia inmobiliaria de este país había sufrido reformas internas y derramas para aburrir. El piso tan solo tenía dos habitaciones, bastante grandes para lo que se estilaba en la época de la construcción. Contaba con un comedor amplio al fondo de la vivienda y, una cocina y un baño pequeños, en comparación con el resto del piso. El comisario Amorebieta le había dedicado a su *hobby* la segunda habitación de la vivienda. Una habitación que siempre

mantenía bajo llave. Allí no entraba nadie salvo él. Ni siquiera la señora de la limpieza que venía tres horas a la semana entró jamás en aquel santuario.

Se sacó la llave de uno de sus bolsillos y abrió la puerta. El gozne chirrió levemente y dejó paso al comisario que entró portando su paquete.

Era una habitación grande. Justo enfrente había otra puerta que daba a un pequeño balcón. Las persianas estaban abiertas y permitían la entrada de un chorro de luz de la calle. El polvo en suspensión se arremolinó cuando Amorebieta avanzó hasta el centro de la estancia. En medio había una gran mesa escritorio repleta de papeles sueltos, folios manuscritos y varios volúmenes de la enciclopedia británica amontonados. En una esquina de la mesa un ordenador apagado que con dos dedos de polvo sobresalía entre ese caos de documentos. El comisario alargó la mano y separó la butaca con ruedas que estaba pegada a la mesa. Se sentó y con la mano libre se hizo sitio para dejar el paquete. Lo deshizo con cuidado, como si de un tesoro se tratara, abrió la caja y sacó de ella un libro.

Lo cogió con las dos manos y lo observó con satisfacción. Como un niño cuando descubre que los reyes magos han acertado con lo que él había pedido. Una sonrisa se dibujó en su cara. Alzó la vista y contempló la habitación. El resto de la estancia, a excepción de las puertas, estaba recubierta por estanterías. Del suelo al techo y rodeando toda la habitación sin dejar ni un resquicio sin cubrir. Habría miles de volúmenes. Miles de libros clásicos, novelas, ensayos, algún poemario, enciclopedias, tratados sobre naturaleza o geografía, hasta cómics de los años sesenta. Amorebieta era un tipo al que no le gustaba que la gente supiera que a él le apasionaba leer. Era su vicio oculto, lo que protegía de los demás. Cuando se metía en ese cuarto a leer se evadía de su realidad. Era su santuario, su burbuja de aislamiento. Un rato leyendo sus libros era como una sesión de yoga o de meditación trascendental. Salía como nuevo de cada una de sus sesiones de lectura.

Y dentro de este mundo interior que era la lectura para Amorebieta, había una cuestión principal que lo presidía todo. El eje sobre el que giraba la cuestión. Lo que le motivaba a seguir inquieto intelectualmente hablando era su desafortunado coleccionismo por un libro en concreto. Su verdadera pasión era coleccionar ejemplares de *Cien años de soledad*, de García Márquez. Tenía ejemplares de todo tipo. En tapa dura, tapa blanda, edición de bolsillo, ediciones latinoamericanas, ediciones europeas, ediciones especiales... Amorebieta había perdido la cabeza tras este libro. Y era consciente de lo que

suponía. Dedicar sus ahorros a comprar ejemplares por todo el mundo de un mismo libro. Cuando lo pensaba fríamente le parecía un pasatiempo demencial. Es de estar pirado, se decía. Pero justo un segundo después su pasión por la novela le desbordaba y le hacía apartar la absurda idea de dejar de coleccionar ese libro.

En una de las esquinas de la habitación había una butaca mullida con orejeras. Su rincón de lectura. Amorebieta se levantó y se sentó en ella. Comenzó a hojear el ejemplar que tenía entre manos. Era una primera edición. Y en un estado bastante aceptable, apenas tenía arañazos en el lomo y las tapas estaban intactas. Las hojas algo amarillentas denotaban años de reposo en alguna estantería con demasiada humedad ambiental.

El ejemplar que tenía entre manos era de la primera edición que se publicó en mayo de 1967 en Buenos Aires por la editorial Sudamericana. La primera edición tuvo una tirada de 8.000 ejemplares y con ésta Amorebieta ya tenía cinco ejemplares de esa primera edición que cambió el curso de la literatura mundial. Una obra maestra sin lugar a dudas. Amorebieta no era capaz de recordar cuantas veces había leído la novela, muchísimas diría. Aunque no las suficientes pensaba.

Abrió por la primera hoja y leyó en voz alta para sí mismo.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.

El comisario había leído cientos de libros durante su vida, pero nunca había dado con uno que superara esas primeras frases. Era el mejor principio de novela que jamás había leído.

Contempló la estantería que quedaba a su derecha, que era donde guardaba su preciada colección de ejemplares de *Cien años de soledad*, y calculó que con el que tenía entre manos ya debía rondar la cincuentena.

Si la novela en sí apasionaba al comisario, la historia que la envolvía no lo dejaba indiferente. Gabriel García Márquez tardó año y medio en escribirla. La idea original de esa novela le surgió más de diez años antes de

escribirla cuando viajó a su pueblo natal en Colombia junto a su madre. Cuando hubo acabado de escribirla la envió a la editorial Seix Barral pero la rechazaron argumentando que era una novela que no iba a tener éxito. Al final la editorial Sudamericana de Buenos Aires accedió a publicarla. A fecha de hoy se habían vendido más de 30 millones de ejemplares en más de treinta y cinco idiomas. Y Amorebieta tenía una primera edición entre sus manos. El solo hecho de tenerla entre sus manos ya le compensaba el dinero y el tiempo que había perdido tras ese ejemplar.

En lo más hondo de su corazón Amorebieta quería que al morir le enterraran en Macondo, junto a los Buendía.

Se levantó de la butaca y buscó un sitio en la estantería junto a los otros ejemplares de *Cien años de soledad*. Salió de la habitación y cerró tras de sí. Doble vuelta de cerrojo y la llave al bolsillo. Era una medida absurda, desde que se había divorciado muchos años atrás Amorebieta siempre había vivido solo. La única persona que entraba era la jornalera que le limpiaba y el día en que la contrató ya se encargó de dejarle claro lo de la prohibición sobre esa habitación. No toques ni el pomo de esa puerta si no quieres quedarte sin trabajo, recordaba claramente la advertencia el comisario. La limpiadora que conocía la reputación violenta del comisario asintió con más miedo que respeto. Y durante los años que llevaba en esa casa jamás le había quitado el polvo, ni siquiera pasarle un trapo para repasar el pomo. Nada de nada, a veces incluso, de forma inconsciente, daba un pequeño rodeo al pasar frente a la puerta. Como si se sintiera vigilada por el comisario. Como si un pequeño acercamiento al santuario pudiera hacer que la furia del hombre cayera sobre ella.

Se acercaba la hora de la cena y Amorebieta se preparó algo de pan con fiambres y un poco de queso. Se peló un tomate y lo aliñó con aceite y sal. No tenía demasiada hambre pero algo tenía que comer porque a pesar del día que llevaba aún le quedaba faena. Cenó rápidamente y vio el telediario de las nueve tras el cual se encaminó a la mesa del comedor. Sobre ella una carpeta oscura cerrada con gomas. Llevaba dos días esperando allí encima. El comisario la había cogido de su despacho para repasar las notas sobre el caso que llevaba ahora entre manos. Una red de pederastia con ramificaciones por medio mundo y que al parecer uno de los cabecillas residía en Mallorca. Mucha información, muchas hojas escritas pero poca concreción. Necesitaba repasar sus apuntes a solas, sin ninguna interferencia, y apelar a que le

iluminara su instinto policial.

Era un dossier demasiado amplio, una historia asquerosa, sucia, de las que hacen que un policía odie haber elegido esa profesión. Abusos a menores, fotos en internet, mafias de trata de blancas, podría decirse que un caso con lo peor que puede ofrecer un ser humano. Todo había empezado el 1 de julio pasado, aunque Amorebieta no se enteró hasta algunas semanas después.

«El hombre llegó a casa cansado de trabajar. Ese primero de julio se había convertido en el típico día plomizo, caluroso y cargado de humedad de todos los veranos. En la oficina el aire acondicionado estaba roto y no había manera de que los de mantenimiento dieran con la solución. Se pasó todo el día en mangas de camisa y con el nudo de la corbata medio suelto. El calor y la humedad podían con él, sobre todo con su humor que lo agriaba hasta límites desconocidos. Al meter la llave en la cerradura de su adosado ya estaba algo más tranquilo. El aire del coche a máxima potencia le había hecho olvidar la jornada laboral en las calderas del infierno. Entró en el adosado. Bonito y cuco a las afueras de Vigo. Lo había comprado años atrás junto a su esposa y estaba encantado de vivir en ese barrio tan tranquilo. Vecinos agradables, jardines bien cuidados, buenos modales, el hombre se sentía afortunado. Dejó la americana y el maletín en un mueble de la entrada y con una gran sonrisa entró en el comedor saludando a su mujer y a su único hijo de diez años. En cuanto se plantó en medio de la sala la expresión de la cara se le borró de un plumazo. Se encontró a su mujer con el rostro tenso, como de pánico, sosteniendo en brazos al pobre niño. Vio como un par de lágrimas caían por las mejillas de su hijo.

Tras esperar un buen rato a que se tranquilizara su familia pudo por fin comprender lo que sucedía. Al final, con voz entrecortada y sin parar de sollozar le contaron lo que ocurría. Al niño, a su querido y adorado niño de 10 años lo estaban acosando por internet. A través de un perfil que tenía el chiquillo en la red social de *tuenti*, uno de sus supuestos amigos, le había llegado a amenazar de muerte si no le mandaba fotos de él desnudo y con poses eróticas. Las amenazas habían sido tan duras y expeditivas para un niño tan pequeño que estuvo varios días como aturdido, parado y temeroso de contárselo a nadie, sufriendo porque fuera verdad que si no le enviaba esas fotos le pudiera pasar algo. Esa tarde la madre que se había dado cuenta del extraño comportamiento de su hijo le consiguió sonsacar lo que le pasaba. Le costó mucho que su hijo hablara pero al final lo hizo. Por lo visto había

agregado un contacto que decía ser amigo de uno de sus amigos del colegio. Poco a poco fue contactando a través de la red social compartiendo comentarios, experiencias, alguna que otra foto de grupo... Hasta que al final la bola se hizo tan grande y las exigencias del supuesto amigo tan descaradas que el pobre niño no supo como pararlo. Solo sentía ganas de llorar y de que todo pasara como cuando tenía una pesadilla. Soñaba con que al despertarse por la mañana todo desapareciera y la realidad le devolviera a la normalidad.

Al final el padre, aunque furioso e histérico, aguantó el tipo y se pasó varias horas abrazando y arropando a su mujer y a su pequeño. Consolando a ambos con frases manidas y repetitivas. Tranquilos, veréis como todo se arregla, mañana papá lo solucionará cariño y frases por el estilo, que ni el mismo pobre hombre se tragaba.

El 2 de julio tras desayunar, toda a familia se encaminó hacia el centro de Vigo a la comisaría de la Policía Nacional. Pusieron una denuncia por acoso y dejaron el asunto en manos de los agentes.

La policía se puso manos a la obra. La brigada de delitos informáticos trabajó en el asunto solicitando informes a los administradores de la red social, accediendo a los *cachés* de información y demás vericuetos informáticos hasta que dieron con el acosador. El 6 de julio una patrulla de la *ertzaintza* se plantó frente a un domicilio del centro de Bilbao. Subió al tercer piso del inmueble y tocó al timbre. Les abrió un tipo joven, gordo, medio calvo, que llevaba una camiseta de *Los Ramones* sucia y desteñida.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —lo dijo con cierto asco.

—*Ertzaintza*, está detenido por acoso a menores. Debe acompañarnos a comisaría de inmediato —la cara de los policías no ofrecía ninguna duda y transmitía claramente que cualquier intento de resistencia a la autoridad sería contraproducente.

Desde que el padre denunciara los hechos en la comisaría de Vigo, la policía había aclarado bastante de lo sucedido. A través de la *ip* del ordenador habían descubierto que pertenecía a un joven veinteañero que vivía en Bilbao. Un tipo que tenía antecedentes por posesión de drogas y por un caso de acoso a menores en un club deportivo unos años atrás. La policía descubrió que se había inventado un perfil de niño de 10 años y que consiguió entablar una serie de contactos relativamente íntimos con una docena de chicos, entre ellos el de Vigo. Los engañaba ganando su confianza, hasta que poco a poco los iba manipulando pidiéndoles un grado más de complicidad.

Finalmente les pedía que le enviaran fotos o vídeos de ellos desnudos.

La policía lo detuvo y registraron su piso de arriba abajo sin encontrar nada delictivo. En los ordenadores que tenía en casa (el tipo disponía de varios) no encontraron nada sospechoso. Cierto era que en los históricos de navegación por internet navegaba por numerosas páginas porno, pero ninguna que no fuera legal, o que aparecieran menores. Todo parecía en orden hasta que un miembro de la brigada de investigación dio con un pincho de memoria. Estaba escondido en un doble fondo de uno de los cajones del escritorio.

Los investigadores estudiaron a fondo la información de ese dispositivo. Había un centenar de fotos de menores, niños y niñas desnudos, no demasiadas en comparación con otros pederastas que habían sido detenidos. Algunos llegaban a acumular miles de ellas. Lo cierto es que el caso se hubiera quedado ahí de no ser por la minuciosidad con que se analizaron cada una de ellas. Tras horas de trabajo se dieron cuenta que las fotos no las había obtenido de los niños engañados en la red social. Es más, no había ni una de esos doce chavales. Pero todos los archivos fotográficos tenían un nombre y un número. Como cualquier archivo de cámara digital o de móvil, que siempre las etiquetan con un 1234.jpg o IMG_5432, o lo que sea. Nada fuera de lo común si no fuera porque todas las imágenes comenzaban por la palabra *dirtyday*. *Dirtyday_182*, *Dirtyday_354*, etc. Ningún dispositivo que se comercializara en ese momento etiquetaba así a sus archivos de imagen. Alguien lo había hecho. Había un responsable de la realización de esas fotos o al menos de la edición de las mismas. O quizás lo había hecho el mismo tipo de Bilbao.

Lo sometieron a interrogatorios, a duros interrogatorios, mejor dicho. Al pobre desgraciado le había tocado en suerte policías formados para tratar de sonsacar información a los miembros de ETA. Ningún tipo se les resistía. O hablabas, o hablabas. A las pocas horas de iniciar el interrogatorio el joven empezó a cantar por soleares. Lo soltó todo. No se dejó nada en el tintero.

Tras varios días de análisis concienzudo los policías vascos llegaron a varias conclusiones. En primer lugar que el tipo en cuestión era un pederasta, de eso no cabía ninguna duda tras su declaración, pero un cero a la izquierda en una supuesta organización clandestina. Es decir, creían que detrás de esas imágenes había una organización criminal internacional. El detenido les contó que las imágenes que tenía en su poder las había comprado. Lo hacía a través de una transferencia bancaria a una cuenta y así compraba los archivos. Al

cabo de pocos días le llegaban por correo electrónico. La policía siguió el rastro de las transferencias y los correos electrónicos.

La *ertzaintza* contactó con la Policía Nacional en Madrid y también con la Interpol. Tras esos primeros días se dieron cuenta de que se encontraban ante un caso de envergadura. La Policía Nacional en Madrid investigó las cuentas bancarias. Eran cuentas que se encontraban en diferentes paraísos fiscales. Para cada pago que había hecho el tipo de Bilbao existía una cuenta diferente. No se repetía ni una. Y lo sorprendente del caso es que cada cuenta corriente estaba ubicada en diferentes paraísos fiscales: Belice, Antigua, Mauricio, Fiji, República de Vanuatu y un par más. Además de eso, cada una de las cuentas pertenecía a empresas diferentes pero todas y cada una de estas empresas estaban participadas a su vez por otras empresas matrices por así decirlo. En definitiva, un entramado financiero enrevesado y opaco donde los hubiera.

Al no poder seguir sin la ayuda internacional para destripar ese entramado, la Policía Nacional se centró en los correos que enviaron esos archivos pederastas.

Era el 20 de julio cuando la policía concluyó esa parte de la investigación. Todos los archivos que había recibido el pederasta de Bilbao provenían de Mallorca. Y todos los habían enviado desde cuentas de correo electrónico diferentes. Cada envío, un correo distinto y único. Eran cuentas que se abrían al momento, enviaban el mensaje con los archivos e inmediatamente después las dejaban sin volver a usar. Investigaron en los servidores de correo pero la búsqueda fue en vano. Ya se habían encargado de no dejar la menor huella. Y como no podía ser de otra manera en este caso, cada uno de los envíos se había realizado de diferentes *ip*, de diferentes ordenadores. Cada uno de ellos estaba ubicado en distintos *cibercafés* diseminados por toda la isla. Y claro está, no se repetía ni uno. La organización sabía lo que se hacía para que no les pillaran. Iba a ser un caso difícil para la policía. Un envío, un correo, un *ciber*, un ordenador, sin repeticiones que pudieran ser comprometedoras.

El 26 de julio la Unidad de Drogas y Crimen Organizado (UDYCO) encargó la investigación de los envíos a través de los *cibercafés* a la comisaría de Palma. Y el 3 de agosto fue cuando le asignaron el caso al comisario Amorebieta y su equipo.

Desde entonces se dedicaban en cuerpo y alma al asunto de los pederastas. Aunque siempre le quedaba un resquicio para no olvidarse de Antonella.»

Acabó de releer los informes. Revisó de nuevo las fotos manidas por

todos los miembros de su equipo y comprobó numerosos datos del caso de la red de pederastas. Pero a esas horas tenía la cabeza como un bombo. Eran casi las dos de la mañana cuando volvió a guardar todos los documentos en la carpeta oscura. La cerró con las gomas que sujetaban las esquinas diagonalmente y la depositó junto a su cartera para no olvidársela al día siguiente. Amorebieta estiró sus brazos crujiendo sus hombros y se encaminó hasta la ventana del comedor. La abrió y sacando medio cuerpo fuera contempló la plaza de las Columnas. Apenas había transeúntes, un par de gatos callejeros maullaban a lo lejos y el aire fresco de la noche apetecía ser respirado. El camión de la basura dio media vuelta a la plaza y vació los verdes contenedores, esos tipos trabajaban sin hablar, parecían un ballet. Como si estuvieran ejercitando una coreografía cientos de veces practicada. El comisario se rascó la entrepierna pensativo, cerró la ventana y salió del comedor.

Esa noche durmió de un tirón. No soñó con pederastas ni con chicas desaparecidas. No soñó con nada. Tan solo durmió como un bendito, si se podía decir eso de él.

20:00

Sacó su cabeza del agua justo cuando su mano tocó el borde de la piscina, miró el reloj de la pared del polideportivo y decidió que ya estaba bien por hoy. Ya había nadado más que suficiente. Notaba los músculos de la espalda como anestesiados. Le pasaba siempre que salía de la piscina, con un par de buenos estiramientos se le pasaría enseguida. Se fue a los vestuarios y se aclaró el cloro del cuerpo. A Roberto no le agradaba la extraña sensación que le suponía tener los oídos llenos de agua. Siempre le ocurría, aún poniéndose tapones, no había forma. Los oídos eran uno de sus puntos débiles. De pequeño siempre había tenido múltiples y dolorosas otitis que le habían hecho pasarse largas temporadas con tratamientos.

Roberto no entendía una vida sedentaria y sin ejercicio. Siempre había hecho deporte. Desde pequeño había practicado muchos y diferentes. Natación, fútbol, básquet, tenis... un sinfín de disciplinas a las que su tío le

había ido animando a apuntarse. Pero desde su etapa de adolescente se había quedado con el deporte que más le gustaba o mejor dicho, con los que más le gustaban. Desde esa época practicaba el triatlón. Natación, ciclismo y carrera. Llegó a quedar subcampeón de España juvenil y ahora se dedicaba a pruebas de forma *amateur*. Eso había hecho que a su atractiva y magnética personalidad le acompañara un cuerpo casi perfecto. Sin una pizca de grasa pero tampoco con excesiva musculatura. Era lo más parecido que uno podía encontrar a las estatuas griegas clásicas.

Acabó de vestirse y salió a la calle. Desde hacía varios meses siempre entrenaba en un polideportivo del Arenal. No es que estuviera cerca de su casa, pero apenas había gente en la piscina y disponía de un pequeño gimnasio anexo. El aire frío de la noche le removió los mojados cabellos y un escalofrío le hizo estremecer. Paró en un *kebab* de Can Pastilla a cenar algo y continuó su camino. Tenía una cita, como cada semana.

A las once llamó a la puerta de la casa y tras unos segundos se oyó como alguien movía la mirilla. Un ojo echó una mirada en redondo y la puerta se abrió dejando paso a Roberto. La misma diminuta mujer de siempre le abrió paso sonriéndole de oreja a oreja. Agachó su cabeza en señal de saludo y él se la devolvió con educación. La pequeña mujer guió al elegante joven por el interior del piso. Atravesaron el salón y la cocina hasta llegar a un pequeño patio trasero. Al salir a la intemperie la luna ocultó su brillo tras unos nubarrones, la pequeña cicerone le precedía. Apenas alumbraba nada, pero esto no era impedimento para el chico, se sabía de memoria la distribución de esa vivienda. No era la primera, aunque probablemente sí fuera la última vez que cruzaba ese patio repleto de plantas y macetas. Llegaron al final del alargado patio y se toparon con una especie de cobertizo cerrado con una puerta metálica. No se oía nada tras ella, tan sólo el roce de las ropas baratas de la mujer que tenía a su lado. La mujer levantó su puño en alto y golpeó el metal anaranjado. Tres golpes secos que retumbaron en la noche como si fuera una traca. Los goznes chirriaron y una línea de tenue luz roja alumbró los rostros de Roberto y de la pequeña mujer. Una joven que apenas había llegado a la adolescencia les abrió la puerta. Sobre su cabeza, un redondo farolillo de papel colorado rociaba una vaporosa luz rojiza en sus cabellos oscuros. La joven no mostró reacción alguna y con la mano le ofreció entrar en ese extraño cobertizo. La pequeña mujer volvió a la casa sobre sus pasos y el muchacho cruzó el umbral dejando a la joven adolescente abrazada junto a la puerta.

Una trompeta y un piano sonaban de fondo. Creyó reconocer una melodía

de Chick Corea, pero fue incapaz de identificarla, el sonido era audible aunque no lo suficientemente alto. Los farolillos de papel colgaban por toda la casa confiriéndole a toda la estancia un color suave e íntimo. Un espeso olor flotaba en el ambiente convirtiendo la estancia en algo casi irreal. Los efluvios de las diferentes drogas que ahí se fumaban llegaron perceptibles a los sentidos de Roberto. Continuó su camino por un alargado pasillo sumido en una espesa neblina. Las frágiles lucecitas que tintineaban en el techo no paraban de balancearse. Las voces y las risas que salían de las diferentes habitaciones le saludaban a su paso. Puertas cerradas, pestillos echados, rumores de gentes pasándose bien tras ellas. Recorrió ese singular y mágico pasillo hasta el final. Desde una de las habitaciones le llegaron voces como si de una representación teatral se tratara. Gente hablando en falsete y varios haciendo los coros. No pudo contener su curiosidad y se frenó para ver de dónde provenían las voces. No consiguió ver demasiado. Tan solo una mujer vestida como una colegiala con coletas, falda plisada y blusa blanca que lo transparentaba todo. Parecía como si recitara una lección aprendida. Era algo bastante surrealista en cualquier caso. Decidió no curiosear y que cada cual se divirtiera con sus vicios y sus manías. Un tufo a psicodelia le invadió sus pensamientos. La puerta que encontró frente a él estaba medio entornada. Pasó sin pedir permiso, le estaban esperando. La misma persona de siempre, la misma que le atendía todas las semanas, la misma con la que apagaba sus ignotos deseos profundos. La misma chica con la que imaginaba no estar en ese lugar o, quizás mucho mejor explicado, con la que imaginaba no estar.

Dejó que la joven muchacha le desnudara, como siempre hacía. Dejó que su mente volara hasta otros confines de su vasta imaginación mientras ella procedía a su ritual sexual de cada semana. Lo seguía al pie de la letra, tal como él le dijo que lo debía hacer, cada semana lo mismo, sin salirse ni una coma del guión pactado. Al finalizar, Roberto se vistió de nuevo, posó su mano en el desnudo hombro de la joven meretriz a modo de despedida, no sin cierta dosis de camaradería, y salió de la estancia. Pagó a la señora del burdel y salió a la calle.

Siempre iba a esa casa de putas porque le recordaba a Tailandia. Le recordaba ese primer viaje que hizo cuando apenas tenía veinte años con su tío en plan mochilero. Esas chicas del burdel de Palma le recordaban a las jovencitas, casi niñas, que se encontró por los barrios lúgubres y decadentes de Bangkok. Tras varias semanas vagando por esos suburbios dejados de la mano de Dios, Roberto cambió. Salió con una nueva concepción de las

relaciones de pareja, del sexo pleno, de su vida al fin y al cabo. Supo lo que realmente le gustaba y le llenaba el espíritu.

Después de esa primera visita, viajó muchas veces más a Tailandia. A medida que conocía el país, su cultura y a sus adolescentes prostitutas se fue enamorando del mismo. Con el paso de los años se compró un terreno cerca de la capital. En lo alto de una colina de un barrio residencial y no por cuatro perras. Roberto hizo una inversión de futuro. Un terreno enorme, de más de cinco mil metros cuadrados, con vistas al mar y en medio de una urbanización de alto nivel con vigilancia y agentes de seguridad 24 horas al día. Allí se haría su casa y allí, nadie le molestaría.

Al morir sus padres, su tío se había convertido en su tutor. No solo de su educación, sino también de sus finanzas. Roberto heredó varios terrenos en Mallorca que procedían de las dos familias, tanto paterna como materna. En vez de conservarlos o venderlos como habrían hecho la mayoría de las personas, su tío decidió crear una fuente de financiación para el futuro de su sobrino. Pidió varios préstamos a diferentes entidades y en cada uno de los terrenos construyó fincas de pisos. En lugar de venderlos los dedicó casi en exclusiva al alquiler. Gracias a que algunas de las fincas estaban en calles principales de algunos pueblos de Mallorca, al tío no le costó demasiado, gracias a sus contactos, que en los bajos comerciales de los edificios se abrieran sucursales de varios bancos. Eran ingresos seguros y sin riesgo. Al cabo de siete años de haber montado ese entramado inmobiliario saldó todos los préstamos que tenía con las entidades financieras y comenzó a obtener rendimientos. Con el dinero que ganaba, una parte la dedica al mantenimiento de las fincas y otra, la más importante, a crearle un colchón financiero de lo más suculento a su adorado sobrino.

Gracias a ese dinero Roberto se pudo comprar esos terrenos en Tailandia años atrás. Prácticamente lo invirtió casi todo en ellos, en esa zona de alto caché de Bangkok. Allí el metro cuadrado no le tenía nada que envidiar a Puerto Portals o Son Vida.

Al salir de la casa de citas buscó su coche con la mirada y caminó hacia él. Al poco llegó a la puerta y justo cuando iba a abrirla algo le paralizó. Una extraña sensación le recorrió la espalda. El vello se le erizó como a un gato nervioso que presiente un ataque. Se quedó quieto y miró a ambos lados de la calle. Estaba desierta. Lo único que se movía era el parpadeo lejano de un semáforo en ámbar. Se giró a su espalda y escudriñó a través de la oscuridad, no había nada, pero algo le decía que no era así. Sentía como si se le hubiera

disparado un sexto sentido. Algo pasaba a su alrededor y no era capaz de detectar el qué. Sacó el *iphone* de su bolsillo y abrió la aplicación que controlaba su casa. Era una aplicación que él mismo había creado el año anterior. Le permitía controlar los sistemas de seguridad que había instalado. Abrió la pantalla y chequeó los diferentes iconos. Todo estaba bien, la pantalla del móvil mostraba los circulitos en verde indicando normalidad. Comprobó los sensores de movimiento que tenía en diferentes puntos de la casa y nada, los sensores de apertura de puertas y ventanas y nadie, ni nada, las había abierto desde que él había salido de casa. Después apretó un botón de la aplicación que se llamaba cámara. Tardó un par de segundos, pero enseguida tuvo acceso al interior de la vivienda. Se conectó a las diferentes cámaras que tenía por toda la casa y no detectó nada anormal. Todos los dispositivos de la casa le mandaban vía *wifi* la información a su teléfono y Roberto siempre tenía la información en tiempo real. Cualquier situación anómala que ocurriera en su piso se transmitía de inmediato al móvil. Y esa noche nada estaba pasando, su casa estaba sumida en la más absoluta tranquilidad. Aún así, Roberto estaba inquieto. Sentía que algo le rondaba. Quizás un peligro, quizás una amenaza. No era capaz de concretarlo, pero lo sentía en su interior.

Asió la puerta de su coche y estiró hacia él. Mientras se abría vio por el rabillo del ojo un movimiento casi imperceptible. Como si una sombra se estuviera deslizando por la noche. Mantuvo la mirada en ese punto pero no vio nada. Se fijó en todos los coches aparcados y tampoco observó a nadie en su interior.

Con la vista alerta y el cuerpo en tensión se metió en el coche, cerró los seguros y arrancó el motor. Condujo por las calles de Palma muy despacio, las calles y avenidas desiertas le permitían hacerlo. Miraba continuamente al espejo retrovisor por si detectaba a alguien que le siguiera. Apenas se cruzó con ningún coche y llegó al Molinar sin incidencias. Salvo por un coche que le adelantó a toda velocidad a la altura del edificio de Gesa del paseo marítimo no tuvo a ningún vehículo detrás de él.

Cuando regresó a su casa del burdel ya era de madrugada. Se metió en la cama. En otra cama y a solas esta vez. Esa noche apenas durmió, la cabeza le daba vueltas, los planes que debía poner en marcha en las próximas horas se agolpaban en sus pensamientos. Planes que ya hacía tiempo había elaborado pulcra y serenamente, porque era consciente de que algún día llegaría la hora de marchar, la hora de la verdad, como se decía a sí mismo mirándose al

espejo. Los pasos que debía dar, las acciones a adoptar, todo eso se le aparecía en su duermevela de forma clara, vívida e inequívoca. Tenía claro lo que debía hacer. Y no iba a dudarle ni un solo segundo. Se giró al otro lado de la cama y continuó dándole vueltas a lo que iba a realizar en los próximos días. Dio muchas vueltas en su solitaria cama. Tuvo pesadillas. Sueños extraños en los que aparecía su tío y le llamaba. Cuando Roberto se iba acercando a él comprobaba que tenía el cuerpo lleno de escamas y que era un pez. De repente la habitación en la que se encontraba se cubrió de agua y sintió que se ahogaba. Buscaba algún lugar donde hubiera una bolsa de aire para respirar y tan solo se encontraba con la cara de pez de su tío, sonriente y apocada. Justo cuando estaba a punto de ahogarse se despertó de la pesadilla envuelto en un sudor frío y pegajoso. Se notó la respiración acelerada y los latidos desbocados en su pecho.

Se levantó a beber un vaso de agua y a tratar de serenarse. Al cabo de un rato se metió de nuevo en la cama.

Y esa noche apenas durmió.

A la peor de las noches siempre le sigue un amanecer

Jueves

20 de octubre de 2011

10:00

El despacho del comisario Amorebieta estaba a rebosar. Eran cinco personas y apenas tenían espacio para pasar. Había convocado a su equipo para poner en común datos sobre el caso de la pornografía infantil. El comisario sentado tras su mesa removió el café de máquina que le había traído un sargento. El sol que entraba oblicuamente por el ventanal surtía de forma al humo que salía del café. Una forma amorfa que subía sinuosa hacia el techo. El despacho estaba impregnado de ese olor amargo y penetrante del café recién hecho.

—Los últimos datos que nos han mandado de Madrid no aportan nada nuevo. Por lo visto no han detectado que *dirtyday* haya vuelto a colgar archivos en internet —dijo una mujer de mediana edad—. O al menos no han detectado a nadie que tuviera archivos provenientes del sospechoso. Estoy pendiente de un informe que me tenían que enviar esta mañana pero aun no me ha llegado al correo. En cuanto lo reciba lo analizaré.

—Bien, pues seguimos en punto muerto. Sabemos que el que distribuye y vende las imágenes está en Mallorca, que cambia de ordenador cada vez que realiza un envío, que nunca repite y que siempre lo hace, hasta la fecha, desde *cibercafés* distribuidos por toda la isla —resumió el comisario.

—Concretamente hemos detectado siete envíos desde Palma, dos desde Inca y Manacor y luego uno desde Alcudia, Cala Rajada, Santa Ponsa, Sóller y Lluchmajor —aclaró uno de los policías sentado frente a la mesa de Amorebieta. Un tipo calvo, gordo y con dos círculos de sudor bajo sus axilas.

Frente a la mesa del comisario estaban el tipo gordo y sudoroso con camisa azul clara y la mujer de mediana edad sentados en las únicas sillas de que disponía en el despacho. Los otros dos hombres estaban sentados sobre el alféizar de la gran ventana que daba al paseo Mallorca. Ambos portaban sendas carpetas repletas de folios, informes y fotografías relacionadas con el caso. Uno de ellos levantó la mano para decir algo. Era un chico delgaducho con gafas de pasta y pelo rizado.

—Si me permitís, hay una cosa que no tengo clara.

—Si solo fuera una ya nos iría bien para el caso —contestó socarrón el comisario.

El chico sonrió y continuó con su discurso.

—El que manda las imágenes de porno infantil siempre lo hace desde ordenadores que no son el suyo y, además, por los datos que nos aportan los de informática las imágenes no tienen rastro de la red. Es decir, no se las ha bajado previamente de algún servidor para luego él reenviarlas a su vez. Probablemente las debe llevar en un pincho de memoria externo y se conecta por puerto *usb*. Desde allí las debe mandar a los compradores. La cuestión que me planteo es, ¿De dónde saca él las imágenes? ¿Cómo se las hacen llegar? Porque si no hay huella ni rastro digital, o bien las toma él, o bien se las mandan por transporte tradicional, correos, paquetería o vete a saber tú.

—No creo que sea él, o ella, —apuntilló la mujer de mediana edad— la persona que saque las fotos. Si consideramos que esa persona, por la ubicación de los *cibercafés* que utiliza, reside en Mallorca y que el análisis de las imágenes por parte del especialista en rasgos faciales nos dice que son de niños asiáticos, probablemente de la región del sureste asiático, no creo que sea esa persona la que los realiza.

—A no ser que haga viajes a esa zona, tome las fotografías, y las traiga como si de un *souvenir* más se tratara —dijo el hombre calvo.

—De todas formas esa línea de la investigación no nos va a llevar a ningún sitio. Que más da quién las haya hecho, lo único que podemos hacer es pillar al que las distribuye y ver si con un poco de suerte podemos tirar del hilo y desmontar esta organización —comentó el otro chico sentado en la ventana que aún no había abierto la boca.

Se colocó mejor en el alféizar y se estiró la camisa hacia abajo. Era un muchacho musculoso, de los que se cuidaban en el gimnasio, de los que se preocupaban por los detalles, de esos que adoraban su imagen. De un tiempo a

esta parte solía portar camisa de colores chillones un par de tallas por debajo de lo aconsejable. La cuestión era mostrar musculitos.

—Ahí tienes razón. La reunión de hoy es para adoptar medidas y establecer un plan para los próximos días. Qué vamos a hacer, dónde y cómo —dijo Amorebieta y luego dio un sorbo a su café que ya comenzaba a enfriarse.

— ¿Alguna idea brillante, chicos?

Justo cuando el policía delgado de las pastas de gafas iba a abrir la boca tocaron a la puerta del despacho. Un agente de uniforme entró pidiendo permiso y entregó un folio a la mujer de mediana edad. El policía se marchó y la mujer leyó el texto del correo que acababa de recibir en silencio. Los demás aguardaron a que terminara. Todos en silencio, salvo Amorebieta que seguía sorbiendo y apurando su café.

— ¡Bingo! ¡Hoy es nuestro día de suerte! —Exclamó la mujer con media sonrisa en la cara—. Ayer por la noche detectaron a otro pederasta que se bajó contenido pornográfico infantil. La unidad de delitos informáticos nos informa de que la descarga de dichos archivos se ha realizado en Palma y tenemos su dirección. Parte de esos archivos se han descargado de un foro de internet y según nos cuentan nuestros compañeros de Madrid, ¿A qué no sabéis quién era el que moderaba dicho foro?

Lanzó la pregunta al aire. Nadie dijo esta boca es mía. Todas las miradas se concentraron en ella.

—*Dirtyday*. Ese es el apodo de la persona que moderaba el foro y el que le ha enviado los archivos pornográficos al tipo de Palma.

—Con lo que tenemos a un tipo de Palma que se descarga los archivos y otro que supuestamente reside en Mallorca que los distribuye —pensó en voz alta el gordo sudoroso.

—A lo mejor tenemos suerte y el pederasta de Palma nos lleva hasta *dirtyday*. En estos círculos tan herméticos y reducidos de la pornografía infantil se suelen conocer entre ellos —dijo el delgado de las gafas de pasta.

—Eso sería demasiado optimista. Vayamos por partes —sentenció Amorebieta—. Primero estudiemos a este sujeto que al parecer tenemos localizado. Establezcamos un plan de actuación inmediata y luego veremos que nos depara la fortuna.

Se acabó el último sorbo del café y lanzó el vaso de plástico a la

papelera que tenía bajo su mesa.

—¿Tenemos algún detalle más concreto? —lo preguntó mirando a la mujer.

—Algo tenemos. Aunque deberíamos obtener algunos datos más del sujeto antes de actuar, creo que tenemos la suficiente información para ir a por él hoy mismo. Por lo visto la descarga de los archivos se realizó ayer a las 21:17 desde un ordenador situado en un inmueble cercano a la plaza Orson Welles, en el barrio de Son Gotleu.

—Bien, pues parece claro como el agua, ¿No? —soltó animado el policía de músculos marcados.

Un murmullo de asentimiento envolvió el despacho del comisario. Pero la mujer sonrió con sobriedad y con una entonación teatral se dirigió a sus compañeros.

—¡No! Ahora viene lo bueno. Agarraos que vienen curvas compañeros —hizo una pausa para darle un toque de suspense al asunto—. El inmueble donde está situado el ordenador es un edificio complicado para ir y entrar por la fuerza.

—¿Por?

—Porque el ordenador está dentro de la iglesia del Corpus Christi —la mujer lo dijo con voz profunda y seria.

—¡Hostias! —dijo el de las gafas de pasta.

—¡Me cago en la leche! Por qué siempre se nos tiene que torcer los casos que parecen sencillos. A ver ahora como lo hacemos. Si el ordenador del que se descargan esos archivos está ahí, habrá que averiguar quién tiene acceso a él. Si es solo el párroco, si pueden los feligreses, si entran los de la catequesis, vete a saber ahora quién cojones es el fulano que se baja la pornografía —el tipo gordo con los lamparones de sudor lo dijo desanimado, con cierta resignación de policía de la calle, de haber tenido que bregar en más de un asunto sucio como ese. Tenía la cara como cuando a uno le dicen que ese día se queda en el banquillo y que no va a jugar de titular.

—Tranquilos chicos —el comisario hablaba como lo hace un catedrático a sus pupilos universitarios—, quizás no estemos tan lejos de pillar a ese tipo. Vamos a centrarnos en lo que tenemos.

Levantó un dedo y señaló al chico de las gafas de pasta como para darle paso. El muchacho agarró el fajo de folios, en los cuales acababa de escribir datos que había cogido de su compañera, y seleccionó un par de hojas sueltas.

—En estos momento sabemos que ayer a las 21:17 se bajaron archivos con contenido pedófilo desde la iglesia del Corpus Christi de Son Gotleu. Varios de esos archivos vienen de un foro gestionado por el sospechoso al cual estamos siguiendo, *dirtyday*, y como en otras ocasiones se subieron al servidor desde un ordenador situado en un *cibercafé* —el chico de las gafas cogió otro folio suelto y buscó entre sus líneas—. El *cibercafé* se encuentra en concreto en un travesía de la calle Aragón, como cabría esperar es la primera vez que utiliza el ordenador de ese sitio, y con toda probabilidad por el modus operandi que lleva hasta la fecha, sea la última que lo utilice. Con lo que ir a preguntar al dueño del local será en balde, como nos ha pasado con los otros sitios. Nadie se acuerda de una persona que entra una vez, hace lo que hacen los demás sin llamar la atención, se conecta a un ordenador, enchufa su pincho de memoria, está un rato, y al poco rato paga y se marcha del local. No creo que tengamos suerte. Deberíamos centrarnos en atrapar a la persona que se bajó ayer los archivos e intentar atraparlo. Es lo único tangible que tenemos, quizás esta persona nos pueda llevar hasta *dirtyday*.

—Muy bien, lo haremos esta tarde. Prepararlo todo, averiguar lo que podáis sobre esa parroquia. Quién es el cura que la lleva, cuántos monaguillos tiene, cuántas misas da, si cree en Dios de verdad... Lo quiero todo para las cuatro de hoy. Y con los datos que tengamos esta noche iremos a por él —ordenó Amorebieta.

—No será fácil conseguir una orden judicial para entrar en una iglesia, comisario.

—Yo no he dicho que tenga pensado entrar en ninguna —dijo con malicia Amorebieta.

Eran pasadas la una del mediodía cuando el comisario se levantó de su despacho. Había pasado el resto de la mañana leyendo resúmenes e informes sobre el caso. Salió a la calle con la chaqueta de ante sobre los hombros pero sin pasar las mangas. Se encendió un cigarrillo mientras caminaba y dio una prolija y profunda calada. Entornó los ojos a medida que notaba la nicotina bajando por sus bronquios. Decidió ir a comer algo rápido por allí cerca. Comenzó a bajar por el paseo Mallorca hacia el mar. Necesitaba desconectar un rato del caso que llevaba entre manos. Miró al cielo y vio como crecían las nubes. Cada vez había más y eran más compactas y oscuras. Pensó en lo que había hecho la noche anterior. En sus obras literarias, en lo que iba a disfrutar

en cuanto se jubilara y dejara esta mierda de vida policial. Cada vez quedaba menos para descansar, para dejar de trabajar y eso, en lugar de tranquilizarlo, lo inquietaba profundamente. Caminó cuesta abajo por el parque de Sa Faixina hasta que llegó al paseo Marítimo. Decidió ir a comer al Pesquero, su menú era más que aceptable.

Comió saboreando todo lo que le traían. Dejó los platos limpios. No tomó postre, pero no perdonó un café solo y una copa de hierbas dulces para acompañar. Como era pronto y no había quedado hasta las cuatro con su equipo decidió tomarse otra copa más. Ésta la degustó mientras contemplaba cómo las gaviotas revoloteaban con sus ruidos ensordecedores alrededor de los barcos de pesca. Cascos de colores, azules, rojos, y verdes, daban esplendor a esa parte vieja y denostada de la ciudad. Era una zona que no estaba nada cuidada pero para Amorebieta tenía un encanto que le atraía como ninguna otra.

Llegó a su despacho con retraso. Todo su equipo se encontraba dentro charlando animadamente. Cruzó hasta su sillón y se sentó no sin cierto cansancio. Se sentía derrotado físicamente. Como si sus energías se fueran perdiendo a medida que avanzaban las horas del día. Eso le ocurría con relativa frecuencia en las últimas semanas. Debía ir al médico a que le viera pero no encontraba el momento.

—Buenas tardes muchachos —dijo Amorebieta.

De inmediato los cuatro colaboradores dejaron de charlar y se acomodaron para atender al jefe. Curiosamente volvían a estar ubicados en los mismos sitios. El hombre calvo y gordo, ahora ya sin manchas de sudor evidente, y la mujer de mediana edad en las sillas frente a su mesa. El chaval delgaducho de gafas de pasta y el otro musculoso con su ropa de talla ajustada sentados en el alféizar.

—¿Qué sabemos del cura? —preguntó el comisario.

El chico de las gafas de pasta se aclaró la voz y agarró varias hojas de un montón que había dejado junto a él.

—Sabemos que esa parroquia la lleva el mismo sacerdote desde hace dos años. He ido esta mañana al obispado a informarme. Me ha costado lo suyo y hasta he tenido que medio amenazarles, pero he conseguido acceder a sus archivos. El cura en cuestión nació en Manacor hace 42 años. Se metió en el seminario con 19 años y ha estado en varias parroquias. Tuvo su época misionera y se pasó seis años en diversas misiones por África y Centroamérica. Tiene familia directa que vive con él. Su madre y una hermana

de ésta comparten piso con el cura. La vivienda del sospechoso está en la calle Reyes Católicos, no muy lejos de la iglesia del Corpus Christi. Por lo visto es un cura con cierta reputación dentro del obispado. Jamás ha dado problemas y lo consideran un hombre cabal, respetuoso con la comunidad, solidario y con iniciativas creativas para su parroquia, pero de los que jamás ponen en entredicho las decisiones que adopta el Obispo. Cumple y respeta el orden jerárquico establecido. Un cura modelo, vamos.

—O sea, que no es uno de esos de la teología de la liberación —dijo el gordo.

—No, todo lo contrario. Por lo que he leído en los archivos y las respuestas que me ha dado el secretario del Obispo lo tienen en gran estima. De hecho, se le notaba la sorpresa cuando me he presentado pidiendo información sobre él. No se lo esperaba, de ese cura al menos no.

—¿Algo más sobre la parroquia? —preguntó el comisario.

—No mucho más. Aparte de que es una de las que más trabajo tienen. Está en un barrio con bolsas de marginación social, donde conviven grupos de inmigrantes, muchos de ellos sin empleo y sin ocupación, y el cura trabaja muy activamente con los excluidos. Se dedica a hacer colectas de ayuda, monta rastrillos benéficos, da cobijo en la iglesia a los sin techo cuando hace frío...

—Un santo varón, como diría alguno, ¿No? —comentó la mujer.

—Demasiado buena persona quizás, diría yo —el policía de la camisa ajustada enarcó una ceja de duda al decirlo.

—También he averiguado que la parroquia tan solo tiene una línea de teléfono con conexión ADSL. El ordenador que tienen inventariado los del obispado coincide con el que se bajó anoche los archivos. Según me ha comentado el secretario, los ordenadores que tienen en las diferentes parroquias siempre están en las sacristías y bajo el cuidado del sacerdote. No son ordenadores a los que pueda acceder cualquiera, todos llevan claves de acceso que proporciona el propio obispado para evitar usos fraudulentos de los mismos.

—Eso hace que el cura tenga más números para ser detenido. Si solo él sabe la clave de acceso del ordenador y si éste está ubicado en la sacristía bajo llave, no lo tiene demasiado bien para irse de rositas me temo —dijo socarrón el policía calvo y gordo.

—¿Tenemos una descripción física del tipo? —preguntó la mujer.

—Sí, y además he conseguido unas fotos. Tomad, pasaros las copias — el chico de las gafas de pasta alargó varias fotografías que había conseguido

del obispado. En ellas se veía a un hombre con aspecto juvenil que vestía camisa negra y alzacuellos de un blanco nuclear. La fotografía era de medio cuerpo y había sido tomada con un fondo blanco lo que realzaba las facciones del cura. Tenía la cara redonda y unos ojos azules casi transparentes. La piel la tenía blanca, lechosa, parecía casi albino. Unas cejas pobladas de cerdas gruesas y rubias le ocupaban casi todo el rostro. El pelo amarillo lo llevaba cortado a lo cepillo.

—Ya es que el alzacuello lo ubica en un contexto, porque por la pinta parecería un joven neonazi recalcitrante —dijo el joven de la camisa apretada.

—Vaya cara de cura redomado que tiene el gachó —soltó el policía gordo.

—No estamos aquí para juzgar a nadie —dijo la mujer—. Deberíamos centrarnos en esa cara y memorizarla. Desde esta mañana nadie lo ha visto. Ni su madre, ni por el barrio, ni en la parroquia. He mandado una patrulla a echar un vistazo y me han dicho que la iglesia estaba cerrada. Además había una nota en la verja de la calle anunciando que hoy no habría misa de ocho. Pero sin embargo, han visto movimiento a través de la ventana que da al lateral de la calle. Provenía de la sacristía.

—¿Por qué? No tiene sentido. No debería dejar de hacer su vida rutinaria. Todavía no estamos encima de él. Nadie le ha hecho ningún seguimiento y por lo de internet no es posible que haya detectado que le hemos pillado —comentó en voz alta el chico de los músculos hipertrofiados.

—O a lo mejor sí. ¿Quién sabe? Igual lo ha detectado y está asustado. Debemos estar alerta y no dar ni un paso en falso. Primero porque el cura puede ser la punta del iceberg que nos lleve a algo más gordo y segundo porque no podemos permitirnos un escándalo con el clero. Así que vayamos al grano. Concretemos los pasos —ordenó el comisario Amorebieta.

Todo el equipo rebuscó entre sus apuntes y se prepararon para coger notas si era necesario.

—He preparado un plan para esta noche. Vosotros dos iréis en un coche —la mujer de mediana edad señaló a los dos chicos que estaban en el alféizar, había tomado el mando operacional—, y el comisario y yo en otro, cada uno de nosotros aparcará en la calles perpendiculares que rodean la iglesia. Así tendremos controlada la entrada y salida de la parroquia. Con casi toda probabilidad el cura estará dentro o bien irá en algún momento. Según Madrid los horarios de conexión a internet de ese ordenador oscilan entre las 21 y las 23 horas, y casi nunca en fin de semana. Raro es el día en que no se ha

establecido conexión a internet en esa franja horaria. Así que estaremos ahí antes de las 21h y esperaremos a que nuestro sospechoso se conecte. Luego entramos y le interrogamos.

—¿Y yo en qué coche voy? —preguntó el policía calvo y gordo.

—Tú te quedarás en la central coordinando nuestros pasos. Igual necesitamos apoyo de alguna patrulla que esté esa noche de turno o información de los documentos que hemos obtenido estos días, nunca se sabe.

—*Ok*, me quedaré cuidando del castillo —soltó algo decepcionado el hombre.

Continuaron hablando un rato más hasta que acabaron de concretar la operación.

—Muy bien chicos, espero que lo tengáis todo claro. Id a casa a descansar un rato. Nos veremos a las 20:30 en el aparcamiento de afuera. No os retraséis —el comisario zanjó la reunión y uno por uno fueron abandonando el despacho.

Eran las cinco en punto de la tarde y Amorebieta no sabía muy bien a dónde ir esas horas que tenía por delante. Para empezar decidió hacer algo que llevaba un buen rato pensando. Se levantó y cerró su puerta con llave. Echó abajo las cortinillas de los cristales que permitían ver la otra sala y abrió la ventana que daba al paseo Mallorca. Encendió un cigarrillo y contempló cómo un pequeño cauce de agua caía hacia el Mediterráneo sin parar, sin esperar a nada ni a nadie, como si nada más importara que llegar al final del trayecto. Fundirse con un mar grande y definitivo.

Dio una profunda calada. Amorebieta se sintió como el agua. Deseando llegar al final del camino.

12:00

El diario de la mañana era un recital de malas noticias. Lo dejó sobre la mesa del ajedrez en medio del estudio y se fue con su silla de ruedas hasta la cocina. Comenzó a sacar ingredientes para hacerse la comida. Hoy haría un cocido. Comenzó a poner la verdura y las hortalizas en una olla grande y a continuación introdujo la carne, huesos de jamón y una pizca de especias. Añadió agua para tener suficiente caldo. Encendió el fuego y lo dejó que se hiciera. A Paco nunca le había gustado la cocina rápida. Siempre que podía gustaba de recrearse y tomarse su tiempo en elaborar sus platos. Dejó la olla a

fuego lento y se fue hacia la ducha.

Al llegar al baño le costó mucho desvestirse. Esa mañana se había levantado más torpe de lo habitual, como si los músculos fueran piezas de plastilina que parecen fuertes pero a la mínima torsión se ablandan. No se encontraba nada fino el profesor.

Alargó la mano para abrir el agua de la ducha pero el temblor le impidió acertar a coger el grifo. Decidió darse un baño en lugar de una ducha, tenía menos probabilidades de resbalar y abrirse la cabeza.

Con algún que otro espasmo muscular y una pizca de entumecimiento en las piernas logró introducirse en la bañera. Una vez sentado abrió el grifo hasta encontrar una temperatura agradable y se dejó caer hacia atrás suavemente alargándose en la bañera. De fondo, amortiguado por el ruido del chorro, se oía como el caldo comenzaba a hervir.

Se sentía más fatigado que de costumbre, no sabía si era por el vapor del agua caliente, pero se notaba la vista borrosa, como si viera doble.

Cuando empezó con sus achaques pensó que era por el trabajo. En aquella época tenía muchas clases en la universidad, asistía a un sinfín de congresos, conferencias y reuniones académicas, y colaboraba en varios proyectos de investigación. Así que no hizo ni caso a los primeros síntomas de la enfermedad. No le dio importancia cuando al regresar de un congreso en Londres comenzó a ver doble y perder sensibilidad en las manos. O como cuando después de corregir un sinfín de exámenes fue incapaz de levantarse de la silla al perder la fuerza en las piernas. Esto es el estrés, trabajas demasiado, le repetía una y otra vez su esposa. Pasaron meses con avisos similares, hasta que una mañana fue incapaz de sujetar la taza del café, se le cayó al suelo y, tras ella, cayó él de rodillas como si fuera un saco de cemento. Estuvo ausente y obnubilado por un dolor de cabeza insoportable y desconocido para Paco. Aún lo recordaba en la actualidad. Fue como si una mano le apretara el cerebro tratando de exprimirlo como a media naranja. En ese momento decidió ir a que le viera el médico.

De eso hacía más de 20 años y cada día que pasaba estaba peor. Pero lo de su enfermedad, en cierta medida, era lo más llevadero que había tenido en estos últimos años. Gracias a Dios, la enfermedad le había hecho olvidar, aunque solo fuera por pequeños espacios de tiempo, otras cosas mucho más dolorosas para él.

El chorro del agua seguía lentamente llenando la bañera. Ya tenía medio

cuerpo sumergido.

Esclerosis múltiple le espetó el neurólogo tras decenas de pruebas. Aún recordaba la cara de idiota que se le quedó tras oír el diagnóstico. No daba crédito a las palabras de ese señor con bata que tenía frente a él.

Revisó montones de libros sobre esa enfermedad casi desconocida por aquella época. Se empapó de todos los estudios y literatura existente sobre el tema. Y acabó asumiendo la realidad. Le había tocado padecer una enfermedad lenta, dolorosa y letal. Una verdadera cabronada de las gordas se dijo en esos momentos.

Pero era lo que le había tocado vivir. Era su calvario y su penitencia vital. Peor estaban otros. Peor estaban los muertos, o no.

Se incorporó un poco y trató de cerrar el grifo, pero no alcanzaba. Se echó hacia atrás recuperando algo de resuello y notando como el dolor le laceraba el tórax.

De repente su mente le volvió a traicionar y le obligó a evadirse a lo más hondo de su dolor. Nunca quería, pero de vez en cuando el recuerdo regresaba implacable.

Su mente le llevó a una mañana de mediados de junio de hacía muchos, muchos años. En esa época, él y su mujer, vivían en un piso en el centro de Palma. Quedaban pocos días para que acabara el colegio. Sus dos hijas mayores iban a la escuela y la pequeña a la guardería. Esa mañana Paco tenía una reunión en el centro de Palma a primera hora y no podía acompañar a sus hijas como hacía cada mañana. Así que le tocó hacerlo a su esposa.

A las tres de la tarde sonó el teléfono de su despacho. A las tres de ese maldito día de junio. El día en que supo lo que realmente era el dolor más insoportable que una persona podía vivir. La llamada la hizo su mujer. Le contó todo lo que había pasado entre sollozos e histeria. Paco se quedó petrificado asumiendo el mensaje. Interiorizándolo para siempre. Para que nunca jamás se borrara de su vida.

Su mujer se marchó de casa con sus tres hijas. Ella también tenía una mañana muy ajetreada y cargada de reuniones con clientes. Era la gerente de una inmobiliaria y llevaba una época de intensísimo trabajo. Le costó centrarse en el recorrido que tenía que llevar para dejar a las pequeñas en el cole. Al final lo consiguió sin apenas dar rodeos por las calles del centro de Palma. El tráfico de esa mañana era terrible. Casi llegó cuando se cerraban las puertas del colegio. Las dos hijas mayores tuvieron que salir a todo correr sin

despedirse de su madre. Llegaron por los pelos. La mujer de Paco en ese momento se encaminó a toda velocidad para no llegar tarde a la primera reunión que tenía en la oficina. Al llegar al aparcamiento vio como la estaban esperando en la misma entrada de la inmobiliaria y también tuvo que acelerar el paso para llegar a tiempo con una sonrisa de disculpas dibujada en la cara. Y ese fue el principio del fin de su vida.

Cuando a las tres de ese día tuvo que llamar a su marido para contarle lo ocurrido, le pareció como si contara una película que acabara de ver. O relatara un sueño que había tenido. Todo le parecía irreal.

Cuando le contó por teléfono a su esposo que su hija pequeña, su bebé de apenas nueve meses, había muerto no sintió nada. Se la había olvidado dormida en el asiento trasero del coche. Y había fallecido por calor y asfixia durante esa mañana. Durante esa maldita mañana en la que el coche estuvo al sol con las ventanillas subidas. Esa maldita mañana.

Para Paco nada fue más doloroso, más cruel y más intenso que cuando su mujer le comunicó la muerte de su pequeña.

En ese mismo momento también murió su matrimonio. Y hasta la muerte de su mujer un par de años atrás por un cáncer, nunca pudieron recuperar la normalidad en su relación. Ella se sintió culpable por el resto de sus días y jamás volvió a levantar cabeza. Paco, a su manera, la siguió queriendo. Sobre todo porque tenían a sus otras dos hijas a las que criar.

Consiguió borrar de su mente ese terrible recuerdo intentando cerrar el grifo por segunda vez. Y por segunda vez no lo consiguió. De nuevo al intentar incorporarse el dolor del pecho se lo impidió. Se notaba débil, algún que otro espasmo le venía por sorpresa a sus piernas, transmitiéndole una sensación de inestabilidad y de fragilidad como hacía tiempo no sentía. Y el agua siguió cayendo. De lejos oía como el caldo de la olla burbujeaba al calor del fuego.

Empezó a preocuparse viendo como el nivel del agua seguía aumentando y era incapaz de cerrar el agua. Cogió aire y con un impulso descomunal trató de sentarse en la bañera. Pero no pudo. Se dejó caer golpeándose la cabeza contra la bañera. Apenas notó el daño porque comenzaba a notar el entumecimiento de sus músculos. El calor en exceso no le iba nada bien a su esclerosis. Y el baño se estaba convirtiendo en una verdadera sauna.

Pensó en sus posibilidades de salir de ahí, de no quedarse inconsciente y ahogarse en su propia bañera. Vaya muerte más estúpida, pensó. Se esforzó en revolverse sobre su costado. Retorciéndose hacia un lado intentó llegar con la

mano a los pies de la bañera y quitar el tapón. Al menos ganaría tiempo de morir ahogado si se iba el agua por el desagüe. Se estiró pero no pudo. Las piernas las tenía inmóviles, no respondían a sus órdenes, con lo que tampoco podía contar con ellas. Pensó en gritar pero no había nadie que le pudiera socorrer. Y el chorro seguía cayendo constante e imparable.

Inspiró hondo varias veces. Tranquilo, tienes que estar tranquilo, piensa Paco, piensa, decía en voz alta. Lo tengo que volver a probar. Cerró los ojos y cogió todo el aire que pudo, contrayendo todos los músculos del abdomen se lanzó hacia delante tratando de llegar al grifo. Abrió los ojos justo en el momento en que sus dedos rozaban el frío metal. Con un golpe rápido y desesperado bajó la palanca y cerró el flujo del agua. El chorro se paró en seco y él se desplomó hacia atrás golpeándose de nuevo en la nuca y lanzando una ola de agua al suelo del baño.

La respiración se le aceleró. Parecía que hubiera acabado una etapa de montaña de lo cansado que estaba. Sonrió ligeramente. Hoy, definitivamente, no iba a morir. Se quedó en la bañera un buen rato más hasta que poco a poco volvió a recuperar la sensibilidad y la fuerza de sus músculos. El agua se enfrió y el caldo siguió hirviendo a fuego lento.

Un pensamiento cruzó su mente, como un anuncio de televisión a todo color.

El ser humano era terriblemente frágil.

16:30

A la peor de las noches siempre le sigue un amanecer. Roberto se pasó la mañana trabajando y apenas pensó en sus preocupaciones. Llegó a casa y sin comer más que un par de yogures se puso a empaquetar cajas. Llevaba días con las cajas. Ya lo tenía todo medio desmontado, todo menos su ordenador de sobremesa que lo tenía encendido. Se sentó frente a él y acabó de comprobar varios temas que tenía pendientes. Mandó un par de correos electrónicos a diferentes empresas con las que tenía algunos asuntos que resolver. Cuando acabó de trabajar con el ordenador lo apagó, fue hasta la despensa y cogió un par de botes llenos de líquidos industriales que había comprado en *Leroy Merlin*. Los dejó junto al teclado, sacó un destornillador de estrella de uno de

los cajones de la cocina y lo colocó junto a los dos botes. Cuando vio que lo tenía todo como él quería siguió con las demás pertenencias de la casa. Continuó una par de horas más hasta que consideró que ya tenía bastante. Se pegó una ducha y se cambió de ropa. Decidió salir a dar una vuelta. Eran cerca de las siete de la tarde y el cielo comenzó a prepararse para una tormenta. A pesar de eso, Roberto no cogió paraguas. Caminó hacia el paseo del Molinar y torció hacia la derecha. Casi estaba desierto, se había levantado viento y la tarde era más que desapacible. A lo lejos, tras la sierra de Tramuntana, unas nubes negras y compactas crecían amenazando con descargar lluvia en cualquier momento. Roberto se apretó en su chaqueta cuando una ráfaga de viento le sacudió el costado. Siguió caminando, necesitaba acabar de pensar en todas las cosas que le quedaban por hacer. Siempre había pensado mejor en movimiento. Había sido un estudiante modélico pero nunca fue un modelo a seguir en cuanto a metodología de estudio. Jamás estudió en una biblioteca o sentado frente a un escritorio. Él era de los que necesitaban moverse, caminar, hablar en voz alta y no parar mientras a la vez trabajaba con la mente tratando de memorizar una lección o de resolver un problema. Esa aparente anarquía metodológica la suplía con creces gracias a su mente prodigiosa.

Cuando llegó a la altura del club náutico del Molinar empezaron a caerle gotas de lluvia. Pequeñas y dispersas que no dejaban lugar a dudas de lo que vendría después. Se metió en la cafetería de enfrente, *Fibonacci* se llamaba. Uno de esos locales medio panaderías medio cafeterías modernas y deliciosas, de esas en las que todo estaba pensado para atraer tus sentidos y que comieras por la vista y por el corazón. Roberto se sentó en una de las mesas del interior y pidió un café con leche. Sacó su *iphone* y se dispuso a comprobar un par de aplicaciones que él mismo había creado.

En el momento en que la camarera le traía el café, Roberto se quedó paralizado. Se quedó tan frío como los pies de su tío el día que lo enterraron. No hizo caso a la pobre chica, toda su atención se fue, como si de una carrera de galgos se tratara, hacia la pantalla de su móvil. Un sabor amargo le subió hasta la boca. Miró a su alrededor con temor aunque sin fundamento. Una de las aplicaciones le acababa de mandar un aviso de que uno de sus clientes había sido visitado.

Roberto era extremadamente meticuloso con sus clientes. No se le ocurría mandar ni un solo archivo a nadie que no pasara ciertos filtros que él imponía. La razón era obvia, no quería acabar con sus huesos en una sucia y

fría prisión, era demasiado joven para que su libertad se fuera al carajo. Una de las medidas de obligado cumplimiento era que los clientes debían de instalar y ejecutar un pequeño programa de control. Lo debían instalar en el ordenador donde tuvieran almacenados los archivos pedófilos. Ese pequeño programa era una especie de chivato. A Roberto le servía para detectar cuando alguno de esos ordenadores era investigado por un extraño. Detectaba intrusos externos que pudieran ser potencialmente peligrosos. Básicamente las diferentes brigadas de delitos informáticos que tenían las policías de todo el mundo. Nunca se sabía por donde le podían embestir a uno y hombre precavido valía por dos. Así pensaba y actuaba Roberto.

Hasta la fecha no había tenido ni un solo aviso, incluso se llegó a plantear si realmente funcionaba la aplicación, pero el mensaje que acaba de aparecer en la pantalla de su móvil le resolvía cualquier duda. Funcionaba. Trató de calmarse y pensar en lo que suponía que hubieran entrado en los archivos de uno de sus clientes. Buscó más información a través de su aplicación. Habían entrado a hurgar anoche y el ordenador en cuestión era el del cura del Corpus Christi. Maldijo para sus adentros. Roberto conocía a conciencia a las personas que enviaba los archivos, les hacía mandarles información antes de empezar a compartir archivos y Roberto les investigaba en la medida de sus posibilidades. Si no estaba seguro de que era una persona de confianza no había negocio. Y rompía cualquier relación. Pero el caso del cura era uno de los más claros que había tenido. Cuando contactó con él a través de un foro, le envió montones de datos biográficos que Roberto pudo corroborar. Incluso llegó a ir un día a misa para verlo en persona. El cura ni se enteró que el que le mandaba los archivos de los jóvenes adolescentes estaba entre sus feligreses ese día. Era un cliente seguro, tenía mucho que perder si le cogían. Por eso le sorprendía que se hubiera dejado pillar. Revisó la alarma y siguió el hilo de toda la información que le proporcionaba la pantalla. Al final vio el número de la *ip* desde donde habían entrado a visitarle. La copió y a través de una página web trató de localizar de dónde provenía. Tardó un rato, tuvo que probar en diferentes páginas pero al final la encontró. Para su horror supo desde donde le habían visitado. El ordenador estaba situado en un edificio del ministerio del Interior en Madrid. Revisó la dirección que le ofreció esa web y la buscó en *Google Maps*, para su preocupación en el mapa del móvil la dirección apareció sobrepresionada con las palabras Dirección General de la Policía. La mandíbula se le quedó petrificada. En ese momento sintió miedo por primera vez en muchos, muchos años.

Trató de reponerse y de repente se dio cuenta de que no había probado el café con leche. Disolvió dos terrones de azúcar y bebió un largo sorbo. Estaba frío pero no le importó. Se levantó sin acabárselo y en la barra pagó la consumición. Salió a la calle y se encaminó de regreso a casa. El cielo estaba aún más oscuro, espeso y amenazante pero ahora no llovía. Debía acelerar su huida. Debía largarse del país lo antes posible.

Con andar rápido llegó hasta su casa. A toda prisa estableció un plan con los pasos a seguir en las próximas horas. No podía dejar nada al azar y además lo debía realizar con cierto orden si quería que todo saliera como lo tenía planeado.

Lo primero que debía hacer era recoger toda su documentación. Sus papeles especiales como los había definido su tío unos años atrás. No eran más que un pasaporte falso con su foto y actas notariales que acreditaban que ese sujeto era propietario de varias empresas y sociedades repartidas por medio mundo. Además de ser el dueño de un terreno muy bien situado en uno de los barrios residenciales más caros de Bangkok.

Años atrás, estando de viaje por Centroamérica con su tío tuvieron una conversación que le marcó para el resto de su vida. En aquellos días pernoctaban en Panamá, en un hotel de los más caros del centro de la ciudad. Junto a la avenida Italia, frente a la nunciatura Vaticana. Regresaban de cenar algo y cuando llegaron a la habitación su tío cogió un par de botellas de ginebra del mini bar y dos tónicas. Hacía un calor y una humedad tremendas. La camisa la llevaba adherida a su piel. El aire acondicionado estaba apagado porque a su tutor le reseca demasiado la garganta y acababa con una tos seca que le podía durar semanas. Se sentó en una pequeña butaca y señalando la que tenía a su lado le dijo a su sobrino que trajera dos vasos, que tenía algo importante que decirle. Roberto recordaba la conversación palabra por palabra, como si la estuvieran teniendo en esos mismos momentos.

—Ven querido, creo que ha llegado el momento de que te cuente algo importante —le dijo en tono confidente.

El ruido de los coches que pasaban por las calles cercanas era ensordecedor. Panamá era una ciudad caótica y bullanguera pero con un colorido que irradiaba felicidad. El ambiente era irrespirable, la inseguridad se palpaba en cada esquina, pero era una ciudad atractiva. Tenía su aquel.

—Me estoy muriendo. Las navidades pasadas me diagnosticaron un cáncer de pulmón y lo tengo extendido a otras partes de mi cuerpo —la cara de

Roberto era de pánico y estupefacción—. He ido a varios médicos y todos han concluido lo mismo. No hay nada que hacer. Así que hasta aquí hemos llegado.

Bebió un sorbo de su copa y respiró sonoramente.

—Pero esto no puede ser, si te veo fenomenal...

—Querido Roberto, las cosas hay que aceptarlas así como vienen. El afrontar las dificultades que te plantea la vida con dignidad supone asumir que no controlas tu vida. Que estás a merced de las circunstancias y que al fin y al cabo uno no controla su destino. Por eso hay que vivir el día a día al máximo, tal y como yo he tratado de enseñarte estos años, hay que disfrutar de la vida, exprimirla y saborear cada minuto porque no se sabe cuando vas a dejar de hacerlo.

Una lágrima recorrió la mejilla de Roberto. El claxon de los coches rompía el silencio incómodo que se había plantado frente a ellos.

—Pero ahora no es el momento de lamentarse ni de llorar. Te cuento que mi final es inminente porque aún te tengo que enseñar varias cosas que te pueden ser útiles en tu vida. Aún me queda una última lección que dar.

Estuvieron hablando hasta el amanecer. Desde su habitación, que se encontraba en uno de los pisos más altos, pudieron ver como aclaraba el día dibujando el relieve de la destartalada ciudad. Casas señoriales, altos rascacielos y barrios chabolistas se entremezclaban en el horizonte panameño.

Su tío le contó que durante su vida se había ganado la vida de muchas formas y algunas de ellas no habían sido del todo legales. Sobre todo cuando trabajó de contacto durante los años setenta para un señor de la guerra africano al cual le consiguió diferentes contratos con empresas armamentísticas. Había sido un negocio muy rentable aunque nada ético. También había colaborado con algunos cárteles de la droga colombiana ayudándoles a establecer lazos con la alta sociedad española. Todos estos asuntos, y algunos otros, más oscuros y peliagudos, le habían hecho ser un tipo desconfiado, de los que siempre se guardan un as en la manga, una salida de emergencia por si hay problemas o un seguro de vida por si todo se va a la mierda. Roberto estaba anonadado. En aquella época creía que su tío era un tipo de modales exquisitos y moralidad intachable y, en esos momentos, no sabía que pensar de él.

—No sé que vas a hacer con tu vida. Es más, eso te corresponde a ti decidirlo, pero quiero que hagas las cosas con seguridad. Roberto, desde que murieron tus padres eres a la persona que más he querido en mi vida. Te

considero mi hijo y creo que tienes que estar preparado para todo en la vida. No sé si llevarás una vida normal y clásica y que nunca te meterás en problemas, o por lo contrario harás algo que no se ajuste a la legalidad para ganarte la vida. Eso solo lo sabrás tú. Pero dado que mis asuntos no han sido del todo diáfanos no estoy tranquilo de que algún día alguien se presente en tu puerta pidiendo explicaciones por algo que yo hice en el pasado. Y para eso tienes que estar preparado.

Ya era de día y sin haberse acostado ni un minuto durante la velada se dieron una ducha y bajaron a desayunar al restaurante del hotel.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó Roberto con unas ojeras más que evidentes.

—Lo primero, sacarte unas fotos de carné.

Salieron a la calle, no eran más de las diez de la mañana y la humedad era pegajosa y cálida. Cogieron un taxi hasta el casco histórico de la ciudad de Panamá. Bajaron frente a la iglesia de San Felipe Neri, antes de llegar al Teatro Nacional se metieron en una cabina de esas de fotos en tres minutos y Roberto se retrató. Continuaron su camino y llegaron hasta la playa por el Paseo Huertas. Su tío le precedió en el paseo matutino y se sentaron en un banco bajo un frondoso árbol a contemplar el océano que se les mostraba delante. Un mar enorme, infinito, seductor y temerario. Roberto no tenía muy claro que hacían ellos dos, a esas horas y en ese sitio, pero conociendo a su tío como lo conocía, seguro que era algo meditado de antemano.

—¿A qué esperamos? —preguntó Roberto.

Su tío se secó con un pañuelo de hilo las gotas de sudor que le caían por las sienes.

—La cuestión no es a qué esperamos, si no a quién esperamos —sonó misterioso.

El tío se quedó ensimismado con el horizonte oceánico. Unas aves marinas se lanzaban en picado a por comida y un grupo de chicos encaramados en las rocas del espigón lanzaban una y otra vez los sedales al aire. Nada ni nadie hacía lo indebido. Cada cual hacía lo que se esperaba de ellos en ese lugar.

A los pocos minutos un hombre de color que vestía unas bermudas claras y una camisa sin abrochar se sentó junto a ellos. La respiración sonaba fatigada. No saludó, ni siquiera les miró a la cara. Roberto observó como le corría el sudor por su frente.

—¿Han traído las fotos? —preguntó con acento caribeño.

Su tío no dijo nada mientras le entregaba las fotos de carné de Roberto. El hombre les echó un vistazo rápido.

—Tome, estos son los datos que deben poner —dijo el tío de Roberto.

Una pequeña cuartilla manuscrita cambió de manos.

—De acuerdo, estará esta noche. Vendré al bar de su hotel después de cenar. Tenga el dinero preparado —el hombre negro se levantó del banco y sin despedirse se fue hacia las callejuelas del centro.

Roberto y su tío pasaron un día tranquilo, hicieron algo de turismo, comieron en un buen restaurante de la costa pacífica y a media tarde regresaron al hotel a descansar antes de la cena. Cenaron en el restaurante del hotel y después se sentaron en una mesa baja del bar. Buscaron un rincón discreto donde tomarse unas copas mientras esperaban al misterioso hombre negro de la mañana. Roberto se fijó en su tío durante todo el día, no sabía si porque era evidente o porque estaba influido por la noticia que le había dado, pero notó que le costaba respirar, que se fatigaba al caminar pocos metros y que tosía más de lo normal.

Pidieron un par de cócteles de nombres exóticos y contemplaron a los pocos parroquianos que había a esas horas en el bar del hotel. Estaban en el interior del local, al menos disponía de climatizador. No hacía mucho fresco, sin embargo no tenían nada de humedad y, con tan solo eso, uno ya se encontraba a gusto. En una de las mesas una mujer con pinta de norteamericana daba de beber a un pequeño caniche. Lo hacía de su propia copa. La mujer lo hacía con naturalidad, como quien da de beber a un niño, como si el chuchó fuera uno más de la familia.

No llevaban ni media copa cuando apareció el hombre de la mañana. Esta vez mucho más elegante, traje color crema de lino, camisa blanca como la nieve y mocasines a juego. Se sentó frente a ellos. Miró a uno y otro lado y sacó un sobre pequeño de color marrón. Lo dejó sobre la mesa y su tío lo retiró de inmediato. Lo colocó entre sus piernas y la mesa protegiéndolo de miradas curiosas. Rasgó un lateral y apareció un pasaporte de Panamá. Roberto lo observaba curioso. Abrió la página identificativa y vio sorprendido como su rostro ocupaba la parte superior izquierda. Aguzó la vista y leyó el nombre. Charles Bukowski. Miró interrogante a su tío que no dijo palabra. Comprobaba el pasaporte con ojos profesionales, lo tocaba y revisaba hoja por hoja. Parecía hacerle un examen de autenticidad. Tras varios minutos lo devolvió al sobre y se lo guardó en el bolsillo interior de su

chaqueta. Del otro sacó otro sobre, esta vez blanco, grueso y alargado y se lo entregó al hombre negro.

—Buen trabajo —el hombre negro no dijo nada y contó con rapidez profesional el fajo de dólares que le había entregado su tío. Tal como acabó de contar se metió el sobre en su chaqueta, se levantó de la silla y salió a la oscura y pegajosa noche panameña.

Roberto no estaba sorprendido porque había aprendido desde pequeño que su tío era imprevisible, pero si que estaba algo perplejo.

—Mañana iremos a hacerte un seguro de vida querido —le dijo mientras alzaba su copa en un brindis.

Roberto no abrió la boca y chocó su copa con la de su mentor. Estaba expectante, no tenía ni la más remota idea de por dónde saldría su tío.

—Hace un par de meses lo vendí todo. Los pisos de Palma, los apartamentos de la playa, los bajos comerciales y hasta los dos coches clásicos que tenía en el garaje. Además de recuperar ciertas acciones que tenía en empresas del extranjero. El dinero está todo en una cuenta de aquí. Y ya te digo querido sobrino que es más de lo que puedes imaginar —empezó a reír pero una tos seca y profunda lo cortó de raíz.

Roberto alzó la mano y pidió un agua al camarero de la barra. El tío bebió un par de sorbos y se repuso enseguida.

—Mañana iremos a ver a un viejo amigo del centro de negocios de la capital. Es un tipo de confianza que nos ayudará en un par de asuntos... Como te los definiría... Un par de asuntos delicados.

Un grupo de turistas entró alborotando en el bar y salieron a la terraza a tomar algo. Volvieron a encontrarse a solas. El camarero tras la barra iba a lo suyo. Colocaba botellas en las estanterías y reponía las neveras de refrescos.

—El capital que he conseguido juntar lo vamos a depositar en tres empresas con sede en diferentes paraísos fiscales. Cada empresa estará compuesta por acciones de las otras dos, así serán propietarias unas de las otras, y en cada una de ellas un accionista único será el dueño de todo. El señor Charles Bukowski —dijo mientras daba unos golpecitos al sobre con el pasaporte—. O sea tú, o mejor dicho tu otro yo. Lo único que quiero es que si alguna vez te encuentras en apuros, te ves atrapado por circunstancias o simplemente te cansas de tu vida y quieres empezar otras desde cero, puedas hacerlo. Mi contacto se dedicara a cuidar de tus finanzas, hará con tu dinero lo que ha hecho con el mío. Invertirá en negocios seguros, comprará acciones de

empresas emergentes o simplemente dejará cantidades a plazos fijos y rentables. La cuestión es que tú no tengas que preocuparte de nada.

Roberto se quedó mudo, no sabía que decir. Tenía miles de preguntas que hacer y ninguna le salía.

—No te puedo dejar esta herencia de otra forma, piensa que este dinero no viene de sitios muy limpios. Y lo último que quiero es que tú tengas que pagar por algo que yo hice en el pasado. Es mejor así, créeme.

Acabaron la velada contando chistes y medio borrachos se fueron a dormir.

Al día siguiente recorrieron varios despachos de hombres trajeados y sonrientes, firmaron contratos, crearon empresas ficticias y cerraron tratos no del todo éticos. Todo fue rubricado por un tal Charles Bukowski que no era otro que el álgter ego de Roberto. Así rezaba el pasaporte panameño falso que tenía en su poder. Los datos que incluía eran reales, fecha de nacimiento y demás. Lo único que era falso era la nacionalidad y el nombre. Con eso se aseguraba el poder salir por el mundo si se complicaba su vida en España. En aquellos momentos a Roberto le pareció un exceso de celo por parte de su tío, no dijo nada por la delicada salud y el dramático porvenir que le venía encima a su tío, pero le pareció una excentricidad.

Tras aquellos días en Panamá, Roberto regresó a España y su tío se quedó unas semanas más para acabar de arreglar sus asuntos. A los dos meses de esa conversación recibió una llamada de la embajada española en ciudad de México. Cuando sonó el teléfono era de madrugada, al otro lado se encontraba una voz cruda de un funcionario profesional y aséptico. Le contó que habían encontrado a su tío muerto en la habitación de un hotel de lujo del centro de la ciudad. Se había suicidado pegándose un tiro en la boca.

Así acabó con su vida la persona que le había sacado adelante.

Continuó colocando algunas cajas en su piso. Apiló varias juntas y decidió etiquetarlas con adhesivos. A cada una le daba nombres que hacían referencia a su contenido. Abrió el ordenador y navegó por varias páginas de agencias de viajes. Buscó y compró un billete de ida a Barcelona. Lo compró a nombre de C. Bukowski. Lo primero que debía hacer era recuperar los documentos y el pasaporte panameño. Siguiendo los consejos de su tío, los había dejado a buen recaudo. No debía tenerlos consigo salvo que los fuera a necesitar, así se lo dijo su tío en aquel viaje a Centroamérica. No era seguro.

Cerró el ordenador justo cuando le llegaba la confirmación de su reserva al correo de su teléfono. A esas horas, mañana, ya estaría en Barcelona.

Tan solo esperaba que todo lo planeado se cumpliera. Si no, sería su final.

20:30

El tipo miró al cielo. Las nubes espesas surcaban por encima de las luces mortecinas de las farolas. A lo lejos un destello azulado iluminó parte del firmamento. No oyó el trueno, aún se debía encontrar lejos, pero se avecinaba una buena tormenta pensó el hombre. Una ráfaga de aire frío le erizó el vello de la nuca. Necesitaba respirar aire puro. Sentía la cabeza pesada y embotada. Contempló a uno y a otro lado de la calle y no vio nada sospechoso. Desde que ayer le hubiera saltado la alarma que le había recomendado instalar su contacto, no había pegado ojo, ni tampoco se había relajado lo más mínimo. Estaba en alerta aunque no sabía muy bien a qué debía prestar atención. El miedo comenzaba a crecer en su interior.

Se sentía nervioso por lo de la alarma. El que le suministraba los archivos se la había enviado para que se la instalara en el móvil. Un pequeño programa que avisaba cuando un tercero entraba en su ordenador. Nunca, desde que había conocido esa fuente que le suministraba los archivos, se había activado. Pero ayer por la noche sí. Un pitido sonó agudo en su móvil y al cogerlo de su bolsillo un mensaje en medio de la pantalla le informaba que su ordenador, el que tenía en la sacristía de la parroquia había sido visitado por un intruso. Alguien había entrado en sus archivos. Y probablemente los había visto. Quizás la policía, quizás un *hacker* o quizás una casualidad desafortunada. No le cabía en su cabeza el problema que se le avecinaba. Maldecía el lío en que se había metido.

El pánico se había apoderado de él. Se acercó hasta la verja de la parroquia y comprobó que estaba echada la cerradura. Guardó la llave en el bolsillo de su pantalón y cruzó los brazos para darse calor. Miró de nuevo al cielo y otro relámpago cruzó como si de una cicatriz hasta el suelo se tratara. Unas gotas le golpearon la cabeza. Gotas suaves y húmedas que a los pocos segundos dieron paso a una lluvia más densa. El cura giró sobre sus pasos y se

metió corriendo en la sacristía. No encendió las luces, no le hacía falta. Se sabía cada palmo del suelo de memoria. Al entrar no se percató de un par de coches que en esos momentos llegaban a la calle de la iglesia. No se dio cuenta de que en cada uno de ellos había dos ocupantes, ni se enteró de que cada uno de ellos aparcaba frente a las dos únicas salidas de la parroquia.

El comisario y la mujer de mediana edad aparcaron el Peugeot blanco frente a la entrada principal de la iglesia del Corpus Christi. Llegaron casi al ralenti, observando lo que había a su alrededor con criterio policial. Apagaron el motor y las luces. Los dos se quedaron dentro mirando hacia la verja cerrada. No había nadie detrás de ella y las luces de la iglesia estaban apagadas. Parecía desierta. Amorebieta miró su reloj, aún no eran ni las nueve menos cuarto. Habían salido con las carreteras secas y ahora estaba cayendo un auténtico diluvio. Un rayo cruzó a lo lejos e iluminó el tejado del templo. Amorebieta se fijó bien en su arquitectura. No era una iglesia al uso, no tenía demasiados años, carecía de grandes campanarios y de relojes en lo alto. Era un edificio bajo, parecía redondo aunque si uno se fijaba bien, vislumbraba aristas que hacían doblar las paredes dándole una forma hexagonal. Debía ser una de esas capillas de finales de los sesenta que se construían en los barrios obreros y marginales de las ciudades españolas.

El otro Peugeot blanco que venía a pocos metros del primero continuó varios metros más y torció a la derecha, en una pequeña calle perpendicular a la principal. Pararon encima de un paso de peatones frente a la entrada lateral de la parroquia, la que daba a la pequeña entrada de la sacristía. Los dos ocupantes, el chico de las gafas de pasta y el policía musculoso, se quedaron en silencio dentro del habitáculo. Se giraron para contemplar la desierta entrada. El agua caía a cántaros y tenían que mirar a través de las ventanas laterales para conseguir intuir algo. No vieron luz en ninguna de las ventanas de ese lado de la fachada. La radio policial del coche emitió un zumbido.

—Ahora no quitéis ojo de ese lado de la calle chicos —dijo Amorebieta hablando desde el otro coche—. No nos queda otra que esperar, en un momento u otro aparecerá.

El trueno sonó como si hubiera explotado el rayo encima del altar. El cura se estremeció con el petardazo y su cuerpo tiritó imperceptiblemente. Bebió un sorbo de una botella de agua que tenía junto a él y se concentró de

nuevo en la carpeta de archivos de vídeo que tenía abierta frente a él. Eran más de las once de la noche y aún estaba pasándose archivos de vídeo y fotos a un pincho de memoria externo. Cada vez que pasaba un par de ellos los eliminaba del disco duro del ordenador. Era un proceso lento y tedioso, el ordenador de la sacristía ya tenía sus años y trabajaba con una parsimonia digna de Semana Santa. Un rato después apretó con fuerza el teclado y acabó de borrar el último archivo comprometedor. Se sentía asustado, temeroso de que le pudieran pillar con toda esa cantidad de material pornográfico. Por eso estaba trabajando a oscuras, tenía las persianas de la ventana cerradas y las cortinas echadas. Tan solo se oía el repiqueteo del agua caer canal abajo. Extrajo el pequeño dispositivo y se lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Salió de la sacristía y se metió en la nave hexagonal de la iglesia. Había dejado su cazadora y su casco sobre el altar, en ese momento otro trueno atronador resonó por el vacío de la iglesia. El cura maldijo el haber venido en moto esa noche. Con la que estaba cayendo y lo poco que le gustaba mojarse y pasar frío. Justo cuando iba a coger su casco cayó en la cuenta de que aún le quedaba una cosa por hacer con el ordenador. Regresó a la sacristía y se dedicó a borrar el historial de navegación. Ya iría luego a por la cazadora y el casco. No debía dejar ninguna pista. Repasó mentalmente sus pasos y confirmó que había hecho todo lo que le habían dicho que tenía que hacer para no dejar rastro en internet. Se sentó frente a la pantalla y la lentitud del sistema le irritó.

—Son casi las once y cuarto comisario. Aquí no hay nadie y no creo que se presente esta noche. Con esta lluvia nadie en su sano juicio saldría a la calle —le dijo la mujer a Amorebieta—. Deberíamos irnos ya a casa.

Los cristales del coche estaban empañados. El comisario tenía la manga de la chaqueta mojada de tanto limpiar su ventanilla para poder ver. Se rascó la coronilla y pensó en lo mal que estaba saliendo el plan.

—No, esperaremos un poco más. Mi instinto de sabueso me dice que hoy sacaremos algo en claro. Pero tienes razón, debemos hacer algo. Esperar porque sí no nos llevará ningún lado.

Alargó la mano y cogió la radio del coche policía.

—Chicos, ¿Me escucháis o ya os habéis dormido? —preguntó ácido el comisario.

Tardaron unos segundos pero la voz del chico de las gafas de pasta sonó diáfana.

—Estamos comisario, estamos.

—Quiero que uno de vosotros entre a echar un vistazo.

—Pero no tenemos orden judicial para poder entrar —respondió el policía.

—Oh, vamos. Llevamos casi tres horas y esto está más desierto que el Sahel. No nos vamos a ir de vacío. Al menos deberíamos entrar y hurgar un poco en los papeles del cura.

—Pero, comisario...

—No se hable más. Quiero que uno de vosotros entre a mirar.

Desde el coche en el que se encontraban Amorebieta y la mujer policía no se veía a sus compañeros. A los pocos segundos y bajo una cortina de lluvia vieron aparecer al policía delgado con gafas de pasta corriendo ligero hacia la verja de la entrada. Miró a ambos lados y trepando por sus barrotes se alzó y pasó al otro lado. Dio unos pasos rápidos hasta que quedó bajo el dintel de la puerta de madera que daba entrada a la nave de la iglesia. Comprobó el pomo de la puerta y para su pesar confirmó que estaba cerrado. Metió la mano en su chaqueta y sacó dos pequeños alambres. Desde donde miraba Amorebieta no pudo observar más que a un joven con gafas de pasta encorvado frente a una cerradura forcejeando un poco con dos finas ganzúas. Tras unos instantes vio como el chico conseguía abrir la puerta y se introducía sigiloso en el templo de Dios.

El chico delgado con gafas de pasta entró en la iglesia conteniendo la respiración. Cerró tras de sí la puerta suavemente sin hacer el menor ruido. Parado y atento dejó que sus ojos se acostumbraran a la poca claridad que entraba a través de los coloridos rosetones. Enseguida pudo diferenciar las siluetas de las bancadas dispuestas en forma semicircular, como si de un congreso de diputados se tratara. Prácticamente en medio de la nave un altar dominaba el espacio. A su alrededor estaban colocados los bancos e incluso detrás había unos cuantos. Llevaba quieto un par de minutos y allí no había nadie, ningún ruido ni movimiento que el policía pudiera percibir, se relajó y comenzó a avanzar a través de los bancos. La sensación que le sobrevino al joven fue profunda e inquietante. Caminar a oscuras y a esas horas por una iglesia desierta no le confería nada de confianza. Se sentía incómodo, como si estuviera cometiendo algún tipo de sacrilegio o algo por el estilo, como si pudiera ser fulminado desde el más allá en cualquier momento. Dio unos cuantos pasos más y algo le puso en alerta. Le pareció haber visto una sombra que se movía a su izquierda. Miró fijamente a través de la penumbra pero no

fue capaz de ver nada sospechoso. Aunque él juraría que había visto algo moverse. Cuatro pasos más y de pronto sintió lo mismo. Una sombra que se desplazaba sigilosa, esta vez por la pared del fondo, detrás del altar. Con un movimiento inconsciente se llevó la mano a la culata de su pistola. La llevaba bajo la ropa, ese sutil contacto le dio valentía para seguir adelante. Una estrecha franja de luz proveniente del suelo le llamó la atención. Provenía de una puerta oscura que apenas se percibía desde donde él estaba. Debía ser de la sacristía, pensó el joven. Aunque desde afuera no se veía nada iluminado. Quizás la habitación no tuviera ventanas.

Se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella pegó su oreja a la madera y trató de averiguar si había alguien dentro. Ningún ruido le hizo sospechar nada, a lo mejor se habían dejado la luz encendida y nada más. Cuando puso la mano en el pomo de la puerta otro movimiento casi imperceptible le llamó la atención a sus espaldas. Se giró a mirar bruscamente y de nuevo no pudo ver nada. Comenzó a asustarse. Notó como el pomo se resbalaba bajo el sudor de la palma de su mano. La otra mano se metió bajo su ropa y cogió fuertemente la pistola aunque sin sacarla de su funda.

Súbitamente un ruido del fondo de la iglesia, justo al lado de la puerta por donde él había entrado, le sobresaltó. Un ruido sordo como si alguien hubiera lanzado algo contra la pared. El policía ya no esperó más y sacó la pistola apuntando hacia el lugar de donde venía el ruido.

—¿Quién anda ahí? —dijo con voz entrecortada que resonó por toda la iglesia.

No hubo respuesta. El silencio respetuoso que creaba la estancia se plantó frente al policía. No se oía absolutamente nada ni siquiera proveniente de la calle. Era como si un halo de sacralidad flotara en el ambiente dejando ese aire vacío. Era como estar en la nada. Y eso, al policía, le dio más miedo.

—Si hay alguien ahí, que salga. Soy de la policía —la pistola iba de un lado a otro lentamente barriendo el espacio que había frente a él.

Cuando el joven de gafas de pasta se dispuso a dar un paso en dirección a la entrada lo sintió.

En una milésima de segundo percibió lo que ocurría. Fue consciente de lo que le vino encima pero fugazmente. Justo después, cayó inconsciente en medio del frío suelo de la iglesia.

El cura estaba acabando de borrar los datos de navegación de internet

cuando oyó el ruido. Fue muy leve y, gracias a que estaba muy nervioso y desconfiaba de todo lo que ocurría a su alrededor, pudo sentirlo. Entreabrió la puerta de la sacristía medio centímetro y pudo ver como un hombre abría la puerta de la iglesia y tras cerrarla se quedaba plantado mirando a su alrededor. Un subidón de adrenalina le hizo ponerse en acción. Tenía claro que venía a por él. Quizás a detenerle o a interrogarle, no tenía ni idea. Lo único que deseaba era largarse de allí y que no le pillaran. Con mucha suavidad desconectó el cable de la corriente del ordenador y éste dejó de hacer ese zumbido eléctrico tan característico. Cruzó la sacristía y salió por la otra puerta, la que daba a la parte de atrás de la iglesia. Debía escapar. Caminó rápido entre las sombras del patio trasero pero justo cuando iba a montarse en su moto se frenó en seco. Estaba lloviendo a cántaros y su casco estaba dentro. Debía volver tras sus pasos, sería imposible conducir bajo esa lluvia y poder ver algo sin protección. No llegaría ni a la vuelta de la esquina.

Entró por otra puerta trasera. La que daba acceso a la nave principal por uno de sus laterales. Vio como el hombre de antes avanzaba sigilosamente por el centro de la iglesia. El cura dio la vuelta por el lateral más alejado en dirección al altar. Se agachó de pronto cuando le pareció que el hombre lo había visto. Aguantó la respiración en cuclillas y esperó a que dejara de mirar hacia donde él estaba. Siguió avanzando hacia el altar. Se veía claramente la silueta redonda de su casco integral. Unos pocos pasos más y ya lo tendría a su alcance. Afortunadamente para él vio como el tipo se estaba dirigiendo hacia la puerta de la sacristía. Justo cuando cogió el casco el hombre se quedó quieto. De pronto al cura se le ocurrió una idea para salir de allí. No lo pensó dos veces. Con una mano agarró el casco y con la otra cogió uno de los cirios que había en el altar y lo lanzó hacia la otra parte de la iglesia. Golpeó junto a la puerta de la entrada principal. Esto hizo volver la atención sobre ese punto al intruso. El cura rodeó el altar y caminó hacia donde se encontraba el tipo. Se sentía asustado y activo. Un instinto de resistencia le sobrevino. Estaba actuando sin pensar, era pura supervivencia. Vio como el hombre sacaba un arma y apuntaba hacia la entrada. Oyó como decía algo, pero el cura no fue capaz de entenderlo. Él seguía avanzando despacio hacia la espalda de aquel tipo. El balbuceo del hombre le sonó a chino. Dos pasos más y ya lo tendría a su alcance. El cura inspiró profundamente y alzando el casco lo más que pudo, lo estampó con violencia contra el cogote del hombre. Se desplomó en el acto.

El cura se quedó de pie observando el cuerpo inerte del hombre, la pistola había caído a sus pies. Estuvo tentado de hacerse con ella pero pensó

que sería complicar aún más las cosas. Giró sobre sus pasos y esta vez a la carrera salió por el patio trasero de la iglesia hacia donde tenía aparcada su moto. Una motocicleta de gran cilindrada.

—Ya lleva un buen rato dentro. Deberíamos entrar a ver si necesita ayuda —dijo a través de la radio el policía de camisa apretada y músculos poderosos.

—Sí, estamos de acuerdo. Entra a ver qué ocurre —respondieron del otro vehículo.

El muchacho salió del coche y bajo la lluvia corrió hacia la entrada principal.

Desde el vehículo del comisario no podían ver al policía pero si que oyeron como se encendía un motor en el patio de la iglesia y un faro de motocicleta iluminaba la desapacible noche. No les dio tiempo a comentarlo cuando la vieron salir disparada del lateral de la iglesia. La perdieron de vista cuando pasó por detrás del edificio hexagonal pero enseguida apareció justo en el cruce de las dos calles. Estuvo a punto de atropellar al policía de la camisa apretada cuando giró hacia la derecha dirigiéndose a la calle Aragón.

Sin pensarlo ni un segundo la mujer de mediana edad arrancó el Peugeot blanco de la policía y se lanzó tras la moto.

Apretó el pedal a fondo y estuvo a punto de chocar contra el coche que tenía aparcado enfrente. Las ruedas rodaron sin conseguir un buen agarre durante unas décimas de segundo. El coche se balanceó de atrás y a duras penas la mujer policía consiguió enderezarlo sin chocarse contra los coches del otro lado. El comisario Amorebieta clavó las uñas en el salpicadero tratando de mantener el equilibrio en su asiento. El coche cogió el centro de la calle y se lanzó con toda su potencia tras la moto. La tenían a más de doscientos metros. Amorebieta cogió la radio y contactó con el policía gordo y calvo que estaba en la central. Le ordenó que avisara por radio a las patrullas que estaban de turno esa noche. Las activó todas para detener a esa moto en fuga.

El cura apretaba a fondo el acelerador de su moto. Iba rápido pero no lo que podía dar de sí esa máquina. El cura era un tipo más bien prudente conduciendo y además no era un gran piloto, de hecho tan solo hacía un par de años que tenía carné de moto. Aún así aceleró más de lo que la precaución le permitía. Cerró la boca apretando los dientes con fuerza, no iba a dejar que le

pillaran. Al llegar al cruce de la calle Aragón torció a la derecha. Se saltó el semáforo en rojo pero por suerte para él apenas había tráfico en esa noche lluviosa. Se giró hacia atrás y vio como un Peugeot blanco con destellos azules en su interior le perseguía a toda pastilla. Le llegó el aullido de la sirena. Era un coche de la policía camuflado. Los músculos de las piernas se le agarrotaron en un intento por ser fuerte y huir de inmediato. Apretó el depósito de la gasolina como si tratara de chafarlo.

El coche aceleró calle Aragón arriba y se fue acercando poco a poco a la moto. Avanzaban los kilómetros y se reducía la distancia entre ellos. Las gotas de agua que lanzaba a toda velocidad la moto salpicaban el parabrisas del coche de la policía.

Amorebieta iba cantando por radio el recorrido que llevaba el cura. Al llegar a la altura del cementerio del *Bon Sosec*, unos cientos de metros antes, decidió torcer a la derecha en dirección a Son Ferriol. En la larga recta por la que avanzaba la moto consiguió separarse una decena de metros de sus perseguidores. El cura era un torpe piloto tomando curvas y sacando el máximo partido al motor, pero en una recta larga y desierta, no había problemas. Sin llegar a forzar al máximo su moto conseguía meter tierra de por medio a los policías. El cura miró varias veces atrás y sonrió satisfecho viendo cómo los estaba dejando atrás. Decidió ir más deprisa. Al llegar a Son Ferriol se metió por la autovía que llevaba hasta Manacor. Ahí si que conseguiría largarse con facilidad. Cogió la larga carretera y giró hasta el tope el acelerador de su moto. Notó las gotas de lluvia golpeando con excesiva violencia contra su ropa. Iba casi al descubierto contra esa noche y esa velocidad. Cuando alcanzó los 180 kilómetros por hora notó como le temblaba ligeramente el manillar. Decidió aflojar algo la marcha al alcanzar las cuestas de Xorriego. A esa altura ya no veía a ningún coche persiguiéndole.

El policía de brazos musculosos se lanzó contra los coches aparcados cuando pasó la moto a toda velocidad por su lado. Desde el suelo pudo ver como el comisario y la mujer se lanzaban tras ella. Se levantó y de repente sintió preocupación. Si el tipo de la moto a huido saliendo de la iglesia es porque le ha pasado algo a mi compañero. Este pensamiento simple le hizo sentir un escalofrío a lo largo de su espinaza. Sin pensarlo más se encaramó a la verja de la entrada y con dos pasos saltó al otro lado. Corrió a toda velocidad y entró abriendo la puerta con violencia. La puerta se empotró

contra la pared soltando un sonoro golpe. Gritó el nombre de su compañero pero nadie le respondió, lo único que le vino fue el eco de su voz. Aguzó la vista tratando de ver algo. Comenzó a mirar por todos lados, bajo los bancos, tras el altar, pero ni rastro de su compañero. Avanzó hacia el fondo de la nave y de pronto lo vio. Un bulto yacía en el suelo de la iglesia. Se acercó rápidamente, giró el cuerpo que estaba boca abajo y vio la cara de su amigo. Las gafas a un lado y la cara ensangrentada fue lo primero que vio el policía de la camisa apretada. Lo zarandó y le dio unos golpecitos en la mejilla pero el chico no respondía. Miró a su alrededor y salió disparado hacia la pila bautismal. Cerró sus manos en forma de cuenco y cogió un puñado de agua. Regresó de nuevo hasta su amigo y le lanzó el agua bendita a la cara. Eso pareció hacerle reaccionar. Abrió levemente los ojos tratando de enfocar a su amigo. Éste le agarró de la cabeza e intentó incorporarlo, lo consiguió a duras penas. El chico con la cara ensangrentada parecía aturdido. El compañero le ayudó a ponerse las gafas y lo levantó. Le pasó uno de sus brazos por sus hombros y con dificultad sacó a su amigo casi a rastras de la iglesia, parecía como si llevara un saco de patatas a cuestas. Llegaron a la verja y el chico musculoso no lo dudó ni un instante, lanzó una patada con todas sus fuerzas y la verja chirrió abriéndose de par en par. Alcanzaron el coche y metió a su compañero en el asiento del copiloto, aún estaba conmocionado, de repente y sin previo aviso vomitó sobre el salpicadero. El chico de la camisa apretada se aguantó sus náuseas y arrancó a toda velocidad. Debía llevar a su compañero al hospital. De camino a urgencias contactó por radio con el coche de Amorebieta y le contó la situación. Intercambiaron un par de frases y el chico cortó la comunicación. Miró a su compañero y vio con horror que se había vuelto a desmayar. Apretó aún más el acelerador en busca de ayuda.

—Lo estamos perdiendo. ¿Me escuchas? Lo estamos perdiendo. Va dirección Manacor a toda hostia. Manda un par de coches a la rotonda de Algaida, allí será un buen sitio para detenerlo —dijo Amorebieta dirigiéndose al micro de la radio.

—Hecho comisario —contestó el hombre calvo que se había quedado en la central.

Todas las patrullas de guardia esa noche ya estaban en alerta desde hacía minutos. El hombre calvo contactó con el puesto de la Guardia Civil de

Algaida. De inmediato, dos coches patrulla salieron hacia la rotonda del pueblo. La carretera por la que circulaba el cura huido pasaba por ahí. Indefectiblemente se toparían con ellos. Si no se desviaba antes, claro, pensó Amorebieta sentado en el asiento del copiloto. La mujer de mediana edad pisaba a fondo pero el coche no daba para más. Apenas alcanzaba los 150 por hora.

El cura aminoró a medida que se acercaba la rotonda. Unas bandas sonoras avisaban de su cercanía. Fue reduciendo con el motor, nadie le seguía pero no debía bajar la guardia. Echó un vistazo a su espalda. Estaba despejado. Solo las luces de las farolas que dibujaban la caída de los cientos de miles de gotas de agua acompañaban su paso. Volvió su mirada al frente y de repente se asustó. Justo cuando llegaba a la rotonda se encontró con dos coches de la Guardia Civil de tráfico cruzados a la entrada de la misma. Frenó en seco, la rueda de atrás le derrapó en el mojado asfalto pero se hizo con el control. Se quedó parado a unos cien metros de ellos. Dos agentes de la Benemérita estaban fuera de los coches haciéndole señas. Llevaban dos palos de luces amarillas brillantes y no paraban de indicarle que se dirigiera hacia el arcén. La situación se tensó. El cura miró de nuevo hacia atrás, no venía nadie, pero si no salía de allí de inmediato le iban a alcanzar por detrás y entonces ya no le quedaría escapatoria. Dio un par de golpes de gas al motor. La aguja de las revoluciones osciló como loca. Uno de los Guardias Civiles comenzó a avanzar con el brazo de la luz en alto. Caminaba despacio y le gritaba algo que el hombre de la moto no conseguía oír. El cura tomó una decisión, no le quedaba otra. Metió primera, aceleró y soltó el embrague. Salió disparado como un cohete hacia los coches patrulla. El Guardia Civil que se estaba acercando se tuvo que lanzar al arcén para evitar ser atropellado. El cura giró hacia la izquierda y pasó entre el morro de uno de los coches y el quitamiedos de la mediana. Notó como el parachoques del coche rozaba contra su espinilla. No giró la vista. Entró en la rotonda casi de costado girando hacia la izquierda. Enderezó la moto y tiró por la salida que tenía más cercana en dirección al pueblo de Pina. Esta era otra carretera. Aquí no había farolas ni dobles carriles. Era la típica carretera secundaria con paredes de piedra a los lados. Mal sitio para lanzarse a lo loco con la moto en plan kamikaze, pero un muy buen lugar para buscar un escondrijo y ocultarse

de los policías que le pisaban los talones.

Bajó algo el ritmo y miró hacia atrás. En la oscuridad de la noche los destellos de los coches patrulla se veían con claridad. Las copas de los árboles centelleaban de azul y el lejano sonido de la sirena llegó claro a los oídos del cura. Los volvía a tener tras de sí, se estaban acercando de nuevo. Maldita sea, pensó el cura y volvió a acelerar a pesar de conducir casi a ciegas por esa estrecha y oscura carretera. A pesar de que empezaba a parar, la lluvia arreció en la visera del casco con el acelerón que dio.

La señora mayor miró por la diminuta ventana de su cocina. Observó la luz de la farola que tenía frente a su casa y comprobó que ya estaba parando de llover. Vaya noche de truenos y lluvia, pensó la anciana mujer. Esa mañana había comprado pescado para comer y los restos estaban en la basura de la cocina. Vivía en una casa antigua en la calle principal de Pina casi al entrar en el mismo pueblo. Era una casa de gruesas paredes, la cocina no tenía más que un pequeño ventanuco que hacía las veces de respiradero. Cuando entró a por la bolsa de la basura el hedor del aire le pareció irrespirable. No soportaba los olores de los restos de comida. La peste del pescado del mediodía le dio náuseas. Aunque ya era tarde, la mujer decidió ir a tirar la basura, si no mañana no habría quien entrara en esa casa del pestazo que se habría acumulado. Se puso una rebeca fina sobre la bata de estar por casa y salió a la calle. Al abrir la puerta volvió a comprobar que llovía poco, estiró el brazo hacia la calle con la palma abierta pero un ruido fuerte y acelerado le sobresaltó. Miró a su derecha por donde discurría la carretera de la entrada al pueblo y vio una única luz a través de las gotas de lluvia. Una moto venía a toda velocidad a lo lejos. La anciana se quedó bajo el umbral de su puerta paralizada por la violencia con que venía.

A la pobre mujer lo que vio le pareció un sueño. Quizás una escena de esas películas de acción que tanto gustaban a sus nietos. No era capaz de entender lo que pasaba. Fijó la mirada en el punto de luz que provenía de la carretera de Algaida. Vio como la moto se balanceaba a la entrada del pueblo, parecía un caballo desbocado, al pisar los badenes puestos ahí para que los vehículos aminoraran al entrar al pueblo. Vio como el motorista trataba de controlarla pero cada vez le bailaba más bajo su cuerpo. Al cabo de un par de segundos la moto cayó al suelo y lanzó al conductor por lo alto del manillar.

Se golpearon los dos contra el suelo y continuaron deslizándose a toda velocidad calle abajo. Cada uno por su lado. La entrada a Pina era peligrosa si no la conocía uno. Nada más entrar por la carretera principal la calle torcía a la izquierda en un ángulo de noventa grados cerrado. Si ibas despistado era muy fácil chocar contra el pequeño murete que acompañaba la curva. La anciana había visto a más de uno empotrado en esa curva.

La mujer estaba petrificada por la situación. Observó como la moto primero y el piloto después, pasaban por en medio de la carretera resbalando rápidamente por el asfalto mojado. La moto golpeó contra el muro de piedra, se elevó un par de metros y cayó al otro lado. El ruido fue brutal y un segundo después se apagó, dejó de rugir incluso el motor. Justo después la anciana vio como el conductor de la moto que también iba arrastrándose por el suelo en un movimiento de violenta inercia se empotraba contra el muro. Un golpe duro, seco y sordo. El hombre quedó inmóvil y la mujer no pudo ni gritar.

A los pocos minutos llegaron varios coches de la Guardia Civil. Se acercaron al hombre y por lo que pudo observar la mujer vio que, aunque inconsciente, el hombre estaba vivo. Al cabo de un rato llegó una ambulancia, dos coches de la policía local de Algaida, un coche blanco con policías de paisano y casi todo el pueblo a curiosear.

Tras atenderlo durante media hora, la ambulancia se marchó con el herido acompañada por el coche blanco de la policía. Un hombre y una mujer al volante siguieron a la ambulancia. La anciana vio como el semblante del hombre del coche policial era de satisfacción, como si estuviera contento de que se hubiera estrellado el motorista. Como si se alegrara del accidente.

Eso, a la anciana mujer, le hizo estremecer.

El Peugeot blanco de la policía siguió a poca distancia a la ambulancia. Desandaron el camino, ahora a una velocidad mucho más moderada. Llegaron a Palma y tomaron la Vía de Cintura hasta que aparcaron frente a la clínica Juaneda. La ambulancia siguió unos metros más y paró frente a la puerta de urgencias. Los dos policías aparcaron sobre la acera y se dirigieron hacia el vehículo. Vieron como dos técnicos abrían las puertas de atrás y bajaban al cura en la camilla. Le habían puesto una mascarilla de oxígeno y un collarín para inmovilizarle el cuello. La camilla pasó por delante de Amorebieta y la mujer de mediana edad. Ambos contemplaron al cura que tenía los ojos

cerrados, parecía inconsciente. Al comisario le pareció una de las pieles más pálidas que jamás había contemplado, parecía albino. Lo metieron dentro y la mujer se fue a admisión a tramitar los datos del que en ese momento era su detenido.

Mientras atendían al cura, una patrulla de la Policía Nacional había llegado a dar apoyo al comisario Amorebieta. Éste los envió a la zona de los boxes donde lo estaban asistiendo. No le quitéis ojo les dijo a los dos pipiolos policías. Amorebieta y la mujer se sentaron en la sala de visitas de urgencias. Sacaron dos cafés de la solitaria máquina y se quedaron pensativos mirando al vacío. Amorebieta miró su reloj, marcaba las dos de la madrugada. Contempló a su compañera medio amodorrada en la incómoda silla de plástico. La sala estaba desierta y eso le daba cierto aire de decorado de película. Al cabo de un rato, que al comisario se le hizo eterno, salió el médico de urgencias y les comentó cómo estaba el cura. Les relato de forma técnica y aséptica la situación del detenido. Estaba consciente, presentaba varias dermoabrasiones en el costado derecho, una contusión bastante fuerte en la parrilla costal pero sin ninguna fractura y una fisura en la muñeca izquierda que precisó de una inmovilización con un yeso.

Amorebieta contempló al galeno de arriba abajo, tenía cara de cansado, barba rala y bata manchada de unas gotas oscuras que Amorebieta no quiso saber de qué asqueroso fluido podía ser.

—O sea, que el detenido está bien. Magullado pero bien ¿He entendido bien?

—Bueno, dicho en pocas palabras sí. No corre peligro su vida si quiere decirlo de otra manera —respondió el médico de urgencias.

—Perfecto ¿Han acabado de atenderle?

—Sí, de hecho estamos esperando al celador para subirlo a planta, lo tendremos un par de días en observación.

—Ni hablar. El detenido se vine con nosotros a comisaría ahora mismo.

—Pero no es lo más seguro para el paciente. Debemos tenerlo en observación al menos 24 horas por protocolo.

Amorebieta miró a los ojos del médico. No le apetecía enzarzarse en una absurda discusión y menos a esas horas de la madrugada. Apartó con suavidad al facultativo y se metió tranquilo por urgencias. Habló con los dos policías que custodiaban al cura. A los pocos minutos salieron los dos agentes uniformados arrastrando al detenido. Lo sacaron a la calle y lo metieron en su

coche patrulla. Amorebieta salió tras ellos al exterior, se apoyó en la ventanilla del conductor, intercambiaron unas palabras que ni el médico ni la mujer desde donde se encontraban pudieron oír. El coche arrancó y se alejó de la clínica. Amorebieta se acercó al médico y a su compañera.

—Nos vamos, que pase una buena noche —dijo al médico y tras lanzarle una mirada cómplice a la mujer se dirigieron los dos al Peugeot blanco que seguía aparcado sobre la acera justo al lado de la entrada de urgencias.

Salieron dirección a comisaría. El médico plantado en medio de la acera no supo que decir.

Llegaron a la sala de interrogatorios. Una pequeña que había en el segundo piso. Eran casi las tres de la madrugada. Amorebieta se entretuvo sacando otro café de la máquina. Cuando entró en la espartana sala ya le estaban esperando. Había una mesa metálica, las paredes blancas en su origen tenían ahora un tono pastel mugriento. Había tres sillas, dos de ellas estaban ocupadas. La mujer policía de mediana edad con varios formularios y un bolígrafo a un lado de la mesa y el cura con cara desencajada de dolor al otro. Amorebieta removió el azúcar y contempló la cara blanquecina del cura. Parecía estar a punto de llorar.

—¿Por qué huías en la moto? —preguntó el comisario con voz ronca y profunda.

El párroco no abrió la boca. Tenía la mirada fija en un punto de la mesa. Cabizbajo empezó a sollozar débilmente.

—¿Por qué has golpeado a un agente de la Policía Nacional? —removió un par de veces más el café y comenzó a degustarlo, si se podía calificar algo así para ese brebaje de máquina. El cura seguía sin decir ni mu. La mujer hizo un gesto para dejarla actuar a ella. Amorebieta le dejó el campo de batalla libre.

—¿Eres el párroco de la iglesia del Corpus Christi? —esta vez preguntó la mujer de mediana edad con voz neutra. Le dio un golpecito suave con el bolígrafo en el dorso de la mano. El cura pareció reaccionar, asintió con la cabeza a la pregunta de la mujer.

—¿Quién tiene acceso a la sacristía?

—Pues, yo —dijo dubitativo el cura de cara albina.

—¿Está cerrada con llave?

—A veces —la cara del cura era de extrañeza, no acababa de entender

adónde quería llegar la policía.

—¿A veces? Vamos, contesta a la pregunta. ¿Quién puede entrar en la sacristía a parte de ti?

—Normalmente cuando no estoy yo, la señora de la limpieza.

—¿Cuándo viene esta señora?

—Los viernes por la mañana.

El cura sudaba de puro nervio. Unas perlas comenzaron a dibujarse en su frente. Amorebieta se había convertido en mero espectador. Se encontraba apoyado en la pared lateral contemplando el interrogatorio. Sabía, por haberlo podido comprobar con sus propios ojos, que la mujer de mediana edad era una sagaz y experta interrogadora. Sabía llevarse a los sospechosos a su terreno y camelarlos para que confesaran lo inconfesable.

—¿Tienes familia? Quizás estén preocupados ¿Quieres que les avisemos? —dijo con voz maternal. El cambio de tercio pilló por sorpresa al cura que no supo que decir. Se la quedó mirando a los ojos.

—No. No es necesario, no me esperan.

—¿Quién tiene acceso al ordenador de la sacristía?

—¿Cómo?

—Que quién puede entrar en el ordenador de tu despacho —repitió solícita la mujer.

—Pues... yo creo. Tan solo yo.

—¿Tienes clave de acceso para encenderlo?

—Sí.

—¿Y quién conoce dicha clave?

—Yo solo. Nadie más, salvo que me la hayan pirateado por internet.

—Que no creo que se haya dado ese caso, ¿verdad?

—No, no creo que nadie me la haya robado —contestó el cura.

Amorebieta carraspeó, más que para aclararse la voz para apremiar a su compañera. La mujer alzó la mirada y sonrió con suficiencia. El cura miraba tembloroso al suelo de la estancia.

—¿Sabes por qué te hemos detenido? ¿Sabes por qué estás aquí? —la mujer lo dijo con cierto tono de cordialidad.

El cura agachó aún más la cabeza.

—¿Eres consciente de lo que has hecho?

El hombre de piel blanca como las paredes encaladas del sur de Andalucía, alzó un poco la mirada. El labio inferior le temblaba. Cogió aire y se echó hacia atrás en la silla de plástico.

—Creo que sí.

—Entonces nos gustaría saber un poco más. ¿De dónde has sacado los archivos de pornografía infantil? —la mujer fue directa a la yugular, ya tenía a su presa acorralada tan solo tenía que lanzarse al ataque.

El hombre se quedó perplejo. Paralizado.

—Quiero que me digas ahora mismo quién te suministra todos esos archivos asquerosos. Todas esas fotos indecentes, todos esos vídeos pedófilos. Sabemos que no estás solo. ¿No querrás cargar con el mochuelo tú solo?

El cura negó con la cabeza, se le veía asustado. Comenzaron a temblarle las manos.

—Venga, no nos hagas perder más tiempo. Quiero que nos digas ya mismo de dónde sacas esa mierda. Empieza a hablar y no compliques más tu historia. Cómo comprenderás no estás en una situación demasiado favorable.

—Me las proporciona un contacto de un foro —comenzó a relatar el cura con la cabeza gacha—. De vez en cuando le hago una transferencia a ese tipo y al cabo de unos días me envía los archivos. Los intercambiamos de ordenador a ordenador. Él me dice la hora y nos conectamos. En unos minutos me los pasa y ya no contacto con él hasta que le pido más.

—¿Quién es tu contacto?

—No lo conozco, tan solo sé su apodo en la red. *Dirtyday* se llama.

—¿Cuánto pagas por ellos?

—Depende. Si son fotos vale menos y si son vídeos a unos cincuenta euros el archivo.

—¿Y cómo haces el pago?

—Cada vez me da un número de cuenta diferente y le hago una transferencia. Son cuentas de bancos del extranjero. Hago el pago y luego a través de un foro me dice cuando nos conectamos para compartir.

Amorebieta no quitaba ojo a la comunicación no verbal del cura. Le daba la impresión de que estaba diciendo la verdad.

—¿Has visto alguna vez a tu contacto?

—Jamás. Es una persona muy reservada, y más de su intimidad. Apenas nos hemos cruzado palabras en el foro. Es un profesional del tema y muy celoso de dar ninguna información.

—¿No tienes ningún dato de esa persona? Si es de aquí, si escribe bien en castellano en el foro, si es extranjero, si es hombre o mujer. No sé, algo puede ser que hayas percibido. Esfuérzate un poco, piensa en ese contacto.

Cualquier nimio detalle puede ser importante.

—No sé —el cura puso cara de concentración, trataba de buscar en lo más profundo de su mente—. No recuerdo nada destacable, no me viene ningún detalle interesante... Bueno quizás haya algo, pero no sé si es importante.

—Todo puede serlo, dinos que es.

—Una vez, hace quizás cinco o seis meses tuvimos un contacto algo más, no sé como decirlo, quizás más cercano. Tenía problemas con la conexión del ordenador. A la hora que me tenía que enviar los archivos mi ordenador no conseguía conectarse, no recuerdo si era por la banda ancha o por otro motivo. Lo que sí recuerdo es que tras varios intentos *dirtyday* decidió que eso no funcionaba y excepcionalmente me envió los archivos comprimidos por correo electrónico. No sé si es importante, pero fue lo único diferente que recuerdo.

—Claro que es importante —la mujer intercambió una mirada con su jefe, ahí tenemos el hilo del que tirar le dijo con los ojos.

Decidieron poner fin al interrogatorio. Al menos por el momento. Se llevaron al cura a una celda. La mujer acabó de rellenar los formularios y Amorebieta la dejó sola.

El comisario se marchó a su casa, estaba destrozado. En un par de horas se levantaría para seguir con el caso de los pederastas.

No estaba pagado, pensó.

Y dio gracias a su Dios que tantas veces le había decepcionado

Viernes

21 de octubre de 2011

06:45

Cuando salió el café, el olor le penetró por su olfato confiriéndole una sensación de vitalidad matutina. Le encantaban esos momentos en los que su cuerpo se ponía en marcha lentamente. Oler el paquete de café al abrirlo, esperar al sonido cuando salía, verterlo en la taza y saborearlo lentamente mientras miraba por la ventana cómo despuntaba un nuevo día. Roberto observó el campo que había detrás de la carretera del Molinar. A esas horas unas vacas pacían mansas agrupadas junto al murete de piedra seca. A lo lejos, la Serra de Tramuntana con sus montañas picudas rascaban los espesos nubarrones de finales de octubre. Esa mañana no llovía pero las nubes estaban ahí, cargadas y amenazantes. Acabó su café mientras repasaba mentalmente todo lo que debía de hacer esa mañana. Cogió aire y se puso a ello. Atravesó el salón sorteando varias cajas cerradas con cinta de embalar.

Su duchó en cinco minutos. Se vistió con los vaqueros más cómodos que tenía, a continuación cogió una camiseta de manga corta y encima se puso una camisa abierta. Escogió la ropa lo más informal y común posible. Nada de marcas extravagantes y raras, nada de sofisticación ni lujo. Ese día debía de pasar lo más desapercibido posible, debía parecer un tipo de lo más normal.

A las ocho de la mañana llamó a su jefe. No llamó al banco porque sabía que allí no habría nadie. Su jefe no tenía por costumbre la puntualidad laboral. Marcó el número de su móvil. Al cuarto tono descolgó.

—Buenos días Roberto —saludó jovial el director de la oficina—. ¿Hay alguna novedad?

—Buenos días jefe. No, todo va bien. Bueno, realmente no es exacto. Le llamaba porque esta mañana me he levantado bastante mal. Tengo fiebre y mucho dolor de huesos. Creo que estoy incubando algo.

—No me digas más. Mi mujer lleva dos días en cama con fiebre por culpa de la gripe —respondió condescendiente el director.

—Creo que no podré ir a trabajar hoy. Me sabe fatal, pero es que no puedo con mi alma.

—Ni te preocupes hijo mío. Ya me apañaré yo solo como pueda. Tu métete en cama, toma algo caliente y un par de aspirinas y verás como mañana te encuentras mucho mejor.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Cuídate y el lunes ya nos veremos.

—Gracias de nuevo. No lo dude, el lunes estaré ahí como un clavo.

Colgó el teléfono. Una sensación incómoda recorrió sus pensamientos. No le agradaba engañar a ese buen hombre. Durante el tiempo que trabajó con él siempre le trató bien.

A las ocho y media sonó el portero automático. Abrió y esperó a que subieran una cuadrilla de hombres. Saludó al que parecía ser el capataz. Tras cruzar varias palabras y darles las últimas indicaciones, cogió una mochila que había dejado junto a la encimera de la cocina y salió del piso. Los dejó trabajando mientras él se iba a gestionar sus asuntos.

Salió a la calle y se plantó en la parada del bus. Esperó a que pasara el de la línea 15. Hizo todo el trayecto de pie, el autobús estaba atestado. El tufo a humanidad lo invadía todo. Tras veinte minutos se bajó frente a la parada de El Corte Inglés de las avenidas. Cruzó la calle y se metió en las oficinas centrales de la Banca March.

Entró en la amplia recepción del banco. Un espacio abierto lleno de metal y cristal por todos lados. Mostradores con empleados al fondo dispensaban divisas a varios de sus clientes. Mesas dispuestas en medio del amplio vestíbulo ofrecían atención personalizada a quien la requiriera. Roberto entró con naturalidad tratando de pasar lo más inadvertido posible. Se cruzó con un vigilante de seguridad que no reparó en él. Miró disimuladamente a ambos lados y se dirigió hacia la zona donde estaban las cajas de seguridad para los clientes del banco. Justo cuando iba a entrar en las cajas de seguridad alguien

le tocó el hombro.

—¡Hombre Roberto! ¡Qué haces por aquí! —dijo el que le había puesto la mano encima.

Se giró bruscamente con todo su cuerpo tenso ante la posible amenaza que le podía sobrevenir. Miró a los ojos del que le había saludado y reconoció la cara del hombre. Relajó su musculatura y dibujó una sonrisa educada en su cara.

—Ey, ¿Qué tal estás? —Disimuló—. Perdona pero no te había visto ¿Qué cuentas?

—Pues nada, por aquí currando un poquito. Ahora salía a tomar algo que estoy estresado de tanto trabajo —la carcajada con la que acompañó a la frase le quitaba veracidad a la afirmación.

El chico era un compañero de *paddel*. Se conocían porque habían coincidido en algún torneo en contra. E incluso la primavera anterior jugó con él, como pareja, en uno que había organizado otro conocido que tenían en común.

Roberto lo recordaba como un buen jugador. Era un tipo zurdo, con lo que le venía de perlas al ser él diestro, para distribuirse la pista. Era algo más bajo que él de piel morena, de las que parecían tostadas por el sol todo el año, y una sonrisa constante en la cara. Un buen tipo sin lugar a dudas, amante de la buena vida y de los deportes. Y eso les había hecho congeniar enseguida. Pero a diferencia de él, el chaval no ocultaba nada a los demás.

—¿Y tú? ¿Qué haces por aquí? No me digas que has venido a espiar a la competencia —volvió a reír con la broma.

—Claro. He venido a ver como lo hacéis para ser el banco más solvente de Europa —Roberto lo dijo con sorna.

—¡Qué Bueno! Entonces has venido al sitio equivocado. Esas cosas se deciden en Madrid, colega.

—Vaya por Dios. Y yo que venía con libreta y bolígrafo para coger apuntes —los dos rieron a la vez.

Una chica de uniforme pasó entre ellos con sonrisa educada. Rubia y espigada sonrió como si fuera una de esas azafatas que salen en los concursos de la tele.

—Oye, la semana que viene igual me apunto a un torneo y mi pareja del banco no creo que pueda venir. Tiene líos para poder dejar a los niños. Si te apetece venir dime cosas y te apunto.

—Vale, dame un toque el fin de semana y te lo digo. ¿Qué días serían?

—Roberto continuaba la conversación tratando de disimular. Ni el fin de semana, ni la próxima semana, ni nunca más, volvería a jugar a *paddel* con su amigo.

—Creo que jueves y viernes. Pero no estoy seguro. Te lo confirmo el fin de semana, ¿Vale?

—De acuerdo, llámame. Oye te tengo que dejar que se me hace tarde.

—¿A qué viene tanta prisa? Ni que vinieras a atracar un banco.

El silencio de Roberto no amedrentó las ganas de chingar que tenía su amigo.

—¿O acaso vienes a retirar todos tus fondos para llevártelos a tu banco? —continuó el amigo con un chascarrillo.

Pero eso no le hizo gracia. Se puso en guardia. Lo último que necesitaba en ese preciso momento era que le hicieran preguntas sobre lo que iba a hacer en ese banco. Sin llegar a traslucir sus pensamientos puso buena cara y siguió con la gracia de su compañero de deportes. Como buen triatleta estaba acostumbrado a las transiciones rápidas y limpias. Era capaz de bajarse de la bici y ponerse a correr con naturalidad. Parecía que sus músculos no lo percibían, no se enteraran de ese cambio radical. Igualmente cuando estaba frente a alguien era capaz de pasar de la asertividad a la manipulación, de la confianza a la suspicacia. Y todo lo hacía sin que el otro se enterara. Al final consiguió deshacerse de su amigo pero le costó varios minutos.

El chico moreno se despidió de Roberto estrechándole la mano y salió a merendar. Éste lo siguió con la mirada hasta que desapareció calle abajo. Se giró y continuó con lo que le había llevado allí.

Caminó recto y pasó entre las mesas y los empleados hasta la pared del fondo. Bajó por un tramo de escaleras hasta el piso inferior y fue directo hasta las cajas de seguridad.

Se metió en un cuarto. Las paredes estaban repletas de pequeñas puertas metálicas. Todas ellas numeradas, limpias y brillantes, ocupaban toda la estancia de arriba abajo. El joven se aseguró que estaba solo y enfiló hacia una en concreto. Con determinación abrió el bolsillo exterior de la mochila y sacó un par de llaves con una numeración que coincidía con la de aquella caja de seguridad. Las introdujo y abrió la caja rápidamente. Metió la mano y sacó un archivador tamaño folio repleto de documentos. Lo metió con presteza en su mochila y cerró la cremallera. Revisó con la mirada el fondo de la caja de seguridad y vio el pequeño librito de tapas duras. Alargó la mano y sacó su pasaporte panameño. O más propiamente dicho, el pasaporte de un tal Charles

Bukowski, que dejando aparte ese nombre, coincidía plenamente con quien era él, Roberto Rodríguez.

Regresó sobre sus pasos y se largó a la calle sin mirar atrás. El pasaporte se lo guardó en el bolsillo de sus vaqueros. Mientras caminaba hacia la parada del bus pensó en lo que llevaba en la mochila, en lo que le iba a representar para su porvenir. Un gran número de documentos, actas notariales y contratos de compraventa, que le otorgaban un buen puñado de sociedades y empresas ubicadas en diversos paraísos fiscales. Mejor dicho, acreditaban como dueño y señor de todo ese entramado al señor Charles Bukowski. Que sin ser él mismo, lo sentía como su otro yo. O quizá su futuro yo.

No regresó a su casa hasta la tarde.

09:15

Llevaba casi veinte minutos esperando en su despacho. No le importaba, estaba tan embotado que no era capaz de pensar con claridad. Con un café en la mano contemplaba el trasiego que ofrecía la calle. La riera que separaba ambos lados del paseo estaba preciosa. Algunos árboles presentaba sus verdes y ocres copas al cielo, una atmósfera gris con nubes pasando rápidas y densas.

La gente en la comisaría estaba alborotada. Todos los periódicos habían amanecido con la noticia del año o quizás de los últimos treinta años. Casi todos los diarios traían el mismo texto, explícito y contundente: *ETA deja las armas*. Junto a la noticia a cinco columnas de lo de ETA también aparecía la foto de un muerto con la cara ensangrentada. Era la del Coronel Gadafi que había sido ejecutado en Libia. Los rebeldes libios lo habían matado después de capturarlo en el zulo donde se escondía. Vaya puñetera mañana de noticias barruntó Amorebieta.

Desde que la tarde anterior tres encapuchados anunciaran el cese definitivo de su actividad armada el país estaba en ebullición. La gente sentía como si se hubiera quitado un peso de encima. Parecía que el anuncio del fin de la violencia fuera un punto de inflexión en el universo. Como si un futuro libre y en paz fuera posible. El comisario apenas le dio importancia a la

noticia. Para él no servía de nada que los delincuentes y asesinos se arrepintieran con la sociedad. Si no lo pagaban, si no acababan con sus huesos pudriéndose en la sombra no había justicia ni paz.

Amorebieta llevaba la mañana inquieta y no era por las noticias de la prensa. A pesar de estar aún bajo los efectos de esa somnolencia dolorosa de haber dormido menos de lo suficiente, se sentía incómodo por otros motivos. Justo antes de salir de casa, mientras se tomaba su primer café de la mañana, había revisado el correo del día anterior. Tan solo lo había sacado de su buzón y lo había dejado amontonado en la mesa de la cocina. Mientras se llevaba el amargo café a la boca pasó varias cartas rápidamente. Bancos, seguros de vivienda, publicidad de grandes superficies y algunas hojas de restaurantes chinos con su listado de precios adjunto. Pero se había detenido en una carta en concreto. La única que le había llamado la atención. Una carta en un sobre blanco dirigida a él. Sin matasellos, sin remite, sin nada que pudiera identificar su origen. Dentro una hoja de papel con algunas palabras impresas le hizo concentrarse en el mensaje. Era otro de esos anónimos que había ido recibiendo los últimos meses. Otra de esas notas que les insistía en que siguieran buscando en el caso de Antonella, que ponía a parir a la policía por su ineptitud, en concreto a él, y que señalaban directamente a Roberto como autor de su desaparición. A Amorebieta no le apetecía andar jugando al gato y al ratón con alguien que se dedicaba a mandar notas anónimas. Pero le escamaban varias cosas del asunto. Primero que la persona que lo hacía conocía dónde vivía. Las cartas las habían dejado en mano en su buzón. Algo nada complicado porque el portal de la calle se pasaba casi todo el día abierto. Pero lo que realmente le molestaba era que no se dirigieran en persona a él. Quizá en una entrevista cara a cara, esa persona le podría contar por qué creía que estaba tan claro que fuera Roberto (cosa que él no dudaba, pero no tenía pruebas). Quizás, solo quizás, podrían encontrar juntos una nueva línea de investigación para reactivar el caso. Pero con anónimos no iban a ningún lado, tan solo conseguían que se exasperara y se enfadara aún más. Un sentimiento de impotencia creció en su interior, lanzó el desayuno sin acabar al fregadero y se fue para la comisaría. Cansado y cabreado. Aunque lo primero que hizo al llegar fue sacarse un café de la máquina.

Dio otro sorbo a su café y se fue hacia su sillón de despacho justo en el momento en que entraban sus colaboradores. Las caras que traían eran terribles. Cansancio, ojeras, legañas, pelos sin lavar. Formaban en ese

momento un equipo peculiar, como si acabaran de venir del frente de batalla. La mujer de mediana edad se sentó en la misma silla de siempre, el hombre calvo en mangas de camisa hizo lo mismo y el chaval con músculos marcados y vestido a la última se apoyó contra el alféizar de la ventana de nuevo. Curiosamente siempre ocupaban el mismo lugar. Nadie les había adjudicado ningún sitio, pero parecía que ellos mismos lo habían establecido así. Y Amorebieta suponía que todo se basaba en el simple hecho de en qué sitio te sentaste la primera vez que estuviste en ese despacho. Los seres humanos éramos animalitos de costumbres, la vida nos era más fácil así que si cambiábamos constantemente las cosas. Necesitábamos algo fijo, una referencia que seguir, un faro en la niebla que nos guiara en el día a día. Por eso adoptábamos costumbres sin razón ninguna, pensó Amorebieta.

Lo primero que hicieron fue hablar del compañero que tenían en el hospital. Aún no le habían dado el alta pero estaba fuera de peligro. El chaval de las gafas de pasta estaba bien, aunque en urgencias le habían diagnosticado un traumatismo craneal con pérdida de conciencia que requería de 24 horas de observación. El chaval de camisa chillona explicó a sus compañeros cómo estaba, justo antes de entrar en la reunión habían estado hablando por el móvil. Curiosamente y, a pesar de haber estado con él casi todo el tiempo en urgencias, el chico llevaba un peinado engominado perfecto. Seguramente no habría dormido nada para estar como un pincel esa mañana.

Amorebieta oteó a sus pupilos. Su equipo de investigación tenía una pinta deplorable, aunque mucho mejor que la suya con toda probabilidad. El hombre gordo y calvo bostezó llevándose la mano a la boca para tratar de tapanla. A esas horas ya tenía dos surcos de sudor bajo las axilas. La mujer de mediana edad sonreía impaciente. Se la veía con cara de sueño pero con ganas de hablar, de contar algo interesante para la investigación. No esperó más y comenzó a hablar.

—Como ya sabéis, el cura esta madrugada nos ha contado un montón de cosas más que interesantes. Supongo que ya habréis leído el informe que os mandé a vuestros correos electrónicos —por la cara de sus compañeros la mujer supuso que no habrían ni abierto su ordenador. Ella continuó a lo suyo—. Antes de irme a casa anoche, o mejor dicho hace unas horas, solicité a la unidad de delitos informáticos de Madrid que buscara el correo electrónico desde que el cura había recibido los archivos.

Amorebieta observó a los dos hombres y vio como ponían cara de no

entender nada. La mujer de mediana edad estuvo hábil y les aclaró la situación.

—El cura nos contó que adquiriría los archivos pedófilos a través de un foro. Ya sabéis que nos es muy difícil rastrear a los usuarios que se registran y más si cambian de ordenador cada vez que efectúan un envío de archivos, como es el caso. Pero por lo visto una vez el cura pagó por un envío de imágenes y tuvo problemas con la página. Contactó con *dirtyday* a través del foro y éste le envió los archivos a través de un correo electrónico. Pues bien, le pedí a los de Madrid que rastrearán este envío a ver que podían encontrar y hace media hora he recibido la información.

La pausa teatral que hizo le dio un empaque de tensión y suspense brillante. La cara de los tres hombres era todo atención. Tenían los cuerpos inclinados hacia adelante esperando las novedades. La atención era máxima.

La mujer no pudo reprimir una risa floja antes de hablar.

—Lo tenemos.

El silencio en el despacho fue infinito. Nadie movió un músculo esperando a que su compañera hablase de nuevo. La cara de la mujer era inteligente y atractiva, a pesar de contar con numerosas marcas propias de la edad, tenía una piel cuidada y delicada en apariencia.

—Hemos tenido una suerte mayúscula —continuó la mujer de mediana edad—. El correo en sí no aporta nada pero los chicos de Madrid lo han repasado de arriba abajo y nos ha tocado el gordo. El correo electrónico se envió desde un teléfono móvil. Los de Madrid han contactado con la compañía telefónica y han conseguido el nombre del titular de la línea. Y aquí viene el bombazo. ¿A qué no sabéis quién es el dueño de esa línea?

—Somos todo oídos —dijo el comisario, su voz sonó ansiosa, no sabía a dónde podían ir a parar.

La mujer cogió uno de sus papeles impresos y carraspeó para que su voz sonara clara y rotunda.

—El nombre que aparece en el contrato de esa línea no es otro que el de Roberto Rodríguez.

Las caras de los tres hombres era de no entender, como si no hubieran oído la última frase de la mujer. De pronto al hombre calvo y gordo le cambió la faz.

—¡Hostias! ¿No era ese el novio de la chica que desapareció en primavera? ¿Cómo se llamaba?

A Amorebieta le mudó el rostro. Una mueca entre sorpresa y alegría por haber escuchado ese nombre.

—Antonella se llamaba —dijo el comisario sin dirigirse a nadie en concreto. De repente su mente se disparó, comenzaron a lloverle multitud de imágenes, ideas y vivencias de los últimos seis meses. Todo le pasaba por su cabeza a un velocidad endiablada. Pero algo no acaba de encajar en sus pensamientos.

—¿Estás segura de que ese Roberto Rodríguez es el mismo del caso de Antonella?

—Al cien por cien. Hemos cotejado todos sus datos, nombres, DNI, dirección, incluso la cuenta bancaria y no hay lugar a dudas. *Dirtyday* es Roberto.

—Nuestro Roberto —comentó como en voz baja el chico de la camisa apretada—. Maldito hijo de puta. Sabía que no era trigo limpio, sabía que se traía algo entre manos.

—¿Pero que tendrá que ver la desaparición de una chica con un caso de archivos pedófilos? —preguntó reflexivo Amorebieta—. No tiene ningún sentido.

—A lo mejor no tiene porque haber relación entre un caso y otro. No será el primer delincuente ni el último, que comete un crimen y luego otro sin relación alguna —replicó con suficiencia la mujer.

—No veo la conexión —dijo el chico de la camisa apretada.

—La conexión de qué —preguntó con cierta incomodidad la mujer.

—La relación entre una desaparición y la pederastia. No lo acabo de ver, si os soy sincero.

—No sé, yo tampoco lo acabo de entender. No os negaré que a ese malnacido le tengo ganas —continuó el comisario—. En los últimos meses me habéis oído decir que ese tipo ocultaba algo. Algo que no sabíamos pero que no era bueno. Todos teníamos la sensación de que tenía que ver, y mucho, con la desaparición de la pobre Antonella. Pero a pesar de eso, no acabo de ver porque cojones aparece en medio de esta historia. Ojo, que me alegro de que aparezca porque igual nos da una segunda oportunidad, pero tanta fortuna, no sé, mi instinto me dice que huele a chamusquina. No creo que podamos ser tan afortunados. Tanta suerte no puede ser normal.

—A lo mejor estamos ante un caso de casualidad extraordinaria y resulta que la rueda de la fortuna ha girado y nos ha sonreído. Sin más. Ahí está, ante

nuestras narices para que vayamos a por él —dijo con entusiasmo el chico de brazos musculosos.

Siguieron la conversación varios minutos más. Al final decidieron repasar todo lo que tenían en los archivos sobre Roberto. Desaparecieron del despacho del comisario como si de una estampida de búfalos se tratara. A los pocos minutos regresaron cargados de folios, carpetas y archivadores que desparramaron por todo el despacho. Sobre todo se fijaron en los informes del caso de la desaparición que hacían referencia a su antiguo novio. Resultados sobre su perfil psicológico, cronogramas de sus rutinas diarias, costumbres, vicios, seguimientos, grabaciones telefónicas, fotografías e informes que se hicieron en su día sobre ese chico. Necesitaban hacerse una composición de lugar sobre la personalidad de Roberto, trataban de averiguar si en la investigación anterior había hecho referencia a algo relacionado con la pedofilia y ellos lo habían pasado por alto.

Fueron revisando uno por uno todos los documentos que obraban en su poder. Pero hubo uno que leyeron con especial atención. Era el informe que había hecho un psicólogo sobre la personalidad de Roberto. Lo hizo seis meses atrás en base a las horas de interrogatorio que pudo revisar y lo completó con una entrevista individualizada que el propio Roberto accedió a realizar para demostrar su inocencia. El informe se había tirado casi medio año olvidado en un cajón y ahora cobraba relevancia. El hombre calvo y gordo cogió el escueto informe del psicólogo de la policía y lo leyó en voz alta al resto de sus compañeros. Todos prestaron la máxima atención.

—”El individuo analizado presenta una personalidad formada y madura. No presenta ideas incorrectas, delirantes o irreales. La capacidad de comprensión está conservada así como la de expresión. Muestra ideas sólidas y valores consolidados. Es una persona centrada en el mundo que le rodea sin presentar fisuras que puedan determinar patología ninguna. Conclusión: El individuo tiene una personalidad absolutamente normal y coherente. No presenta patología evidente.”

Todos se miraron cautelosos, como tratando de ver que pensaban del informe. Amorebieta no dijo nada pero pensó en ello. Es demasiado normal y perfecto. No puede ser, hay algo que no encaja, hay algo oculto y escondido en lo más profundo de ese malnacido, se dijo el comisario. Y él lo iba a descubrir, ¡Por Dios que lo iba a hacer! Aunque fuera lo último que hiciera como policía.

Tras trabajar con los informes que tenían sobre Roberto casi toda la mañana decidieron actuar de manera inmediata. Iban a detenerlo. La mujer salió de la comisaría de policía durante una hora y se fue, dejando a sus compañeros trabajando. Se dirigió a la central del banco en donde trabajaba el sospechoso y tras presentar sus credenciales policiales el responsable de recursos humanos le facilitó la oficina en la que actualmente trabajaba Roberto. La mujer regresó con la información y en seguida dispusieron un pequeño operativo para personarse en la sucursal y detenerlo para interrogarle.

Amorebieta pensó en que detenerlo en su propio trabajo, ante sus clientes, sus jefes, sería como asestarle un pequeño golpe a su imagen de chico que no ha roto un plato. No quería esperar, deseaba hacérselo pasar mal. Azuzó a su equipo.

Casi a las tres de la tarde un coche patrulla de la Policía Nacional se paró de malas maneras frente a la sucursal en la que trabajaba Roberto. El coche policial quedó de forma oblicua dificultando al resto de conductores el paso. Debían invadir el carril contrario para esquivar el coche patrulla, pero ningún conductor dijo ni mu. No sonó ni un solo pitido. La policía era la policía y aún se le tenía respeto, incluso a veces hasta miedo.

Dos jóvenes policías uniformados se bajaron de la parte delantera del vehículo y un tercero de paisano de la de atrás. Era el joven de camisa a la última moda dos tallas por debajo de lo que el sentido común dictaría al común de los mortales. Pero no para él. Necesitaba que la gente viera su cuerpo musculoso y bronceado. El joven de paisano adelantó a sus compañeros y entró en la sucursal con brío. Ojeó a un lado y a otro, no había ni un solo cliente a esas horas y nadie tras las dos mesas de atención al público. Algo le empezó a dar mala espina al joven detective. De súbito, salió un hombre entrado en años de un pequeño despacho oculto al fondo de la oficina. La puerta que dejó tras él tenía el letrero del director de la sucursal. El hombre se apresuró a hablar.

—Buenos días caballeros, ¿En qué puedo ayudarles? —lo dijo con solvencia y seguridad.

El policía sacó su placa identificativa y se la mostró al director.

—¿Conoce a Roberto Rodríguez? —preguntó el joven policía *metrosexual*.

—Por supuesto. ¿Ha ocurrido algo agentes? —el tono sonó preocupado. Algo timorato. Como un padre que acude a ayudar a un hijo en apuros.

—Tan solo queremos saber si el señor Rodríguez trabaja en esta sucursal.

—Sí, claro que sí. Es uno de mis cajeros. Un tipo excelente pero, ¿por qué le buscan? ¿Le ha sucedido algo? —la angustia apareció en la voz del director.

—¿Está en la oficina?

—¿Cómo?

—Le estoy preguntando si Roberto Rodríguez se encuentra hoy trabajando y, haga el favor de contestar y dejar de hacernos perder el tiempo.

—Sí, disculpen. Es que estoy algo impresionado, no suele aparecer por aquí la policía pidiendo por mis empleados, entiéndalo señor agente.

—Al grano. ¿Está o no está aquí?

—No. Hoy no ha venido a trabajar. Ha llamado esta mañana diciendo que se encontraba mal y que se quedaría en casa.

—¿Lo suele hacer habitualmente?

—¿El qué?

—El no venir a trabajar por encontrarse mal —el tono del policía sonó crispado.

Los dos agentes uniformados no decían nada, tan solo miraban y escuchaban como buenos chicos aplicados que eran.

—No, para nada. Roberto es un empleado ejemplar. Jamás ha faltado en su puesto salvo por causas mayores. Hace unos meses se rompió uno de los dedos del pie jugando al fútbol o al baloncesto, no recuerdo bien, con unos amigos. Eso le ocurrió por la tarde. A la mañana siguiente le dolía tanto el pie que tuvo que acudir a urgencias. Allí le vieron la fractura y le inmovilizaron el dedo. Tras salir de urgencias vino a trabajar. Se pasó dos semanas cojeando y con el pie en alto apoyado en un taburete que se colocó bajo su mesa. Pero no falló ni un solo día. Es un chico diez —la diatriba sonó como si no estuviera hablando con la policía. Era como si lo hiciera ante un comité que estuviera examinando al chico para darle un ascenso laboral.

—¿Sabe dónde se encuentra en estos momentos?

—¿Roberto?

—A ti qué te parece, claro, Roberto —la impaciencia del agente era significativa.

—Creo que me dijo que se quedaría en su casa. No tenía una voz muy halagüeña para estar por la calle dando tumbos.

—¿Cuál es su dirección?

—¿La de su casa?

—Sí, ¿dónde cojones vive Roberto? —la paciencia ya estaba perdida.

—No lo sé. Lo siento, pero no le puedo ayudar. Quizás si contactara con la central del banco, a lo mejor en el departamento de recursos humanos le podrían ayudar. Aunque no sé que decirle, con eso de la ley de protección de datos y esas mandangas.

Se hizo un silencio bastante incómodo en la oficina. El joven policía de brazos bronceados trataba de marcarse un plan a seguir. Esperaba habérselo encontrado allí, detenerlo y llevarlo a la comisaría. El no toparse con el sospechoso le fastidiaba, le hacía tener que actuar sobre la marcha. Algo que no se le solía dar demasiado bien. A él le iba mejor cuando le mandaban un orden concreta. La acataba al milímetro, sin pensar, solo actuar, actuar y actuar. Así le salían las cosas mucho mejor. Ahora no le quedaba otro remedio que pensar. No podía permitirse el lujo de regresar a la comisaría sin el sospechoso esposado. El director de la oficina le distrajo de sus cavilaciones.

—¿Se ha metido en algún lío? Seguro que es una confusión. Él sería incapaz de cometer ningún delito. Pongo mi mano en el fuego por él. Es una persona ejemplar.

El policía hizo caso omiso de las últimas palabras del director. Se despidió de él fríamente y salieron hacia el coche patrulla. Desde allí llamó a la central, contó por encima los progresos, si se podían calificar así, y les solicitó la dirección del domicilio donde vivía Roberto. Iría a su casa a por él. A los pocos segundos una voz entrecortada que salía de la radio patrulla les dictó el domicilio. Salieron rápidamente hacia la casa del chico.

Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando el coche patrulla paró frente a la finca de Roberto. Uno de los policías de uniforme junto al chico de camisa ajustada subieron como flechas por las escaleras de la finca. El otro joven policía se quedó en la acera cubriendo a sus compañeros. Nunca se sabía si el sospechoso pretendería salir huyendo escaleras abajo. El joven miró hacia la esquina donde unas cuantas personas entraban y salían del Forn de Son Parera. Le vino un ligero aroma de pan recién hecho y se le abrió el apetito. Aún no había comido.

El policía de la camisa apretada tocó el timbre varias veces. Esperó respuesta pero no la obtuvo. Tocó con los nudillos y hasta gritó ¡Roberto abre,

policía! Tras varios minutos regresaron escaleras abajo por donde habían venido. En la calle cogió su teléfono móvil y llamó al comisario Amorebieta. Mientras esperaba a que descolgaran pisó por despiste uno de los charcos que había dejado la lluvia. Maldijo entre dientes su mala suerte. Se le habían empapado los calcetines. Miró al cielo y las nubes borrascosas pasaron sobre su cabeza indiferentes a sus nimios problemas. Al quinto tono el comisario Amorebieta descolgó con voz dura, de pocos amigos.

—¿Lo tienes?

—No, no estaba en casa. Llevo tocando a su puerta un buen rato y no hay señales de que esté. ¿Qué ordena que hagamos comisario?

Hubo unos segundos de espera. El chico de la camisa ajustada se imaginaba la cara concentrada de Amorebieta pensando cual debía ser su próximo movimiento, como si se tratara de un jugador veterano de ajedrez.

—¿Quiere que intentemos entrar a la fuerza? O quizá podríamos esperarle a que se presentara por aquí —continuó el chico a la espera de la respuesta de su jefe.

—No, nada de eso. No creas que no tengo ganas de entrar en su casa y arramblar con todo lo que haya, pero necesitamos una orden judicial. Es un tipo listo y seguro que tendríamos problemas si no seguimos los cauces correctos. Debemos ser muy escrupulosos con los protocolos a seguir. Si damos un solo paso en falso en algún momento de su detención, seguro que le da la vuelta y acaba beneficiándole en un juicio. No... Mejor no forzar la situación —esto último lo dijo para si mismo.

—¿Nos quedamos a esperarle?

—No. Tampoco. Mejor regresad aquí y plantearemos qué hacer. Tengo que hablar con el juez.

Súbitamente se cortó la comunicación. El chico de brazos musculosos se encogió de hombros, guardó su móvil y regresó al coche patrulla. Los dos policías uniformados le esperaban sentados en la parte delantera.

—Arranca, regresamos a comisaría.

Ninguno de los dos dijo nada. No ponían en entredicho ninguna decisión de ningún superior y, no lo hacían por respeto, si no por miedo a que les cayera una bronca. Los listillos nunca caían bien y menos en el curso de una intervención policial.

El coche dio la vuelta a la manzana y regresó a la calle principal. Dobló dirección a Palma. Justo cuando cruzaban el semáforo en verde que estaba

junto al Forn de Son Parera, el que hacía esquina en la calle de Roberto, el policía musculoso agachó su cabeza mirando los mensajes que aparecían en su móvil. Fue por ese motivo por el que no vio a la persona que esperaba en el paso de peatones para cruzar. No vio a ese joven guapo y de buena planta que esperaba con una sonrisa enigmática a que se pusiera su semáforo en verde. No vio esos ojos vivos e intensos que estaban concentrados en sus pensamientos. No vio al principal sospechoso del caso de la desaparición de Antonella. No pudo ver como Roberto esperaba para cruzar. El coche patrulla siguió su camino.

16:30

Entró en su casa y, aunque se lo esperaba, se sorprendió al verla así. Justo cuando iba a repasar todas las habitaciones sonó su móvil. Miró la pantalla y era su jefe. Decidió contestar.

—Buenas jefe, ¿qué cuenta? —puso voz de enfermo para darle credibilidad a la coartada de la mañana.

—Bien, bien... ¿Cómo te encuentras? —sonó algo nervioso y angustiado, a Roberto no le pareció que tuviera relación con la preocupación sobre su estado de salud. No le dio tiempo a contestar cuando su jefe siguió hablando—. Oye una cosa, hace un par de horas se ha presentado una patrulla de la Policía Nacional y un inspector de paisano preguntando por ti. Les he dicho que no habías venido, que estabas enfermo y se han largado enseguida. ¿Ocurre algo? ¿Estás metido en algún lío? Roberto puedes contar conmigo, te considero como un hijo mío. Dime si necesitas mi ayuda o la de mi abogado. Sabes que puedes confiar en mí.

—No, no sé lo que ocurre. No tengo nada pendiente con la justicia ni con la policía. Ahora me acabo de quedar de piedra. No sé que decirle.

—Bueno, bueno, no te preocupes por nada, igual es algo sin importancia o que te necesitan como testigo en algún asunto. Vete a saber, a mi una vez me llevaron al cuartelillo de la Guardia Civil para preguntarme por unos vecinos que montaban follón por las noches. El susto que me llevé fue de aúpa.

—¿Y qué le han dicho?

—Nada, solo preguntaban por ti. Les he dicho que estabas enfermo y que no habías venido a trabajar. Querían saber tu dirección, pero no se la he dado. ¿Han ido a tu casa?

Roberto comenzó a sudar profusamente.

—No, aquí no ha venido nadie. No sé que decirle.

Se hizo un silencio embarazoso en la línea. El director de la oficina carraspeó tratando de dar pie a que Roberto siguiera. Pero éste lo que quería era colgar para largarse de ahí de inmediato. Forzó una tos de mentira para justificarse y buscó zanjar la conversación.

—Perdone, pero no me encuentro bien. Voy a tomarme algo y meterme otro rato más en la cama. Si no le importa le voy a colgar. Nos vemos el lunes —lo dijo con voz enfermiza para afianzar su mentira.

—Claro, claro... Faltaría más. Cuídate mucho y nos vemos la semana que viene. Si necesitas algo me llamas, no lo dudes ¿Vale?

Cortaron la llamada y Roberto se centró en todo lo que aún le quedaba por hacer.

Sin moverse, plantado en medio del salón abrió una aplicación de su móvil. Era la aplicación que usaba para vigilar su casa cuando no estaba. Apretó varios botones y de repente en la pantalla de su móvil apareció la grabación de la cámara que tenía oculta en la escalera. Justo enfrente del rellano, había colocado una cámara enfocada a la puerta de su casa. Apretó el botón de retroceso, el vídeo corrió hacia atrás y buscó quién había pasado por delante de su puerta. De repente, apretó la pausa cuando aparecieron dos personas en medio de la imagen. Vio a un par de hombres, uno uniformado con las ropas de la Policía Nacional y a otro de paisano. Tocaron varias veces a la puerta y tras varios minutos desaparecieron de la imagen. El pequeño reloj de la esquina de la grabación marcaba las 16:00. Media hora más y le hubieran pillado. Maldijo en voz alta. Se guardó su móvil y comenzó una frenética carrera hacia su escapatoria.

De su mochila sacó una bolsa del *Leroy Merlin* y de ella cogió un par de botes metálicos. En el fregadero puso una cubeta de plástico vacío y comenzó a verter los líquidos que había comprado. Disolventes industriales y cáusticos potentes. Se tapó la boca y la nariz con un trapo y se fue hacia su ordenador. Abrió la tapa lateral y extrajo con gran destreza la unidad de disco duro. En esa memoria podrían encontrar rastros y pistas que podrían delatarle o desvelar donde encontrarle. Cogió la caja de plástico y la sumergió en la

cubeta con los líquidos que había mezclado. Un sonido como de efervescencia salió de la cubeta acompañado de un humo denso y corrosivo. Roberto se vio obligado a salir de la cocina porque el ambiente era irrespirable. Dejó que los líquidos hicieran su trabajo y continuó con su plan.

Revisó todas las habitaciones y las encontró tal como las quería. Regresó a la cocina y vació los líquidos por el fregadero. Aclaró con agua el disco duro, lo secó con un trapo y lo reinstaló en el ordenador que tenía en el salón. De su mochila sacó un bloc de papeles adhesivos y escribió unas líneas. Al finalizar pegó la nota en la pantalla del ordenador.

Se colgó la mochila en los hombros con toda la documentación y el pasaporte que había recogido de la caja de seguridad, tras lanzar una última mirada, abandonó la que había sido su casa en los últimos tiempos. Nunca más regresaría, se dijo.

Se apretó las cintas como si quisiera entrar en contacto con su pasaporte falso, con su nueva vida, con su futuro inminente. Como si tratara de fusionarse con su álgter ego, el señor Charles Bukowski, su nuevo yo.

El camión entró despacio en la finca. Un corto camino conducía hasta la entrada de la casa señorial. Estaba rodeada de dos hectáreas de terreno en las que había huertos, ovejas, gallinas, cabras y cerdos. Los de la mudanza solo cumplían el trabajo, no entendían que hacían allí. Nunca habían tenido un encargo como ese. El chico del piso les había dicho que entregaran todas las cajas en esa finca y que le dieran a un hombre una carta en mano. El jefe de la cuadrilla de la mudanza se bajó del camión y tocó a la puerta. El hombre observó la vieja casa señorial de color amarillo de tres plantas. Estaba situada en las afueras de Palma y se llamaba de Can Gazà.

Roberto había decidido iniciar su nueva vida dejando atrás todo su pasado, a excepción de un par de cosas. Empaquetó todas sus pertenencias en cajas, y contrató a la empresa de mudanzas para que le vaciaran el piso. Tuvo dudas con qué hacer con todo aquello. Ropas caras, vajillas impecables, discos y vinilos de coleccionista, equipos de imagen y sonido de última generación, un sin fin de objetos materiales caros y que de ningún modo se podría llevar a su próximo paraíso. Pero una noche de domingo esa duda se le resolvió. Y lo hizo tras ver en el canal de La Sexta un reportaje en el que salía un cura llamado Jaime Santandreu. Este hombre era un cura que había creado un albergue para los más desfavorecidos de la isla. La finca de Can Gazà era una burbuja de miseria dentro del primer mundo. El mundo de los invisibles.

Allí no se hablaba de reinserción, únicamente de dignidad. En ese lugar los parias dejaban de serlo. La historia conmovió a Roberto. Eran parias cuyo destino era dar con sus huesos en la calle. Sin embargo, en ese lugar con aspecto de convento templario y con funcionamiento de comuna autogestionada, tenían una oportunidad para recuperar la dignidad. Comida, elaborada por el propio cura, y una cama caliente en la que descansar. Era un oasis en el que podían refugiarse de la dureza de la calle, de las noches entre cartones, del desprecio de los transeúntes. De hecho, en Can Gazà tenían algo más, algo parecido a una familia. Una familia diferente en la que Jaume Santandreu era el padre. Roberto no lo dudó ni un instante. Se lo dejaría todo a ellos, al menos así acabaría con su antigua vida de una forma solidaria y elegante.

El jefe de la cuadrilla de la mudanza esperó paciente a que le abrieran. Al poco tiempo un hombre más bien mayor y orondo apareció en el vano de la puerta. Con gafas de ver ahumadas, calvicie importante y rostro amable, sonrió al hombre y le preguntó con voz cordial lo que deseaba. El de la cuadrilla sin mediar palabra le entregó la carta y esperó a que la leyera. El hombre leyó las líneas que le había escrito Roberto y casi se le salieron los ojos de las órbitas. No daba crédito a lo que le decía esa misiva. Un hombre les regalaba todas sus pertenencias, no pedía nada a cambio, ni siquiera se había presentado. El cura creyó que era un milagro. Levantó la vista y vio como los chicos de la mudanza comenzaban a descargar multitud de cajas perfectamente embaladas y etiquetadas. Al pasar junto a él vio cajas con diferentes nombres escritos en el cartón, tan variopintos como vajilla, vinilos, zapatos, videoconsolas o trajes y corbatas.

Alrededor de los chicos cargados con sus bártulos se arremolinaron la mayoría de los residentes del albergue. Observaban alucinados como entraban en la casa señorial cajas y cajas de cosas para ellos. Las sonrisas se les dibujaron en los rostros.

El cura alzó su vista al cielo y dio gracias a su Dios que tantas veces le había decepcionado.

Con la mochila colgada de los hombros Roberto avanzó rápido e incómodo por la calle. Antes de salir de su piso comprobó que no hubiera policías por las inmediaciones. No se fiaba de que estuvieran esperándole para tenderle una trampa. Cruzó por delante del restaurante japonés que había

en la carretera principal del Molinar y se dirigió hasta la parada del bus. Dudó de si coger su coche para largarse de ahí, pero prefirió no hacerlo. Si habían llegado hasta su casa también podrían saber la matrícula de su coche. Llegó hasta la parada del bus y esperó. Se apoyó junto a una farola que le daba cobijo e impedía que se le pudiera ver con claridad desde la carretera. Miraba a uno y otro lado sin parar. Esperó a que llegara el 15 y se subió de un salto. No pudo sentarse porque venía bastante lleno. Se metió hasta la mitad del bus para perderse entre la muchedumbre. Siguió mirando por las ventanas y no vio ningún coche sospechoso ni nada que le hiciera preocuparse. Nadie le seguía. Cuando llegó a Can Pastilla se bajó y dejó que el bus desapareciera de su vista. Fue el único que se bajó en esa parada. Cruzó la calle y se plantó en la parada de enfrente a esperar otro autobús. El que le llevaría al aeropuerto. Llegó el bus, este más pequeño y con el número 21 en el frontal. A los pocos minutos se encontraba en la moderna y amplia terminal del aeropuerto de Son Sant Joan. Con la mochila bien asegurada en sus hombros subió la escalera mecánica y se dirigió hacia los filtros de seguridad. Temió por un instante que le pudieran parar. Un hormigero cruzó su espalda cuando pasó por el arco de seguridad y no pitó ninguna alarma. Continuó su camino sin mirar atrás. Resopló frente a una de las cafeterías que había en el interior de la terminal. Compró un botellín de agua y se lo bebió del tirón. Tenía la boca seca. Comprobó en su móvil el número del vuelo que le llevaría hasta Barcelona. Llevaba la tarjeta de embarque electrónica en el móvil. Estuvo caminando por los amplios pasillos rodeado de gentes que iban y venían. Grupos de extranjeros bulliciosos que venían de vacaciones se cruzaban con otros que regresaban a sus tierras más allá del mar. Tras andar bastantes minutos llegó hasta la puerta que anunciaba su vuelo. Había llegado con mucha antelación, se encontraba solo con el montón de sillas metálicas vacías. Una extraña sensación de soledad y de determinación se apoderó de él. Se acomodó y se dispuso a esperar la salida de su vuelo meditando sobre sus cosas.

Estuvo pensando en todo lo que dejaba atrás y no le dio ninguna pena. Reconstruyó todos los pasos que había dado esos últimos días tratando de repasar que no se hubiera dejado ningún cabo suelto. Estaba convencido de que, a pesar de ir contrarreloj, no había dejado nada al azar. Había limpiado el ordenador, todas sus pertenencias las había regalado a los pobres. Del trabajo se había despedido hasta el siguiente lunes, fecha en la que ya esperaba estar en otro mundo. Tenía en su poder el pasaporte panameño con su nuevo yo y el pasaje destino a Barcelona comprado con esa misma identidad.

No, estaba seguro, nada podía salir mal. Iba a largarse del país y nadie podría detenerle. Sacó el fajo de documentos que llevaba en su mochila y comenzó a hojearlos. Los tenía clasificados con un orden escrupuloso. Primero las sociedades mercantiles matrices de las que dependían el resto de empresas, luego las pequeñas participaciones en sus mismas empresas fantasmas y al final algunas credenciales que su tío le había dejado en herencia al morir. Sobre todo nombres y teléfonos de personas influyentes de diversos países que le podrían sacar de algún apuro en un momento dado. Solo esperaba no tener que recurrir a ellos. Pensó en cómo se le había ocurrido crear todo ese entramado financiero. Al fin y al cabo a él jamás le explicaron cosas como esas en la facultad. Recordó el día en el que se le ocurrió la idea, fue tras leer un artículo en un periódico dominical en que se hablaba de la teoría de los *hub*. El artículo hablaba de cómo se estructuraban las redes sociales. De cómo nos relacionamos los unos con los otros en la red llegando a conclusiones que para Roberto fueron clarividentes. Copió las estructuras de agrupación de las redes sociales y las aplicó a su entramado financiero y empresarial. Una empresa financiaba a alguna sociedad, y ésta a su vez dependía de una tercera que no era más que una de las accionistas de la primera. Creó asociaciones entre ellas casi indescifrables por nadie que no fuera él. Quería proteger su futuro financiero y, ante la complejidad que había creado al hacerlo, a ciencia cierta que estaría seguro por el resto de la eternidad.

Volvió a guardar los documentos en su mochila y rebuscó por el fondo. Sacó un billete a nombre de Charles Bukowski. Era un billete con fecha abierta de Barcelona a Bangkok. Tan solo tenía que plantarse en el mostrador de la compañía aérea una vez estuviera en Barcelona y largarse en el primer vuelo que saliera destino Tailandia. Lo tenía en la punta de los dedos, tenía su billete al paraíso. Lo guardó bien en el fondo de su mochila y cerró la cremallera. Se recostó en la silla de plástico de la sala de embarque. Se dedicó a contemplar por la cristalera como iban y venían los diferentes coches y tractores tirando de carros llenos de maletas multicolores. Un camión cisterna llenaba el depósito de keroseno de un avión de Iberia. Sacó unos auriculares y los conectó a su teléfono. Comenzó a sonar su canción.

You want explanations...

I don't even understand

If you need someone to blame...

Throw a rock in the air
You're bound to hit someone guilty^[3]

Miró su reloj. Cada vez quedaba menos para que pudiera montarse en el avión. Un poquito más cerca de comenzar su nueva vida. Y empezaron a llegar otros pasajeros a la sala de embarque.

23:30

Además de la cerveza de antes de la cena, ya llevaba cuatro copas de vino y comenzaba a notar cómo se le estaba subiendo a la cabeza. Paz no acostumbraba a beber tanto en tan poco tiempo y esa falta de costumbre le pasaba factura. Se pasó gran parte de la cena simpática y locuaz con sus compañeras de trabajo. Pero eso era solo el principio, si seguía bebiendo acabaría entrando en un estado de depresión y tristeza que la hundiría en lo más profundo de sus miedos. El problema estaba en que era incapaz de controlarse una vez que empezaba a beber. No lo tenía pensado pero en el último momento se apuntó a la cena que hacía todo el personal de su planta. Eran treinta personas, entre enfermeras y auxiliares, y el local lo tenían casi para ellas solas. Un pequeño restaurante de comida italiana en la zona de la Lonja. El vino *lambrusco* rosado no paraba de ir de un lado para otro, las botellas se vaciaban sin dar tiempo a llegar hasta el otro lado de la larga mesa. Las risas y las voces de la gente aumentaban a medida que la desinhibición alcohólica hacía su efecto. Se tomaron los postres, los cafés y pagaron la cuenta. Salieron en grupo al fresco de la noche. A esas horas ya no llovía pero el suelo estaba encharcado. Casi la mitad del grupo se marchó a su casa. Algunas porque a la mañana siguiente trabajaban en el hospital, otras porque tenían niños pequeños guardados por canguros, y otras porque simplemente tenían sueño. El resto, apenas una docena incluida Paz, decidieron continuar la noche yéndose de marcha.

Se metieron en el primer garito que vieron abierto. Estaba vacío. Los camareros aún andaban colocando las bebidas en las neveras. La luz tenue casi apagada estaba salpicada por rótulos de neón con diferentes marcas de bebidas. *Coronita*, *Bombay* o *Vodka Absolut* iluminaban con sus

fluorescencias de colores las caras de la clientela. Paz se dirigió a la barra y junto con varias de sus compañeras pidieron *gin-tonics*. La música subió de volumen y casi todas comenzaron a bailar. Todas no, porque a Paz no le apetecía. Se sentó en un banco que había pegado a la pared. Uno de esos bancos de obra cubiertos por mullidos cojines. Dio un largo sorbo a su ginebra. El hielo golpeó contra sus encías. La sensación fría le produjo cierto desasosiego.

Mientras sus compañeras del hospital bailaban y reían con sus copas en la mano Paz se evadió con sus pensamientos a otra parte, a otro lugar tanto en el tiempo como en el espacio. Paz se contempló a sí misma, una chica bajita, con unos ojos oscuros casi impenetrables y una cara fina y armónica. Así la habían descrito una vez cuando era adolescente y se quedó impactada por la profundidad de quién lo había dicho. Jamás se había olvidado de esa frase.

Otro largo sorbo a su copa hizo que se le acabara. Instintivamente fue a por otra a la barra y regresó a sentarse en el banco del *pub*. Una sensación de pérdida, de añoranza por tiempos pasados, de lo que ya no volverá y que el futuro será mucho peor se instaló en su cabeza. Siempre le pasaba al beber. Caía en un estado de depresión autodestructiva indomable. Era terrible. Paz lo sufría con rabia porque era consciente de que le era inevitable no caer en él. Así que se dejó llevar. Dejó que sus pensamientos vagaran por sus recuerdos buscando episodios dolorosos de su pasado. Para restregárselos por la cara y así hundirse aún más en ese estado depresivo. Al fin y al cabo la bebida no era sino otra manera de limpiar su conciencia.

Y como no podía ser de otra manera, recordó a Antonella.

Con total seguridad era la persona a la que más había querido en su vida. Su amiga desde la infancia, su confidente en la adolescencia, su hombro en el que apoyarse y durante un breve fin de semana incluso su amante.

Paz lo recordaba con suma claridad. Recordaba el fin de semana que pasaron juntas en un hotel de Madrid. Habían ido allí a pasar el fin de semana de compras y a ver un musical. La había invitado Antonella, ya que ella por aquella época no tenía un duro. Debían tener veinte o veintiún años y era verano. Hacía calor y se lo habían pasado de fábula yendo y viniendo por las tiendas en rebajas del centro de Madrid. Recordaba cómo Antonella compraba de forma casi compulsiva, se probaba el modelo y si le sentaba bien, se lo llevaba. Era una ruina porque tenía un cuerpazo espectacular y hasta una manta

zamorana raída y maloliente le quedaba maravillosamente. Ese día y el siguiente fueron fantásticos. Se lo pasaron genial, comieron en restaurantes de lujo y bebieron los mejores vinos. Al llegar la noche iban algo achispadas. Acaban de salir de un musical y antes de regresar al hotel se habían tomado unas cuantas copas en el bar del teatro. Se acostaron en la habitación. Una habitación doble con cama de matrimonio. Hacía calor, pero Antonella se negó a poner el aire, quería tener la ventana abierta para escuchar los sonidos de la ciudad. Así que entrada la noche, se tumbaron semidesnudas en la cama. El calor era bochornoso y llevaban solo las bragas puestas. Paz llevaba años esperando una oportunidad como esa. Estaba enamorada de Antonella pero jamás se lo había dicho. Decidió que ese momento era tan bueno como otro cualquiera. Se aproximó a ella y la besó en los labios. Paz esperaba un rechazo o un bofetón pero para su sorpresa fue correspondida. Se fundieron en un beso largo y apasionado y acabaron haciendo el amor casi toda la noche. Para Paz fue (y sigue siendo) la mejor noche de su vida.

Hasta que llegó la mañana, salió el sol y los efluvios del alcohol dejaron de hacer efecto en la cabeza de Antonella. Esa mañana tan vívida en su recuerdo fue como el despertar de un sueño y regresar al medio de una pesadilla. Esa mañana, tras levantarse, Antonella se dio una ducha y al salir se sinceró con Paz. Que sabía que estaba enamorada de ella, se había dado cuenta de que la quería desde hacía tiempo pero no podía ser correspondida. Antonella le contó que la estimaba aunque tan solo como amiga, que ella no se sentía atraída por las mujeres y que lo de la noche anterior fue fruto del alcohol y del calor del verano. Que no deseaba hacerle daño y todas esas cosas que dice la gente para no dañar a alguien que aprecias y que te ha demostrado su amor. Para Paz fue el hecho más determinante de su vida y para Antonella no dejó de ser un mero juego sexual. El de experimentar cosas nuevas.

Tras ese fin de semana Paz estuvo hundida, no quería hablar ni ver a nadie. Lo pasó francamente mal. Sentía como si su lealtad hubiera sido machacada, como si le hubieran pisoteado su dignidad. Antonella no dejó de llamarla e interesarse por ella. Al final y tras varias semanas Paz claudicó y recondujo su relación. Esta vez como amigas. Como su mejor amiga, aunque ella nunca dejó de amarla. Fue y seguirá siendo su único y gran amor.

Se acabó su segundo *gin-tonic* sin pestañear. Levantó la mirada hacia sus compañeras que seguían divirtiéndose en medio de la pista y observó que el

local se había llenado bastante. Ni se había dado cuenta. Consultó la hora en la pantalla del móvil y le costó enfocar la mirada. Intuyó que debían ser las dos pasadas. Decidió que debía irse para casa. Estaba hecha polvo y no tenía ganas de aguantar más el jaleo de la noche. Se despidió de sus compañeras y salió a la calle. Una suave lluvia le saludó nada más poner un pie en la acera. Se puso la chaqueta y con tranquilidad caminó hacia donde había aparcado el coche. Cuando iba por la plaza de la Lonja se paró en seco y trató de recordar donde había dejado el maldito coche, no era capaz de recordarlo. Sintió un agobio indescriptible y un ligero temblor que le hicieron trastabillar. Notaba como el mareo y las náuseas comenzaban a crecer en su interior. Al final recordó y cruzó el paseo Marítimo hasta el muelle viejo. Encontró su coche junto a la calle que conducía al Real Club Náutico de Palma. Cruzó los dedos pidiendo no cruzarse con ningún control de alcoholemia. Con las ventanillas medio bajadas para que la lluvia y el frescor de la madrugada hicieran efecto condujo hasta su casa sin ningún percance.

Aparcó junto a la farmacia que había antes de llegar a la playa de Ciudad Jardín y caminó hasta su casa. Apenas cien metros que se le hicieron eternos. Justo cuando cruzó la calle, en la esquina frente al restaurante Casa Fernando, no pudo reprimir un segundo más el agobio y cayó de rodillas vomitando hasta la primera papilla. Estuvo un par de minutos sacando todo lo que había en su interior. Las arcadas fueron incontenibles, no podía parar. El vómito se mezclaba con las gotas de lluvia. Al final pudo ponerse en pie y a duras penas recorrió los escasos metros que le quedaban hasta llegar a su casa. Al entrar se fue directa al baño, tiró la ropa sucia al cesto para lavar y se metió bajo la ducha. Dejó que el chorro de agua caliente le limpiara la suciedad y despejara su mente. Aunque lo que deseaba realmente era que le limpiara su alma, la sentía sucia y asquerosa, como si no la mereciera.

Salió de la ducha y se tiró sobre las sábanas medio mojada aún. Cubierta por la toalla húmeda trató de relajarse pero no pudo. El haber estado pensando en Antonella la había perturbado y era incapaz de relajarse un ápice.

Y ese pensamiento le llevó a otro mucho más visceral y rabioso. Pensó en el maldito novio de Antonella. En su odiado Roberto. Desde que meses atrás empezaran a salir a Paz no le había caído bien. Y esa percepción pasó a convertirse en odio en apenas unos días. Era un tipo demasiado perfecto y educado. Siempre sonriente y dispuesto a ser solícito ante cualquiera. Y lo que la destrozaba por dentro era que su amiga (su amor) Antonella estaba loca y

perdidamente enamorada de él. Eso era la muerte en vida para Paz. Una tortura diaria verlos pasear juntos de la mano, besándose, compartiendo secretos, flirteando en público. Antonella había tenido otras parejas, muchas otras quizás, pero nunca había ocurrido una situación como aquella. Lo habitual era que el novio de turno perdiera los papeles por contentar a la caprichosa niña guapa que era su amiga. Antonella tenía pareja para entretenerse, pasarlo bien, que la sacaran a pasear, que la llevaran a saraos, etc. Era más un acompañante con derecho a roce que otra cosa. Pero con Roberto las tornas habían girado. Era ella la que perdía el culo por él. Y eso era demasiado para Paz. Sentía que la perdía, que se separaba de ella para no volver y al final, así fue.

Por eso en los últimos meses, desde que desapareció Antonella, se había dedicado en cuerpo y alma a tratar de que condenaran a Roberto. Quería que pagara por su desaparición. Para Paz, la culpa de que su amor hubiera desaparecido no la tenía más que Roberto. Don perfecto. Por su maldita culpa, si no hubiera aparecido en sus vidas, Antonella seguiría a su lado.

La investigación por la desaparición de su amiga fue frenética las primeras semanas. A ella la interrogaron varias veces, la policía registró el piso donde vivía Antonella, la zona por donde había desaparecido, los buzos estuvieron una semana rastreando toda la zona de la playa de Ciudad Jardín, pero nada dio resultados. Al principio los medios de comunicación se volcaron en la noticia como hienas sobre un cadáver. Pero todo se fue desinflando poco a poco. Lo que habían sido titulares y aperturas de telediarios los primeros días se tornaron pequeñas notas de prensa o comentarios de soslayo sobre el caso. La investigación no avanzaba, no había sospechoso, no aparecía Antonella y el interés se difuminaba como una pequeña nube solitaria por la tramontana.

Paz no se quedó de brazos cruzados y decidió tomar cartas en el asunto. Desde el principio se esmeró en tratar de mantener el caso vivo. Trataba de que la atención de la policía se centrara en el que ella creía que debía ser el máximo responsable. En Roberto. Paz recordaba el nombre del comisario que dirigía la investigación del caso, un tal Jesús Amorebieta. A través de la base de datos de la historia clínica del hospital dio con él y averiguó la dirección de su domicilio. Como la policía se había quedado estancada optó por ayudarles con un pequeño empujoncito. Ella tenía en su móvil un vídeo de la parejita paseando por Ciudad Jardín. Antonella iba con un vestido precioso y carísimo, y Roberto con vaqueros y una sudadera gris con capucha. Lo había grabado semanas antes de su desaparición mientras caminaban por el paseo de

la playa al atardecer. Para dar cierta credibilidad al asunto, Paz decidió mandar ese vídeo a la policía, pero cambiando las fechas de la grabación. Cogió otro móvil antiguo que tenía y le modificó la fecha en las opciones generales. Tras configurarla en la pantalla aparecía la fecha del día en el que desapareció Antonella. Configuró la hora para que coincidiera con el atardecer de ese día y preparó la cámara de vídeo del teléfono. A continuación puso sobre la mesa de la cocina su móvil actual y le dio a reproducir al vídeo donde salían Roberto y Antonella paseando por la playa. El otro teléfono, el que había configurado con la fecha de la desaparición, lo apoyó sobre dos bloques de libros, dejándolo en vertical por encima del que reproducía la imagen. Lo había colocado de tal manera que la cámara estaba ajustada a la pantalla del móvil de abajo. Así la grabación le quedó enmarcada perfectamente. Y consiguió lo que quería. Un vídeo en el que se ve a la parejita paseando por la playa de Ciudad Jardín el día que desapareció Antonella.

Después lo grabó en un CD y tras limpiarlo con alcohol para eliminar las huellas, lo guardó en un sobre. No quería que descubrieran que había sido ella la que estaba mandando esa información. Era consciente de que estaba cometiendo un delito y no le apetecía tener problemas con la pasma. Antes de manipular el sobre tuvo la precaución de ponerse unos guantes para no dejar huellas. Guantes que cogió prestados de su carro de curas del hospital. Al día siguiente se acercó a la casa donde vivía el comisario y le dejó el sobre en su buzón. Tan solo escribió con letra de imprenta el nombre del comisario.

Esperó que esa prueba les diera pie para enchironar al guapito de Roberto, pero no fue así. Al cabo de varios días se enteró de que Roberto había salido libre de cargos y que podía hacer de nuevo su vida normal. Lo consideraban inocente, no se lo podía creer. Y por eso no cejó en su empeño enfermizo de tratar de incriminarlo a cualquier precio.

Después se dedicó a mandar notas anónimas al comisario. Más que incriminando a Roberto, las notas fustigaban a la policía. Eran una especie de llamadas de atención, de querer mantener viva la llama de la investigación. De que no se olvidaran de Antonella ni de su novio, el sospechoso. Siempre las redactaba con mucha precaución de no descubrirse. Se ponía guantes para escribirlas y meterlas en los sobres. Las imprimía en su casa. Luego se acercaba a la finca en que vivía el comisario y, sacándolas de su bolso ayudada de un pañuelo de papel para no dejar huellas, las metía en el buzón de

Amorebieta. Lo había hecho varias veces y cada vez iba aumentando el tono de rabia e impotencia contra la ineptitud de los policías. La última la había dejado dos días atrás.

Mientras seguía pensando en estas cosas vio como comenzaba a clarearse la habitación. Estaba amaneciendo y no había pegado ojo. Seguía tirada en la cama desnuda, con la toalla de la ducha por encima y el pelo revuelto. No intentó dormirse porque sabía que no lo iba a conseguir. Se levantó y se puso una camiseta larga que le llegaba por debajo de las nalgas. Sintió como su estómago se le removía y una pequeña arcada le subía de las profundidades de su ser. Se preparó un café cargado y salió a la fría mañana otoñal. Desde el pequeño balcón de su casa miraba hacia el mar. Las luces de las farolas de Ciudad Jardín perdían intensidad a medida que el sol hacía su aparición estelar. No había nadie por las calles, alguna luz de alguna casa se encendía a lo lejos. Las gentes comenzaban a despertar, la ciudad comenzaba a desperezarse y ella no dejaba de martirizarse. El frío le subió por sus piernas desnudas e hizo que se le erizara la piel de todo el cuerpo. Le gustó. Con el café caliente en las manos se quedó pensativa unos minutos más, mientras se iba la noche. Ciudad Jardín amanecía de nuevo.

Dejó de pensar en la muerte de los demás y se centró en su vida

Sábado

22 de octubre de 2011

10:30

Se metió en su coche como pudo. Esa mañana se notaba como las anteriores, torpe y agarrotado. Las piernas no le respondían pero necesitaba salir a comprar. Tenía la nevera medio vacía. Y Paco siempre se había considerado una persona capaz y autónoma en su vida. Una maldita enfermedad degenerativa no iba a detenerle. Cuando metió la llave en el contacto dio gracias porque el coche tuviera las marchas automáticas. No hubiera sido capaz de pisar el embrague ni una sola vez en condiciones. A través de unas palancas instaladas en el volante, aceleraba y frenaba con las manos. Salió del aparcamiento de su casa y torció en la esquina del *Bungalow*. Subió hacia la carretera que comunicaba el Coll con Son Ferriol. Pasó por encima del puente de la autopista y se dirigió hacia el centro comercial que había en Marratxí. Además de comprar comida quería hacerse con un par de guantes para hacer sus ejercicios de gimnasia. Los que tenía estaban desgastados y sin ellos las pesas se le escapaban entre los dedos.

Tomó varias rotondas entre un tráfico bastante denso. Mucho coche para ser sábado por la mañana se dijo. Justo cuando tomaba la última rotonda a la altura del Pla de Na Tesa comenzó a notar la visión borrosa. Consiguió enderezar el Mercedes clase A y coger la larga recta que le llevaría al centro comercial. Bajó las ventanillas del coche para ver si el fresco le despejaba algo. Trataba de centrar su visión pero era incapaz. Lo veía todo doble. Abrió y cerró varias veces los párpados y nada. La poca luz que permitían pasar las

nubes densas y grises tampoco ayudaba. Aún así, conseguía mantener el coche en línea recta sin problemas, hasta que todo se complicó. Súbitamente sintió unos espasmos dolorosos por las piernas y los brazos. Se quedó agarrotado en cuestión de segundos. Era incapaz de mover o girar ninguna de sus extremidades. Y el coche seguía avanzando a una velocidad más que considerable en línea recta. Paco comenzó a temer por su vida, era incapaz de gobernar ese coche. En esos momentos ningún músculo de su cuerpo le hacía caso. Estaba a merced de la suerte cuando otro espasmo muscular decidió cambiar la situación. Tras el espasmo, sus brazos se contrajeron e hicieron que girara el volante hacia la izquierda. De pronto su coche se encaró hacia el carril contrario. Los coches que venían tras él comenzaron a pitarle para advertirle de su desvío. Paco alzó la vista con la cara desencajada por el miedo y vio como un camión venía de frente. Oyó el sonido de su bocina acercarse de manera acelerada hacia él. Escuchó como chirriaban los frenos y salía humo de las enormes ruedas del camión. En ese momento Paco pensó en la muerte. En su muerte. En su fin. Y eso le calmó por dentro. Pensamientos fugaces le pasaron por la mente. Una sensación de “hasta aquí hemos llegado compañero” le pasó como si fuera el titular de un periódico. El temor o la angustia que le acompañaba en esos últimos tiempos desapareció de pronto. Como por arte de magia. Y eso le hizo pensar en una frase de Sartre que se preguntaba si el ser humano era capaz de disipar su angustia en algún momento de su existencia. Concluía que no. Decía que lo cierto era que no podríamos suprimirla porque nosotros mismos éramos angustia.

Y el maldito francés tenía razón. Justo en ese momento en que sabía que iba a morir de manera inminente su angustia se disipó. Como la niebla con los rayos de sol. Pero Paco estaba equivocado. Ese no era su momento.

El camión consiguió frenar justo cuando el Mercedes de Paco se cruzaba por delante de su morro. Tras meterse por el arcén cayó por un pequeño terraplén al lado de la carretera. El coche avanzó unas cuantas decenas de metros sin control hasta que se estrelló contra el tronco de un almendro. En ese momento Paco se desmayó. Vivo e inconsciente.

Cuando abrió los ojos aún seguía con la visión doble pero con los músculos algo menos agarrotados. Notó que no podía mover la cabeza por culpa de un collarín que llevaba puesto. Una cara se le acercó con sonrisa amable y le explicó quién era y dónde estaba.

Tras varios minutos en los que el médico le hizo numerosas preguntas y le

explicó cómo le habían trasladado al hospital le dejaron de nuevo a solas en el box de urgencias.

Una ambulancia le había trasladado desde el lugar del accidente. No recordaba nada. Había perdido la conciencia en el mismo momento del impacto. Los airbags le golpearon tan fuerte que le noquearon al instante, pero como contrapartida le salvaron la vida. Le dejaron bastantes minutos a solas. Una ligera cortina le separaba del pasillo de urgencias y se movía cada vez que alguien pasaba por el otro lado. A pesar de lo ridículo de la separación Paco se sentía aislado. Más solo que la una. Todo eso le condujo a un estado de abstracción. Y los pensamientos le llevaron a plantearse de nuevo su propia muerte. Lo cerca que había estado de ella.

El ver de nuevo su fin tan próximo le llevó a acabar pensando en aquella pobre chica que desapareció medio año atrás. La que vio pasear junto con la otra persona encapuchada y a la que jamás vio regresar. Muchas veces había pensado si él había sido el último en verla con vida, aparte de su acompañante. Para Paco no había duda de que había sido el responsable de su desaparición.

Se preguntaba si esa chica sabía que iba a desaparecer al poco tiempo. Paco creía que la chica estaba muerta desde el mismo instante en que no regresó de ese extraño paseo bajo la lluvia. A pesar de no darle importancia esa misma noche, con el paso de los días y semanas se le fueron esclareciendo las ideas. Se imaginó cómo habría sido la muerte de la chica. Lo más factible era que la chica hubiera ido con su acompañante y, al llegar a la playa del Peñón, tras haber discutido por alguna razón se hubiesen enfrascado en una pelea. Quizás a su acompañante se le fue la mano y la mató. Luego se deshizo del cuerpo lanzándolo al mar y nunca más se supo.

Esta hipótesis tan simple le ofrecía numerosas dudas a Paco. Si hubiera sido así, por qué no apareció el cuerpo flotando en el mar al día siguiente, o arrastrado por las olas a alguna de las playas cercanas. Esta cuestión le había planteado cierta inquietud, hasta el punto de que semanas después de la desaparición Paco se fue a pasear con su silla eléctrica para ver sobre el terreno en qué lugar se podría uno deshacer de un cadáver.

Anduvo por el paseo arriba y abajo, calculó la distancia que podían haber recorrido por el tiempo que había tardado la pareja en cruzar por delante de su casa y luego regresar aquella persona a solas. Calculó que si además tenía que haberla matado y hacer desaparecer el cuerpo debía ser una zona aislada de

viviendas y no muy lejana a su casa. Con su silla recorrió el paseo decenas de veces. Desde el restaurante el *Bungalow* hasta el club náutico de *Cala Gamba*, que era la distancia más alejada a la que podrían haber llegado según sus cálculos. Excluyó las zonas desde las cuales alguien pudiera haber visto algo desde la calle o un edificio y tan solo le quedó una zona estrecha de costa que cumpliera esas condiciones. Apenas cincuenta metros de rocas que iban desde el restaurante el *Peñón* hasta la curva que doblaba la esquina de la valla del club Militar. Una pared que delimitaba el área militar de la zona de paso. En esa zona, había un pequeño edificio abandonado que antiguamente se había dedicado a la manufactura de la pesca. Era un edificio que colgaba sobre las rocas y el mar. Alrededor de esa construcción tan solo había agua y canalizaciones que se debieron usar en su día para suministrar agua a la fábrica y otras que permitían eliminar los desechos al mar en sentido contrario. Se fijó que a pesar de que el mar estuviera más o menos embravecido alrededor de la fábrica se mantenía un remanso tranquilo de agua y algas apenas perturbado por las olas. Esto era debido a que a pocos metros de esa construcción las rocas y los escollos la protegían de las inclemencias. Observó que el edificio estaba construido a plomo sobre el mar. Caía en una vertical perfecta aunque si uno se fijaba se veían pequeñas oquedades y aberturas bajo el nivel del agua. Y en una de sus observaciones se le ocurrió una idea, aunque muy rebuscada, podría sostener su teoría de que la habían matado esa misma noche. Quizás la mataron junto a ese edificio, o quizás entraron en él a protegerse de la lluvia. Al estar abandonado no era improbable. Una vez dentro discutieron y se produjo la muerte. El sujeto que la mató pudo lanzarla por uno de los tubos que comunicaban con el mar para eliminar desechos y que el cadáver quedara enganchado y oculto bajo el nivel del mar y el edificio.

El tiempo, el mar, la sal y los peces habrían hecho desaparecer cualquier rastro. Además, al estar el agua tan estancada, era probable que ninguna corriente hubiera movido los restos de dónde estuvieran, haciéndolos aparecer flotando en la superficie.

Una idea que había elaborado en su mente pero que al final no había compartido con nadie y menos aún con la policía. En el fondo temía que se rieran de él.

Se le ocurrieron muchas otras hipótesis pero a todas les encontró algún fallo. Ninguna le convenció tanto como la del cuerpo sumergido bajo la

fábrica de pescado.

Pero eso, probablemente, jamás lo llegaría a descubrir.

Las cortinas del box se descorrieron y un celador le llevó a la sala de rayos. Dejó de pensar en la muerte de los demás y se centro en su vida. O en lo que casi le lleva a la muerte.

18:00

Las nubes se habían levantado pero el frío se hizo más intenso. Tras varios días de lluvia el fresco estaba anunciando la inminente llegada de noviembre, el adiós al buen tiempo. Amorebieta se puso su chaqueta de ante marrón y salió a la calle. Venía de los juzgados y regresaba con paso enérgico a su despacho en la comisaría. Estaba cabreado. No soportaba que la burocracia recalcitrante de algunos le entorpeciera su labor. Llevaba desde primera hora de la mañana solicitando un auto judicial que le permitiera entrar en la casa de Roberto y hasta ese momento no lo había conseguido.

Malditos chupatintas repetía entre dientes el comisario. A primera hora de la mañana habían solicitado al señor juez que les facilitara la orden judicial para entrar en el piso. Pero el señor juez aún no había llegado a la sala. El funcionario de turno fue bastante hermético y no supieron si es que estaba por los juzgados haciendo algún trámite o simplemente que el magistrado en cuestión aún no se había presentado a trabajar. Al cabo de una hora, Amorebieta personalmente, volvió a llamar. Esta vez se ausentó para certificar la defunción de una persona mayor que se habían encontrado muerta en su domicilio. Amorebieta apretó los dientes y no le quedó más remedio que esperar al señor juez. A la hora de la comida consiguió hablar con él en persona. Le explicó el caso de la red de pederastia a grandes rasgos y de la necesidad de registrar la vivienda del principal sospechoso de inmediato. Sería justo reconocer que las formas que utilizó el comisario no fueron las más adecuadas. Fue bastante grosero y maleducado y, al juez, eso le pareció inoportuno. Hasta tal punto que decidió pedirle informes por escrito sobre el caso para estudiar si la orden era procedente o no. Esto fue lo que acabó de exasperar al comisario y lo que provocó que le colgase el teléfono

bruscamente, para seguidamente cagarse en su puta madre en voz alta.

Después de esa infructuosa intentona con el magistrado de guardia decidió recurrir a sus influencias y llamó a su amigo el juez. Habló con él por teléfono. El pobre hombre estaba echando la siesta en su casa de Porto Petro cuando el móvil sonó. Al descolgar el comisario notó enseguida el don de palabra dogmático y atractivo de su amigo. Amorebieta le explicó lo delicado del caso y, sin demasiadas ganas, su amigo el juez llamó a su colega que estaba ese sábado de guardia en Palma para interceder por su amigo. Le devolvió la llamada a Amorebieta.

—Jesús, ya está. Tendrás la orden en unos minutos —dijo su amigo el juez.

—Muchas gracias. Te debo una.

—No me las des. Pero la próxima vez que hables con un juez que no sea yo, procura ser algo más cordial. Si los encabronas de esa manera son capaces de tenerte semanas hasta conseguir cualquier cosa. Tendrías que ser más listo y pasar de vez en cuando por el aro.

—Pero lo que no puede ser es que te tires horas o días para conseguir cosas urgentes. Manda huevos.

—Ya. Eso tú y yo lo sabemos, pero para otros, si les tocas la moral, la celeridad de la justicia se puede convertir en una tortuga coja y reumática.

Amorebieta no dijo nada. Se imaginó a su amigo en su casa junto al mar. Sentado en una confortable mecedora bajo un porche fresco y aireado, contemplando como las ramas de los pinos se doblaban hacia la cala, como si fueran pinceles a punto de sumergirse en un bote de pintura azul turquesa.

El juez sacó de su ensoñación al comisario.

—Jesús. ¿Cómo andas de lo tuyo? ¿Ya estás más centrado?

—¿Qué es lo mío? —dijo haciéndose el despistado.

—Lo del caso de la chica. La desaparición sin resolver que te está comiendo por dentro.

—Sí, sí, ya está casi olvidado —dijo Amorebieta con ganas de cortar la charla.

Su amigo que lo conocía bien, no siguió por aquellos derroteros y tras varias frases cordiales, acabaron la conversación.

Así que allí estaba Amorebieta regresando a su despacho con la orden bajo el brazo. Había decidido ir en persona a recogerla para ver la cara del chupatintas con el que había discutido. No había cruzado palabra con el juez de guardia, tan solo unas miradas asesinas que se sostuvieron unos instantes.

Amorebieta marcó su territorio y se largó de allí.

De cualquier modo su cabreo no solo venía de los engorrosos procedimientos judiciales, también estaba desesperado porque la búsqueda de Roberto no estaba dando ningún fruto.

Desde primera hora de la mañana todo su equipo, bueno todos no, porque el chico delgado de las gafas de pasta iba a estar de baja unos días tras su agresión, había salido a la calle a buscar a Roberto. Desde la noche anterior había un coche vigilando las entradas y salidas de la finca donde vivía el chico. La noche la había cubierto la mujer de mediana edad y por la mañana le había sustituido el hombre gordo, calvo y sudoroso. La mujer se alegró de no haber tenido que compartir guardia en el mismo habitáculo. Tanto una como el otro no observaron ningún movimiento extraño. No se encendieron luces en la casa ni se acercó nadie en ningún momento.

Desde la unidad de seguimiento habían tratado de posicionar el móvil de Roberto por el rastro de la última llamada. Lo situaba la tarde anterior sobre las cuatro y media de la tarde en su piso del Molinar. Tenían dudas de si, sintiéndose perseguido, estaba escondido en su piso o si por el contrario había huido. Al no poder entrar en la casa no les quedaba otra que vigilar.

El joven policía de cuerpo escultural y camisa ajustada se pasó toda la mañana yendo y viniendo a los sitios que solía frecuentar Roberto. Para saberlo no tuvo más que leerse el informe que él mismo había elaborado meses atrás sobre los hábitos y las aficiones del joven. Fue al polideportivo al que solía ir a nadar. Enseñó su foto y no recordaban haberlo visto en los dos últimos días. Visitó la casa del director de la sucursal para hacerle algunas preguntas. Le dijo que había hablado con él la tarde anterior, justo después de que ellos se fueran de la oficina para preguntarle por su salud, pero que desde entonces no sabía nada de él. Preguntó por los comercios de la zona, bares, panaderías y hasta un pequeño colmado medio escondido varias manzanas más allá, y tampoco. Fue puerta por puerta de la finca y nadie pudo aportar ningún detalle interesante.

Al regresar a la comisaría el chico estaba desanimado. Llamó a las diferentes compañías aéreas y navieras para saber si algún pasajero llamado Roberto Rodríguez había reservado o viajado en las últimas horas. Sabía que la respuesta sería negativa, porque desde la noche anterior ya habían pasado aviso a todas las compañías de que alertaran si dicho pasajero se presentaba en el puerto o en el aeropuerto. La Guardia Civil de ambos sitios estaba al

tanto de la cuestión para proceder a su detención.

También preguntaron por todos los puertos deportivos por si había alquilado algún yate o velero para huir. Todo apuntaba a que el muchacho no había salido de la isla. Parecía que estaba escondido en algún sitio pero no sabían donde. Quizás estuviera en su propia casa y, aunque parecía improbable, no lo podían descartar.

A las seis y media de la tarde Amorebieta entró hecho una furia en su despacho. Cerró de un portazo y miró a su alrededor. La cara que traía era de perro. Estaban sus colaboradores habituales. La mujer de mediana edad, el chico de camisa apretada con músculos trabajados y el hombre calvo y gordo que había sido relevado de la vigilancia del piso por otro compañero. Solo faltaba el chico de las gafas de pasta que seguía convaleciente. Además de los de siempre había otra persona presente. Se hallaba sentado en una de las sillas frente a la mesa del comisario. Iba vestido de uniforme.

Con expresión hosca y ojos profundos esperaba compuesto en su asiento. Era un tipo espigado, cetrino y algo taciturno. Los miraba con aire distraído. Una nariz aguileña confería cierto equilibrio al conjunto. Era el jefe del Grupo Especial de Operaciones y había sido invitado por Amorebieta a esa reunión para planificar la entrada en el piso de Roberto. El hombre vestía con el uniforme de la Policía Nacional con el escudo del águila de San Juan atrapando a una serpiente en su brazo. También portaba una boina granate de medio lado símbolo de su unidad.

La mujer de mediana edad esperó diligente a que tomara asiento el comisario para empezar hablar. Los primeros minutos los dedicó a resumir todo el caso hasta ese momento para poner al día al jefe de los geos. Mientras resumía el caso el hombre gordo y calvo hablaba al oído del joven de camisa apretada. Por las caras serias que tenían debían de estar hablando de los pocos resultados del día. Los dos sujetaban sendos vasos con cafés de máquina que bebían a sorbos mientras su compañera acababa su charla.

—Os hemos pedido ayuda porque creemos que este tipo es peligroso — comentó la mujer—. Pensamos que puede estar esperándonos para tendernos una trampa.

El hombre carraspeó y se colocó mejor en su asiento. Había escuchado atento las explicaciones de la mujer mientras hojeaba un fino dossier que resumía los dos casos en dónde estaba implicado Roberto.

—Sinceramente. A mi no me parece nada complicado el asunto. Es más,

creo que mi unidad no es necesaria en este caso.

Nadie abrió la boca. Sabían de su reputación de hombre directo y difícil dentro del cuerpo. Era de los que obraba según su criterio y no solía aceptar de buen grado órdenes con las que no estuviera de acuerdo.

—Me parece un tipo que carece de peligro —continuó el jefe de los geos—. El delito informático no implica ningún aspecto violento o peligroso. Un tipo que se dedica a vender archivos ilegales por internet no tiene punto de comparación con uno de esos amigos míos albanokosovares que vienen de vez en cuando a tocarnos los huevos. Es cierto que en el caso de la chica hay una desaparecida, ni siquiera hay cuerpo, por lo tanto tampoco podemos hablar con certeza de que el tipo en cuestión sea un asesino. Vamos, que me parece un sujeto de lo más asequible para una unidad como la vuestra.

Esto último lo dijo con regusto burlesco mirando al comisario. A Amorebieta no le quedó más remedio que tragarse su orgullo y morderse la lengua para no contestarle.

Después de discutirlo varias veces, creían que era posible que Roberto estuviera atrincherado en su casa esperando a que un poli atravesara su puerta para recibirlo de malas maneras. No tenían nada claro si había desaparecido o si se había refugiado en su piso, pero por si acaso no estaría mal contar con un grupo de fornidos geos que pudiera resolver cualquier eventualidad violenta que pudiese aparecer. Lo cierto es que no tenían hechos fundados de que Roberto estuviera armado, ni siquiera de que fuera agresivo. Lo de pedir ayuda a los geos venía por un caso de varios años atrás.

Unos cuatro años antes el equipo de investigación del comisario había dado con el paradero de un hombre que se dedicaba al trapicheo de drogas en pequeñas cantidades, a algún que otro hurto y, de vez en cuando, al proxenetismo. Era un don nadie pero lo querían detener para que les llevara al pez gordo de una red de narcotraficantes. La cuestión es que el tipo les vio llegar y se encerró en su piso. Una planta baja de un edificio de la época de la posguerra en el casco antiguo de Palma. Amorebieta y sus muchachos trataron de convencer al fulano de que saliera, que solo querían hacerle unas preguntas, que la cosa no iba con él, etc. Pero el tipejo se resistía, solo les gritaba que le dejaran en paz, que él estaba limpio y que se largaran de allí. Tras una hora de tiras y aflojas a través de la puerta de la casa, al comisario se le hincharon las narices y, decidió actuar. Pensaba que en cuanto les viera aparecer se acojonaría vivo y se iría con ellos como un manso que cierra un encierro. Pero

ocurrió lo inesperado. Amorebieta y el hombre calvo y gordo forzaron la puerta de la calle y entraron a gritos de ¡Policía! ¡Policía!, esperando ver la cara del tipo cagada de miedo y sumiso para acompañarles a comisaría. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario. El tipo se había parapetado tras uno de los sofás de su salón y tal y como entraron los dos policías les descerrajó un disparo con una escopeta de caza. Por fortuna el retroceso del arma hizo que se le elevara el cañón en el último instante y que los perdigonazos alcanzaran el techo y una lámpara que acabó destrozada. Amorebieta y su compañero huyeron hasta la calle como alma que se la lleva el diablo.

Desde aquel momento, siempre que tenían que entrar en un domicilio en el que había un supuesto sospechoso esperándoles, pedían ayuda a los geos. Y desde que estaba ese hombre espigado y taciturno como jefe, obtenían la misma respuesta inicial: no.

—Mira que te diga una cosa —Amorebieta usó un tono de colega, de camarada—. Es probable que el sospechoso no presente ninguna oposición o incluso que ni siquiera esté en el piso, pero no nos queremos arriesgar. Vosotros sois grandes profesionales, metódicos y certeros. Si surgiera cualquier problema lo podríais resolver al instante. Si lo mismo nos pasara a nosotros, igual hasta tendríamos que lamentar desgracias.

El deje de peloteo se notó a la legua pero el jefe de los geos era un viejo zorro y no se dejaba camelar. Los demás miraban atentos ese duelo de titanes. El tira y afloja de dos veteranos de la policía. O el de saber quién tenía más poder de mando en esa comisaría.

—Me parece más que improbable que un solo hombre sin antecedentes policiales y menos de violencia, pueda estar esperando a la policía en su piso para tenderle una trampa. Lo más seguro, querido compañero —y esto lo dijo con maldad—, es que se os haya escapado entre las manos.

El silencio en el despacho fue eterno.

—Una cosa te voy a decir —el tono agresivo de Amorebieta puso en tensión a todos los de su equipo—. No me toques las pelotas. ¿Vais a ayudarnos en la operación? ¿Sí o no? Y punto. Deja de criticar nuestro trabajo. Si vas a colaborar, perfecto. Nos ponemos ahora mismo a planificar la cuestión. Si no vas a colaborar ya te puedes ir largando del despacho. ¿De acuerdo?

Esto último lo dijo casi gritando. La vehemencia del comisario era palpable hasta en las venas de su cuello. Un instante después el jefe de los

geos soltó una carcajada.

—No te pongas así, compañero. Disculpa si te he ofendido. Por supuesto que queremos colaborar, lo que no tengo claro es si es necesaria nuestra presencia.

—Según el perfil psicológico que le hicimos, es una persona extremadamente correcta y perfeccionista. De las que no dejan nada al azar —comentó imparcial la mujer de mediana edad—. Es en apariencia tan perfecto que si está detrás de esta red de pederastia y, quizás tras la desaparición de una chica, cabe la posibilidad que no se deje atrapar tan fácilmente. Este tipo de sujetos cuida tanto su imagen y su apariencia que no permiten ser mal considerados por el resto de la sociedad. En otros casos similares la persona ha acabado suicidándose o cometiendo actos a la desesperada antes de entregarse a las autoridades. Y es eso lo que nos tememos que haga.

—Si es que está aún en el piso —apostilló el jefe de los geos.

—Supongamos que lo está, ¿cuento con vuestra colaboración? —dijo secamente el comisario.

Tras unos segundos de vacilación el jefe de los geos abrió la boca.

—De acuerdo, os ayudaremos a entrar en ese piso.

Las caras del resto del equipo fueron de alivio aunque el comisario se mostró inexpresivo y duro en sus facciones.

—¿Cuándo podrías tener a tu unidad lista?

—Si nos ponemos ya a analizar la ubicación del inmueble y un par de cosas más, creo que para el amanecer sería viable. De aquí a unas doce horas.

—De acuerdo pues —Amorebieta hubiera querido salir de inmediato a por el piso de Roberto pero decidió conformarse y no forzar más la situación.

—¿Desde cuándo lo tenéis bajo vigilancia?

—¿El piso? —preguntó ingenuo el hombre gordo y calvo.

La mirada que le mandó el jefe de los geos fue demoledora. En sus ojos transmitía la obviedad de su pregunta y dejaba patente la estupidez de aclararlo.

—Sí, bueno —continuó el hombre calvo—, llevamos desde ayer por la tarde. Sobre las ocho dispusimos un coche de vigilancia y no hemos dejado de tener bajo control la entrada de la finca.

—¿Alguna otra posible salida del inmueble?

—No, la finca está ubicada entre otras dos y por la parte trasera linda con otro edificio. La única entrada es la que tenemos bajo control.

— ¿Y por la azotea?

—Imposible. La entrada a la terraza es a través de los pisos del ático. La azotea es parte de esas viviendas y no es zona común. Por ahí no puede haber salido.

—A no ser que los vecinos de dichas viviendas le hubieran cedido el paso.

—Lo dudo mucho. Roberto no tenía amistades y tampoco demasiado contacto con su entorno, compañeros de trabajo, vecinos, etc. Es un tipo extremadamente correcto pero muy poco profundo en sus relaciones personales —metió baza la mujer de mediana edad.

—Bueno, pues parece que lo tenemos todo bajo control —sugirió algo cansado el jefe de los geos—. Reuniré a mis hombres y prepararemos la operación. En un par de horas os llamo y establecemos una hora de inicio. No creo que pueda ser antes del amanecer.

—De acuerdo —contestó Amorebieta y se le quedó mirando a los ojos—. Y muchas gracias.

—Solo esperemos que el fulano aún se encuentre en su piso —soltó irónico el jefe de los Geos.

Se levantó y se marchó del despacho.

Los días se escapan como caballos sobre colinas

Domingo

23 de octubre de 2011

06:30

Los hombres estaban en silencio. El aire frío de la madrugada amainaba mientras aparecía un halo de claridad por el cielo. Los cinco se juntaron en un pequeño corro para escuchar las últimas instrucciones del jefe de la operación. Los cinco geos eran auténticos armarios. Enormes bestias entrenadas para la acción más radical. Iban tapados hasta las cejas y tan solo dejaban entrever, a través de una diminuta rendija de su pasamontañas, unos ojos vivos y profesionales. Escuchaban atentos como quería el jefe que transcurriera la operación. Todos iban protegidos por chalecos antibalas y casco, coderas y rodilleras de protección, así como guantes para empuñar sus armas. Si un niño hubiera pasado en esos momentos por la calle de Roberto hubiera creído que estaba viendo una película de superhéroes como mínimo. Pero no lo hubiese podido hacer porque la calle estaba cortada a ambos lados por varios coches patrulla de la Policía Nacional.

El comisario Amorebieta junto con la mujer de mediana edad de su equipo observaban desde una distancia prudencial a los geos. Amorebieta sacó un pitillo y lo encendió contemplativo. Cruzó sus brazos y en un arranque de sinceridad le habló a su compañera en voz baja para que nadie más les oyera.

—No va a estar.

—¿Qué? ¿Cómo dice comisario? —preguntó como si no hubiera entendido bien la cuestión.

—Sabes que creo, que no va a haber nadie en esa casa. Ese hijoputa ya se ha largado de aquí con viento fresco.

—Pero... No le entiendo comisario. Si cree eso por qué...

—¿Por qué montamos este dispositivo? Porque en lo más profundo de mi corazón quiero que esté dentro preparándonos una trampa y así poder pillarlo y darle lo que no está escrito. Pero hace unos segundos, mientras miraba como se preparaban los de operaciones especiales, he tenido una corazonada. Si se puede llamar así —el comisario parecía que hablaba para el espacio infinito. Lo hacía pausado y reflexivo. La mujer policía de mediana edad estaba sorprendida, no se atrevía a cortar a su jefe.

—Igual que esos charlatanes que salen de madrugada en la tele he percibido algo. A lo mejor es mi viejo instinto policial que me visita por sorpresa, pero me da que la casa va a estar más vacía que la biblioteca de un analfabeto.

—No se desanime comisario. Deje que hagan su trabajo y veamos que ocurre. Igual nos llevamos una sorpresa y está dentro agazapado esperándonos. No sea pesimista, que ahora no es el momento.

—Si tú lo dices —Amorebieta dio una calada al pitillo y lo lanzó al suelo—. Ojalá esté equivocado, porque si no...

Un sentimiento de derrota y cansancio se apoderó de Amorebieta. Contempló sin interés como los cinco hombres acababan de pertrecharse y se disponían en formación para entrar en la finca. Vio como entraban rápido y en fila, y sin encender las luces se encaminaban escaleras arriba. Se apretujó en su chaqueta de ante para protegerse de la humedad del amanecer. O quizás para intentar evadirse de cuanto le rodeaba en ese momento.

A la señal del líder de los geos, dos de sus compañeros se apartaron de la puerta para coger carrerilla. Sostenían una gruesa barra de metal que iban a usarla como ariete para derribar la entrada. Estaban en silencio absoluto, tan solo se comunicaban por gestos y miradas.

El que estaba más cerca de la puerta junto a la pared levantó su dedo índice, miró a sus compañeros y lo bajó rápido señalando hacia el portal. Súbitamente todo se desencadenó.

Los hombres que sujetaban el ariete se lanzaron en carrera y golpearon con extrema violencia la puerta del piso. Se abrió de par en par como si fuera de cartón. A continuación los otros dos miembros entraron apuntando con sus armas y a gritos de: ¡Policía! Recorrieron todo el piso. Los otros dos dejaron el ariete tirado y se unieron a sus compañeros dándoles cobertura por la

retaguardia.

Numerosos vecinos se asomaron al hueco de la escalera a curiosarse pero se cuidaron de acercarse lo más mínimo al lío. La prudencia estaba por encima del cotilleo. El jaleo y griterío dentro del piso apenas duraron un par de minutos, tras los cuales se hizo el silencio.

El comisario Amorebieta, la mujer de mediana edad y el jefe de los geos esperaban en la acera acontecimientos. Habían oído los golpes y los ruidos parapetados tras un coche patrulla. Estaban en tensión. Una tensión que se relajó en cuando vieron aparecer por el portal al líder del grupo que había entrado en la vivienda. El hombre se quitó el casco y el pasamontañas y se acercó a ellos. Tenía la cara sudorosa.

—Tienen que venir a ver esto, es lo más raro que me he encontrado en mi vida —comentó el geo.

Sin mediar palabra los tres siguieron al hombre escaleras arriba. En la entrada del piso estaba uno de los agentes especiales con la escopeta cruzada sobre el pecho en posición de guardia. Dejó pasar a la comitiva piso adentro.

Amorebieta no entendía nada. Al cruzar la puerta se encontró un piso inmaculadamente blanco y limpio. Cruzó el pasillo y entró en la cocina. No había nada, tan solo los muebles. Abrió algunos cajones y los encontró vacíos. Con la nevera y la pequeña despensa le ocurrió lo mismo. Se dirigió hacia la habitación principal y ahí tampoco encontró nada. Un espacio vacío y diáfano. Ni una señal de que nadie hubiera vivido en esa casa. El comisario cabeceaba tratando de entender qué pasaba. Estaba en un piso completamente vacío.

—Vengan a ver esto, por favor —les dijo el líder de los geos.

Les guió por el pequeño piso hasta el comedor, todo era igual. Paredes blancas, sin muebles, sin nada, limpieza inmaculada. Todo era igual salvo por una excepción. En medio de la estancia había un ordenador en el suelo. Sobre él, un pequeño monitor de plasma y en medio de éste un papel amarillo autoadhesivo. De los que se utilizan para dejar notas pegadas donde uno pueda verlas.

El pósito amarillo tenía unas líneas manuscritas. Amorebieta se agachó y la arrancó de cuajo para leerla.

*Si uno consigue descubrir de dónde viene,
podrá saber quién es.
Y cuando uno sabe quién es y de dónde viene,*

podrá decidir a dónde va.

R.R.

El comisario maldijo en voz baja y salió a la calle. Necesitaba que el fresco del amanecer le refrescara la cara.

09:30

De repente se relajó. Todos sus músculos se destensaron y la rigidez de su mandíbula desapareció. Acababa de cruzar el filtro del aeropuerto de Barcelona. Ya estaba dentro del edificio y no había tenido ni un solo incidente. Se colgó la mochila al hombro y se fue hacia la zona de bares de la terminal. Roberto no había pegado bocado por culpa de los nervios. Acababa de cruzar de nuevo un control de seguridad con un billete y un pasaporte falso. Charles Bukowski era él, o eso era lo que ponía el billete. Aunque aún le costaba reconocerse como cuando la chica de facturación, con una sonrisa educada, le habló por ese nombre para explicarle dónde encontrar la puerta de embarque. Estuvo a punto de decirle que se había equivocado. Tenía que esforzarse por no meter la pata.

De pronto una súbita sensación de hambre le atacó. Se sentó en uno de esos locales de comida rápida y se pidió un café con leche y un bocadillo. Buscó una mesa escondida en uno de los rincones y se sentó a desayunar, esperando su partida del país.

Su mente comenzó a hacer balance. Llevaba casi dos días en constante tensión. Desde que supo por su jefe que la policía iba a por él, que se habían presentado en el banco, se sumió en un estado de ansiedad que no había dejado hasta hacía unos segundos.

Uno de los peores momentos lo vivió la tarde del viernes justo cuando llegó al aeropuerto de Palma. Llegó en autobús con su mochila al hombro. Se sacó la tarjeta de embarque en las máquinas automáticas. Al estar a nombre de Charles Bukowski no se sabía el número del pasaporte. Lo tuvo que mirar para escribirlo en la pantalla automática. Eso le hizo preocupar, se enfadó

consigo mismo por no haber memorizado los datos de su pasaporte falso. Cogió aire y trató de tranquilizarse. De pronto, un chico joven y trajeado de la compañía aérea se acercó servicial a echarle una mano con la máquina. Roberto lo despachó con una sonrisa gélida. Consiguió la cartulina rectangular del embarque y la metió entre las hojas del pasaporte de Charles Bukowski. Roberto subió al primer piso del aeropuerto de Palma por las escaleras mecánicas. Fue hacia el filtro de seguridad. Era la primera vez que ponía a prueba su documentación falsa.

Llegó al primer chico vestido con el uniforme de la empresa privada de seguridad que se dedicaba a comprobar que el billete fuera válido. El chico leyó con rapidez la tarjeta de embarque y sin mirarle a los ojos cedió el paso a Roberto. Avanzó varios pasos y antes de pasar el arco de seguridad se fijó en las caras de los agentes de la Guardia Civil que estaban tras los empleados de la empresa privada. Estaban en un corrillo hablando animadamente. Eso hizo que Roberto se afanase en desprenderse de cualquier objeto metálico. Los lanzó sobre la bandeja de plástico y junto con la mochila lo metió todo en la cinta. Él cruzó sin pitar, cogió sus pertenencias, y con paso ligero pero sin llamar la atención se alejó de los agentes. En cuanto se supo lejos de sus miradas comenzó a sudar profusamente. No bajó su nivel de atención y vigilancia ni siquiera cuando aterrizó sin contratiempos en Barcelona.

Cogió el tren hasta el centro de la ciudad. Estuvo caminando por las calles buscando un sitio adecuado para alojarse. Al final lo encontró en una pequeña pensión de mala muerte. Estaba cerca de la Rambla pero en una de las calles adyacentes, lo cual le daba cierto aire de decadente y peligrosa. El encargado de la recepción era un cuarentón pakistaní que apenas hablaba castellano. Le dio las llaves de la habitación sin hacer preguntas y le pidió por adelantado el pago de la estancia. Ya empezaba a anochecer cuando se instaló en el insalubre cuarto. Una habitación pequeña cuya cama olía a humedad sudorosa y maloliente. Roberto se preguntó cuándo habría sido la última vez que limpiaron las sábanas.

El baño tenía una capa de mugre aceitosa y ocre que no invitaba a hacer nada más que lo indispensable en él. Y a ser posible tocando lo imprescindible. Roberto hizo de tripas corazón y se acomodó lo mejor que pudo. Dejó la mochila sobre una silla que tenía el tapizado medio suelto y cojeaba con tan solo rozarla. En esa mochila lo llevaba todo. Todo lo que le permitiría tener un nuevo futuro. Pasaporte, actas notariales, documentos de

propiedad y una buena cantidad de dinero en efectivo. Tenía que esperar a que saliera su vuelo al extranjero y no era muy recomendable dejarse ver por la calle, aunque fuera en otra ciudad que no era la suya. Esperó a que se hiciera de noche cerrada y salió a comprar algo de cena. Se mezcló con los turistas que transitaban La Rambla arriba y abajo y, en un Burger King, compró hamburguesas para cenar. Las pidió para llevar y regresó a su suite a dar cuenta del manjar.

Se asomó al ventanuco de su habitación mientras se comía la cena y contempló las callejuelas. Era viernes por la noche y en los callejones medio iluminados había gentes de todas las razas hablándose a gritos, prostitutas africanas acechando en las esquinas y una pareja de la Guardia Urbana que pasaba por pasar, para cubrir el expediente. Se acostó al cabo de un buen rato y trató de conciliar el sueño. Tardó bastante y, no fue por el jaleo que venía de la calle ni por las mohosas sábanas de su cama, fue porque estaba preocupado. Tenía miedo. Por primera vez en su vida sintió pánico de verdad, terror a que le pillaran y no pudiera escapar a su paraíso personal, miedo a no poder encontrar la felicidad.

A primera hora del sábado salió a la calle y a unos pocos metros de la pensión se topó con una pequeña agencia de viajes. Entró y camelándose a la jovencita que había tras el mostrador le pidió si podía confirmarle el vuelo. Sacó de la mochila el billete a Bangkok y se lo dio a la chica. No se atrevía a dejar la mochila en la habitación y la llevaba consigo. A pesar de contener cosas muy valiosas era una de esas mochilas normales, de las que no llaman la atención.

La joven de la agencia de viajes buscó en su ordenador hasta encontrar lo que buscaba.

—Quedan algunas plazas para el vuelo de mañana —la chica hablaba sin despegar los ojos de la pantalla—. Si no el siguiente vuelo con disponibilidad... A ver... Sí, aquí está. Sería para el martes de la semana que viene.

—No, prefiero para mañana. ¿Te sabría mal hacerme la reserva? —la sonrisa que esbozó Roberto eran de las que derretirían hasta la más fría.

—Por supuesto, no es molestia. Apenas tengo trabajo esta mañana. Así estoy más entretenida y se me pasa más rápido el tiempo.

La chica estuvo un rato con el ordenador. Al final imprimió la reserva para el vuelo de mañana por la mañana. De Barcelona a Bangkok con escala en

Amsterdam.

— ¿Quieres que te reserve ya el asiento? —preguntó la chica como si no quisiera que Roberto se marchara de ahí.

—Si no es molestia.

—Para nada —y la joven volvió a teclear en su ordenador.

Salió de nuevo a la calle con la reserva del vuelo y del asiento en su mochila. Caminó un rato hasta que se encontró con un pequeño colmado. Ahí compró pan, fiambres y queso, algo de fruta y un par de botellas de agua grandes. Regresó a la cutre habitación de su pensión y decidió esperar sin salir hasta el día siguiente. No iba a tentar a la suerte dejándose ver por el mundo.

La habitación era tan cochambrosa y estaba tan descuidada que cuando Roberto quiso poner la televisión no le funcionó. Y no era porque le tele estuviera rota, era porque el cable de la antena estaba arrancado de cuajo de la pared de atrás. Por un instante estuvo tentado de bajar a recepción y pedir que se lo arreglaran pero al final desistió. Se tiró sobre la cama y se quedó pensativo. Reflexionando sobre su vida.

Al mediodía se hizo un bocadillo de jamón de York y queso. Pensó mientras comía en si lo había dejado todo bien atado, si no había ningún cabo suelto del que pudieran tirar. Repasó mentalmente cómo había cerrado todos los flancos.

El billete de avión que había comprado en una agencia de viajes de Palma lo había pagado en efectivo y con el pasaporte falso. No le hicieron preguntas y él no dio ninguna explicación. Cuando contrató al equipo de mudanzas tampoco les facilitó ninguna información salvo de adónde debían llevar sus pertenencias. La idea de donarlas a la caridad le sedujo desde el mismo momento en que decidió huir con lo puesto. Era un cierto toque a lo Robin Hood.

En cuanto a la información que necesitaba para continuar con sus negocios, papeles y actas notariales aparte, las tenía guardadas en un pincho de memoria. Había volcado toda la información de su ordenador a ese minúsculo dispositivo antes de cargarse el ordenador de su casa. En esa pequeña memoria estaba descrita toda la red de empresas que había creado, los datos fiscales de cada una de ellas, los números de cuentas de los diferentes paraísos fiscales vinculados a las mismas, es decir, todo el entramado que había creado para poder vivir el resto de su vida de rentas.

Tan solo tenía un pequeño lunar en esta historia de huida sin retorno. Y era con su jefe. Le hubiera gustado despedirse de él de una forma más adecuada. Le tenía cariño, era una buena persona, y le sabía mal no haberle podido decir que se iba y que nunca más se volverían a ver. Pero las circunstancias mandaban. Y su seguridad estaba por encima de todas las cosas. Era una de las pocas personas a las que echaría de menos.

Así que tras pasar el resto del sábado sin hacer nada más que esperar su partida llegó el domingo y salió hacia su exilio.

Y allí estaba él esperando a que su vuelo a Amsterdam saliera. Se acabó el café con leche y el bocadillo y se fue hacia la puerta de embarque. Ya había bastante gente esperando en los alrededores aunque aún no había nadie de la compañía para iniciar el embarque. Miró a través de la enorme cristalera y vio el avión de la KLM pegado al *finger* que le sacaría del país.

Entonces se le ocurrió una idea. Era algo infantil pero pensó que quedaría bien como una rúbrica de su superior inteligencia sobre los demás y, en concreto, sobre la policía. Justo en el momento en que dos jóvenes azafatas empezaban a prepararse tras el mostrador de la puerta de embarque y, los primeros pasajeros impacientes se levantaban para hacer cola esperando de pie, Roberto se fue a los baños de caballeros que estaban a escasos metros. Se metió en uno de los cubículos y cerró la puerta con pestillo. Tras ella oía el ir y venir de los demás pasajeros al baño, el correr del agua de los grifos y el insufrible sonido de los secamanos.

Abrió su mochila y sacó su móvil. Llevaba apagado por seguridad desde que colgó tras hablar con su jefe el viernes por la tarde. No le apetecía que lo rastrearán y pudieran saber dónde estaba. Pero ahora no le importaba encenderlo. Estaba a escasos quince minutos de embarcar en su vuelo. Aunque lo localizaran, cuando quisieran reaccionar, él ya estaría lejos, pero que muy lejos. Se colocó su mochila sobre los hombros y encendió su *iphone*. Tardó un minuto escaso y tal como se conectó a la red le saltó una alarma en medio de la pantalla. La señal era inequívoca: habían entrado en su piso. Presionó varios botones y le dio para ver los vídeos que habían grabado las cámaras que tenía ocultas por la casa.

Lo que vio le dejó desconcertado. Hombres vestidos para realizar un asalto militar, tirando la puerta abajo, con metralletas apuntando a todos lados... Roberto no daba crédito ante el despliegue que habían montado para atraparlo. Varias dudas le surgieron. La más intensa era el por qué habían

tardado tanto en entrar si el viernes ya recibió una visita de uno de los inspectores. De cualquier modo, ese asalto tan violento le daba la razón. Había hecho bien en huir de inmediato. Apagó la aplicación y continuó con lo que quería hacer.

Buscó entre los contactos que tenía en su móvil hasta que encontró el del comisario Amorebieta. Lo tenía memorizado desde que medio año atrás le llamara varias veces por temas relacionados con la desaparición de Antonella. Pulsó sobre él y luego presionó en la opción de enviarle un mensaje de texto. Se abrió un pequeño teclado en la pantalla y Roberto comenzó a escribir. No lo tenía pensado de antemano pero la idea de enviarle aquel texto a su perseguidor le pareció brillante. Lo que le escribió se lo sabía de memoria. En pocos minutos lo tuvo escrito. Luego le dio a enviar. Justo cuando el móvil le confirmó el envío del mensaje lo apagó de nuevo. Pero esta vez no se lo guardó. Con la ayuda de un clip que llevaba entre sus documentos sacó la tarjeta del teléfono y la lanzó al váter. Tiró de la cadena hasta que la vio desaparecer. Después bajó las tapas y colocó el teléfono entre las dos. Medio teléfono estaba dentro y el otro medio sobresalía. Roberto se sentó sobre el váter y agarró el *iphone* con fuerza. Tiró hacia él con rabia. Al estar entre las dos tapas hacía palanca pero no podía levantar la tapa porque con su peso la bloqueaba. Tiró con fuerza varias veces hasta que consiguió su objetivo. Partir en dos el móvil. Cuando acabó estaba sudando. Cogió las dos partes destrozadas y se las guardó en el bolsillo del pantalón. Salió y se lavó las manos simulando haber hecho sus necesidades. Se tiró agua por la cara para limpiarse el sudor y regresó a la puerta de embarque. Antes de llegar a la cola, que a estas alturas ya empezaba a embarcar, tiró medio móvil a una papelera cercana. Justo antes de entrar en el avión vio un carrito de una limpiadora. Se fijó que estaba mirando hacia el suelo mientras pasaba una mopa y lanzó la otra parte de su teléfono en la basura que portaba el carrito de la limpieza. Cuando se metió dentro de la cabina estaba sonriente. Ocupó su asiento con una mueca algo gamberra como la de un niño cuando sabe que ha hecho una travesura y están a punto de pillarle.

El vuelo despegó sin incidencias y Roberto se calmó por completo sabiéndose a salvo.

Miró por la pequeña ventanilla del avión. Las cuadrículas de los campos lo tenían hipnotizado. Campos de cultivo roturados, pequeños y marrones.

Ninguno igual. La variedad cromática era infinita. Nunca había pensado en ello y le resultó sorprendente. Vio un río que serpenteaba rodeando y abrazando a los pueblos a su paso. La ribera les rozaba. O era al revés. Los pueblos eran los que se acercaban a su orilla. Al fin y al cabo, el río siempre había estado allí. Roberto se imaginó al ser humano intentando dominar las fuerzas de la naturaleza a su antojo. Tratando de cambiar el curso de los ríos, de invertir las mareas, de regular los vientos. Cada día se asombraba más de la estupidez infinita del hombre. Cuanto mayores eran los logros tecnológicos de la especie, más se reducía la capacidad para pensar, para tomar conciencia de lo que realmente éramos. Pequeños y frágiles seres que conseguían sobrevivir en un planeta de clima benévolo.

Roberto seguía con la mirada perdida a través de la ventanilla. Su asiento, el 17A, era un mirador espectacular. En esos momentos, calculó él, debía de estar sobrevolando el centro de Francia. Observó cómo dos enormes columnas de humo blanco se elevaban de la vera del río. Dos chimeneas convexas en sus lados (o cóncavas, Roberto nunca había conseguido diferenciarlo bien) lanzaban sus columnas vaporosas al cielo. Como dos pilares que marcaran la entrada a algún sitio, la puerta a otra dimensión quizá. Aguzó su mirada y reconoció la figura inconfundible de una central nuclear. Las columnas de vapor, no eran si no agua, que lanzaban las torres de refrigeración de los reactores nucleares. Otra cosa incoherente, pensó Roberto, con la cantidad de recursos energéticos que ofrecía la naturaleza, va el ser humano y se inventa una que no existe y que además podría acabar con su existencia. Era cuanto menos absurdo.

Carraspeó y tragó saliva para que desapareciera el tapón que se le había formado en sus oídos por la presión. Abrió el menú de a bordo y optó por pedirse un sándwich de queso *cheddar* y una Cola Zero en cuanto la azafata pasara con el carrito. Consultó su reloj y calculó lo que quedaba para llegar a Amsterdam, su escala camino de Tailandia.

Echó para atrás su respaldo y esperó su bocadillo. Pensó en que acababa de iniciar una nueva vida. Su sueño. Cogió aire profundamente y esbozó un gesto difícil de interpretar. Entre enigmático y astuto. Cerró los ojos y sus facciones se relajaron mostrando algo parecido a la felicidad. Roberto sintió una emoción que jamás había tenido. Al menos, nunca tan intensa. Se llamaba felicidad.

A mitad del vuelo Roberto sacó de su mochila un pequeño reproductor de

música. Se colocó los cascos y lo puso en marcha. Tan solo tenía una canción.

Get it right

There's no blood thicker than ink

Hear what I say

Nothing's simple as you think

Wake up

Somethings you can't get around

I'm in you

More so when they put me in the ground

It was a dirty day

A dirty day

Hank says

The days run away like horses over the hills.^[4]

Roberto miró de nuevo al azulado horizonte mientras se repetía la canción de manera incansable. Entornó los ojos y apoyó su frente contra el cristal. Al fin y al cabo lo había conseguido después de tanto tiempo. Y no cabía duda ninguna de que los días se escapan como caballos sobre las colinas.

16:00

Salió a la calle a fumar. Estaba harto, llevaba encerrado en la comisaría toda la mañana. Desde que había regresado de casa de Roberto, el comisario Amorebieta no había salido de su despacho. Y ahora necesitaba que le diera el aire. Cruzó la calle y se apoyó en la balaustrada que daba a la riera. El ridículo caudal bajaba inexorable hacia el mar. Un par de gaviotas picoteaban aquí y allá buscando algo con lo que llenar el buche. Lanzó la colilla al agua y se quedó meditabundo. El suave sol de la tarde se reflejaba en las cristaleras de los pisos de enfrente. No debía ser un mal sitio para vivir pensó el comisario.

Llevaba toda la mañana recibiendo informes de sus hombres, ordenando que averiguaran tal o cual cosa, llamando a un lado y a otro y estaba exhausto.

Este caso, que ya era algo absolutamente personal, le estaba desbordando.

La policía científica se pasó toda la mañana trabajando en el piso. Lo peinaron minuciosamente sin dejar un recoveco por mirar. El informe preliminar que había recibido Amorebieta hacía una hora en su correo electrónico era demoledor. En resumen decía que no habían encontrado ningún indicio ni ninguna prueba que se pudiera aportar al caso en cuestión. Todos los armarios y cajones estaban vacíos. En el informe sugerían que además de vaciarlos los habían limpiado con algún tipo de solución desinfectante. Había numerosas huellas por toda la casa pero todas pertenecían a la misma persona. A Roberto, lo cual no era extraño ya que era el que vivía en ese piso. Lo que reseñaba el informe era que curiosamente se habían encontrado huellas por todas las superficies de la casa, cocina, baños, paredes, cristales, etc. En todas partes excepto en una. Ya que en el ordenador y la pantalla que había en medio del salón no habían encontrado ni una sola. Estaba pulcro y limpio. Según el correo, se habían esmerado en limpiarlo. En cuanto al contenido de los archivos aún era demasiado pronto para saber si habría algo de utilidad. En esos momentos, decía el texto, lo estaban revisando en el laboratorio de la científica. Esperaban tener alguna información en las próximas horas.

Nada, no tenían nada y sobre todo no tenían ni puñetera idea de dónde leches se había metido Roberto. Era desesperante.

La última señal de vida de Roberto la tenía cuando habló con su jefe del banco a primera hora de la tarde. La ubicación de las antenas móviles lo situaban en las inmediaciones de su piso. Solo unos cuantos minutos después de que el joven de camisa apretada, tras comprobar que no había nadie en la vivienda, regresara a la comisaría. La vigilancia de la finca se puso unas cuantas horas después. Había sido un burro. Ciego por no haber puesto a alguien de inmediato. En ese momento se habría dado cabezazos contra la balaustrada del paseo Mallorca por no ponerla antes. Habrían pillado a Roberto y él no estaría ahora devanándose los sesos para poder atraparlo.

Regresó a la comisaría y se encerró en su despacho con un cabreo importante. Justo cuando se sentaba derrotado en su sillón sonó el teléfono. Descolgó sin demasiadas ganas.

—Diga —contestó con malos modos.

—Comisario, soy de la científica.

—Ah, dígame. ¿Hay alguna novedad? —el tono cambio perceptiblemente, ya no era tan arisco.

—Sí.

—¿Qué tienen? —contestó impaciente Amorebieta.

—Nada.

Se hizo un incómodo silencio en la línea.

—¿Qué significa nada?

—Nada comisario. No hay nada. El equipo está destrozado por dentro. Totalmente inservible.

—Pero si aparentemente parecía que estaba bien —Amorebieta recordaba el ordenador sin golpes ni destrozos externos.

—No, si por fuera estaba bien. De hecho al abrirlo casi todos sus componentes estaban operativos, pero al ir a analizar los datos guardados en el disco duro ha sido imposible. Lo han rociado o sumergido en algún tipo de ácido o corrosivo que lo ha dejado para tirar a la basura.

—Hijo de puta —lo dijo en voz alta aunque era más bien un pensamiento.

El técnico de la científica no dijo nada, esperó paciente a que el comisario siguiera hablando o diera por zanjada la conversación.

—¿Y para qué cojones deja el piso vacío y no se lleva el ordenador?

—No lo sé, pero por como ha dejado el ordenador se ve que ha hecho un trabajo concienzudo. Tan solo ha dañado aquello que contenía información, el resto está en perfectas condiciones. Aún no sabemos con qué lo ha destrozado, está por analizar, pero tiene que haber sido algo pensado y meditado. No ha sido el acto de un tipo desesperado que quiere borrar pistas de cualquier manera —se hizo una breve pausa—. ¿Me permite una idea comisario?

—Sí, adelante.

—Yo creo que nos ha dejado el ordenador como si fuera parte de una nota. Como si nos estuviera mandando un mensaje.

—¿Y cuál sería según usted?

—Algo así como que os dejo el ordenador para que os quedéis con la miel en los labios y para que sepáis que soy más listo que vosotros.

El comisario colgó sin despedirse. Apoyó la cabeza entre sus manos y cabizbajo se quedó pensativo un buen rato.

De repente su mente se evadió y pensó en Melquiades. Deseó que apareciera por la puerta ese gitano trotamundos que se dedicaba a traer los adelantos y las noticias a la ciudad de Macondo. Que sacara de su carro algún artilugio que le permitiera atrapar a Roberto.

Regresó a la realidad de su despacho. Agarró un folio que tenía sobre su mesa con ambas manos y volvió a leerlo. Había anotado a mano los datos y claves resumidas de la investigación de esa mañana. Y todas y cada una de ellas le llevaban a un punto muerto.

La primera de las cosas que habían investigado era el tema de encontrarse el piso vacío. Preguntaron por el vecindario y les confirmaron que Roberto vivía allí. Varias vecinas decían haberse cruzado con él en el portal en diferentes días de la semana. Otra mujer que vivía en el mismo rellano confirmó que el viernes por la mañana vio salir a unos cuantos hombres con cajas y bultos del piso de Roberto. El hombre calvo y gordo se dedicó a tirar de ese hilo, llamando a todas las empresas de mudanzas de Palma. La gran mayoría de ellas no respondían al ser domingo. Localizó varias más modestas, autónomas y gente que se dedicaba a tiempo parcial a las mudanzas y, también trató de contactar. Con estos tuvo más éxito porque publicaban sus números de teléfonos móviles en internet. A la quinta llamada tuvo la suerte que ya no esperaba.

Contestó un hombre con acento extranjero, rumano o búlgaro aventuró el policía, aunque hablaba castellano con fluidez. Recordaba haber ido el viernes al piso de Roberto. Le explicó al policía que lo recordaba a la perfección por lo extraño del encargo.

—Cuando llegamos al piso lo encontramos todo perfectamente embalado y colocado para transportar. Esto no es nada habitual, normalmente los clientes siempre nos dejan cosas a nosotros para que las acabemos de desmontar o proteger para el traslado, pero en esa casa todo estaba preparado y a punto para la mudanza —relató con el deje extranjero el capataz de la mudanza—. Lo que más me sorprendió fue que en cada caja todo estaba perfectamente cerrado y etiquetado con todo lujo de detalles. Era como si hubieran hecho una especie de inventario de lo que contenía cada una de los bultos.

—Bueno, eso es normal en las mudanzas, ¿no? —comentó el policía gordo.

—Sí, cuando te mudas de casa.

—¿Cómo que cuando te mudas de casa?

—Es que en ese caso no era una mudanza al uso. Cuando llegamos al piso el dueño nos dio un sobre y una hoja en la que estaba anotada la dirección dónde debíamos transportar los bultos.

—¿Un sobre?

—Sí, nos dijo que cuando llegáramos al destino le entregáramos el sobre al dueño de esa vivienda y descargáramos todos los bultos. Y eso hicimos.

—¿Dónde los llevasteis?

—Eso fue lo que más nos sorprendió. Lo dejamos todo en Can Gazà. La casa esta que lleva un cura que se dedica a cuidar de los sin techo. ¿Sabe a cuál me refiero?

—Creo que sí —comentó desubicado el policía gordo y calvo—. ¿A quién entregó el sobre?

—Al mismo cura que la dirige. Jaume Santandreu se llama.

El policía desconcertado dio las gracias al hombre de la mudanza y buscó la dirección de Can Gazà. Salió de camino para allá.

A la media hora ya se encontraba en la antigua casa señorial reconvertida a día de hoy en albergue para los parias de la sociedad. El cura que llevaba todo el tinglado se encontraba en la cocina preparando la comida para todos sus parroquianos. El policía contempló al orondo hombre con aspecto de bonachón. Portaba un delantal y la sonrisa que mostró era más que de felicidad. Era un hombre de los que se ve satisfechos de lo que son y de lo que hacen, pensó el policía.

Tras hablar un rato con él le confirmó el relato del hombre de la mudanza. No conocía a Roberto de nada pero le estaba eternamente agradecido. Le enseñó todas las cosas que le había regalado. Algunas cajas ya estaban vacías y sus pertenencias repartidas de manera equitativa entre los miembros de la comunidad, otras estaban aún por abrir. El policía echó un vistazo rápido a todo y se sorprendió de la cantidad de artículos que había. Objetos caros y exclusivos, y todo lo había donado a la beneficencia. La idea de que Roberto había huido para siempre se instaló en la mente del policía. El cura le enseñó la carta que le habían entregado. Apenas unas líneas escritas a mano en las que le explicaba que deseaba que pudiera hacer uso de todas sus cosas, ya que él ya no las necesitaría más. Para evitar suspicacias había una hoja con la fotocopia del DNI de Roberto en la que declaraba que todo lo de las cajas eran de su propiedad y que en ningún caso provenían del robo ni se habían obtenido de forma ilegal.

Lo había dejado todo bien atado el cabrón, pensó.

Amorebieta continuó revisando sus notas y siguió viendo como le conducían a callejones oscuros, lúgubres y sin salida alguna.

El policía de camisas modernas y apretadas se pasó la mañana indagando por las bases de datos de las compañías aéreas. Amplió las búsquedas y el nombre de Roberto Rodríguez no aparecían en ninguna de ellas. Tampoco las tarjetas de crédito arrojaban luz. No había movimientos, salvo una compra en un supermercado cinco días atrás. Pero nada de billetes de avión, barco o cualquier otra cosa relacionada con viajes. Tampoco había sacado dinero en efectivo de cajeros. Ya no se le ocurría dónde mirar.

El comisario dejó el papel sobre la mesa y salió de su despacho. Cuando estaba a punto de bajar las escaleras una voz le hizo parar en seco. Era la mujer policía de mediana edad.

—¡Comisario! ¡Lo tenemos! —lo dijo mientras corría hacia él con un pequeño papel en la mano.

La miró expectante, nunca la había visto tan nerviosa.

—Comisario, ya sabemos donde está —jadeaba por culpa de la carrera.

Amorebieta no dijo nada, tan solo esperó a que continuara.

—Hace unas seis horas hemos podido localizar el móvil de Roberto. Sobre las diez de la mañana lo ha encendido durante unos minutos. La triangulación de las antenas no deja lugar a dudas.

—¿Y dónde cojones está? —lo preguntó con ansiedad.

—En el aeropuerto de Barcelona.

De repente la cara del comisario mudó. ¿Aeropuerto de Barcelona? ¿Cómo narices había salido de la isla? No podía ser posible.

—¿Estás segura? No puede haber salido de la isla. Tenemos a todas las compañías sobre aviso y de aquí no ha volado.

—Totalmente confirmado. El móvil se ha encendido durante unos quince minutos en el aeropuerto de Barcelona.

—¿Cómo leches lo ha hecho?

—Hay una opción, comisario. Si descartamos que no haya habido errores en alguna base de datos de las compañías, si a nadie se le ha colado Roberto, solo cabe una opción.

—¿Cuál?

—Se ha largado de aquí con una identidad falsa.

Amorebieta enmudeció al pie de las escaleras. No había contemplado esa opción. Algo peregrina quizá, pero nada improbable.

—Ya he contactado con Barcelona —continuó la mujer de mediana edad—. He hablado con el puesto de la Guardia Civil del aeropuerto y se han

puesto en marcha. Desde la central de Barcelona han enviado varias patrullas para que colaboren peinando el aeropuerto y sus alrededores. Si está allí lo pillaremos seguro.

—Si está aún —dijo apesadumbrado Amorebieta.

—Claro, si está aún —la euforia y el optimismo de la mujer se esfumó de un plumazo.

—Me dices que hace seis horas que ha encendido su móvil. ¿No?

—Eso es. Eran las diez de la mañana más o menos.

—Se me plantea una duda ¿Por qué narices lo ha hecho? Si no quiere que le pillemos ¿Por qué enciende su teléfono quince minutos y luego lo apaga? Eso no tiene ningún sentido. Oye una cosa ¿Ha hecho alguna llamada en ese tiempo?

—No, comisario. Lo único que ha hecho ha sido enviar un mensaje de texto a otro móvil. Estamos pendientes de que la compañía telefónica nos de los datos del cliente en cuestión.

—Vale —musitó Amorebieta.

Y de repente un extraño pensamiento se cruzó en su cabeza. Dejó a la mujer de mediana edad a los pies de la escalera y regresó con paso rápido hasta su despacho. Abrió la puerta de golpe. Una corazonada le empujaba a hacerlo. Lanzó los papeles que tenía revueltos sobre su mesa al suelo y rebuscó como si fuera un perro desesperado. Al final lo encontró.

Ahí estaba su móvil. Y una pequeña luz roja parpadeaba en la parte superior. Amorebieta empezó a sudar. Miró la pantalla y vio que había recibido un SMS seis horas antes.

Abrió el mensaje y reconoció el móvil de Roberto. Tenía su número memorizado desde la desaparición de Antonella. El muy hijo de puta le había mandado un mensaje en su huida. Apretó la opción de leer y lo que apareció en la pantalla lo reconoció de inmediato. Lo leyó, aunque ese texto se lo sabía casi de memoria.

*Después de un tiempo,
uno aprende la sutil diferencia
entre sostener una mano
y encadenar un alma,
y uno aprende que el amor
no significa acostarse
y una compañía no significa seguridad*

*y uno empieza a aprender.
Que los besos no son contratos y los regalos no son promesas
y uno empieza a aceptar sus derrotas con la cabeza alta y los ojos
abiertos
y uno aprende a construir todos sus caminos en el hoy,
porque el terreno de mañana
es demasiado inseguro para planes...
y los futuros tienen una forma de caerse en la mitad.
Y después de un tiempo
uno aprende que si es demasiado,
hasta el calorcito del sol quema.
Así que uno planta su propio jardín
y decora su propia alma,
en lugar de esperar a que alguien le traiga flores.
Y uno aprende que realmente puede aguantar,
que uno realmente es fuerte,
que uno realmente vale,
y uno aprende y aprende...
y con cada adiós uno aprende.*

Era un poema que algunos atribuían a Jorge Luís Borges. Un poema que Amorebieta conocía perfectamente. Y comprendió en ese momento lo que Roberto quería decirle. Y entendió lo que estaba haciendo. Se maldijo por no haber estado atento al maldito móvil. Así podría haber enviado a los de Barcelona a por él mucho antes. A saber dónde estaría ese maldito bastardo en estos momentos. Notó como la rabia ascendía por su rostro.

Lanzó su móvil contra la pared y lo estampó, haciéndose mil pedazos.

19:30

Bebió un largo trago de agua de la fuente del control de enfermería. Dejó su vaso de plástico vacío sobre la mesa y salió a repartir la medicación de la cena a los pacientes. Paz llevaba una tarde la mar de tranquila. No había tenido ingresos y los enfermos que tenía a su cargo estaban controlados. Y eso

era de agradecer porque tenía un dolor de cabeza de campeonato y no estaba para demasiadas emociones esa tarde.

La noche anterior había vuelto a salir de fiesta y se había acostado tarde. Realmente, la noche de antes, no pensaba salir de casa, tenía planeado pedirse algo de comida, que se la trajeran a casa y ver alguna película en la tele. Pero le llamó una amiga que había quedado con otras personas de una de las ONG con las que colaboraba Paz y al final se dejó convencer. Lo que al principio iba a ser una cena ligera y un par cañas entre amigos, acabó a las seis de la mañana con más alcohol en la sangre que las destilerías de Escocia. Fue tal el estado con el que llegó a su casa que se tiró en la cama sin desvestirse. Casi se queda dormida. Llegó justa al hospital y para más inri cuando salió a la calle para coger el coche no recordaba dónde lo había aparcado. Es más, era incapaz de decir si lo había cogido o no, la noche anterior. Tenía una laguna mental de aúpa. Se paseó por las calles del barrio hasta que lo encontró aparcado junto al hotel *Ciudad Jardín*. No era consciente de haber dejado ahí su coche. Salió escopeteada y llegó con la hora pegada a su turno de tarde.

No sabía la razón, pero cada vez que tenía uno de esos dolores de cabeza fuertes que le laceraban hasta lo más profundo de su cerebro, le daba por pensar en la persona que más odiaba en este mundo. Siempre le pasaba, irremediadamente cada vez que tenía esos dolores pensaba en Roberto. Paz suponía que su cerebro hacía una comparativa entre el dolor físico que sentía en esos momentos y el dolor severo que dejó en su alma el odiado novio de Antonella. Para Paz el culpable de todo era Roberto. Era culpable de haber echado por tierra su relación con su mejor amiga, con su ser amado. Por haber irrumpido en sus vidas Antonella había cambiado de actitud y se había volcado con ese chico como con nadie antes. Y eso para Paz era como una condena. Le había quitado a su amor. Se lo había robado delante de sus narices. Para Paz estaba claro como un día de verano, el culpable de la desaparición de Antonella era Roberto y nadie más que Roberto.

La luz que entraba por los enormes ventanales del hospital era agradable. Una luminosidad tenue y mortecina imprimía carácter al control de enfermería. Los rojos eran ocres. Las pieles se tornaban tiernas y granuladas. Las caras de los pacientes y familiares tenía una iluminación como si de una película se tratara. Era una hora del día que Paz adoraba. Un momento breve, volátil, pero que le hacía creer en la magia. En la capacidad de ver un mundo diferente con tan solo modificar la luz con que lo mirabas.

La planta estaba llena de visitantes y familiares. En los pasillos se amontonaban pequeños grupos de personas que habían venido a visitar a sus conocidos. Siempre eran igual los domingos por la tarde. Ríos de gentes que entraban y salían del hospital. Hacían la visita de cortesía a ese vecino, conocido o familiar lejano, y se largaban al poco rato comentando en el ascensor cómo lo habían encontrado. Siempre lo mismo. Todas las habitaciones abarrotadas de personas que no se callaban ni a la de tres.

Esa tarde Paz tenía a todos sus pacientes acompañados y entretenidos, eso al menos reducía al mínimo las llamadas a los timbres, algo bueno tenía que tener. Los tenía a todos con acompañantes, a todos menos a uno. Uno de sus pacientes estaba solo. De hecho, desde que había ingresado no había recibido visitas de nadie. No se sabía de familia, ni amigos, ni conocidos que hubieran venido a verle. Esos casos siempre llamaban la atención de Paz. Se sentía atraída por las personas solitarias e indefensas. Le sobrevenía un sentimiento, una necesidad de protegerlos y ayudarles que le resultaba imparable. Algunos confundían ese sentimiento con el de la vocación enfermera. Pero no era eso lo que conmovía a Paz. De hecho no percibía su trabajo como vocacional. Ella era una profesional a la que en el fondo le gustaba su trabajo. Pero de vocación, nada de nada. Si algún día no le pagaran iba a estar ella ahí.

Ya había acabado de repartir la medicación cuando de repente sonó un timbre. Lo atendió Paz. Era de la habitación del tipo solitario. Se acercó y entró sin llamar. El hombre se encontraba en la cama. Tranquilo y con la mirada perdida en el horizonte que se extendía a lo lejos de la ventana de su habitación. Parecía el encuadre de una fotografía. A través de ella el hombre veía como unas nubes solitarias se perdían más allá de las montañas. Una bandada de pájaros volaba hacia el sur y algunos coches salían del aparcamiento hacia sus confortables casas. Una imagen bella que ganaba sentido siendo vista desde dónde estaban. Una habitación de hospital. De un lado la enfermedad, la muerte, el dolor y el sufrimiento. Del otro la belleza, el cielo, lo inmutable.

La enfermera se acercó al paciente.

—Hola, ¿ha llamado? —preguntó cordial.

—Ah, hola —dijo el hombre saliendo de su contemplación paisajística—. Sí, es que creo que se me ha salido el suero o la aguja. No sé, pero me noto el brazo mojado.

La enfermera se puso unos guantes que llevaba en el bolsillo de su pijama

y le manipuló los sueros. Tras unos breves segundos en silencio se quitó los guantes y cerró el gotero.

—Me temo que la vía está fuera. Me sabe mal pero tendré que volverle a pinchar —dijo Paz con cara de circunstancias.

—No te preocupes. Ya estoy acostumbrado. No vendrá ahora de un pinchazo más o menos —contestó el hombre con una sonrisa agradable.

Paz salió de la habitación y fue a por lo que necesitaba para volverle a instaurar una vía venosa. Qué majo que es ese señor, pensó la enfermera.

Antes de cogerle una nueva vía revisó el tratamiento médico de ese paciente. Miraba si llevaba fármacos que tuvieran que ser administrados por la vena. Si no los llevara no le iba a pinchar. Eso que se ahorraría el pobre señor. Tras presionar varias veces el ratón, apareció en la pantalla de su ordenador los medicamentos que llevaba. Lamentablemente no le quedaba otra. De las seis cosas que llevaba, cuatro eran por vena. Cerró la pantalla y se dispuso para ir de nuevo a la habitación.

Entró y pidió a los familiares del paciente de al lado que salieran de la habitación. Al final salieron todos, incluido el enfermo, dejando a solas a Paz y al paciente que había perdido el suero.

Paz cogió el otro brazo y le puso una goma de plástico para apretarle y poder ver mejor las venas.

—¿No ha venido nadie a verle hoy? —preguntó Paz mientras palpaba con el dedo las venas del paciente.

—No, hoy no.

—¿Tiene familia? —preguntó mecánicamente la enfermera.

—Sí, pero no están en la isla. Tengo dos hijas que viven fuera pero no he querido alarmarlas diciéndoles que estoy ingresado. Igual en un par de días puedo volver a casa y si les digo que estoy aquí se angustiarían demasiado.

La enfermera no contestó. En esos momentos se disponía a clavarle una aguja en la vena.

—Ahora le daré un pinchacito.

—Tranquila, tranquila. Dale sin miedo.

La enfermera canalizó la aguja a través de la vena, y con un par de movimientos ágiles y precisos le introdujo un catéter de plástico dentro, lo fijó con esparadrapo y conectó de nuevo el suero. Lo había hecho como si de pasos de una coreografía se tratara. Parecían movimientos aleatorios pero en el fondo habían sido repetidos cientos o miles de veces.

—Listo, pues ya está. Espero no haberle hecho mucho daño —dijo sonriente Paz.

—Para nada. Apenas he notado la aguja.

La enfermera recogió los envoltorios y los plásticos de los equipos. Los lanzó a la basura y se quitó los guantes. Se aplicó dos chorros de un líquido antiséptico que llevaba en su carro de curas y se frotó las manos. Un ligero aroma a alcohol se evaporó entre el paciente y Paz.

—¿Necesita algo? ¿Quiere que le acerque algo antes de que salga?

Paz sabía que ese paciente no podía caminar, al menos ese día. Tenía esclerosis múltiple y estaba ingresado por un brote que le había dado la víspera anterior.

—No, gracias. Con que me pongas la mesita a mano me basta. Ahí tengo el móvil y la botella para la orina. Si me la dejas cerca ya me puedo manejar yo solo.

Se notaba que a pesar de su enfermedad era una persona acostumbrada a ser libre. A no depender de nadie.

Paz le acercó la mesa y le colocó el móvil a su alcance.

—Ya está todo. Le dejo que descanse un poco hasta que traigan la cena que ya debe de estar a punto —dijo Paz.

—Muchas gracias. Oye por cierto ¿Cuál es tu nombre? —preguntó curioso el paciente.

—Paz, me llamo Paz, señor Francisco —la enfermera sí que se sabía el nombre de su paciente. Lo había leído en la historia clínica.

—No, no me llames así por favor. Llámame Paco. Siempre me han llamado así.

Paz cruzó su mirada con Paco. Y durante unos breves segundos la mantuvieron fija. Algo magnético les impidió dejar de mirarse.

Paco no supo que aquellos ojos oscuros ya los había visto antes. No se le ocurrió que los había visto seis meses atrás. No pensó que aquella mujer que ahora le atendía a él, era la misma que iba con la desgraciada Antonella la noche en que desapareció. La misma que portaba una sudadera gris con capucha en aquella noche tan lejana y tan lluviosa.

La luz del atardecer brilló anaranjada sobre la piel de la enfermera. Sonrió al salir. Se giró con su carro y se marchó de la habitación.

Y Paco nunca descubrió que aquellos ojos que acaba de contemplar, fueron los últimos que vio Antonella antes de morir.

Al salir de la habitación, Paz colocó el carro de curas en su sitio. Justo en ese momento notó como un dolor le laceraba la espalda. Se quedó clavada. Inspiró profundamente y trató de calmarse. Empezó a sudar, un sudor frío e incómodo. Sin decir nada a nadie se fue hacia el baño del personal y se encerró en él. Se bajó los pantalones y se sentó sobre la tapa del váter. De uno de sus bolsillos sacó una jeringa que tenía desde media tarde escondida. Estaba cargada con su droga, con lo que le quitaba ese odioso dolor. Era lo que le permitía vivir. Con una mano cogió un pliegue de la piel de su muslo y con la otra se clavó la aguja. Fue notar la sustancia entrando en su cuerpo y empezó a encontrarse mejor. Era una estupidez, aún no había dado tiempo a que hiciera ningún efecto, pero Paz ya se sentía mejor.

Con los pantalones bajados y la jeringa aún en su mano se recostó contra la pared del baño y lanzó un hondo y derrotado suspiro. Estuvo varios minutos tratando de recobrar fuerzas hasta que se vio con las necesarias para salir y acabar su turno.

Eran más de las diez de la noche cuando se fue a cambiar al vestuario de la planta baja. El dolor ya le había cedido pero ahora sufría otro mucho más agudo y profundo. Un dolor que no le podía quitar ninguna droga. El dolor por la pérdida de su amada Antonella.

Se cambió de ropa y salió a la calle. Mientras se dirigía hacia el coche un pensamiento le rondó su mente. Y si Roberto no hubiera aparecido en sus vidas. Y si Antonella no se hubiera enamorado de él. ¿Qué hubiera pasado? ¿Qué habría sido distinto?

Paz continuó avanzando por el aparcamiento del hospital. A esas horas estaba oscuro y desierto. Un aire frío le alborotó los cabellos. Se estremeció y aceleró el paso hacia su coche.

Todo era culpa del maldito Roberto. De su maldita elegancia, belleza y modales. Si no se hubiera cruzado en el camino de ella y Antonella nada hubiera ocurrido. Si no hubiera hechizado a Antonella de aquella manera, Paz no se hubiera visto obligada a hacer lo que hizo.

No le quedó otra alternativa. Tuvo que grabarles en vídeo semanas antes. Comprarse el mismo tipo de ropa que llevaba Roberto ese día, una sudadera con capucha que le quedaba algo holgada pero que dio el pego. Tuvo que engañar a Antonella esa lluviosa noche para que la acompañara. No recordaba

la mentira que le habría contado, pero Antonella era tan buena amiga que nunca le negaba su ayuda. No le quedó otra alternativa que llevarla hasta la vieja factoría de pescado pasada la playa de Ciudad Jardín y allí, sin otro remedio, tuvo que matar al amor de su vida.

Paz no hubiera soportado que siguiera amando a otra persona que no fuera ella. Y todo por culpa de ese malnacido de Roberto.

Al entrar en su coche una lágrima le cayó sobre el volante. Se pasó un buen rato llorando en la oscuridad del aparcamiento hasta que se calmó.

Al final pudo arrancar el motor y regresar a su casa.

Epílogo

Aunque ya estaba entrada la noche, el calor era sofocante cuando Roberto salió de ese bar de copas del centro de Bangkok. Se soltó un poco el nudo de la corbata. Dentro del antro tenían aire acondicionado pero en la calle el ambiente era bochornoso. Aún no se había acostumbrado a esa humedad insana. Lo que peor llevaba eran los mosquitos.

Era uno de los barrios más indeseables y más decadentes de la ciudad. Era Nochebuena y a pesar de no ser un país demasiado cristiano si que se apuntaban a las costumbres occidentales de gorritos rojos con borla blanca, lucecitas intermitentes en las fachadas y horrorosas canciones navideñas. Roberto salió del tugurio bastante perjudicado. Llevaba bebiendo desde media tarde y se notaba ebrio. En esos escasos dos meses que llevaba en Tailandia no había parado de disfrutar de las fiestas, del alcohol y de las jovencitas de la zona.

Salió del local y se detuvo en una esquina próxima con la intención de parar un taxi que le llevara a casa. Había bastante movimiento en la zona pero los que pasaban iban todos llenos. Se resignó a esperar, tampoco tenía demasiada prisa. Miró al cielo pero las luces de la ciudad le impidieron ver las estrellas.

No los vio venir. Se alertó cuando tuvo el ruido junto a él. De repente un hombre con una moto a toda velocidad frenó derrapando y se detuvo delante. Llevaba casco oscuro y giró su cabeza hacia Roberto. Justo en el momento en que Roberto iba a abrir la boca para decirle algo se le cortó la respiración. Notó como le laceraban el costado. Sintió un dolor como jamás había sentido.

Otro hombre, también con casco oscuro, se le había acercado por detrás y le había clavado un puñal en los riñones. Sacó la hoja afilada del cuerpo de Roberto con un movimiento rápido y profesional y, con la mano que tenía libre, tiró del pelo de Roberto hacia atrás. El cuello de Roberto quedó al descubierto. El del casco oscuro le cortó el cuello limpiamente. Soltó a su víctima y con dos zancadas se subió a la moto. Los dos tipos huyeron como

almas que se las llevara el diablo hacia la oscuridad de la noche tailandesa.

Antes de tocar el suelo, Roberto estaba muerto. No tuvo tiempo de pensar, ni de reaccionar, ni de gritar, ni de preguntarse por qué. Cayó como lo hace un saco de patatas. Un charco de sangre se formó a su alrededor. El cuerpo inerte de Roberto yacía sobre la sucia acera.

Los periódicos locales apenas se hicieron eco de la noticia. Para ellos no era más que otro extranjero que se metía en líos y acababa en el otro barrio. La breve reseña contaba con la posibilidad de que hubiera sido a causa de una pelea entre borrachos. Dos tipos bebidos que se enzarzan en una discusión y uno acaba rajando al otro. Otro rotativo tailandés apuntaba un ajuste de cuentas, que la víctima hubiera tenido tratos con alguna red criminal local y hubieran finiquitado algún negocio oscuro. Pequeñas columnas que ni siquiera mencionaban el nombre del fallecido. La policía tampoco se preocupó demasiado del caso.

Sin embargo, a nadie se le ocurrió la idea de que los asesinos fueran dos sicarios pagados por la familia de una joven vejada por Roberto y que le estuvieran esperando a la salida de ese tugurio para saldar cuentas. En cualquier caso nadie se preocupó por investigarlo.

Nadie reclamó el cadáver.

Nadie lloró a Roberto.

Agradecimientos

No quiero acabar esta novela sin agradecer a aquellas personas que me han ayudado a crearla.

Gracias a Jordi Rus por sus vastos conocimientos en operativa bancaria. A Ricardo Prats por explicarme los vericuetos de las cajas de seguridad. Al Dr. Al-Nakeeb por arrojar la luz necesaria y así poder entender la teoría de los *hub*.

A mi mujer Maribel, a su hermana Cristina Rodríguez y a Tere Argilés por hacer la primera lectura crítica de la novela y por sus inigualables aportaciones.

[1] Yo no te conozco, y tú no sabes la mitad de eso. / Tuve un papel protagonista... / Yo era el chico malo que salió

[2] Arrastrándome abajo / Esa no es la forma en que solía ser / Ni siquiera se puede recordar / Lo que estoy tratando de olvidar

[3] Quieres explicaciones ... / Ni siquiera lo entiendo / Si necesitas alguien a quien culpar... / Tira una piedra en el aire / Estás obligado a golpear a alguien culpable

[4] Hazlo bien / No hay sangre más espesa que la tinta / Escucha lo que digo / Nada es simple como tu piensas / Despierta / Algunas cosas no las puedes conseguir / Estoy en ti / Más aún cuando me pusieron en el suelo / Fue un día sucio / Un día sucio / Hank dice / Los días se escapan como caballos sobre las colinas